

[HOMILÍAS SOBRE LOS EVANGELIOS.]

ADVERTENCIA SOBRE LA OBRA SUBSIGUIENTE.

1431 I. La carta de San Gregorio que se presenta como prefacio a las homilías subsiguientes nos impide hacer una introducción más extensa, ya que en ella se explica casi todo lo que es digno de saber sobre ellas. Sin embargo, hemos colocado estas homilías después de las de Ezequiel, siguiendo el orden de las Sagradas Escrituras, donde los libros del Nuevo Testamento se colocan después de los del Antiguo. De otro modo, se constatará inmediatamente que algunas de estas homilías fueron pronunciadas antes de que el santo Doctor comenzara a exponer al pueblo al profeta Ezequiel. Sin duda, el buen pastor, para beneficiar a aquellos a quienes dirigía tanto con la palabra como con el ejemplo, tan pronto como ascendió a la cátedra apostólica, no consideró que debía permitirse ningún descanso en la predicación de la palabra divina, aunque estuviera afligido por enfermedades constantes y distraído por innumerables preocupaciones.

II. Nuestro humilde Eclesiastés se quejó con una modestia admirable de la avidez con la que fueron recibidas estas homilías, en su carta a Secundino que se presentará a continuación. Ciertamente, siempre han sido muy valoradas, como lo demuestra el hecho de que todas, quizás con una o dos excepciones, fueron incluidas en los oficios divinos, preferidas sobre las homilías de otros Padres de la Iglesia. Y no sin razón, ya que en ellas, después de exponer brevemente el sentido literal, fluye una abundante cantidad de sentencias morales, muchas de las cuales merecen ser escritas con letras de oro. ¡Ojalá se grabaran e inscribieran en los corazones humanos mediante la lectura y meditación constante! De estas homilías seleccionamos y observamos algunas en la Vida del santo Doctor escrita en francés, libro IV, capítulo último, número 13.

III. No solo se instruyen las costumbres cristianas en estas homilías, sino que también se confirman los dogmas de la fe y se previenen contra los herejes futuros. El misterio de la Encarnación se defiende en todas partes contra los errores opuestos y contradictorios de los nestorianos y eutiquianos, pero especialmente en la homilía 38, número 3. Casi todo lo que se enseña a los cristianos en las escuelas sobre los ángeles se extrae de la homilía 38, desde el número 7 al 15. La necesidad de la confesión y absolución sacerdotal se trata extensamente en la homilía 26, números 5 y 6, así como en la homilía 40, número 2, pero especialmente se refuta el impío dogma de Calvino que afirma que Cristo el Señor sufrió las penas de los condenados en la homilía 21. Estas son las palabras de Calvino, libro II de las Instituciones, capítulo 16, § 10, donde se propone probar que Jesucristo fue el fiador en lugar de los malvados, y por lo tanto fue sometido como un culpable: "para que sepamos", dice, "que no solo el cuerpo de Cristo fue entregado como precio de redención; sino que hubo un precio mayor y más excelente, que soportó los terribles tormentos en el alma de un hombre condenado (horror al decirlo) y perdido". Esta sentencia injuriosa contra Cristo, el vencedor del infierno y la muerte, es refutada poderosamente por nuestro Gregorio, en la homilía 21, número 7, donde, proponiendo el tipo de Sansón, enseña que el Señor salió libre y victorioso no solo del infierno, sino que también destruyó las mismas puertas del infierno.

IV. De estas y muchas otras maneras, la causa de la Iglesia se ve maravillosamente ayudada contra los heterodoxos que la atacan. Tampoco debe omitirse que las secciones del Evangelio que Gregorio expone aquí, y que ya entonces se leían en los solemnes oficios de las misas en ciertos días, son las mismas que aún se recitan en casi los mismos días. De ahí se desprende cuán firme es la Iglesia Romana en sus ritos. También se confirma la antigua costumbre de las procesiones y estaciones, y de las súplicas públicas en las basílicas y cementerios de los

mártires. Pues, como observó Juan Diácono, libro II, Vida de San Gregorio, capítulo 18, y libro IV, capítulo 74, en esas procesiones o estaciones, el vigilante pastor pronunció o dictó homilías sobre los Evangelios.

V. Sin embargo, en la asignación de esas estaciones hay cierta controversia entre los eruditos, y los códices manuscritos no siempre coinciden. El código Lateranense no designa en ningún lugar la basílica de San Juan Bautista, que se llama Constantiniana, aunque en otros códices de excelente calidad aparece con frecuencia, especialmente en el Corb. Germ., Belvac.-Bigot., y especialmente en el código de la reina de Suecia, donde cada vez que en el Lateranense o en otros se lee "basílica del Santo Salvador, que se llama Constantiniana", aparece el nombre de San Juan Bautista. Juan Fronto también sostiene, en las notas preliminares al calendario romano, página 80, que no había otra basílica Constantiniana que la Iglesia del Santo Salvador; pero el doctísimo hombre no lo prueba en absoluto. Es débil su argumento de que Anastasio Bibliotecario, en la Vida del Papa León, que ocupó la sede en el año 595, menciona la Iglesia de San Juan Bautista "que se encuentra junto al patriarcado Lateranense", pero no la llama Constantiniana, mientras que siempre llama Constantiniana a la basílica del Santo Salvador. 1432 Pero, ¿qué fuerza tiene ese argumento negativo contra tantos testimonios claros e indubitables de manuscritos; a saber, Belvac., Bigot., Carnot., Gemet., Reg. Sueciae, y especialmente el Corbeiensis Germ., que no es posterior a Anastasio en antigüedad? En este código, homilía 16, en el Evangelio "Jesús fue llevado al desierto", se lee que fue pronunciada al pueblo "en la basílica de San Juan que se llama Constantiniana". Lo mismo se prefiere en las homilías 22, 25, 39.

VI. Juan Fronto añade que la basílica de San Juan Bautista era un monasterio. Además, en los oratorios de los monasterios no se hacían estaciones ni concurrencias del pueblo. El erudito hombre es refutado por la autoridad del mismo Gregorio, quien asigna la iglesia de San Juan Bautista (no la llama oratorio) para la "letanía septiforme" o súplica y procesión, donde se reunía y de donde procedía la letanía de los clérigos; lo cual también se confirma con el testimonio de Juan Diácono, libro I, capítulos 41 y 42. Además, la basílica de San Pancracio era un lugar de estación en tiempos de San Gregorio, como se manifiesta en la homilía 27 pronunciada allí, y consta por antiguos monumentos de la Iglesia que la estación continuó en ella. Sin embargo, la iglesia de San Pancracio, que antes estaba en manos de los presbíteros, fue cedida a los monjes por orden del santísimo papa, como se hace evidente en la carta 18 del libro antes III, ahora IV, indicación 12. Finalmente, la homilía 5 fue pronunciada en la basílica de San Andrés Apóstol en el día de su natalicio, es decir, en la iglesia del monasterio que Gregorio mismo había fundado. Por lo tanto, esa ley que, velando por la tranquilidad de los monjes, prohibía hacer estaciones y concurrencias del pueblo en sus iglesias, tenía muchas excepciones.

VII. En el mismo calendario romano editado por Juan Fronto, no parecen asignarse las mismas estaciones en todas partes que en las homilías de Gregorio, y no es de extrañar. Primero, porque ese calendario fue redactado, según el juicio de Juan Fronto, solo en el siglo octavo, alrededor del año 731, es decir, un siglo y casi medio después de que Gregorio pronunciara las homilías sobre los Evangelios; por lo que fácilmente pudo haberse cambiado algo en las estaciones en ese largo intervalo de tiempo. Segundo, en la colección de homilías se indica el lugar donde fueron pronunciadas, y en el calendario el lugar de la estación; pero nada obliga a decir que la homilía siempre se pronunció en el lugar de la estación; ¿qué impide creer que a veces se anticipó a la procesión, especialmente en verano?

VIII. Resueltas todas las dificultades que podrían oponerse tanto del calendario romano como de las observaciones de su editor, ahora se deben añadir y anexar algunas palabras sobre esta

última edición de las homilías mencionadas. Aunque en los antiguos manuscritos y ediciones antiguas se comprenden las cuarenta homilías en un solo libro, consideramos que debíamos seguir el ejemplo de Gregorio mismo, quien en la carta a Secundino dice: "También he dispuesto que estas homilías, en el orden en que fueron pronunciadas, se coloquen en dos códices; de modo que las primeras veinte, que fueron dictadas, y las otras veinte, que fueron pronunciadas en presencia, estén en cuerpos distintos". Aunque el orden de ellas no es el mismo en nuestros manuscritos (pues tres, a saber, Lateran., Corb. y Reg. Sueciae, difieren de los demás y entre sí), como todos los demás coinciden, y son más antiguos, hemos hecho que se impriman en la misma serie en que siempre se han impreso. Hemos añadido notas breves al pie de las columnas, en las que se contienen lecturas variantes, o se dan razones de las restituciones que hemos hecho, ciertamente no pocas ni despreciables, o se ilustran algunas sentencias de San Gregorio, y si surge alguna dificultad, la resolvemos.

IX. Para mencionar algunos de los lugares que hemos corregido, en la homilía 2 hay cuatro. Número 1: "Ciego es el género humano", en lugar de "ciego está", etc. Número 4: "pero ¿qué a esto?", en lugar de "pero ¿quién aún?". Número 5: "fijamos a Jesús en la mente", en lugar de "fijamos a Jesús". Finalmente, número 7: "salvado en la mente", en lugar de "iluminado en la mente". Homilía 3, número 3, hemos restituido "obtuvo", en lugar de "sostuvo", y número 4: "nos lanzamos a la maldición", en lugar de "nos lanzamos a la maldición del maldiciente", que fue inventado por los editores sin razón. Homilía 5, número 4, ahora se lee "nunca desear nada, ni siquiera poseer sin deseo", donde antes se leía "nunca desear nada, ni siquiera poseer con deseo", con el sentido corrompido. Homilía 6, número 2, hemos restituido "ni la detracción de cualquiera lo hacía áspero en la ira", en lugar de "ni la ira de la detracción de cualquiera lo hacía áspero". Número 3, "expresión", en lugar de "santidad". Allí mismo, "vestido con pelos tejidos", en lugar de "vestido con vestiduras tejidas de pelos", que se lee incorrectamente en Gussanv. Homilía 7, número 3, "no lava", en lugar de "no sana", y "es engendrado por el Padre sin tiempo", en lugar de "sin madre antes de los tiempos es engendrado por el Padre". Número 4, en Gussanv. se lee "poseer al pueblo israelita con contradicción", en lugar de "poseer sin contradicción alguna después". Homilía 9, número 3, al final, hemos llenado una gran laguna de la edición de Gussanv., Vatic., y otras más recientes. Llamamos ediciones recientes a las que fueron preparadas desde mediados del siglo XVI. Homilía 11, número 3, hemos restituido "llevada", en lugar de "invicta". Sería excesivo si continuara con los demás. Por lo tanto, bastará con añadir un solo lugar de tantos que hemos corregido, a saber, la homilía 21, de cuyo error parece derivarse un error contra la divinidad de Cristo. Es decir, número 4, antes se leía en las ediciones: "no está aquí (Cristo), se dice, por la presencia de la majestad". Pero según los manuscritos, debe leerse, de acuerdo con la sana doctrina de la Iglesia: "no está aquí, se dice por la presencia de la carne, quien sin embargo nunca faltará por la presencia de la majestad". De aquí, si no me equivoco, se desprende que las ediciones ya publicadas debían ser revisadas nuevamente por nosotros, y corregidas a partir de los códices manuscritos. Aquí tienes el índice de los códices que hemos utilizado.

X. Códice muy antiguo en pergamino del archivo de la basílica Constantiniana del Santo Salvador, inscrito en el Laterano 1674.

Códice Corbeiensis, ahora conservado en la biblioteca de San Germán de los Prados, al que por eso llamamos Corbeiensis Germanense, numerado 166. Este se escribió al menos en el siglo IX, como casi se constata por la forma de los caracteres. En la misma biblioteca consultamos otros dos códices antiguos, que llamaremos Sangermanenses o simplemente German. Consultamos el códice de la biblioteca Real solo en ciertos lugares, no en su totalidad con las ediciones.

Códice de la Iglesia de Beauvais, que parece haber sido escrito a finales del siglo IX o principios del X. Al final se leen versos escritos a mano más reciente sobre el obispo Rogerio, recientemente fallecido, quien gobernó la Iglesia de Beauvais a finales del siglo X y principios del XI.

Códice Corbeiensis número 163, que compite en antigüedad con todos los anteriores.

Códice de Tours de la insigne Iglesia de San Martín, no inferior en antigüedad, contiene solo las primeras veinte homilías.

Códice de la reina de Suecia inscrito 43.

Dos códices del monasterio de San Pedro de Chartres de seiscientos años.

Códice Bigotiano que muestra una antigüedad de quinientos años.

Códice de Jumièges que parece no ser menor en antigüedad. Otros dos códices del mismo célebre monasterio apenas tienen trescientos años. El primero a menudo coincide con el más antiguo, el otro no.

Códice del monasterio de Valle Clara de la orden Cisterciense.

Códice del monasterio de Longpont de la misma orden.

A estos se suman cuatro ejemplares ingleses, cuyas lecturas variantes proporcionó Thomas Jamezius.

También consideramos oportuno utilizar el apoyo de ediciones antiguas, la de Amberes de 1509, la de Ruan de Francisco Regnaut (que erróneamente se lee hecha en 1421), las de París de los años 1518 y 1571, y otras más recientes.

XI. Al final, consideramos añadir un sermón pronunciado por San Gregorio "sobre la mortalidad" (así se titula en los antiguos manuscritos) después de haber sido elegido para la sede romana. Ya había sido editado entre las cartas de Gregorio, al inicio del libro antes XI, ahora XIII, indicación 6, en la Vida del mismo santo Doctor, por Juan Diácono, libro I, capítulos 41 y 42, y entre las obras de Gregorio de Tours que refieren este discurso en el libro X de la Historia, capítulo 1. Lo hemos revisado nuevamente y comparado con dos códices de la biblioteca Bigotiana en Ruan, uno que contiene las cuarenta homilías sobre los Evangelios, y otro que contiene la Vida de San Gregorio escrita por Juan Diácono; con un código de Utica o de San Ebrulfo de la misma Vida; finalmente, con el Corb. Germ. de las cuarenta homilías sobre los Evangelios, al final del cual se ha añadido este sermón. También se encuentra en algunos códices manuscritos del Registro antes de todas las cartas, a saber, en dos Tellerianos, que ahora están en la Biblioteca Real, y en el Colbertino. Usa ya nuestro trabajo, piadoso lector, y recuerda agradecer a quienes hemos trabajado arduamente en esta tarea.

SAN GREGORIO MAGNO, PONTÍFICE ROMANO, LIBROS DOS DE XL HOMILÍAS SOBRE LOS EVANGELIOS. (C,S)

Prefacio. A SECUNDINO, OBISPO DE TAUROMENIO.

1434 Al reverentísimo y santísimo hermano Secundino, obispo, Gregorio, siervo de los siervos de Dios.

Durante los solemnes oficios de las misas, de aquellas que en ciertos días se leen según la costumbre en esta Iglesia, expuse cuarenta lecturas del santo Evangelio. Y la exposición de algunas fue dictada, asistiendo el pueblo, y recitada por un notario; la explicación de otras la pronuncié yo mismo ante el pueblo, y así como hablaba fue recogida. Pero algunos hermanos, fervientes en el estudio de la palabra sagrada, las transcribieron antes de que pudiera llevarlas al modo propuesto con una sutil corrección. A estos con razón podría compararlos con ciertos hambrientos, que desean comer los alimentos antes de que estén completamente cocidos. Esto, sin embargo, donde está escrito: "Jesús fue llevado al desierto por el espíritu, para ser tentado por el diablo" (Mat. IV), primero lo expuse como bajo cierta ambigüedad, pero luego corregí esa duda con una nota clara. 1435 También dispuse que estas homilias, en el orden en que fueron pronunciadas, se colocaran en dos códices, de modo que las primeras veinte, que fueron dictadas, y las otras veinte, que fueron pronunciadas en presencia, estuvieran en cuerpos distintos. Que algunas estén colocadas antes de lo que se lee después en el Evangelio, y otras después de lo que se encuentra escrito antes por el evangelista, no debe perturbar a tu fraternidad, porque así como fueron dictadas en diferentes momentos por mí, así también fueron fijadas en los códices por los escribas. Por lo tanto, si tu fraternidad, siempre atenta a las sagradas lecturas, encuentra el lugar del Evangelio mencionado bajo duda, o descubre que estas homilias no están dispuestas como he dicho, sepa que han permanecido sin corregir, y corríjalas según las que he enviado a través del portador presente, y de ninguna manera permita que permanezcan sin corrección. Sin embargo, las editadas se conservan en el archivo de nuestra santa Iglesia, para que si algunos están lejos de tu fraternidad, aquí encuentren de dónde hacerse más seguros en las que han sido corregidas.

LIBRO PRIMERO.

HOMILIA PRIMERA.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol, el segundo domingo de Adviento del Señor.

LECTURA DEL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS XXI, 25-32.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las naciones, perplejas por el bramido del mar y de las olas, desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de lo que vendrá sobre el mundo. Porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Y entonces verán al Hijo del Hombre viniendo en una nube con poder y gran gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está cerca. Y les dijo una parábola: Mirad la higuera y todos los árboles; cuando ya brotan, sabéis por vosotros mismos que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que el reino de Dios está cerca. De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

1436 1. Nuestro Señor y Redentor, hermanos carísimos, deseando encontrarnos preparados, anuncia los males que seguirán al mundo envejecido, para apartarnos de su amor. Da a conocer cuántos golpes precederán a su fin cercano, para que si no queremos temer a Dios en la tranquilidad, al menos temamos su juicio cercano, aunque sea golpeados por las calamidades. A esta lectura del santo Evangelio, que vuestra fraternidad acaba de escuchar, el Señor precedió un poco antes, diciendo: "Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos en diversos lugares, y pestilencias, y hambres" (Luc. XXI,

10). Y después de interponer algunas cosas, añadió lo que acabáis de escuchar: "Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las naciones, perplejas por el bramido del mar y de las olas". De todas estas cosas, ciertamente, algunas ya las vemos realizadas, otras tememos que vendrán pronto. Pues vemos que nación se levanta contra nación, y su angustia oprime la tierra, más en nuestros tiempos que lo que leemos en los códices. Que el terremoto derrumba innumerables ciudades, lo sabéis por otras partes del mundo, como hemos oído con frecuencia. Sufrimos pestilencias sin cesar. Las señales en el sol, la luna y las estrellas aún no las vemos claramente, pero porque tampoco están lejos, lo deducimos ya del mismo cambio del aire. Aunque antes de que Italia fuera entregada a la espada pagana, vimos ejércitos de fuego en el cielo, el mismo que después fue derramado sobre la humanidad, resplandeciendo. Sin embargo, la confusión del mar y de las olas aún no ha surgido de nuevo. Pero como muchas de las cosas anunciadas ya se han cumplido, no hay duda de que seguirán también las pocas que quedan, porque la certeza de las cosas futuras se basa en la manifestación de las pasadas.

1437 2. Decimos esto, hermanos amadísimos, para que vuestras mentes se despierten al estudio de la cautela, no sea que se adormezcan en la seguridad, ni se debiliten en la ignorancia, sino que siempre las despierte el temor y las confirme la diligencia en la buena obra, considerando lo que se añade con la voz de nuestro Redentor: "Los hombres se secarán de miedo y de la expectación de lo que sobrevendrá al mundo entero. Porque las virtudes de los cielos se moverán." Pues, ¿qué llama el Señor virtudes de los cielos sino a los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados y potestades, que en la venida del juez severo aparecerán entonces visiblemente a nuestros ojos, para exigirnos estrictamente lo que ahora el Creador invisible soporta con ecuanimidad? Donde también se añade: "Y entonces verán al Hijo del hombre viniendo en las nubes con gran poder y majestad." Como si se dijera abiertamente: En poder y majestad verán a quien en humildad no quisieron escuchar, para que entonces sientan su poder con mayor severidad, cuanto ahora no inclinan el cuello del corazón a su paciencia.

3. Pero como esto se ha dicho contra los réprobos, pronto las palabras se vuelven hacia la consolación de los elegidos. Pues se añade: "Cuando estas cosas comiencen a suceder, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención." Como si la Verdad abiertamente advirtiera a sus elegidos, diciendo: Cuando las plagas del mundo se multipliquen, cuando el terror del juicio se muestre con las virtudes conmovidas, levantad las cabezas, es decir, alegren los corazones, porque mientras se acaba el mundo, del cual no sois amigos, se acerca la redención que habéis buscado. En la Escritura sagrada a menudo se pone la cabeza por la mente, porque así como la cabeza gobierna los miembros, así también las mentes disponen los pensamientos. Levantar, por tanto, las cabezas es elevar nuestras mentes a las alegrías de la patria celestial. Quienes, por tanto, aman a Dios son mandados a alegrarse y regocijarse por el fin del mundo, porque evidentemente encuentran pronto a quien aman, mientras pasa aquel a quien no amaron. Pues lejos esté que algún fiel que desea ver a Dios lamente las aflicciones del mundo, que no ignora que con esas mismas aflicciones se acaba. Porque está escrito: "Cualquiera que quiera ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios" (Sant. IV, 4). Quien, por tanto, no se alegra con el fin del mundo, testifica ser amigo de él, y por esto se le convence de ser enemigo de Dios. Pero lejos esté esto de los corazones de los fieles, lejos de aquellos que creen por la fe que hay otra vida, y la aman por la obra. Porque lamentar la destrucción del mundo es propio de aquellos que han plantado las raíces de su corazón en su amor, que no buscan la vida siguiente, que ni siquiera sospechan que exista. Pero nosotros, que hemos conocido las eternas alegrías de la patria celestial, debemos apresurarnos hacia ellas cuanto antes. Debemos desear ir más rápido y llegar a ella por un

camino más corto. ¿Por qué males no está urgido el mundo? ¿Qué tristeza, qué adversidad no nos angustia? ¿Qué es la vida mortal sino un camino? Y, hermanos míos, considerad qué es fatigarse en el trabajo del camino, y sin embargo no querer que ese mismo camino termine. Pero que el mundo debe ser pisoteado y despreciado, nuestro Redentor lo manifiesta con una comparación providente, cuando añade de inmediato: "Mirad la higuera y todos los árboles, cuando ya producen fruto, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que estas cosas suceden, sabed que el reino de Dios está cerca." Como si dijera abiertamente: Porque así como por el fruto de los árboles se conoce el verano cercano, así por la ruina del mundo se reconoce que el reino de Dios está cerca. Con estas palabras se muestra que el fruto del mundo es la ruina. Crece para caer. Germina para que todo lo que ha germinado lo consuma en desgracias. Bien se compara el reino de Dios con el verano, porque entonces pasan las nubes de nuestra tristeza, y los días de la vida resplandecen con la claridad del sol eterno.

4. Todo esto se confirma con gran certeza, cuando se añade la sentencia que dice: "En verdad os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán." Porque nada en la naturaleza de las cosas corporales es más duradero que el cielo y la tierra, y nada en la naturaleza de las cosas pasa tan rápidamente como la palabra. Porque mientras las palabras están incompletas, no son palabras; pero cuando están completas, ya no son en absoluto, porque no pueden completarse sino pasando. Dice, por tanto: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán." Como si dijera abiertamente: Todo lo que entre vosotros es duradero, no es duradero sin cambio hacia la eternidad; y todo lo que entre mí se ve pasar, se mantiene fijo y sin pasar, porque mi palabra que pasa expresa sentencias que permanecen sin mutabilidad.

5. He aquí, hermanos míos, ya vemos lo que escuchábamos. Con males nuevos y crecientes, el mundo es urgido cada día. De aquel pueblo innumerable, veis cuántos habéis quedado; y sin embargo, aún cada día los flagelos urgen, los casos repentinos oprimen, nuevas y repentinas calamidades nos afligen. Porque así como en la juventud el cuerpo florece, el pecho permanece fuerte e intacto, el cuello es robusto, los bronquios están llenos; pero en los años de la vejez la estatura se encorva, el cuello seco se inclina, el pecho se oprime con frecuentes suspiros, la fuerza decae, las palabras del que habla son interrumpidas por el aliento; pues aunque falte la enfermedad, a menudo la misma salud es enfermedad para los sentidos: así el mundo en los años anteriores floreció como en la juventud, fue robusto para propagar la prole del género humano, verde en la salud de los cuerpos, rico en la opulencia de las cosas; pero ahora se deprime por su misma vejez, y como hacia la muerte cercana es urgido por crecientes molestias. No améis, por tanto, hermanos míos, a quien veis que no puede permanecer mucho tiempo. Poned en el ánimo los preceptos apostólicos, que nos advierten, diciendo: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo, porque si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Juan II, 15). Hace tres días, hermanos, reconocisteis que por un torbellino repentino fueron arrancados árboles añosos, destruidas casas, y derribadas iglesias desde sus cimientos. Cuántos al atardecer, sanos e intactos, pensaban hacer algo al día siguiente, y sin embargo, esa misma noche murieron repentinamente, atrapados en la trampa de la ruina.

6. Pero debemos considerar, amadísimos, que para hacer estas cosas el juez invisible movió el espíritu de un viento muy tenue, excitó la tormenta de una nube, y socavó la tierra, sacudió los cimientos de tantos edificios que iban a caer. ¿Qué hará, pues, este juez cuando venga por sí mismo, y su ira arda en venganza de los pecados, si no puede ser soportado cuando nos hiere a través de una nube muy tenue? ¿Qué carne subsistirá en la presencia de su ira, si movió el viento, y socavó la tierra, agitó el aire, y derribó tantos edificios? Considerando esta

severidad del juez venidero, Pablo dice: "Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo" (Hebr. X, 31). El salmista expresa esto, diciendo: "Vendrá nuestro Dios manifiestamente, y no callará. Fuego arderá delante de él, y alrededor de él habrá una tempestad violenta" (Sal. XLIX, 3). A la severidad de tan gran justicia la acompañan la tempestad y el fuego, porque la tempestad examina a quienes el fuego quema. Poned, pues, hermanos amadísimos, ese día ante vuestros ojos, y cualquier cosa que ahora se considere grave se aligera en comparación con él. Porque de ese día se dice por el profeta: "Cercano está el día grande del Señor, cercano y muy veloz. La voz del día del Señor es amarga, allí se angustiará el fuerte. Día de ira, aquel día, día de tribulación y angustia, día de calamidad y miseria, día de tinieblas y oscuridad, día de nube y torbellino, día de trompeta y clamor" (Sofon. I, 14, ss.). De este día el Señor dice de nuevo por el profeta: "Aún una vez, y yo moveré no solo la tierra, sino también el cielo" (Ageo II, 22). He aquí, como predijimos, movió el aire, y la tierra no subsiste; ¿quién, pues, soportará cuando mueva el cielo? ¿Qué son, pues, los terrores que vemos, sino heraldos de la ira que sigue? Por lo cual es necesario considerar que estas tribulaciones son tan diferentes de la última tribulación como la persona del juez es diferente del heraldo. Poned, pues, hermanos amadísimos, toda vuestra atención en ese día, corregid vuestra vida, cambiad vuestras costumbres, resistid y vencid los males que os tientan, y castigad con lágrimas los perpetrados. Porque veréis el advenimiento del juez eterno tanto más seguros cuanto ahora prevenís su severidad con temor.

HOMILÍA II.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol, el Domingo de Quincuagésima.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS XVIII, 31-44.

En aquel tiempo, Jesús tomó a sus doce discípulos y les dijo: "He aquí que subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que están escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre. Porque será entregado a los gentiles, y será burlado, y azotado, y escupido. Y después de azotarlo, lo matarán, y al tercer día resucitará." Pero ellos no entendieron nada de esto. Y esta palabra estaba oculta para ellos, y no comprendían lo que se decía. Sucedió que, al acercarse a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino, mendigando. Y al oír que pasaba la multitud, preguntó qué era aquello. Le dijeron que Jesús Nazareno pasaba. Y exclamó, diciendo: "Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí." Y los que iban delante lo reprendían para que callara. Pero él clamaba mucho más: "Hijo de David, ten misericordia de mí." Jesús, deteniéndose, mandó que lo trajeran a él. Y cuando se acercó, le preguntó, diciendo: "¿Qué quieres que te haga?" Y él dijo: "Señor, que vea." Y Jesús le dijo: "Mira, tu fe te ha salvado." Y al instante vio, y lo seguía, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al verlo, dio alabanza a Dios.

1440 1. Nuestro Redentor, previendo que sus discípulos se perturbarían por su pasión, les predice mucho antes tanto el sufrimiento de esa pasión como la gloria de su resurrección, para que cuando lo vieran morir, como estaba predicho, no dudaran también de que resucitaría. Pero como los discípulos, aún carnales, de ningún modo podían comprender las palabras del misterio, se pasa al milagro. Ante sus ojos, un ciego recibe la vista, para que quienes no podían comprender las palabras del misterio celestial, sean fortalecidos en la fe por los hechos celestiales. Pero los milagros de nuestro Señor y Salvador deben ser tomados, hermanos amadísimos, de tal manera que se crean hechos en verdad, y sin embargo, nos insinúen algo por significación. Sus obras, en efecto, muestran algo por su poder, y dicen algo por su misterio. Pues bien, ignoramos quién fue este ciego según la historia, pero sin embargo, sabemos a quién significa por el misterio. El ciego es, en efecto, el género humano,

que en el primer padre, expulsado de las alegrías del paraíso, ignorando la claridad de la luz suprema, sufre las tinieblas de su condenación; pero sin embargo, es iluminado por la presencia de su Redentor, para que vea ya por deseo las alegrías de la luz interna, y ponga sus pasos en el camino de la vida de buena obra.

2. Es de notar que cuando se dice que Jesús se acerca a Jericó, el ciego es iluminado. Jericó, en efecto, se interpreta como luna, y la luna en el sagrado discurso se pone por el defecto de la carne, porque al disminuir en sus momentos mensuales, designa el defecto de nuestra mortalidad. Así pues, cuando nuestro Creador se acerca a Jericó, el ciego vuelve a la luz, porque cuando la divinidad asumió el defecto de nuestra carne, el género humano recuperó la luz que había perdido. Pues de donde Dios sufre lo humano, de allí el hombre es elevado a lo divino. Este ciego, en efecto, es descrito correctamente como sentado junto al camino y mendigando; porque la misma Verdad dice: "Yo soy el camino" (Juan XIV, 6). Quien, por tanto, no conoce la claridad de la luz eterna, es ciego; pero si ya cree en el Redentor, se sienta junto al camino; si ya cree, pero disimula pedir para recibir la luz eterna, y cesa de las plegarias, el ciego se sienta junto al camino, pero no mendiga. Si, sin embargo, cree y reconoce la ceguera de su corazón, y pide recibir la luz de la verdad, el ciego se sienta junto al camino y mendiga. Cualquiera, pues, que reconoce las tinieblas de su ceguera, cualquiera que entiende que le falta la luz de la eternidad, clame con las entrañas del corazón, clame también con las voces de la mente, diciendo: "Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí." Pero escuchemos qué se añade al clamor del ciego: "Y los que iban delante lo reprendían para que callara."

3. ¿Qué designan, pues, estos que preceden a Jesús que viene, sino las turbas de deseos carnales, los tumultos de los vicios, que, antes de que Jesús venga a nuestro corazón, disipan nuestra mente con sus tentaciones, y perturban las voces del corazón en la oración? A menudo, en efecto, cuando queremos convertirnos al Señor después de los vicios cometidos, cuando intentamos orar contra esos mismos vicios que hemos cometido, se presentan al corazón las fantasías de los pecados que hemos hecho, deslumbran la agudeza de nuestra mente, confunden el ánimo, y oprimen la voz de nuestra súplica. Los que iban delante, pues, lo reprendían para que callara, porque antes de que Jesús venga al corazón, los males que hemos hecho, golpeando nuestra mente con sus imágenes, nos perturban en nuestra misma oración.

4. Pero escuchemos qué hizo este ciego que iba a ser iluminado. Sigue: "Pero él clamaba mucho más: Hijo de David, ten misericordia de mí." He aquí que a quien la turba reprende para que calle, clama más y más, porque cuanto más gravemente somos oprimidos por el tumulto de las cogitaciones carnales, tanto más ardientemente debemos insistir en la oración. La turba contradice para que no clamemos, porque a menudo sufrimos las fantasías de nuestros pecados incluso en la oración. Pero ciertamente es necesario que la voz de nuestro corazón, cuanto más duramente es repelida, tanto más valientemente insista, para que supere el tumulto de la cogitación ilícita, y estalle con la vehemencia de su importunidad hacia los piadosos oídos del Señor. En sí mismo, como sospecho, cada uno reconoce lo que decimos, porque cuando cambiamos el ánimo de este mundo a Dios, cuando nos convertimos a la obra de la oración, sufrimos después importunamente y gravemente en nuestra oración las mismas cosas que antes hicimos con deleite. Apenas se aparta la cogitación de ellas de los ojos del corazón con la mano del santo deseo, apenas se superan sus fantasías por los lamentos de la penitencia.

5. Pero cuando insistimos vehementemente en nuestra oración, fijamos a Jesús que pasa en la mente. Por lo cual se añade allí: "Pero Jesús, deteniéndose, mandó que lo trajeran a él." He

aquí que se detiene quien antes pasaba, porque mientras aún sufrimos las turbas de las fantasías en la oración, sentimos a Jesús que pasa de algún modo. Pero cuando insistimos vehementemente en la oración, Jesús se detiene para restituir la luz, porque Dios se fija en el corazón, y la luz perdida se repara.

6. En lo cual, sin embargo, el Señor nos insinúa algo más, que puede entenderse útilmente sobre su humanidad y divinidad. Porque Jesús oyó al ciego que clamaba al pasar, pero al detenerse mostró el milagro de la iluminación. Pasar, en efecto, es propio de la humanidad, detenerse de la divinidad. Porque por la humanidad tuvo nacer, crecer, morir, resucitar, venir de un lugar a otro. Porque en la divinidad no hay mutabilidad, y esto mismo cambiar es pasar, ciertamente ese paso es de la carne, no de la divinidad. Pero por la divinidad siempre le es estar, porque presente en todas partes, ni viene por movimiento, ni se retira por movimiento. El Señor, pues, oyó al ciego que clamaba al pasar, lo iluminó al detenerse, porque por su humanidad se compadeció de las voces de nuestra ceguera, pero nos infundió la luz de la gracia por el poder de la divinidad.

7. Y es de notar qué dice al ciego que se acerca: "¿Qué quieres que te haga?" ¿Acaso quien podía devolver la vista ignoraba qué quería el ciego? Pero quiere que se pida lo que ya sabe que concederá y que nosotros pidamos. Nos amonesta, en efecto, a la oración importuna, y sin embargo dice: "Vuestro Padre celestial sabe lo que necesitáis antes de que le pidáis" (Mat. VI, 8). Por tanto, requiere que se pida para excitar el corazón a la oración. Por lo cual el ciego añadió de inmediato: "Señor, que vea." He aquí que el ciego no pide oro al Señor, sino luz. Desprecia pedir algo fuera de la luz, porque aunque el ciego pueda tener cualquier cosa, sin luz no puede ver lo que tiene. Imitemos, pues, hermanos amadísimos, a aquel a quien hemos oído ser salvado tanto en cuerpo como en mente. No busquemos falsas riquezas, ni dones terrenales, ni honores fugitivos del Señor, sino luz; ni la luz que se encierra en un lugar, que se termina en el tiempo, que se varía por la interrupción de las noches, que vemos en común con los animales, sino busquemos la luz que podamos ver con los ángeles solos, que ni el principio inicia, ni el fin angustia. A esta luz, en efecto, la fe es el camino. Por lo cual, correctamente se responde de inmediato al ciego iluminado: "Mira, tu fe te ha salvado." Pero a esto la cogitación carnal dice: ¿Cómo puedo buscar la luz espiritual, que no puedo ver? ¿De dónde me es cierto si existe, la cual no resplandece a los ojos corporales? A esta cogitación, en efecto, cualquiera puede responder brevemente, porque incluso estas mismas cosas que siente, no las piensa por el cuerpo, sino por el alma. Y nadie ve su alma, sin embargo, no duda de tener alma, que no ve. Porque el cuerpo visible es gobernado por el alma invisible. Si se quita lo que es invisible, de inmediato cae lo que visible parecía estar. Por lo tanto, se vive en esta vida visible por una sustancia invisible, ¿y se duda de que exista la vida invisible?

8. Pero ahora escuchemos qué sucedió con el ciego que pedía, o qué hizo él mismo. Sigue: Inmediatamente vio, y lo seguía. Ve y sigue, quien obra el bien que entiende. Ve, pero no sigue, quien entiende el bien, pero desprecia obrar bien. Si, por tanto, hermanos amadísimos, reconocemos ya la ceguera de nuestra peregrinación, si creyendo en el misterio de nuestro Redentor, nos sentamos junto al camino, si pidiendo diariamente luz a nuestro creador, si ya iluminados por la luz que vemos con el entendimiento después de la ceguera, sigamos a Jesús, a quien vemos con la mente, con nuestras obras. Observemos por dónde camina, y sigamos sus huellas imitando. Pues sigue a Jesús quien lo imita. De ahí que dice: Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos (Mat. VIII, 22). Seguir, en efecto, significa imitar. De ahí que nuevamente advierte, diciendo: Si alguno me sirve, sígame (Juan XII, 26). Consideremos, por tanto, por dónde camina, para que merezcamos seguirlo. He aquí, siendo el Señor y creador de los ángeles, al asumir nuestra naturaleza que creó, vino al vientre de la

Virgen. Sin embargo, no quiso nacer en este mundo entre ricos, eligió padres pobres. Por eso, el cordero que debía ofrecerse por él faltó, y su madre encontró pichones de palomas y un par de tórtolas para el sacrificio (Luc. II, 24). No quiso prosperar en el mundo; soportó afrentas y burlas; sufrió escupitajos, azotes, bofetadas, una corona de espinas y la cruz; y porque caímos de la alegría interna por el deleite de las cosas corporales, mostró con cuánta amargura se debe regresar allí. ¿Qué, pues, debe sufrir el hombre por sí mismo, si tanto soportó Dios por los hombres? Quien, por tanto, ya ha creído en Cristo, pero aún persigue las ganancias de la avaricia, se exalta en la soberbia del honor, arde en las llamas de la envidia, se contamina con la impureza de la lujuria, codicia las cosas prósperas que hay en el mundo, desprecia seguir a Jesús en quien ha creído. Camina, en efecto, por un camino diferente, si busca las alegrías y deleites, cuando su guía le mostró el camino de la amargura. Recordemos, por tanto, ante nuestros ojos los pecados que hemos cometido; consideremos cuán terrible juez vendrá a castigarlos; formemos nuestra mente para el lamento; que nuestra vida se amargue temporalmente en penitencia, para que no sienta amargura eterna en la venganza. Pues a través del llanto somos conducidos a las alegrías eternas, con la Verdad prometiendo, que dice: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5). Y se llega al llanto a través de las alegrías, con esta misma Verdad atestiguando, que dice: Ay de vosotros los que ahora reís, porque lloraréis y os lamentaréis (Luc. VI, 25). Si, por tanto, buscamos la alegría de la retribución en la llegada, mantengamos la amargura de la penitencia en el camino. Así se logra que no solo nuestra vida progrese en Dios, sino que esta misma nuestra conversación encienda a otros para la alabanza de Dios. Por eso se añade allí: Y todo el pueblo, al ver, dio alabanza a Dios.

HOMILÍA III.

Pronunciada al pueblo en la basílica de santa Felicidad mártir, en el día de su natalicio.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN MATEO XII, 46-50.

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba a las multitudes, he aquí que su madre y sus hermanos estaban afuera, buscando hablar con él. Alguien le dijo: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, buscándote. Pero él, respondiendo al que le decía, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre.

1444 1. La lectura del Santo Evangelio, hermanos amadísimos, es breve, pero está cargada de grandes misterios. Jesús, en efecto, nuestro creador y redentor, finge no conocer a su madre, y designa quién es su madre y quiénes son sus parientes, no por la relación de la carne, sino por la unión del espíritu, diciendo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Porque cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre. ¿Qué otra cosa nos insinúa con estas palabras, sino que, obedeciendo a sus mandatos, reúne a muchos de entre los gentiles, y no reconoce a Judea, de cuya carne nació? Por eso su madre, al no ser reconocida, se dice que está afuera, porque evidentemente la Sinagoga no es reconocida por su creador, ya que, manteniendo la observancia de la ley, perdió el entendimiento espiritual, y se fijó afuera en la custodia de la letra.

2. Pero cuando se dice que quien hace la voluntad del Padre es hermana y hermano del Señor, no es extraño por ambos sexos que se reúnen en la fe; pero es muy sorprendente cómo también se le llama madre. Pues se dignó llamar hermanos a los discípulos fieles, diciendo: Id, anunciad a mis hermanos (Mat. XXVIII, 10). Quien, por tanto, pudo llegar a ser hermano

del Señor viniendo a la fe, ¿cómo puede también ser madre? Pero debemos saber que quien es hermano y hermana de Cristo por la fe, se convierte en madre predicando. Pues como que da a luz al Señor, a quien infunde en el corazón del oyente. Y se convierte en su madre, si por su voz el amor del Señor se genera en la mente del prójimo.

3. Para confirmar adecuadamente este asunto, está la bienaventurada Felicidad, cuyo natalicio celebramos hoy, quien creyendo fue sierva de Cristo, y predicando se convirtió en madre de Cristo. Pues temió dejar a sus siete hijos, como se lee en sus gestas más corregidas, vivos en la carne, así como los padres carnales suelen temer enviar a sus hijos muertos antes que ellos. Pues, atrapada en el trabajo de la persecución, fortaleció los corazones de sus hijos en el amor de la patria celestial predicando, y dio a luz en espíritu a quienes había dado a luz en la carne, para que diera a luz a Dios por la predicación a quienes había dado a luz al mundo en la carne. Considerad, hermanos amadísimos, en un cuerpo femenino un corazón viril. Se mantuvo impávida ante la muerte. Temió perder en sus hijos la luz de la verdad, si no hubiera quedado huérfana. ¿Acaso diré que esta mujer es mártir? sino más que mártir. Ciertamente el Señor, al hablar de Juan, dijo: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta (Mat. XI, 7). Y el mismo Juan, al ser preguntado, respondió, diciendo: No soy profeta (Juan I, 21). Pues quien sabía que era más que profeta, negaba ser profeta. Porque se le llama más que profeta, ya que el oficio del profeta es anunciar lo que vendrá, no también mostrarlo. Juan, en verdad, es más que profeta, porque a quien dijo con la palabra, lo mostró con el dedo. No diré, por tanto, que esta mujer es mártir, sino más que mártir, quien, habiendo enviado a siete hijos antes que ella al reino, tantas veces muerta antes que ellos, llegó primera a los tormentos, pero llegó octava. La madre vio la muerte de sus hijos, torturada e impávida, añadió la alegría de la esperanza al dolor de la naturaleza. Temió por los vivos, se alegró por los muertos. Deseó no dejar a ninguno después de ella, para que si tuviera a alguno sobreviviente, no pudiera tenerlo como compañero. Nadie, por tanto, de vosotros, hermanos amadísimos, piense que su corazón, al ver morir a sus hijos, no fue tocado por el afecto carnal. Pues no podía ver morir sin dolor a los hijos que sabía que eran su carne, pero había una fuerza interior de amor que vencía el dolor de la carne. Por eso se dice a Pedro, que iba a sufrir: Cuando envejeczas, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras (Juan XXI, 18). Pues aunque Pedro no quisiera plenamente sufrir por Cristo, no podría, pero el martirio, que por la debilidad de la carne no quiso, por la virtud del espíritu amó. Quien, mientras por la carne temía los tormentos, por el espíritu exultaba hacia la gloria; y se logró que, no queriendo, quisiera el martirio. Así también nosotros, cuando buscamos la alegría de la salvación, tomamos la amarga poción de la purificación. La amargura en la poción desagrada, pero la salud que se restaura por la amargura agrada. Amó, por tanto, según la carne, Felicidad a sus hijos, pero por amor a la patria celestial quiso que murieran ante ella a quienes amaba. Ella recibió sus heridas, pero ella misma creció en ellos al precederlos al reino. Con razón, por tanto, diré que esta mujer es más que mártir, quien tantas veces deseablemente extinguida en sus hijos, al obtener un múltiple martirio, venció incluso la palma del martirio.

4. Consideremos, hermanos, a esta mujer, consideremos a nosotros, que somos miembros del cuerpo de un hombre, qué seremos en comparación con ella. Pues a menudo proponemos hacer algunas buenas obras, pero si una palabra, aunque sea la más leve, sale de la boca de alguien que se burla de nosotros, inmediatamente nos quebramos y confundimos, retrocedemos de nuestra intención. He aquí que a menudo nos apartan de la buena obra las palabras. Pero a Felicidad no pudieron quebrarla ni siquiera los tormentos de su santa intención. Nosotros tropezamos con el viento de la maldición; ella salió al reino incluso a través del hierro, y no consideró que hubiera nada que se opusiera. Nosotros, por mandato

divino, no queremos dar siquiera nuestras sobras; ella no solo dio su sustancia a Dios, sino que también entregó su propia carne por él. Nosotros, cuando por mandato divino perdemos a nuestros hijos, lloramos sin consuelo; ella los lloraría como muertos, si no los hubiera ofrecido. Cuando, por tanto, venga el juez estricto a ese terrible examen, ¿qué diremos nosotros, hombres, cuando veamos la gloria de esta mujer? ¿Qué excusa habrá para la debilidad de la mente de los hombres, cuando se muestre a esta, que venció al mundo y al sexo? Sigamos, por tanto, hermanos amadísimos, el camino estricto y áspero del Redentor; pues ya por el uso de las virtudes se ha hecho tan llano, que a las mujeres les place caminar por él. Despreciemos todas las cosas presentes, pues no son nada las que pueden pasar. Es vergonzoso amar lo que se sabe que perecerá pronto. Que no nos venza el amor de las cosas terrenales, que no nos infle la soberbia, que no nos desgarte la ira, que no nos contamine la lujuria, que no nos consuma la envidia. Por amor a nosotros, hermanos amadísimos, nuestro Redentor murió, y aprendamos por amor a él a vencer a nosotros mismos. Si lo hacemos perfectamente, no solo evitaremos los castigos inminentes, sino que seremos recompensados con gloria junto con los mártires. Pues aunque falte la ocasión de persecución, nuestra paz también tiene su martirio, porque aunque no sometamos nuestros cuellos de carne al hierro, sin embargo, con la espada espiritual, matamos los deseos carnales en la mente, con su ayuda, etc.

HOMILÍA IV.

Pronunciada al pueblo en la basílica de san Esteban mártir, sobre los apóstoles.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN MATEO X, 5-10.

En aquel tiempo, Jesús envió a sus doce discípulos, ordenándoles, diciendo: No vayáis por el camino de los gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos, sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Yendo, predicad, diciendo que el reino de los cielos se ha acercado. Sanad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios. Gratis recibisteis, dad gratis. No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestras bolsas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón. Porque el obrero es digno de su alimento.

1. Si bien es sabido por todos, hermanos amadísimos, que nuestro Redentor vino al mundo para la redención de las naciones, cuando vemos que los samaritanos son llamados diariamente a la fe, ¿qué significa que al enviar a los discípulos a predicar, dice: No vayáis por el camino de los gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos, sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel? Sino esto que deducimos del fin del hecho, que primero quiso que se predicara solo a Judea, y después a todas las naciones, para que cuando aquella, llamada a convertirse, se negara, los santos predicadores vinieran en orden a la vocación de las naciones, de modo que la predicación de nuestro Redentor, rechazada por los suyos, buscara a los pueblos gentiles como extraños; y lo que se hacía a los judíos como testimonio, fuera para las naciones un incremento de gracia. Pues entonces había quienes debían ser llamados de Judea, y quienes no debían ser llamados de las naciones. Pues también en los Hechos de los Apóstoles, leemos que, predicando Pedro, primero creyeron tres mil hebreos, y después cinco mil (Hech. II, 41; IV, 4). Y cuando los apóstoles quisieron predicar a las naciones en Asia, se recuerda que fueron prohibidos por el Espíritu (Hech. XVI, 6); y sin embargo, el mismo Espíritu que primero prohibió la predicación, después la infundió en los corazones de los asiáticos. Pues hace tiempo que toda Asia ya ha creído. Por eso, pues, primero prohibió lo que después hizo, porque entonces había en ella quienes no debían ser salvados. Entonces había en ella quienes aún no merecían ser restaurados a la vida, ni

tampoco ser juzgados más gravemente por despreciar la predicación. Por un juicio sutil y oculto, por tanto, se sustrae la santa predicación de los oídos de algunos, porque no merecen ser resucitados por la gracia. Por lo cual es necesario, hermanos amadísimos, que en todo lo que hacemos temamos los ocultos designios del Dios omnipotente sobre nosotros, no sea que mientras nuestra mente, dispersa exteriormente, no se retira de su placer, el juez disponga terriblemente cosas adversas contra ella en su interior. Lo cual, viendo bien el salmista, dice: Venid y ved las obras del Señor, cuán terrible es en sus designios sobre los hijos de los hombres (Sal. XLV, 9; Sal. LXV, 5). Pues vio que uno es llamado misericordiosamente, otro es rechazado por la justicia que lo exige. Y porque el Señor dispone unas cosas perdonando, otras enojándose, temió lo que no pudo penetrar. Y a quien no solo vio inescrutable, sino también en algunos de sus juicios inflexible, lo recordó como terrible en sus designios.

2. Pero escuchemos qué se ordena a los predicadores enviados. Yendo, predicad, diciendo que el reino de los cielos se ha acercado. Esto ya, hermanos amadísimos, aunque el Evangelio calle, el mundo lo clama. Pues sus ruinas son sus voces. Pues quien, golpeado por tantas sacudidas, ha caído de su gloria, como que ya nos muestra de cerca el otro reino que sigue. Ya incluso para quienes lo aman es amargo. Sus mismas ruinas predicán que no debe ser amado. Pues si una casa sacudida amenazara con su ruina, cualquiera que habitara en ella huiría; y quien la había amado estando en pie, se apresuraría a alejarse de ella al caer. Si, por tanto, el mundo cae, y nosotros lo abrazamos amándolo, queremos ser oprimidos más que habitar, porque ninguna razón nos separa de su ruina, a quienes su amor nos ata con sus pasiones. Es fácil, por tanto, ahora ya que vemos todo destruido, separar nuestro ánimo de su amor. Pero esto en aquel tiempo fue muy difícil, cuando entonces eran enviados a predicar el reino de los cielos invisible, mientras veían florecer reinos de la tierra por doquier.

3. Por eso se añadieron milagros a los santos predicadores, para que la virtud mostrada diera fe a las palabras, y quienes predicaban cosas nuevas hicieran cosas nuevas, como se añade en esta misma lectura: Sanad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios. Floreciendo el mundo, creciendo el género humano, permaneciendo la carne mucho tiempo en esta vida, abundando la opulencia de las cosas, ¿quién, al oír que hay otra vida, creería? ¿Quién preferiría lo invisible a lo visible? Pero al volver a la salud los enfermos, al resucitar a la vida los muertos, al recibir limpieza los leprosos, al ser arrebatados del dominio de los espíritus inmundos los endemoniados, realizados tantos milagros visibles, ¿quién no creería lo que oía de lo invisible? Pues los milagros visibles resplandecen para atraer los corazones de los que ven a la fe de lo invisible, para que por lo que se hace maravillosamente fuera, se sienta que lo que está dentro es mucho más maravilloso. Por eso ahora también, cuando ha crecido el número de fieles, dentro de la santa Iglesia hay muchos que llevan una vida de virtudes, pero no tienen signos de virtudes, porque es en vano que se muestre un milagro fuera, si falta lo que opere dentro. Pues según la voz del Maestro de los gentiles: Las lenguas son señal no para los fieles, sino para los infieles (I Cor. XIV, 22). Por eso el mismo predicador egregio, entre las palabras de la predicación, resucitó orando a Eutico, que dormía y caía de la ventana, y que había muerto completamente ante todos los infieles (Hech. XX, 9, sig.). Llegando a Melita, y sabiendo que la isla estaba llena de infieles, sanó orando al padre de Publio, afligido por disentería y fiebre (Hech. XXVIII, 8). Pero a su compañero de peregrinación, y ayudante de la santa predicación, Timoteo, debilitado por la enfermedad del estómago, no lo cura con la palabra, sino que lo restaura con arte medicinal, diciendo: Usa un poco de vino, por tu estómago y tus frecuentes enfermedades (I Tim. V, 23). ¿Por qué, entonces, salva con una sola oración al infiel enfermo, y no fortalece con oración al compañero enfermo? Porque, sin duda, aquel debía ser sanado fuera por un milagro, quien no estaba vivo dentro, para que por lo que mostrara el poder exterior, lo animara a la vida la

virtud interior. Pero al compañero fiel enfermo no debían mostrarse signos fuera, quien vivía saludablemente dentro.

4. Pero escuchemos lo que nuestro Redentor añade después de conceder el poder de la predicación y los milagros de las virtudes: "Gratis lo recibisteis, dadlo gratis". Pues preveía que algunos torcerían este mismo don del Espíritu recibido hacia el uso del comercio, y desviarían las señales de los milagros al servicio de la avaricia. De ahí que Simón el Mago, al ver los milagros realizados por la imposición de manos, quiso obtener el don del Espíritu Santo con dinero (Hechos VIII, 18 y ss.), para vender peor lo que había adquirido mal. Por eso nuestro Redentor expulsó del templo a las multitudes con un látigo hecho de cuerdas, y volcó las mesas de los que vendían palomas (Juan II, 15). Vender palomas es, en efecto, dar la imposición de manos por la que se recibe el Espíritu Santo, no por el mérito de la vida, sino por una recompensa. Pero hay algunos que no reciben recompensas monetarias por la ordenación (1, q. 1, c. Nonnulli), y sin embargo otorgan órdenes sagradas por el favor humano, y buscan de esa misma generosidad solo la retribución de la alabanza. Estos, ciertamente, no dan gratis lo que recibieron gratis, porque buscan la moneda del favor por el oficio de santidad que ejercen. Por eso, cuando el profeta describía al hombre justo, dijo: "El que sacude sus manos de todo soborno" (Isaías XXXIII, 15). No dice: "El que sacude sus manos de soborno", sino que añade "de todo", porque una cosa es el soborno del servicio, otra el soborno de la mano, otra el soborno de la lengua. El soborno del servicio es la sumisión indebida, el soborno de la mano es el dinero, el soborno de la lengua es el favor. Por tanto, quien otorga órdenes sagradas sacude sus manos de todo soborno cuando en las cosas divinas no solo no busca dinero, sino tampoco el favor humano.

5. Pero vosotros, hermanos amadísimos, que estáis en el estado secular, cuando conocéis lo que es nuestro, volved los ojos de la mente a lo vuestro. Haced todo hacia vosotros gratuitamente. No busquéis la retribución de vuestra obra en este mundo, que ya veis que ha decaído con tanta rapidez. Así como queréis que las malas acciones se oculten para que otros no las vean, así también evitad que las buenas aparezcan para la alabanza humana. No hagáis ni lo malo ni lo bueno por una retribución temporal. Buscad como testigo de vuestra obra a aquel a quien esperáis como juez. Que ahora vea vuestras buenas obras ocultas, para que en el tiempo de su retribución las muestre en público. Así como proveéis diariamente alimentos a vuestra carne para que no desfallezca, que las buenas obras sean el alimento diario de vuestra mente. El cuerpo se alimenta con comida, el espíritu se nutre con obras piadosas. No neguéis a vuestra alma, que vivirá eternamente, lo que dais a la carne que ha de morir. Pues cuando un fuego repentino consume una casa, quienquiera que sea su dueño, toma lo que puede y huye, considerando ganancia si logra llevarse algo de las llamas. He aquí que la llama de las tribulaciones quema el mundo, y todo lo que en él parecía hermoso, el fin ya cercano lo devasta como el fuego. Considerad, pues, hermanos amadísimos, como la mayor ganancia si lográis arrebatar algo de él, si al huir os lleváis algo, si lo que podía perecer permaneciendo lo guardáis para vosotros como una retribución eterna al darlo. Pues todo lo terrenal lo perdemos al conservarlo, pero lo guardamos bien al darlo generosamente. Los tiempos pasan con rapidez. Por tanto, apresurémonos a prepararnos con buenas obras para ver a nuestro juez, ya que con gran urgencia somos empujados hacia él, con la ayuda de nuestro Señor, etc.

HOMILÍA V.

Pronunciada al pueblo en la basílica del bienaventurado apóstol Andrés, en el día de su nacimiento.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO IV, 18-22.

En aquel tiempo, caminando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, echando una red en el mar (pues eran pescadores), y les dijo: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres". Y ellos, dejando al instante las redes, le siguieron. Y avanzando de allí, vio a otros dos hermanos, Santiago hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en la barca con Zebedeo su padre, remendando sus redes, y los llamó. Y ellos, dejando al instante la barca y a su padre, le siguieron.

1. Habéis oído, hermanos amadísimos, que a la voz de una sola orden, Pedro y Andrés, dejando las redes, siguieron al Redentor. No habían visto aún que hiciera milagros, no habían oído de él nada sobre la recompensa de la retribución eterna; y sin embargo, a una sola orden del Señor, olvidaron lo que parecía que poseían. ¡Cuántos milagros suyos vemos nosotros, cuántos azotes sufrimos, cuántas amenazas nos amedrentan, y sin embargo despreciamos seguir al que nos llama! Ya está sentado en el cielo, quien nos advierte de la conversión; ya ha sometido a las naciones al yugo de la fe, ya ha abatido la gloria del mundo, ya, con sus ruinas multiplicándose, anuncia el día de su juicio inminente; y sin embargo, nuestra mente soberbia no quiere abandonar voluntariamente lo que cada día pierde a la fuerza. ¿Qué diremos, pues, amadísimos, en su juicio, nosotros que no nos apartamos del amor de este siglo presente ni con sus preceptos ni con sus castigos?

2. Pero tal vez alguien diga en sus pensamientos secretos: ¿Qué o cuánto dejó este pescador a la voz del Señor, que casi nada tenía? Pero en este asunto, hermanos amadísimos, debemos considerar más el afecto que el patrimonio. Mucho dejó quien no se retuvo nada para sí, mucho dejó quien, por poco que fuera, lo dejó todo. Ciertamente nosotros poseemos con amor lo que tenemos, y buscamos con deseo lo que no tenemos. Mucho, pues, dejaron Pedro y Andrés, cuando cada uno de ellos también dejó los deseos de poseer. Mucho dejó quien, junto con la posesión, también renunció a las concupiscencias. Por tanto, dejaron tanto los que siguieron, como pudieron desear los que no siguieron. Nadie, por tanto, aunque vea a algunos dejar muchas cosas, diga para sí mismo: Quiero imitar a los que desprecian este mundo, pero no tengo nada que dejar. Mucho, hermanos, dejáis si renunciáis a los deseos terrenales. Lo exterior nuestro, por pequeño que sea, es suficiente para el Señor. Pues considera el corazón, y no la sustancia; ni mide cuánto se ofrece en su sacrificio, sino de cuánto se ofrece. Pues si consideramos la sustancia exterior, he aquí que nuestros santos negociadores compraron la vida eterna de los ángeles con redes y una barca. No tiene estimación de precio, pero sin embargo el reino de Dios vale tanto como tienes. Pues valió para Zaqueo la mitad de su sustancia, porque reservó la otra mitad para restituir en cuádruple lo que injustamente había tomado (Lucas XIX, 8). Valió para Pedro y Andrés dejando las redes y la barca (Mateo IV, 20), valió para la viuda con dos monedas (Lucas XXI, 2), valió para otro con un vaso de agua fría (Mateo X, 42). Así pues, el reino de Dios, como dijimos, vale tanto como tienes.

3. Considerad, pues, hermanos, qué se compra más barato y qué se posee más caro. Pero tal vez ni siquiera un vaso de agua fría se tiene para ofrecer al necesitado, incluso entonces la palabra divina nos promete seguridad. Pues cuando nació el Redentor, se mostraron los ciudadanos del cielo, que clamaban: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Lucas II, 14). Pues ante los ojos de Dios nunca está vacía la mano de un don, si el arca del corazón está llena de buena voluntad. De ahí que el salmista diga: "En mí están, Dios, tus votos que cumpliré, alabanzas a ti" (Salmo LV, 12). Como si dijera abiertamente: Aunque no tengo dones exteriores que ofrecer, dentro de mí mismo encuentro lo que pongo en el altar de tu alabanza, porque tú que no te alimentas con nuestra

dádiva, te complaces mejor con la ofrenda del corazón. Pues nada se ofrece a Dios más ricamente que con buena voluntad. Y la buena voluntad es temer tanto las adversidades ajenas como las propias, alegrarse tanto por la prosperidad del prójimo como por el propio progreso, considerar las pérdidas ajenas como propias, atribuir las ganancias ajenas como propias, amar al amigo no por el mundo, sino por Dios, soportar al enemigo incluso amándolo, no hacer a nadie lo que no quieres que te hagan, no negar a nadie lo que deseas que te den justamente, concurrir a la necesidad del prójimo no solo según las fuerzas, sino también querer ayudar más allá de las fuerzas. ¿Qué, pues, es más rico que este holocausto, cuando el alma se inmola a sí misma en el altar del corazón a Dios?

4. Pero este sacrificio de buena voluntad nunca se cumple plenamente, a menos que se abandone completamente la codicia de este mundo. Pues todo lo que codiciamos en él, sin duda lo envidiamos a los prójimos. Pues parece que nos falta lo que otro alcanza. Y como siempre la envidia está en desacuerdo con la buena voluntad, tan pronto como esta toma la mente, aquella se aleja. Por eso los santos predicadores, para poder amar perfectamente a los prójimos, se esforzaron en no amar nada en este mundo, no desear nada, no poseer nada sin deseo. A quienes bien Isaías mirando, dice: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas?" (Isaías LX, 8). Pues los vio despreciar las cosas terrenales, acercarse con la mente a las celestiales, llover con palabras, resplandecer con milagros. Y a quienes la santa predicación y la vida sublime habían suspendido de los contagios terrenales, a estos los llama nubes voladoras. Pero las ventanas son nuestros ojos, porque a través de ellos el alma ve lo que exteriormente codicia. La paloma es un animal simple, y ajeno a la malicia del veneno. Por tanto, son como palomas a sus ventanas, quienes no codician nada en este mundo, quienes miran todo con simplicidad, y en lo que ven no son arrastrados por el deseo de rapacidad. Pero al contrario, el milano y no la paloma está en sus ventanas, quien anhela con deseo de rapiña lo que considera con sus ojos. Por tanto, hermanos amadísimos, ya que celebramos el natalicio del apóstol bienaventurado Andrés, debemos imitar lo que veneramos. Que la solemnidad de nuestra devoción muestre el servicio de una mente inmutable; despreciemos las cosas terrenales, dejando lo temporal, compremos lo eterno. Y si aún no podemos dejar lo propio, al menos no codiciemos lo ajeno. Si aún nuestra mente no se enciende con el fuego de la caridad, que en su ambición tenga el freno del temor, para que, fortalecida por los pasos de su progreso, al ser contenida del deseo de lo ajeno, algún día sea llevada a despreciar lo propio, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, etc.

HOMILÍA VI.

Pronunciada al pueblo en la basílica de los santos Marcelino y Pedro, el tercer domingo de Adviento del Señor.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO XI, 2-10.

En aquel tiempo, cuando Juan oyó en la cárcel las obras de Cristo, envió a dos de sus discípulos a decirle: "¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?" Y respondiendo Jesús, les dijo: "Id y contad a Juan lo que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia el evangelio, y bienaventurado es el que no se escandalice de mí". Y mientras ellos se iban, Jesús comenzó a decir a las multitudes acerca de Juan: "¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? Pero, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con ropas delicadas? He aquí, los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes. Pero, ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Este es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, que preparará tu camino delante de ti".

1. Debemos preguntarnos, hermanos amadísimos, Juan el profeta, y más que profeta, quien mostró al Señor viniendo al bautismo del Jordán diciendo: "He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo" (Juan I, 29, 36); quien considerando su humildad y el poder de su divinidad, dice: "El que es de la tierra, de la tierra habla; el que viene del cielo, sobre todos es" (Juan III, 31); ¿por qué, estando en la cárcel, envía a sus discípulos a preguntar: "¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?", como si ignorara a quien había mostrado, y no supiera si es él, a quien había proclamado profetizando, bautizando y mostrando? Pero esta cuestión se resuelve más rápidamente si se considera el tiempo y el orden del hecho. Pues estando junto a las aguas del Jordán, afirmó que él era el Redentor del mundo; pero enviado a la cárcel, pregunta si él viene, no porque dude de que él sea el Redentor del mundo, sino que pregunta para saber si el que vino al mundo por sí mismo también descenderá por sí mismo a las puertas del infierno. Pues a quien había anunciado al mundo como precursor, a este también lo precedía al morir yendo al infierno. Dice, pues: "¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?" Como si dijera abiertamente: Así como te dignaste nacer por los hombres, ¿te dignarás también morir por los hombres, para que yo, que fui precursor de tu nacimiento, también sea precursor de tu muerte, y anuncie al infierno que tú vienes, a quien ya anuncié al mundo que has venido? Por eso, el Señor, al ser preguntado, enumerando los milagros de su poder, respondió de inmediato sobre la humildad de su muerte, diciendo: "Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia el evangelio, y bienaventurado es el que no se escandalice de mí". Ante tantos signos y tantas virtudes, nadie pudo escandalizarse, sino admirarse. Pero la mente de los infieles sufrió un gran escándalo en él, cuando lo vio morir después de tantos milagros. Por eso Pablo dice: "Nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente escándalo, y para los gentiles locura" (I Cor. I, 23). Pues pareció locura a los hombres que el autor de la vida muriera por los hombres; y de ahí el hombre tomó escándalo contra él, de donde también más deudor debió hacerse. Pues tanto más dignamente debe ser honrado Dios por los hombres, cuanto más indigno sufrió por los hombres. ¿Qué es, pues, decir: "Bienaventurado el que no se escandalice de mí", sino señalar abiertamente la abyección de su muerte y su humildad? Como si dijera claramente: Hago cosas maravillosas, pero no me avergüenzo de sufrir cosas abyectas. Por tanto, ya que te sigo muriendo, es muy necesario que los hombres se cuiden de no despreciar en mí la muerte, quienes veneran los signos.

2. Pero, dejando a los discípulos de Juan, escuchemos lo que dice a las multitudes sobre el mismo Juan: "¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento?" Lo cual, evidentemente, no lo dijo afirmando, sino negando. Pues la caña, tan pronto como la toca el viento, se inclina hacia el otro lado. ¿Y qué se designa por la caña sino el ánimo carnal? Que tan pronto como es tocado por el favor o la detracción, inmediatamente se inclina hacia cualquier lado. Pues si sopla el viento del favor humano, se alegra, se exalta, y se inclina todo como hacia la gracia. Pero si de allí surge el viento de la detracción, de donde venía el viento de la alabanza, inmediatamente lo inclina como hacia el otro lado por la fuerza de la ira. Pero Juan no era una caña agitada por el viento, porque ni la gracia blanda lo hacía alegre, ni la ira de cualquier detractor lo hacía áspero. Ni las cosas prósperas lo elevaban, ni las adversas lo inclinaban. Por tanto, Juan no era una caña agitada por el viento, a quien ninguna variedad de cosas lo inclinaba de la rectitud de su estado. Aprendamos, pues, hermanos amadísimos, a no ser una caña agitada por el viento; solidifiquemos el ánimo puesto entre las auras de las lenguas, que permanezca el estado inflexible de la mente. Que ninguna detracción nos provoque a la ira, y que ningún favor nos incline a la remisión de la gracia inútil. Que no nos

eleven las cosas prósperas, ni nos perturben las adversas, para que, fijados en la solidez de la fe, no seamos movidos por la mutabilidad de las cosas pasajeras.

3. Aún se añade sobre su expresión: "Pero, ¿qué salisteis a ver al desierto? ¿A un hombre vestido con ropas delicadas? He aquí, los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes". Pues se describe que Juan estaba vestido con pieles de camello. ¿Y qué es decir: "He aquí, los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes", sino demostrar con una sentencia clara que no militan para el rey celestial, sino para el terrenal, aquellos que huyen de sufrir cosas ásperas por Dios, pero, entregados solo a las cosas exteriores, buscan la suavidad y el deleite de la vida presente? Nadie, pues, piense que en el lujo y el afán de las vestiduras no hay pecado, porque si esto no fuera culpa, de ninguna manera el Señor habría alabado a Juan por la aspereza de su vestimenta. Si esto no fuera culpa, de ninguna manera el apóstol Pedro habría contenido a las mujeres del deseo de vestiduras preciosas, diciendo: "No en vestidura preciosa" (I Pedro III, 3; I Timoteo II, 9). Considerad, pues, qué culpa es que incluso los hombres deseen esto, de lo cual el pastor de la Iglesia se preocupó por prohibir a las mujeres.

4. Aunque esto de que Juan no esté vestido con ropas delicadas, puede entenderse también de otra manera por significación. Pues no estaba vestido con ropas delicadas, porque no fomentó la vida de los pecadores con halagos, sino que la increpó con el vigor de una invectiva áspera, diciendo: "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?" (Mateo III, 7; Lucas III, 7). Por eso también se dice por Salomón: "Las palabras de los sabios son como agujones, y como clavos bien clavados" (Eclesiastés XII, 11). Pues las palabras de los sabios se comparan a clavos y agujones, porque no saben acariciar las culpas de los delincuentes, sino punzarlas.

5. Pero, ¿qué salisteis a ver al desierto? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Pues el ministerio del profeta es predecir lo que ha de venir, no también mostrarlo. Por tanto, Juan es más que un profeta, porque a quien profetizó precediéndolo, también lo mostró señalándolo. Pero como se niega que sea una caña agitada por el viento, como se dice que no está vestido con ropas delicadas, como se afirma que el nombre de profeta es inferior para él, ya escuchemos qué puede decirse dignamente. Sigue: "Este es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi ángel delante de tu faz, que preparará tu camino delante de ti" (Malaquías III, 1). Pues lo que en griego se dice ángel, en latín se dice mensajero. Por tanto, quien es enviado a anunciar al juez supremo es llamado ángel, para que conserve la dignidad en el nombre, que cumple en la operación. Es un nombre elevado, pero la vida no es inferior al nombre.

6. Ojalá, hermanos amadísimos, no hablemos según nuestro juicio, porque todos los que son considerados con el nombre de sacerdocio son llamados ángeles, como atestigua el profeta, quien dice: Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca buscan la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos (Malac. II, 7). Pero esta altura del nombre, también vosotros, si queréis, podéis merecerla. Pues cada uno de vosotros, en la medida en que puede, en la medida en que ha recibido la gracia de la inspiración celestial, si aparta al prójimo de la maldad, si se preocupa por exhortar a obrar bien, si anuncia al errante el reino eterno o el castigo, cuando ofrece las palabras de la santa anunciación, ciertamente es un ángel. Y que nadie diga: No soy capaz de amonestar, no soy idóneo para exhortar. Da lo que puedas, para que no se te exija en tormentos lo que recibiste mal guardado. Pues no había recibido más que un talento quien se preocupó más por esconderlo que por distribuirlo. Y sabemos que en el tabernáculo de Dios no solo se hicieron copas, sino también cálices, por mandato del Señor (Éxodo XXXVII). Por las copas se designa la doctrina abundante, y por los cálices, el

conocimiento pequeño y limitado. Uno, lleno de la doctrina de la verdad, embriaga las mentes de los oyentes. Por lo tanto, al decir esto, ciertamente ofrece una copa. Otro no puede expresar lo que siente, pero porque lo anuncia de alguna manera, ciertamente ofrece un sorbo a través de un cáliz. Por lo tanto, estando en el tabernáculo de Dios, es decir, en la santa Iglesia, si no podéis ministrar copas a través de la sabiduría de la doctrina, en la medida en que os basta por la generosidad divina, dad a vuestros prójimos cálices de buena palabra. En la medida en que consideráis haber progresado, atraed también a otros con vosotros, deseando tener compañeros en el camino de Dios. Si alguno de vosotros, hermanos, va al mercado o tal vez al baño, invita a quien considera ocioso para que venga con él. Que esta misma acción terrenal vuestra os convenza, y si os dirigís a Dios, procurad no venir solos a Él. Pues está escrito: El que oye, diga: Ven (Apoc. XXII, 17); para que quien ya ha recibido en su corazón la voz del amor celestial, también devuelva afuera la voz de exhortación a los prójimos. Y tal vez no tenga pan para ofrecer como limosna al necesitado; pero tiene algo mayor que puede dar, quien tiene lengua. Pues es más alimentar con la palabra a una mente que vivirá para siempre, que saciar el vientre de una carne que morirá con pan terrenal. No privéis, pues, hermanos, a vuestros prójimos de la limosna de la palabra. Os amonesto conmigo mismo, para que nos abstengamos de la palabra ociosa, evitemos hablar inútilmente. En la medida en que podemos resistirnos a la lengua, que las palabras no se pierdan en el viento, cuando el juez dice: Toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio (Mat. XII, 36). Pues la palabra ociosa es aquella que carece de la utilidad de la rectitud o de la razón de una justa necesidad. Convertid, pues, las conversaciones ociosas en estudio de edificación: considerad cuán rápidamente pasan los tiempos de esta vida: observad cuán estricto viene el juez. Ponedlo ante los ojos de vuestro corazón: intimidarlo en las mentes de vuestros prójimos; para que en la medida en que las fuerzas lo permitan, si no descuidáis anunciarlo, podáis ser llamados Ángeles con Juan; lo cual se digne conceder quien vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VII.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol, el cuarto domingo de Adviento del Señor.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN I, 19-28.

En aquel tiempo, los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, para que le preguntaran: ¿Quién eres tú? Y confesó, y no negó. Y confesó: No soy yo el Cristo. Y le preguntaron: ¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías? Y dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. Le dijeron entonces: ¿Quién eres, para que demos respuesta a los que nos enviaron? ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías. Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Juan les respondió, diciendo: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis. Él es el que viene después de mí, que ha sido antes de mí, de quien no soy digno de desatar la correa del calzado. Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

1. De las palabras de esta lectura, hermanos amadísimos, se nos encomia la humildad de Juan, quien, siendo de tanta virtud que podría haber sido creído como Cristo, eligió permanecer firmemente en sí mismo, para no ser llevado vanamente por la opinión humana sobre sí. Pues confesó, y no negó, y confesó: No soy yo el Cristo. Pero porque dijo No soy, negó claramente lo que no era, pero no negó lo que era, para que hablando la verdad, se

convirtiera en miembro de aquel cuyo nombre no usurpó falsamente. Así, al no querer aspirar al nombre de Cristo, se convirtió en miembro de Cristo, porque al esforzarse por reconocer humildemente su debilidad, mereció obtener verdaderamente su grandeza. Pero cuando de otra lectura se recuerda la sentencia de nuestro Redentor, de las palabras de esta lectura se nos genera una cuestión muy compleja. Pues en otro lugar, interrogado por los discípulos sobre la venida de Elías, el Señor respondió: Elías ya vino, y no lo reconocieron, sino que hicieron con él lo que quisieron. Y si queréis saber, Juan es él mismo Elías (Mat. XVII, 12). Sin embargo, Juan, al ser preguntado, dice: No soy Elías. ¿Qué es esto, hermanos amadísimos, que lo que la Verdad afirma, el profeta de la Verdad lo niega? Pues son muy diferentes entre sí el Es él y el No soy. ¿Cómo, pues, es profeta de la Verdad, si no está de acuerdo con las palabras de la misma Verdad? Pero si se busca sutilmente la misma verdad, se encuentra cómo lo que sonó contrario entre sí, no es contrario. Pues el ángel dice a Zacarías sobre Juan: Él irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías (Luc. I, 17). Quien por eso se dice que vendrá en el espíritu y el poder de Elías, porque así como Elías precederá la segunda venida del Señor, así Juan precedió la primera. Así como aquel será precursor del juez, así este fue hecho precursor del Redentor. Juan, por tanto, era Elías en espíritu, no era Elías en persona. Lo que, por tanto, el Señor afirma del espíritu, Juan lo niega de la persona, porque así era justo, que el Señor dijera a los discípulos una sentencia espiritual sobre Juan, y Juan respondiera a las turbas carnales no de su espíritu, sino de su cuerpo. Por lo tanto, parece ser contrario a la verdad lo que Juan sonó, pero sin embargo no se apartó del camino de la verdad.

2. Quien también se niega a ser profeta, porque evidentemente no solo podía predicar al Redentor, sino también mostrarlo, expresa inmediatamente quién es, al añadir: Yo soy la voz del que clama en el desierto. Sabéis, hermanos amadísimos, que el Hijo unigénito es llamado Verbo del Padre, atestiguando Juan, quien dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Y de vuestra misma locución conocéis que primero suena la voz, para que el verbo pueda ser oído después. Juan, por tanto, afirma ser la voz, porque precede al Verbo. Precediendo así la venida del Señor, es llamado voz, porque por su ministerio el Verbo del Padre es oído por los hombres. Quien también clama en el desierto, porque anuncia el consuelo del Redentor a la Judea abandonada y desolada. Pero lo que clama lo insinúa al añadir: Preparad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías (Isai. XL, 3). El camino del Señor se dirige al corazón cuando se escucha humildemente la palabra de la verdad. El camino del Señor se dirige al corazón cuando la vida se prepara para el precepto. Por lo cual está escrito: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él (Juan XIV, 23). Por tanto, quien eleva su mente en soberbia, quien anhela con los ardores de la avaricia, quien se contamina con las inmundicias de la lujuria, cierra la puerta del corazón contra la verdad; y para que el Señor no venga a él, condena las cerraduras del alma con los cerrojos de los vicios.

3. Pero aún los que fueron enviados preguntan: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Lo cual, porque no se dice con el deseo de conocer la verdad, sino con la malicia de ejercer la envidia, el evangelista lo dio a conocer tácitamente al añadir, diciendo: Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. Como si dijera abiertamente: Aquellos preguntan a Juan sobre sus actos, que no saben buscar la doctrina, sino envidiar. Pero cualquier santo, incluso cuando es preguntado con mente perversa, no se aparta del estudio de su bondad. Por lo cual Juan también respondió a las palabras de envidia con los fundamentos de la vida. Pues inmediatamente añade: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis. Juan no bautiza con el espíritu, sino con agua, porque, no pudiendo perdonar los pecados, lava los cuerpos de los bautizados con agua, pero sin

embargo no lava la mente con el perdón. ¿Por qué, pues, bautiza quien no perdona los pecados por el bautismo, sino para que, guardando el orden de su precedencia, quien había precedido al que iba a nacer, naciendo, también precediera al Señor que iba a bautizar, bautizando; y quien predicando fue hecho precursor de Cristo, también fuera hecho precursor de él bautizando, por la imitación del sacramento? Quien entre estas cosas, anunciando el misterio, afirma que este ha estado en medio de los hombres y no es conocido, porque el Señor, apareciendo en la carne, fue visible en el cuerpo e invisible en la majestad. De quien también añade: El que viene después de mí, ha sido antes de mí. Así se dice: Ha sido antes de mí, como si se dijera, Ha sido puesto antes de mí. Viene, pues, después de mí, porque nació después; pero ha sido antes de mí, porque ha sido preferido a mí. Pero diciendo esto un poco más arriba, también abrió las causas de su preferencia al añadir porque era antes que yo. Como si dijera abiertamente: Por eso, incluso nacido después de mí, me supera, porque no lo limitan los tiempos de su nacimiento. Pues quien nace de madre en el tiempo, es engendrado sin tiempo del Padre. A quien cuánta reverencia debe la humildad, lo manifiesta al añadir: De quien no soy digno de desatar la correa del calzado (Marc. I, 7). Era costumbre entre los antiguos que si alguno no quería tomar por esposa a la que le correspondía, aquel que venía como esposo por derecho de parentesco le desataba el calzado. ¿Qué, pues, apareció Cristo entre los hombres, sino como esposo de la santa Iglesia? De quien también el mismo Juan dice: El que tiene la esposa, es el esposo (Juan III, 29). Pero porque los hombres pensaron que Juan era Cristo, lo que el mismo Juan niega, correctamente anuncia que es indigno de desatar la correa de su calzado. Como si dijera abiertamente: No puedo desnudar las huellas de nuestro Redentor, porque no usurpo inmerecidamente el nombre de esposo. Lo cual, sin embargo, puede entenderse de otra manera. Pues ¿quién no sabe que los calzados se hacen de animales muertos? El Señor encarnado, viniendo, apareció como calzado, porque en su divinidad asumió nuestros cadáveres de corrupción. Por lo cual también dice por el profeta: Extenderé mi calzado sobre Idumea (Sal. LIX, 10). Por Idumea se designa la gentilidad, y por el calzado la mortalidad asumida. En Idumea, pues, el Señor afirma extender su calzado, porque al darse a conocer a las gentes por la carne, vino a nosotros como calzada la divinidad. Pero el misterio de esta encarnación el ojo humano no puede penetrar. Pues de ninguna manera puede investigarse cómo el Verbo se hace carne, cómo el supremo y vivificador espíritu es animado en el vientre de la madre, cómo aquel que no tiene principio, existe y es concebido. La correa del calzado es, pues, la ligadura del misterio. Juan, por tanto, no puede desatar la correa de su calzado, porque no puede investigar el misterio de su encarnación, quien lo conoció por el espíritu de profecía. ¿Qué es, pues, decir: No soy digno de desatar la correa de su calzado, sino confesar abiertamente y humildemente su ignorancia? Como si dijera claramente: ¿Qué maravilla si aquel me es preferido, a quien considero nacido después de mí, pero cuyo misterio de nacimiento no comprendo? He aquí que Juan, lleno del espíritu de profecía, brilla con admirable conocimiento y sin embargo insinúa de sí mismo lo que ignora.

4. En lo cual debemos considerar, hermanos amadísimos, y pensar con toda intención cómo los hombres santos, para guardar en sí la virtud de la humildad, cuando saben algunas cosas de manera admirable, se esfuerzan por recordar ante los ojos de su mente lo que no saben, para que mientras consideran su debilidad por un lado, por el otro lado en que su ánimo es perfecto no se ensalce. Pues el conocimiento es virtud, y la humildad también es guardiana de la virtud. Resta, pues, que en todo lo que sabe, el alma se humille para que lo que la virtud del conocimiento reúne, el viento de la arrogancia no lo lleve. Cuando hacéis el bien, hermanos, recordad siempre las malas acciones, para que mientras se contempla cautelosamente la culpa, nunca el ánimo se alegre imprudentemente por la buena obra. Mirad a vuestros prójimos superiores, especialmente a aquellos que no os han sido encomendados, porque

aunque veáis que algunos actúan mal, no sabéis que en ellos se ocultan bienes. Por tanto, cada uno debe esforzarse por ser grande, pero sin embargo de alguna manera no saber que lo es, para que mientras se atribuye arrogante la grandeza, no la pierda. Pues por el profeta se dice: Ay de los que son sabios a sus propios ojos, y prudentes ante sí mismos (Isai. V, 21). Por eso Pablo dice: No seáis prudentes ante vosotros mismos (Rom. XII, 16). Por eso se dice contra el soberbio Saúl: Cuando eras pequeño a tus propios ojos, fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel (I Reg. XV, 17). Como si se dijera abiertamente: Cuando te veías pequeño, yo te hice grande sobre los demás. Pero porque te ves grande, por mí eres considerado pequeño. Por el contrario, cuando David, despreciando el poder de su reino, danzaba ante el arca del pacto del Señor, dijo: Jugaré y seré aún más vil de lo que he sido, y seré humilde a mis propios ojos (II Reg. VI, 22). Pues ¿quién no se ensalzaba al romper las fauces de los leones, al desgarrar los brazos de los osos, al ser elegido despreciando a los hermanos mayores, al ser ungido para el gobierno del reino tras el rechazo del rey, al derribar a Goliat con una sola piedra, al recibir numerosos prepucios de los filisteos tras la propuesta del rey, al recibir el reino por promesa, y al poseer sin contradicción alguna al pueblo israelita? Y sin embargo, en todas estas cosas se desprecia a sí mismo, quien confiesa ser humilde a sus propios ojos. Si, pues, los hombres santos, incluso cuando realizan grandes hazañas, sienten cosas viles de sí mismos, ¿qué dirán en su defensa aquellos que se ensalzan sin obra de virtud? Pero aunque haya obras buenas, no son nada si no se condimentan con humildad. Pues la acción admirable con arrogancia no eleva, sino que pesa. Pues quien sin humildad reúne virtudes, lleva polvo al viento; y de donde parece llevar algo, de allí se ciega peor. En todo lo que hacéis, hermanos míos, mantened la raíz de la humildad en la obra buena; no miréis a quienes ya sois superiores, sino a quienes aún sois inferiores, para que mientras os proponéis ejemplos de mejores, siempre podáis ascender a mayores cosas desde la humildad.

HOMILÍA VIII.

Pronunciada al pueblo en la basílica de la bienaventurada Virgen María, en el día de la Natividad del Señor.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS II, 1-14.

En aquel tiempo, salió un edicto de César Augusto, para que se empadronara todo el mundo. Este primer censo se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban para inscribirse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, porque era de la casa y familia de David, para inscribirse con María, su esposa desposada, que estaba encinta. Y sucedió que, estando allí, se cumplieron los días para que diera a luz. Y dio a luz a su hijo primogénito; y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón. Y había pastores en la misma región, vigilando y guardando las vigiliass de la noche sobre su rebaño. Y he aquí que un ángel del Señor se presentó junto a ellos, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor, y tuvieron gran temor. Y el ángel les dijo: No temáis. Pues he aquí que os anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo, porque os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David. Y esto os servirá de señal: Encontraréis a un niño envuelto en pañales, y acostado en un pesebre. Y de repente apareció con el ángel una multitud del ejército celestial, alabando a Dios, y diciendo: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

1460 Puesto que, con la gracia del Señor, hoy celebraremos tres veces los solemnes oficios de la misa, no podemos hablar extensamente sobre la lectura evangélica. Sin embargo, la misma

natividad de nuestro Redentor nos obliga a decir algo, aunque sea brevemente. ¿Qué significa que el mundo sea censado cuando el Señor está por nacer, sino que se muestra claramente que Él venía en la carne para inscribir a sus elegidos en la eternidad? En contraste, sobre los réprobos se dice por el Profeta: "Sean borrados del libro de los vivientes, y no sean inscritos con los justos" (Salmo 68, 29). Bien se dice también que nace en Belén: Belén, de hecho, se interpreta como casa del pan. Él mismo es quien dice: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan 6, 41, 52). Por lo tanto, el lugar donde nace el Señor fue llamado antes casa del pan, porque ciertamente era futuro que Él apareciera allí en la materia de la carne, quien saciaría las mentes de los elegidos con una satisfacción interna. Él no nace en la casa de sus padres, sino en el camino, para mostrar que, por la humanidad que había asumido, nacía como en un lugar ajeno. Ajeno, evidentemente, no según el poder, sino según la naturaleza. Pues de su poder está escrito: "A lo suyo vino" (Juan 1, 11). En su naturaleza, de hecho, nació antes del tiempo, en la nuestra vino en el tiempo. Quien, permaneciendo eterno, apareció temporal, es ajeno el lugar donde descendió. Y porque por el profeta se dice: "Toda carne es hierba" (Isaías 40, 6), hecho hombre, convirtió nuestra hierba en trigo, quien de sí mismo dice: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo" (Juan 12, 24). Por eso, también, al nacer es reclinado en un pesebre, para que todos los fieles, como animales santos, se alimenten del trigo de su carne, para que no queden ayunos del alimento de la inteligencia eterna. ¿Qué significa que el ángel aparece a los pastores vigilantes y la gloria de Dios los rodea, sino que aquellos que saben presidir con solicitud sobre los rebaños fieles merecen ver cosas sublimes más que los demás? Y mientras ellos vigilan piadosamente sobre el rebaño, la gracia divina resplandece más abundantemente sobre ellos.

2. Un ángel anuncia el nacimiento del Rey, y los coros de ángeles se unen a su voz, y clamando con alegría dicen: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad". Antes de que nuestro Redentor naciera en la carne, teníamos discordia con los ángeles, de cuya claridad y pureza estábamos muy distantes por el mérito de la primera culpa y por los delitos cotidianos. Porque al pecar éramos extraños a Dios, los ángeles, ciudadanos de Dios, nos consideraban extraños a su compañía. Pero porque reconocimos a nuestro Rey, los ángeles nos reconocieron como sus conciudadanos. Porque el Rey del cielo asumió la tierra de nuestra carne, aquella excelsitud angélica ya no desprecia nuestra debilidad. Los ángeles vuelven a nuestra paz, dejan de lado la intención de la discordia anterior; y a quienes antes despreciaban como débiles y rechazados, ahora los veneran como compañeros. Por eso es que Lot (Génesis 19, 1) y Josué (Josué 5, 15) adoran a los ángeles, y no se les prohíbe adorar; pero Juan en su Apocalipsis quiso adorar a un ángel, y sin embargo, el mismo ángel lo detuvo, diciéndole: "Mira que no lo hagas, porque soy consiervo tuyo y de tus hermanos" (Apocalipsis 22, 9). ¿Qué significa que antes del advenimiento del Redentor los ángeles son adorados por los hombres y callan, y después rehúsan ser adorados, sino que la naturaleza nuestra, que antes despreciaban, después de verla asumida sobre ellos, temen verla sometida a ellos? Y ya no se atreven a despreciarla como débil bajo ellos, a la que veneran sobre ellos en el Rey del cielo. Y no desprecian tener al hombre como compañero, quienes adoran al hombre Dios sobre ellos. Cuidemos, pues, hermanos carísimos, de que ninguna impureza nos contamine, quienes en la eterna presciencia somos ciudadanos de Dios y iguales a sus ángeles. Rescatemos con nuestras costumbres nuestra dignidad, que ninguna lujuria nos manche, que ningún pensamiento impuro nos acuse, que la malicia no muerda nuestra mente, que el óxido de la envidia no nos consuma, que la soberbia no nos infle, que la ambición no nos desgarrar con placeres terrenales, que la ira no nos inflame. Porque los hombres han sido llamados dioses. Defiende, pues, hombre, el honor de Dios contra los vicios, porque por ti Dios se hizo hombre, quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IX.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Silvestre, en el día de su natalicio.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 25, 14-30.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos esta parábola: Un hombre, al irse de viaje, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno le dio cinco talentos, a otro dos, y a otro uno, a cada uno según su capacidad, y se fue de inmediato. El que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco. De la misma manera, el que había recibido dos, ganó otros dos. Pero el que había recibido uno, fue, cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo, vino el señor de aquellos siervos y arregló cuentas con ellos. Y acercándose el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, aquí tienes otros cinco que he ganado. Su señor le dijo: Bien, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te pondré sobre mucho; entra en el gozo de tu señor. Se acercó también el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado. Su señor le dijo: Bien, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te pondré sobre mucho; entra en el gozo de tu señor. Pero acercándose también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste; y temiendo, fui y escondí tu talento en la tierra, aquí tienes lo que es tuyo. Pero su señor le respondió: Siervo malo y perezoso, sabías que cosecho donde no sembré, y recojo donde no esparcí; debías, por tanto, haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, habría recibido lo mío con intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque a todo el que tiene, se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que parece tener le será quitado. Y al siervo inútil echadlo a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes.

1. La lectura del santo Evangelio, hermanos carísimos, nos advierte que consideremos con atención, no sea que nosotros, que parecemos haber recibido más que otros en este mundo del autor del mundo, seamos juzgados más severamente por ello. Pues cuando los dones aumentan, también crecen las responsabilidades de los dones. Por tanto, cada uno debe ser tanto más humilde y dispuesto a servir cuanto más se ve obligado a rendir cuentas. He aquí que un hombre que se va de viaje llama a sus siervos y les reparte talentos para negociar. Después de mucho tiempo, regresa para ajustar cuentas, recompensa a los que han trabajado bien por el lucro aportado, y condena al siervo que se ha adormecido en el buen obrar. ¿Quién es este hombre que se va de viaje, sino nuestro Redentor, que en la carne que había asumido subió al cielo? El lugar propio de la carne es la tierra, que es llevada como a tierras extrañas cuando por nuestro Redentor es colocada en el cielo. Pero este hombre que se va de viaje entrega sus bienes a sus siervos, porque concede dones espirituales a sus fieles. Y a uno le confía cinco talentos, a otro dos, y a otro uno. Cinco son, de hecho, los sentidos del cuerpo, a saber, la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto. Por tanto, los cinco talentos expresan el don de los cinco sentidos, es decir, el conocimiento de las cosas exteriores. Por los dos se designa el entendimiento y la operación. Por el nombre de un talento se designa solamente el entendimiento. Pero el que había recibido cinco talentos ganó otros cinco, porque hay algunos que, aunque no saben penetrar en lo interno y místico, sin embargo, por la intención de la patria celestial, enseñan lo correcto a quienes pueden sobre las mismas cosas exteriores que han recibido; y mientras se guardan de la petulancia de la carne y de la ambición de las cosas terrenales, y del placer de las cosas visibles, también amonestan a otros para que se abstengan de ellas. Y hay algunos que, como enriquecidos con dos talentos, perciben el

entendimiento y la operación, entienden cosas sutiles de lo interno, obran maravillas en lo exterior; y mientras predicán a otros tanto entendiendo como obrando, reportan como un lucro duplicado del negocio. Bien se dice que otros cinco o dos vinieron en lucro, porque mientras se extiende la predicación a ambos sexos, los talentos recibidos se duplican. Pero el que había recibido un talento, fue, cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor. Esconder el talento en la tierra es implicar el ingenio recibido en los actos terrenales, no buscar el lucro espiritual, nunca elevar el corazón de las cogitaciones terrenales. Hay, de hecho, algunos que han recibido el don de la inteligencia, pero sin embargo, solo saborean las cosas de la carne. De los cuales se dice por el profeta: "Son sabios para hacer el mal, pero no supieron hacer el bien" (Jeremías 4, 22). Pero el Señor, que confirió los talentos, regresa para ajustar cuentas, porque quien ahora concede piadosamente dones espirituales, estrictamente en el juicio examina los méritos, considera lo que cada uno ha recibido, y pesa qué lucro reporta de lo recibido.

2. El siervo que devolvió los talentos duplicados es alabado por el señor y llevado a la remuneración eterna, cuando se le dice con voz del Señor: "Bien, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te pondré sobre mucho, entra en el gozo de tu señor". Porque todos los bienes de la vida presente son pocos, por muchos que parezcan, en comparación con la retribución eterna. Pero entonces el siervo fiel es puesto sobre mucho cuando, vencida toda molestia de corrupción, se gloria en los gozos eternos en aquella sede celestial. Entonces es perfectamente introducido en el gozo de su señor, cuando, asumido en aquella patria eterna, y mezclado con los coros de los ángeles, se alegra interiormente del don, de modo que ya no hay nada que exteriormente le duela por la corrupción.

3. Pero el siervo que no quiso trabajar con el talento, regresa al señor con palabras de excusa, diciendo: "Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste; y temiendo, fui y escondí tu talento en la tierra, aquí tienes lo que es tuyo". Es de notar que el siervo inútil llama duro al señor, a quien sin embargo disimula servir para el lucro, y dice que temió gastar el talento en lucro, quien solo debió temer no devolverlo al señor sin lucro. Hay, de hecho, muchos dentro de la santa Iglesia, de los cuales este siervo tiene la imagen, que temen emprender los caminos de una vida mejor, y sin embargo no temen yacer en la inercia de su pereza; y aunque se consideran pecadores, temen emprender los caminos de la santidad, y no temen permanecer en sus iniquidades. De los cuales Pedro, aún en su debilidad, tiene bien la imagen cuando, al ver el milagro de los peces, dijo: "Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador" (Lucas 5, 8). Más bien, si te consideras pecador, es necesario que no apartes al Señor de ti. Pero quienes por eso no quieren emprender los caminos de un mejor hábito y la cima de una vida más recta, porque se ven a sí mismos como débiles, como si se confiesan pecadores, y apartan al Señor, y huyen de aquel a quien debieron santificar en sí mismos, y como en perturbación no tienen consejo, mientras mueren, y temen la vida. Por lo que a este siervo se le responde de inmediato: "Siervo malo y perezoso, sabías que cosecho donde no sembré, y recojo donde no esparcí; debías, por tanto, haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, habría recibido lo mío con intereses". El siervo es constreñido por sus propias palabras cuando el señor dice: "Cosecho donde no sembré, y recojo donde no esparcí". Como si dijera abiertamente: Si según tu sentencia también busco lo que no di, cuánto más te busco lo que di para repartir; debías, por tanto, haber dado mi dinero a los banqueros; y al venir yo, habría recibido lo mío con intereses. Dar el dinero a los banqueros es impartirles el conocimiento de la predicación a quienes puedan ejercearlo.

4. Pero así como veis nuestro peligro si retenemos el dinero del Señor, así considerad con atención el vuestro, hermanos carísimos, porque de vosotros se exige con intereses lo que oís.

En los intereses, de hecho, se recibe el dinero incluso no dado. Porque cuando se devuelve lo que se había recibido, también se añade lo que no se había recibido. Considerad, pues, hermanos carísimos, que de esta pecunia de la palabra recibida pagaréis intereses, y cuidado de que, de lo que oís, también os esforcéis por entender otras cosas que no oís, para que, recogiendo unas cosas de otras, también aprendáis a hacer por vosotros mismos aquellas cosas que aún no habéis aprendido de la boca del predicador. Escuchemos con qué sentencia es golpeado el siervo perezoso: "Quitadle el talento, y dadlo al que tiene diez talentos".

5. Parecía muy oportuno que cuando al siervo malo se le quita un talento, se le diera más bien al que había recibido dos que al que había recibido cinco talentos. A aquel, de hecho, debía dársele que tenía menos que el que tenía más. Pero, como dijimos antes, por los cinco talentos se designa la administración de las cosas exteriores, por los dos se expresa el entendimiento y la operación. Por tanto, más tenía el que había recibido dos talentos que el que había recibido cinco, porque quien por los cinco talentos mereció la administración de las cosas exteriores, aún estaba vacío del entendimiento de las cosas interiores. Por tanto, el talento, que dijimos que significa el entendimiento, debía darse a aquel que bien administró las cosas exteriores que había recibido. Lo que vemos diariamente en la santa Iglesia, porque muchos, mientras bien administran las cosas exteriores que reciben, por la gracia añadida son llevados también al entendimiento místico, para que también sobresalgan en la inteligencia interna quienes administran fielmente las cosas exteriores.

6. También se añade de inmediato una sentencia general, que dice: "Porque a todo el que tiene, se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que parece tener le será quitado". Porque al que tiene se le dará, y tendrá en abundancia, porque quien tiene caridad también recibe otros dones. Quien no tiene caridad también pierde los dones que parecía haber recibido. Por lo que es necesario, hermanos míos, que vigiléis en la custodia de la caridad en todo lo que hacéis. La verdadera caridad es amar al amigo en Dios, y al enemigo por Dios. Quien no la tiene pierde todo bien que tiene, es privado del talento que había recibido, y según la sentencia del Señor es arrojado a las tinieblas exteriores. Por la pena, de hecho, cae en las tinieblas exteriores, quien por su culpa cayó voluntariamente en las tinieblas interiores; y allí sufre forzado las tinieblas de la retribución, quien aquí soportó voluntariamente las tinieblas del placer.

7. Es necesario saber que ningún perezoso está seguro de esta recepción del talento. No hay nadie que pueda decir verdaderamente: No he recibido un talento, no hay razón para que me obliguen a rendir cuentas. Porque en el nombre del talento se reputará a cualquier pobre incluso lo mínimo que haya recibido. Uno, de hecho, ha recibido inteligencia, debe el ministerio de la predicación por el talento. Otro ha recibido bienes terrenales, debe la erogación del talento por las cosas. Otro no ha recibido ni inteligencia de las cosas internas, ni abundancia de cosas, pero sin embargo ha aprendido un arte por el cual se sustenta, ese arte se le reputa en la recepción del talento. Otro no ha alcanzado nada de esto, pero sin embargo quizás ha merecido un lugar de familiaridad con un rico, ciertamente ha recibido el talento de la familiaridad. Si, por tanto, no habla por los necesitados, es condenado por la retención del talento. Quien tiene inteligencia debe cuidar de no callar, quien tiene abundancia de cosas debe vigilar de no adormecerse en la largueza de la misericordia, quien tiene un arte por el cual se gobierna debe esforzarse mucho para compartir el uso y la utilidad de ella con el prójimo, quien tiene un lugar de habla con un rico debe temer la condenación por la retención del talento, si, cuando puede, no intercede por los pobres ante él. Tanto, de hecho, exigirá de cada uno de nosotros el juez venidero cuanto dio. Para que, por tanto, cada uno esté seguro de las cuentas de su talento cuando el Señor regrese, considere diariamente con temor lo que ha recibido. He aquí que ya está cerca que aquel que se fue de viaje regrese.

Porque ciertamente se fue de viaje quien se alejó mucho de esta tierra en la que nació; pero ciertamente regresa, para ajustar cuentas de los talentos, porque si nos adormecemos en el buen obrar, nos juzga más estrictamente por los mismos dones que concedió. Consideremos, pues, lo que hemos recibido, y vigilemos en su erogación. Que ningún cuidado terrenal nos impida la obra espiritual, no sea que si el talento se esconde en la tierra, el dueño del talento se provoque a ira. Porque el siervo perezoso, cuando el juez ya examina las culpas, levanta el talento de la tierra, porque hay muchos que entonces se apartan de los deseos o las obras terrenales, cuando ya por la animadversión del juez son llevados al suplicio eterno. Antes, pues, vigilemos sobre la cuenta que debemos rendir de nuestro talento, para que cuando el juez ya esté inminente para golpear, el lucro que hemos hecho nos excuse. Que nos lo conceda Dios, que vive, etc.

HOMILÍA X.

Pronunciada al pueblo en la basílica del apóstol San Pedro, en el día de la Epifanía.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 2, 1-12.

Cuando Jesús nació en Belén de Judea, en los días del rey Herodes, he aquí que unos magos vinieron del Oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los Judíos? Porque vimos su estrella en el Oriente y venimos a adorarlo. Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él. Y reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: En Belén de Judea. Porque así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, de ninguna manera eres la menor entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un gobernante que pastoreará a mi pueblo Israel. Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, averiguó con diligencia de ellos el tiempo en que la estrella había aparecido. Y enviándolos a Belén, dijo: Id y averiguad con diligencia acerca del niño, y cuando lo halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y lo adore. Ellos, habiendo oído al rey, se fueron. Y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella, se regocijaron con gran alegría. Y entrando en la casa, vieron al niño con María su madre; y postrándose, lo adoraron. Y abriendo sus tesoros, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Y, habiendo recibido en sueños la advertencia de no volver a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

1468 1. Como en la lectura evangélica, hermanos carísimos, habéis escuchado, al nacer el Rey del cielo, el rey de la tierra se turbó, porque ciertamente la altitud terrena se confunde cuando se revela la altura celestial. Pero debemos preguntarnos por qué, al nacer el Redentor, un ángel apareció a los pastores en Judea, y a los magos del Oriente no los condujo un ángel, sino una estrella. Porque, evidentemente, a los judíos, como seres racionales, debía predicarles un ser racional, es decir, un ángel; mientras que los gentiles, que no sabían usar la razón, fueron llevados a conocer al Señor no por voz, sino por señales. Por eso también Pablo dice: Las profecías son para los creyentes, no para los incrédulos; las señales, sin embargo, son para los incrédulos, no para los creyentes (1 Cor. XIV, 22); porque a aquellos se les dieron las profecías como a creyentes, no a incrédulos; y a estos se les dieron señales como a incrédulos, no a creyentes. Y es de notar que a nuestro Redentor, cuando ya era de edad madura, los apóstoles predicaban a los mismos gentiles, y a él, siendo niño, y aún sin hablar por el oficio del cuerpo humano, la estrella lo anuncia a los gentiles, porque ciertamente el orden de la razón exigía que el Señor ya hablando nos fuera anunciado por predicadores que hablan, y que aún sin hablar, los elementos mudos lo predicaran.

2. Pero en todos los signos que se mostraron tanto al nacer como al morir el Señor, debemos considerar cuán grande fue la dureza en el corazón de algunos judíos, que no lo reconocieron ni por el don de la profecía ni por los milagros. Porque todos los elementos testificaron que su autor había venido. Para hablar de ellos en términos humanos, los cielos reconocieron que este era Dios, porque inmediatamente enviaron una estrella. El mar lo reconoció, porque se ofreció a ser pisado bajo sus pies. La tierra lo reconoció, porque al morir él, tembló. El sol lo reconoció, porque ocultó los rayos de su luz. Las rocas y las paredes lo reconocieron, porque en el momento de su muerte se partieron. El infierno lo reconoció, porque devolvió a los muertos que tenía. Y sin embargo, a este, a quien todos los elementos insensibles sintieron como Señor, los corazones de los judíos infieles no lo reconocen como Dios, y, más duros que las rocas, no quieren partirse para arrepentirse, y niegan confesarlo, a quien los elementos, como hemos dicho, clamaban como Dios ya sea por señales o por rupturas. Quienes también, para su propia condenación, despreciaron al que nació, aunque mucho antes habían previsto que nacería. Y no solo sabían que nacería, sino también dónde nacería. Pues, requeridos por Herodes, expresan el lugar de su nacimiento, que aprendieron por la autoridad de las Escrituras. Y presentan el testimonio de que Belén es honrada por el nacimiento de un nuevo líder, para que su conocimiento se convierta en testimonio de condenación para ellos, y en ayuda de fe para nosotros. 1469 Bien los designó Isaac, cuando bendijo a su hijo Jacob (Gén. XXVII, 28, sig.); quien, aunque con los ojos nublados y profetizando, no vio en el presente al hijo a quien tantas cosas previó en el futuro, porque ciertamente el pueblo judío, lleno del espíritu de profecía y ciego, no reconoció en el presente al que predijo muchas cosas en el futuro.

3. Pero, conocido el nacimiento de nuestro Rey, Herodes se convierte a argumentos astutos, para no ser privado de su reino terrenal. Pide que le informen dónde se encuentra el niño, finge querer adorarlo, para (como si pudiera encontrarlo) extinguirlo. Pero, ¿cuánta es la malicia humana contra el consejo de la divinidad? Pues está escrito: No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor (Prov. XXI, 30). Porque la estrella que apareció conduce a los magos; encuentran al Rey nacido, le ofrecen regalos, y son advertidos en sueños de no regresar a Herodes; y así sucede que Jesús, a quien busca Herodes, no puede encontrarlo. ¿Quiénes sino los hipócritas son designados por su persona, quienes, mientras buscan falsamente, nunca merecen encontrar al Señor?

4. Pero entre estas cosas, es de saber que los herejes priscilianistas creen que cada hombre nace bajo las constelaciones de las estrellas; y toman esto en apoyo de su error, que una nueva estrella apareció cuando el Señor se manifestó en la carne, creyendo que el destino de esa estrella era el mismo que el del niño que apareció. Pero si consideramos las palabras del Evangelio, donde se dice de esa estrella: Hasta que viniendo se detuvo sobre donde estaba el niño, mientras no el niño fue hacia la estrella, sino la estrella hacia el niño, si se puede decir, no fue la estrella el destino del niño, sino que el destino de la estrella fue el niño que apareció. Pero que esté lejos de los corazones de los fieles decir que hay algo como el destino. La vida de los hombres la administra solo el Creador que la creó. Porque no es por las estrellas que el hombre, sino que las estrellas fueron hechas por el hombre. Y si se dice que la estrella es el destino del hombre, se afirma que el hombre está sujeto a sus propios ministerios. Ciertamente, cuando Jacob, al salir del vientre, sostenía con la mano el talón de su hermano mayor (Gén. XXV, 25), no pudo salir completamente primero, a menos que el que seguía hubiera comenzado; y sin embargo, aunque la madre dio a luz a ambos al mismo tiempo y en el mismo momento, no fue la misma la calidad de vida de ambos.

5. Pero a esto suelen responder los matemáticos, que la virtud de la constelación está en el golpe del punto. A los cuales, por el contrario, decimos que el nacimiento tiene una gran demora. Si, pues, en el golpe del punto la constelación se cambia, será necesario que digan tantos destinos como miembros tienen los nacidos. También suelen admitir los matemáticos que cualquiera que nace bajo el signo de Acuario, en esta vida tendrá el ministerio de pescador. Sin embargo, se dice que Getulia no tiene pescadores. ¿Quién, pues, dirá que nadie nace allí bajo la estrella de Acuario, donde de ninguna manera hay pescador? Nuevamente, a los que nacen bajo el signo de Libra, dicen que serán cambistas; y las provincias de muchas naciones ignoran a los cambistas. Por lo tanto, es necesario que admitan, o que este signo les falta, o que de ninguna manera tiene efecto fatal. También en la tierra de los persas y de los francos, los reyes provienen de su linaje; a quienes, ciertamente, naciendo, ¿quién estimará cuántos nacen en los mismos momentos de horas y tiempos de condición servil? y sin embargo, los hijos de los reyes nacidos bajo la misma estrella con los siervos, ascienden al reino, mientras que los siervos que nacieron con ellos, mueren en servidumbre. Hemos dicho esto brevemente sobre la estrella, para que no parezca que hemos pasado por alto sin discusión la necesidad de los matemáticos.

6. Los magos, en verdad, ofrecen oro, incienso y mirra. Porque el oro conviene al rey, el incienso se ponía en el sacrificio a Dios, y la mirra se usa para embalsamar los cuerpos de los muertos. Por lo tanto, los magos predicán al que adoran también con regalos místicos, oro al rey, incienso a Dios, mirra al mortal. Hay, sin embargo, algunos herejes que creen que este es Dios, pero no creen que reine en todas partes. Estos, ciertamente, le ofrecen incienso, pero no quieren ofrecerle también oro. Y hay algunos que lo consideran rey, pero niegan que sea Dios. Estos, evidentemente, le ofrecen oro, pero no quieren ofrecerle incienso. Y hay algunos que lo confiesan tanto Dios como rey, pero niegan que haya asumido carne mortal. Estos, sin duda, le ofrecen oro e incienso, pero no quieren ofrecerle mirra de la mortalidad asumida. Nosotros, pues, al Señor nacido, ofrezcamos oro, para que confesemos que reina en todas partes; ofrezcamos incienso, para que creamos que el que apareció en el tiempo es Dios antes de los tiempos; ofrezcamos mirra, para que creamos que el que creemos impasible en su divinidad, también fue mortal en nuestra carne. Aunque en el oro, incienso y mirra se puede entender también otra cosa. Porque el oro designa la sabiduría, como atestigua Salomón, quien dice: Un tesoro deseable reposa en la boca del sabio (Prov. XXI, 20, según la LXX). El incienso que se quema a Dios expresa la virtud de la oración, como atestigua el salmista, quien dice: Diríjase mi oración como incienso ante ti (Sal. CXL, 2). Por la mirra se figura la mortificación de nuestra carne; de donde la santa Iglesia dice de sus obreros que luchan hasta la muerte por Dios: Mis manos destilaron mirra (Cant. V, 5). Al Rey nacido, pues, le ofrecemos oro, si resplandecemos ante él con la claridad de la sabiduría celestial. Ofrecemos incienso, si encendemos en el altar del corazón las meditaciones de la carne a través de los estudios sagrados de las oraciones, para que podamos exhalar algo suave a Dios por el deseo celestial. Ofrecemos mirra, si mortificamos los vicios de la carne por la abstinencia. Porque por la mirra, como hemos dicho, se actúa para que la carne muerta no se pudra. La carne muerta se pudre cuando este cuerpo mortal sirve al flujo de la lujuria, como se dice de algunos por el profeta: Los animales se pudrieron en su estiércol (Joel I, 17). Porque los animales pudriéndose en su estiércol son los hombres carnales que terminan su vida en el hedor de la lujuria. Ofrecemos, pues, mirra a Dios, cuando guardamos este cuerpo mortal de la putrefacción de la lujuria por el condimento de la continencia.

7. Algo grande nos insinúan los magos al regresar a su tierra por otro camino. Porque en lo que hacen, advertidos, nos insinúan lo que debemos hacer. Nuestra región es el paraíso, al cual, conocido Jesús, se nos prohíbe regresar por el camino por el que vinimos. Porque de

nuestra región nos alejamos por el orgullo, la desobediencia, siguiendo lo visible, probando el alimento prohibido; pero es necesario que regresemos llorando, obedeciendo, despreciando lo visible, y refrenando el apetito de la carne. Por otro camino, pues, regresamos a nuestra región, porque quienes nos alejamos de los gozos del paraíso por los placeres, a ellos somos llamados por los lamentos. Por lo cual es necesario, hermanos carísimos, que siempre temerosos y siempre sospechosos pongamos ante los ojos del corazón aquí las culpas de la obra, allí el juicio de la extrema severidad. Pensemos cuán estricto vendrá el juez, quien amenaza juicio y se oculta; amenaza terrores a los pecadores, y sin embargo aún soporta; y por eso difiere venir pronto, para encontrar menos a quienes condenar. Castiguemos con lágrimas las culpas, y con la voz del salmista anticipemos su rostro en confesión (Sal. XCIV, 2). Que ninguna falacia de placeres nos engañe, ninguna vana alegría nos seduzca. Porque está cerca el juez que dijo: ¡Ay de vosotros que ahora reís, porque lloraréis y os lamentaréis! (Luc. VI, 25). Por eso Salomón dice: La risa se mezclará con el dolor, y el final del gozo lo ocupará el luto (Prov. XIV, 13). Y nuevamente dice: A la risa la consideré un error, y al gozo dije: ¿Por qué te engañas en vano? (Ecl. II, 2). Y nuevamente dice: El corazón de los sabios está donde hay tristeza, y el corazón de los necios donde hay alegría (Ibid., 75). Temamos, pues, los preceptos de Dios, si celebramos verdaderamente la solemnidad de Dios. Porque el sacrificio grato a Dios es la aflicción contra el pecado, como atestigua el salmista, quien dice: Sacrificio a Dios es el espíritu contrito (Sal. L, 19). Nuestros pecados pasados fueron perdonados en la recepción del bautismo, y sin embargo, después del bautismo hemos cometido muchos, pero no podemos ser lavados de nuevo con el agua del bautismo. Porque, habiendo manchado nuestra vida después del bautismo, bauticemos nuestra conciencia con lágrimas, para que, regresando a nuestra región por otro camino, quienes nos alejamos de ella deleitados por los bienes, a ella regresemos amargados por los males, por la gracia de nuestro Señor, etc.

HOMILÍA XI.

Pronunciada al pueblo en la basílica de Santa Inés, en el día de su natalicio.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO XIII, 44---52.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo; que al encontrarlo un hombre, lo esconde, y por la alegría de ello va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo. De nuevo, el reino de los cielos es semejante a un hombre comerciante que busca buenas perlas; y al encontrar una perla preciosa, va, vende todo lo que tiene y la compra. De nuevo, el reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, que recoge de toda clase de peces. Cuando está llena, la sacan a la orilla, y sentados, recogen los buenos en cestas, pero los malos los echan fuera. Así será en la consumación del siglo. Saldrán los ángeles, y separarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. ¿Entendisteis todas estas cosas? Ellos le dicen: Sí, Señor. Él les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

1472 1. El reino de los cielos, hermanos carísimos, se dice semejante a cosas terrenales, para que el alma, a partir de lo que conoce, se eleve a lo desconocido, de modo que, con el ejemplo de lo visible, se eleve a lo invisible, y por lo que ha aprendido por experiencia, como frotado, se caliente, para que por lo que sabe amar lo conocido, aprenda también a amar lo desconocido. Pues el reino de los cielos se compara a un tesoro escondido en un campo, que al encontrarlo un hombre, lo esconde, y por la alegría de ello va y vende todo lo que tiene y

compra aquel campo. En lo cual también es de notar que el tesoro encontrado se esconde, para que se conserve, porque el celo del deseo celestial no basta para guardarlo de los espíritus malignos, si no se oculta de las alabanzas humanas. En la vida presente estamos como en el camino, por el cual vamos hacia la patria. Los espíritus malignos acechan nuestro camino como ciertos ladrones. Por lo tanto, desea ser despojado quien lleva el tesoro públicamente en el camino. Esto lo digo, no para que las buenas obras de nuestro prójimo no sean vistas, pues está escrito: Vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16), sino para que por lo que hacemos no busquemos alabanzas exteriores. Así, la obra esté en público, pero la intención permanezca en secreto, para que, con la buena obra, demos ejemplo al prójimo, y sin embargo, por la intención, que busca agradar solo a Dios, siempre deseemos el secreto. El tesoro es el deseo celestial, el campo en el que se esconde el tesoro es la disciplina del estudio celestial. Quien ciertamente compra ese campo vendiendo todo, renunciando a los placeres de la carne, pisa todos sus deseos terrenales por la custodia de la disciplina celestial, para que ya nada de lo que la carne halaga le guste, nada de lo que trunca la vida carnal el espíritu lo aborrezca.

2. Nuevamente, el reino celestial se dice semejante a un hombre comerciante que busca buenas perlas, pero encuentra una preciosa, que, habiéndola encontrado, vendiendo todo la compra, porque quien ha conocido perfectamente la dulzura de la vida celestial, en cuanto la posibilidad lo permite, deja con gusto todo lo que amaba en la tierra; en comparación con ella, todo se vuelve vil, abandona lo que tenía, dispersa lo que había reunido, el alma arde en lo celestial, nada en lo terrenal le agrada, se ve deforme lo que agradaba de la apariencia de la cosa terrenal, porque solo la claridad de la perla preciosa brilla en la mente. De cuyo amor se dice rectamente por Salomón: Fuerte es como la muerte el amor (Cant. VIII, 6), porque ciertamente, así como la muerte destruye el cuerpo, así el amor de la vida eterna mata el amor de las cosas corporales. Pues a quien ha absorbido perfectamente, lo hace insensible a los deseos terrenales.

3. Ni esta santa, cuyo natalicio celebramos hoy, podría haber muerto por Dios en el cuerpo, si primero no hubiera muerto a los deseos terrenales en la mente. El alma, erguida en la cima de la virtud, despreció los tormentos, pisoteó las recompensas. Llevada ante reyes y gobernadores armados, permaneció firme, más fuerte al ser golpeada, más sublime al ser juzgada. ¿Qué decimos nosotros, hombres barbudos y débiles, que vemos a las doncellas ir al reino celestial a través del hierro, a quienes la ira supera, la soberbia infla, la ambición perturba, la lujuria mancha? Si no podemos alcanzar el reino de los cielos a través de las guerras de las persecuciones, al menos nos avergüence que no queremos seguir a Dios siquiera en la paz. He aquí que ninguno de nosotros en este tiempo dice Dios: Muere por mí, sino: Mata solo los deseos ilícitos en ti. Entonces, si no queremos someter los deseos de la carne en la paz, ¿cuándo en la guerra daríamos la misma carne por el Señor?

4. El reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, que recoge peces de toda clase. Cuando está llena, la sacan a la orilla, y sentados, recogen los peces buenos en cestos y tiran fuera los malos. La Santa Iglesia se compara a una red, porque ha sido confiada a los pescadores, y a través de ella, cada uno es arrastrado hacia el reino eterno desde las olas de este mundo presente, para que no se hunda en las profundidades de la muerte eterna. Recoge peces de toda clase, porque llama al perdón de los pecados a sabios y necios, libres y esclavos, ricos y pobres, fuertes y débiles. Por eso, a través del salmista se dice a Dios: "A ti vendrá toda carne" (Salmo 64, 3). Esta red, en efecto, se llena universalmente cuando al final se concluye la suma del género humano. La sacan y se sientan junto a la orilla, porque así como el mar representa el siglo, la orilla del mar significa el fin del siglo. En este fin, los

peces buenos son escogidos en cestos, y los malos son arrojados fuera, porque cada uno de los elegidos es recibido en las moradas eternas, y los reprobos, perdiendo la luz del reino interior, son llevados a las tinieblas exteriores. Ahora, la red de la fe nos contiene a buenos y malos como peces mezclados, pero la orilla indica qué arrastraba la red, es decir, la Santa Iglesia. Y aunque los peces que han sido capturados no pueden cambiar, nosotros, aunque seamos capturados como malos, podemos ser transformados en bondad. Pensemos, pues, en la captura, para que no seamos separados en la orilla. He aquí cuán grata es para vosotros la solemnidad de hoy, de tal manera que se considera una gran pérdida si alguno de vuestro grupo no puede asistir. ¿Qué hará entonces en aquel día quien sea arrebatado de la presencia del juez, separado de la sociedad de los elegidos, quien se oscurezca por la luz, atormentado por el fuego eterno? Por eso, el Señor explica esta misma comparación brevemente cuando añade: "Así será al fin del mundo. Saldrán los ángeles, y separarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes". Esto, hermanos amadísimos, es más para temer que para explicar. Porque los tormentos de los pecadores han sido declarados con voz clara, para que nadie recurra a la excusa de su ignorancia, si algo sobre el castigo eterno se dijera oscuramente. Por eso se añade: "¿Habéis entendido todas estas cosas?" Ellos le dicen: "Sí, Señor".

4. Y en conclusión se añade: "Por eso, todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas". Si por lo nuevo y lo viejo se entiende ambos Testamentos, negamos que Abraham fuera instruido, quien aunque conoció los hechos del Nuevo y del Viejo Testamento, no proclamó sus palabras. Tampoco podemos comparar a Moisés con un padre de familia instruido, quien aunque enseñó el Viejo Testamento, no proclamó las palabras del Nuevo. Por lo tanto, al ser excluidos de esta interpretación, somos llamados a otra. Pero en lo que la Verdad dice: "Todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia", se puede entender que no hablaba de los que fueron, sino de los que podrían ser en la Iglesia. Quienes entonces sacan cosas nuevas y viejas cuando hablan con palabras y costumbres de los preceptos de ambos Testamentos. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera. Lo antiguo del género humano era descender a las prisiones del infierno, soportar castigos eternos por sus pecados. A lo cual, por la venida del Mediador, se añadió algo nuevo, que si aquí se esfuerza por vivir rectamente, puede penetrar en los reinos celestiales: y el hombre nacido en la tierra, muere de la vida corruptible, para ser colocado en el cielo. Y así es viejo que por culpa el género humano perezca en el castigo eterno; y nuevo, que convertido viva en el reino. Lo que el Señor añadió en la conclusión de su discurso, es ciertamente lo que había dicho antes. Primero, sobre la semejanza del reino, presentó el tesoro encontrado y la buena perla, y luego narró los castigos del infierno por la combustión de los malos, y en conclusión añadió: "Por eso, todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas". Como si se dijera abiertamente: Aquel es un predicador instruido en la santa Iglesia, quien sabe sacar cosas nuevas de la dulzura del reino, y decir cosas viejas del terror del castigo, para que las penas aterroricen a aquellos que no son invitados por las recompensas. Que escuche sobre el reino lo que ama, que cada uno escuche sobre el castigo lo que teme, para que el alma perezosa y fuertemente adherida a la tierra, si el amor al reino no la atrae, al menos el temor la amenace. He aquí que sobre la expresión del infierno se dice: "Allí será el llanto y el crujir de dientes". Pero porque las alegrías presentes siguen a los lamentos perpetuos, aquí, hermanos amadísimos, huid de la vana alegría, si teméis llorar allí. Porque nadie puede alegrarse aquí con el mundo y reinar allí con el Señor. Por lo tanto, restringid las fugaces alegrías temporales, dominad los placeres de la carne. Todo lo que al alma le agrada de este mundo presente, que se amargue por la consideración del fuego eterno. Todo lo que en la

mente se alegra infantilmente, que la censura de la disciplina juvenil lo reprima, para que mientras voluntariamente huís de lo temporal, captéis sin esfuerzo las alegrías eternas, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, etc.

HOMILÍA XII.

Pronunciada al pueblo en la basílica de Santa Inés, en el día de su natalicio.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 25, 1 - 13.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo y la esposa. Cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Pero las cinco necias, al tomar sus lámparas, no llevaron consigo aceite; las prudentes, en cambio, llevaron aceite en sus vasijas junto con sus lámparas. Como el esposo tardaba, cabecearon todas y se durmieron. A medianoche se oyó un grito: ¡Aquí está el esposo, salid a su encuentro! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas. Las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Pero las prudentes respondieron, diciendo: No sea que no haya suficiente para nosotras y para vosotras, id más bien a los que venden y comprad para vosotras. Mientras iban a comprar, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Finalmente, llegaron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Pero él, respondiendo, dijo: En verdad os digo, no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora.

1. A menudo os exhorto, hermanos amadísimos, a huir de las malas obras, a evitar las impurezas de este mundo; pero la lectura del santo Evangelio de hoy me obliga a deciros que también temáis con gran cautela el bien que hacéis, no sea que por lo que hacéis rectamente se busque el favor o la gracia humana, no sea que se infiltre el deseo de alabanza, y lo que se muestra exteriormente quede vacío de recompensa interior. He aquí que en la voz del Redentor, diez vírgenes, y todas son llamadas vírgenes, y sin embargo, no todas son recibidas dentro de la puerta de la bienaventuranza, porque algunas de ellas, al buscar gloria exterior por su virginidad, no quisieron tener aceite en sus vasijas. Pero primero debemos preguntarnos qué es el reino de los cielos, o por qué se compara a diez vírgenes, que también se llaman vírgenes prudentes y necias. Pues aunque está claro que ningún réprobo entra en el reino de los cielos, ¿por qué se dice que es semejante a las vírgenes necias? Pero debemos saber que a menudo en la Sagrada Escritura, la Iglesia del tiempo presente se llama reino de los cielos. De lo cual, en otro lugar, el Señor dice: "El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos" (Mateo 13, 41). Porque en aquel reino de bienaventuranza, donde hay paz suprema, no se pueden encontrar escándalos que se recojan. Y de donde se dice nuevamente: "Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado muy pequeño en el reino de los cielos. Pero el que los haga y los enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos" (Mateo 5, 19). Porque se quebranta un mandamiento y se enseña cuando alguien predica con la voz lo que no cumple viviendo. Pero no puede llegar al reino de la bienaventuranza eterna quien no quiere cumplir con obras lo que enseña. ¿Cómo, pues, será llamado pequeño en él quien de ninguna manera se le permite entrar? ¿Qué se dice, entonces, por esta sentencia, sino que la Iglesia presente se llama reino de los cielos? En la cual, el maestro que quebranta un mandamiento es llamado pequeño, porque cuya vida es despreciada, su predicación es despreciada. En los cinco sentidos del cuerpo subsiste cada uno, y el quinario duplicado completa el denario. Y porque de ambos sexos se recoge la multitud de fieles, la santa Iglesia se anuncia semejante a diez vírgenes. En la cual, porque los malos están mezclados con los

buenos y los réprobos con los elegidos, se dice que es semejante a las vírgenes prudentes y necias. Porque hay muchos continentes que se guardan del apetito exterior, y son llevados por la esperanza a las cosas interiores, mortifican la carne, y con todo deseo anhelan la patria celestial, buscan las recompensas eternas, no quieren recibir alabanzas humanas por sus trabajos. Estos ciertamente no ponen su gloria en la boca de los hombres, sino que la ocultan dentro de su conciencia. Y hay muchos que afligen su cuerpo por la abstinencia, pero buscan favores humanos por su misma abstinencia, sirven a la doctrina, dan mucho a los necesitados. Pero ciertamente son vírgenes necias, porque buscan solo la retribución de la alabanza transitoria. Por eso se añade adecuadamente: "Las cinco necias, al tomar sus lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes llevaron aceite en sus vasijas junto con sus lámparas". Por el aceite se designa el brillo de la gloria; nuestras vasijas son nuestros corazones, en los cuales llevamos todo lo que pensamos. Las prudentes, pues, tienen aceite en sus vasijas, porque retienen el brillo de la gloria dentro de su conciencia, como atestigua Pablo, quien dice: "Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia" (2 Corintios 1, 12). Pero las vírgenes necias no llevan aceite consigo, porque no tienen la gloria dentro de su conciencia, mientras la buscan en la boca de los prójimos. Es de notar que todas tienen lámparas, pero no todas tienen aceite, porque a menudo los réprobos muestran buenas obras en sí mismos junto con los elegidos, pero solo llegan al esposo con aceite aquellos que buscan la gloria interior por lo que han hecho exteriormente. Por eso también se dice a través del salmista sobre la santa Iglesia de los elegidos: "Toda la gloria de la hija del rey es interior" (Salmo 44, 14).

2. Como el esposo tardaba, cabecearon todas y se durmieron, porque mientras el juez difiere venir al juicio final, los elegidos y los réprobos se adormecen en el sueño de la muerte. Dormir es morir. Antes del sueño, cabecear es languidecer antes de la muerte por la salud, porque por el peso de la enfermedad se llega al sueño de la muerte. A medianoche se oyó un grito: ¡Aquí está el esposo, salid a su encuentro!

3. El clamor sobre la venida del esposo se hace a medianoche, porque el día del juicio llega de manera inesperada, de modo que no se puede prever cuándo viene. Por eso está escrito: "El día del Señor vendrá como ladrón en la noche" (1 Tesalonicenses 5, 2). Entonces todas las vírgenes se levantan, porque tanto los elegidos como los réprobos son despertados del sueño de su muerte. Arreglan sus lámparas, porque cuentan sus obras consigo, por las cuales esperan recibir la bienaventuranza eterna. Pero las lámparas de las vírgenes necias se apagan, porque sus obras, que aparecían claras a los hombres exteriormente, se oscurecen interiormente en la venida del juez. Y no encuentran retribución de Dios, porque por ellas recibieron las alabanzas de los hombres que amaron. ¿Qué es, pues, lo que entonces piden aceite a las prudentes, sino que en la venida del juez, cuando se encuentran vacías interiormente, buscan testimonio exterior? Como si, engañadas por su confianza, dijeran a los prójimos: Ya que nos veis ser rechazadas como si estuviéramos sin obra, decid de nuestras obras lo que habéis visto. Pero las vírgenes prudentes responden, diciendo: "No sea que no haya suficiente para nosotras y para vosotras". En aquel día (lo cual, sin embargo, hablo de algunos que descansan en la paz de la Iglesia) el testimonio de cada uno apenas le basta a sí mismo; cuánto menos para sí y para el prójimo. Por eso, inmediatamente añaden con reproche: "Id más bien a los que venden y comprad para vosotras". Los vendedores de aceite son los aduladores. Porque quienes, habiendo recibido alguna gracia, ofrecen el brillo de la gloria con sus vanas alabanzas, venden aceite. De lo cual ciertamente dice el salmista: "Que el aceite del pecador no unja mi cabeza" (Salmo 140, 5). Nuestra cabeza principal es nuestra mente. El aceite del pecador unge la cabeza cuando el favor del adulador halaga la mente. Pero mientras iban a comprar, llegó el esposo, porque cuando buscan el testimonio de su vida

en los prójimos, viene el juez, que no solo es testigo de las obras, sino también de los corazones. Las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta.

4. ¡Oh, si pudiera saborear en el paladar del corazón qué admiración tiene lo que se dice: "¡Viene el esposo!" qué dulzura: "Entraron con él a las bodas!" qué amargura: "Y se cerró la puerta!" Porque viene aquel que con su venida sacude los elementos, ante cuya presencia tiemblan el cielo y la tierra. Por eso también dice a través del profeta: "Aún una vez, y yo moveré no solo la tierra, sino también el cielo" (Ageo 2, 7; Hebreos 12, 26). Ante cuyo juicio se presenta todo el género humano. A quien para la venganza de los malos y la recompensa de los buenos sirven ángeles, arcángeles, tronos, principados y dominaciones. Considerad, hermanos amadísimos, ante la presencia de tan gran juez, qué terror habrá en aquel día cuando ya no habrá remedio en el castigo, qué confusión para quien, por su culpa, le toque avergonzarse en la asamblea de todos los ángeles y hombres, qué pavor para ver a aquel a quien la mente humana no puede comprender ni siquiera en calma, y mucho menos en ira. Bien el profeta, al contemplar ese día, dice: "Día de ira, ese día, día de tribulación y angustia, día de calamidad y miseria, día de tinieblas y oscuridad, día de nube y torbellino, día de trompeta y clamor" (Sofonías 1, 15). Considerad, pues, hermanos amadísimos, cómo el profeta vio que el día del juicio final amargaré sobre los corazones de los réprobos, que no puede explicarlo con tantas denominaciones. Cuánta será entonces la alegría de los elegidos, que merecen regocijarse en su visión, al ver que todos los elementos tiemblan ante su presencia, entrar con él a las bodas. Que se alegran en las bodas del esposo, y sin embargo, ellos mismos son la esposa, porque en ese tálamo del reino eterno, Dios se une a nuestra visión. La cual visión ya nunca será arrancada de los abrazos de su amor. Entonces la puerta del reino se cerrará a los que lloran, que ahora se abre diariamente a los penitentes. Porque habrá también entonces penitencia, pero ya no será fructuosa, porque entonces no encuentra perdón quien ahora pierde el tiempo adecuado para el perdón. Por eso Pablo dice: "He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación" (2 Corintios 6, 2). Por eso el profeta dice: "Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadlo mientras está cerca" (Isaías 55, 6).

5. Por eso el Señor no escucha a las mismas vírgenes necias que lo invocan, porque con la puerta del reino cerrada, aquel que podía estar cerca, ya no estará cerca. Pues se añade: "Finalmente vienen también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Pero él, respondiendo, dijo: En verdad os digo, no os conozco". Allí ya no puede merecer de Dios lo que pide, quien aquí no quiso escuchar lo que ordenó, quien perdió el tiempo adecuado para la penitencia, en vano viene con súplicas ante la puerta del reino. Por eso el Señor dice a través de Salomón: "Llamé, y rehusasteis; extendí mi mano, y no hubo quien mirara; despreciasteis todo mi consejo, y mis reprensiones no quisisteis. Yo también me reiré en vuestra destrucción, y me burlaré cuando os llegue lo que temíais. Cuando venga sobre vosotros calamidad repentina, y el desastre os sobrevenga como una tormenta, cuando venga sobre vosotros tribulación y angustia, entonces me invocarán, y no escucharé; se levantarán temprano, y no me encontrarán" (Proverbios 1, 24 y ss.). He aquí que claman para que se les abra, y, impulsadas por el dolor de su repulsión, repiten la apelación del Señor, diciendo: "Señor, Señor, ábrenos". Ofrecen súplicas, pero no son conocidas, porque entonces el Señor abandona como desconocidos a aquellos que ahora no reconoce como suyos por el mérito de su vida.

6. Donde también se añade adecuadamente una exhortación general a los discípulos, cuando se dice: "Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora". Porque después de los pecados, Dios acepta la penitencia, si alguien supiera en qué momento saldrá de este mundo presente, podría adaptar un tiempo para los placeres y otro para la penitencia. Pero quien prometió el

perdón al penitente, no prometió el día de mañana al pecador. Por eso siempre debemos temer el último día, que nunca podemos prever. He aquí que este mismo día, en el que hablamos, lo hemos recibido como un plazo para la conversión, y sin embargo, nos negamos a llorar los males que hemos hecho. No solo no lamentamos lo cometido, sino que también aumentamos lo que debe llorarse. Pero si alguna enfermedad nos aflige, si los signos de la enfermedad anuncian la muerte cercana, buscamos un plazo para vivir, para llorar nuestros pecados, y lo pedimos con gran ardor de deseo, lo cual ahora que lo hemos recibido, lo consideramos como nada.

7. Relato, hermanos amadísimos, un asunto que si vuestra caridad desea escuchar atentamente, se instruirá profundamente a partir de su consideración. Hubo un hombre noble en la provincia de Valeria llamado Chrysaorius, a quien el pueblo en lengua rústica llamaba Chryserium: un hombre muy capaz, pero tan lleno de vicios como de bienes; hinchado de soberbia, sometido a los placeres de su carne, encendido por las llamas de la avaricia en la adquisición de bienes. Pero cuando el Señor decidió poner fin a tantos males, como aprendí de un hombre religioso, pariente suyo, que aún vive, fue golpeado por una enfermedad corporal. Al llegar al extremo, en la misma hora en que estaba a punto de salir del cuerpo, con los ojos abiertos vio espíritus oscuros y negríssimos que se le presentaban y lo amenazaban vehementemente para llevarlo a las puertas del infierno. Comenzó a temblar, palidecer, sudar, y a pedir con grandes voces un aplazamiento, llamando a su hijo Máximo, a quien yo mismo ya vi como monje, con gritos excesivos y turbados, diciendo: Máximo, corre, nunca te hice nada malo, acógeme en tu fe. Máximo, turbado, acudió de inmediato, y la familia, llorando y lamentándose, se reunió. Sin embargo, aquellos a quienes él soportaba gravemente no podían ver los espíritus malignos, pero veían su presencia en la confusión, palidez y temblor de quien era arrastrado. Por el miedo a su horrible imagen, se giraba de un lado a otro en la cama, yacía en el lado izquierdo, no podía soportar su vista; se giraba hacia la pared, y allí estaban. Y cuando, demasiado constreñido, ya desesperaba de poder relajarse, comenzó a gritar con grandes voces, diciendo: Un aplazamiento al menos hasta la mañana, un aplazamiento al menos hasta la mañana. Pero mientras clamaba esto, en sus mismas voces fue arrancado de la morada de su carne. De lo cual, sin duda, está claro que vio estas cosas por nosotros, no por él, para que su visión nos beneficie a nosotros, a quienes la divina paciencia aún espera con longanimidad. Pues, ¿de qué le sirvió ver los espíritus oscuros antes de la muerte y pedir un aplazamiento, si no recibió el aplazamiento que pidió? Por lo tanto, hermanos amadísimos, pensemos ahora diligentemente en estas cosas, para que no se nos pierda el tiempo en vano, y busquemos entonces vivir para obrar bien, cuando ya se nos obliga a salir del cuerpo. Recordad lo que dice la Verdad: Orad para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado (Mat. XXIV, 20). Pues por el mandato de la ley no se permite caminar más allá del sábado (Éxodo VI); el invierno también es un impedimento para caminar, porque el frío entorpece los pasos de los caminantes. Dice, pues: Orad para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado. Como si dijera abiertamente: Mirad que no busquéis huir de vuestros pecados cuando ya no se permite caminar. Por lo tanto, ese tiempo en el que no se permite huir debe ser considerado ahora mientras se permite. Esa hora de nuestra salida debe ser siempre contemplada, esta advertencia de nuestro Redentor debe ser siempre puesta ante los ojos de la mente, cuando dice: Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.

HOMILÍA XIII.

Pronunciada al pueblo en la basílica del bienaventurado Félix confesor, en el día de su natalicio.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS XII, 35-40.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos y encendidas las lámparas en vuestras manos. Y sed semejantes a hombres que esperan a su señor cuando regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran de inmediato. Bienaventurados aquellos siervos a quienes el señor, al llegar, encuentre vigilantes. En verdad os digo que se ceñirá, los hará sentarse a la mesa y, pasando, les servirá. Y si llega en la segunda vigilia, o si llega en la tercera vigilia, y así los encuentra, bienaventurados son aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera a qué hora viene el ladrón, ciertamente vigilaría y no dejaría perforar su casa. Por tanto, estad también vosotros preparados, porque a la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del Hombre.

1. Hermanos amadísimos, la lectura del Santo Evangelio os ha sido recitada claramente. Pero para que su misma claridad no parezca quizás profunda a algunos, la repasamos brevemente, de modo que su exposición sea conocida por los ignorantes, sin ser onerosa para los sabios. Porque el Señor, que habla del diablo al bienaventurado Job, testifica que la lujuria en los hombres está en los lomos, y en las mujeres en el ombligo, diciendo: Su fuerza está en sus lomos, y su poder en el ombligo de su vientre (Job XL, 11). Por lo tanto, la lujuria se designa con el nombre de los lomos en el sexo principal, cuando el Señor dice: Tened ceñidos vuestros lomos. Ceñimos los lomos cuando restringimos la lujuria de la carne mediante la continencia. Pero como es poco no hacer el mal, a menos que también cada uno se esfuerce en dedicarse a las buenas obras, inmediatamente se añade: Y lámparas encendidas en vuestras manos. Sostenemos lámparas encendidas en nuestras manos cuando mostramos a nuestros prójimos ejemplos de luz a través de buenas obras. De estas obras, el Señor dice: Brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Se ordenan dos cosas: restringir los lomos y sostener lámparas, para que haya pureza de castidad en el cuerpo y luz de verdad en la acción. Porque a nuestro Redentor no le puede agradar uno sin el otro, si quien hace el bien aún no abandona las manchas de la lujuria, o si quien sobresale en castidad aún no se ejercita en buenas obras. Ni la castidad es grande sin buena obra, ni hay alguna buena obra sin castidad.

2. Pero incluso si se hace ambas cosas, queda que cualquiera que sea, tienda con esperanza a la patria celestial, y de ninguna manera se contenga de los vicios por la honestidad de este mundo. Quien, aunque comience algunas cosas buenas por honestidad, no debe permanecer en esa intención, ni buscar la gloria del mundo presente a través de buenas obras, sino poner toda su esperanza en la venida de su Redentor. Por lo cual, inmediatamente se añade: Y sed semejantes a hombres que esperan a su señor cuando regrese de las bodas. El Señor fue a las bodas, porque resucitando de entre los muertos, ascendiendo al cielo, unió a sí mismo como nuevo hombre la multitud celestial de ángeles. Él regresa cuando ya se manifiesta a nosotros en el juicio.

3. Bien se añade sobre los siervos que esperan: Para que cuando llegue y llame, le abran de inmediato. El Señor viene cuando se apresura al juicio, pero llama cuando ya, a través de las molestias de la enfermedad, indica que la muerte está cercana. Le abrimos de inmediato si lo recibimos con amor. No quiere abrir al juez que llama quien teme salir del cuerpo y teme ver al juez a quien recuerda haber despreciado. Pero quien está seguro de su esperanza y obra, abre de inmediato al que llama, porque espera al juez con alegría; y cuando reconoce el tiempo de la muerte cercana, se regocija por la gloria de la recompensa. Por lo cual, inmediatamente se añade: Bienaventurados aquellos siervos a quienes el señor, al llegar,

encuentre vigilantes. Vigila quien mantiene abiertos los ojos de la mente al verdadero resplandor, vigila quien guarda obrando lo que cree, vigila quien aleja de sí las tinieblas del letargo y la negligencia. Por eso Pablo dice: Despertad, justos, y no pequéis (I Cor. XV, 34). Y nuevamente dice: Ya es hora de levantarnos del sueño (Rom. XIII, 11).

4. Pero escuchemos qué ofrece el señor a los siervos vigilantes: En verdad os digo que se ceñirá, los hará sentarse a la mesa y, pasando, les servirá. Se ceñirá, es decir, se preparará para la recompensa; y los hará sentarse, es decir, ser restaurados en el descanso eterno. Sentarse en el reino es descansar. Por eso el Señor dice nuevamente: Vendrán y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob (Mat. VIII, 11). Pero el Señor pasa y sirve, porque nos sacia con la iluminación de su luz. Se dice que pasa cuando regresa del juicio al reino. O ciertamente el Señor pasa para nosotros después del juicio, porque nos eleva de la forma de humanidad a la contemplación de su divinidad. Y pasar de él es llevarnos a la contemplación de su claridad, cuando a quien vemos en humanidad en el juicio, también lo vemos en divinidad después del juicio. Porque viniendo al juicio, aparece a todos en forma de siervo, como está escrito: Verán a quien traspasaron (Zac. XII, 10; Juan XIX, 37). Pero cuando los réprobos caen en el suplicio, los justos son llevados a la gloria de su claridad, como está escrito: Sea quitado el impío, para que no vea la gloria de Dios (Isaías XXVI, 10).

5. Pero, ¿qué si los siervos son negligentes en la primera vigilia? La primera vigilia es la custodia de la primera edad. Pero tampoco así se debe desesperar y cesar de la buena obra. Pues insinuando la paciencia de su longanimidad, el Señor añade: Y si llega en la segunda vigilia, o si llega en la tercera vigilia, y así los encuentra, bienaventurados son aquellos siervos. La primera vigilia es el tiempo primaveral, es decir, la infancia. La segunda, la adolescencia o juventud, que por la autoridad del sagrado elocuente son una, como dice Salomón: Alégrate, joven, en tu adolescencia (Ecles. XI, 9). La tercera, sin embargo, se toma como la vejez. Quien no quiso vigilar en la primera vigilia, que al menos guarde la segunda, para que quien descuidó convertirse de sus maldades en la infancia, al menos despierte a los caminos de la vida en el tiempo de la juventud. Y quien no quiso despertar en la segunda vigilia, que no pierda los remedios de la tercera vigilia, para que quien no despierta a los caminos de la vida en la juventud, al menos recapacite en la vejez. Considerad, hermanos amadísimos, porque la piedad de Dios ha cerrado nuestra dureza. Ya no hay excusa que el hombre pueda encontrar. Dios es despreciado, y espera; ve que es despreciado, y llama; recibe injuria de su desprecio, y sin embargo, en algún momento, a los que regresan les promete incluso premios. Pero nadie debe descuidar esta su longanimidad, porque exigirá una justicia tanto más estricta en el juicio cuanto más larga fue su paciencia antes del juicio. Por eso Pablo dice: ¿Ignoras que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero tú, según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom. II, 4, 5). Por eso el salmista dice: Dios es un juez justo, fuerte y longánime (Sal. VII, 12). Pues al decir longánime, precedió justo, para que sepas que quien ves soportar pacientemente los pecados de los delincuentes por mucho tiempo, también juzgará estrictamente en algún momento. Por eso se dice a través de un sabio: Porque el Altísimo es un paciente retribuidor (Eclesiástico V, 4). Se dice paciente retribuidor, porque soporta y retribuye los pecados de los hombres. Pues a quienes tolera por mucho tiempo para que se conviertan, si no se convierten, los condena más severamente. Para sacudir la pereza de nuestra mente, también se traen a colación daños exteriores a modo de similitud, para que a través de ellos el ánimo se despierte a su propia custodia. Pues se dice: Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera a qué hora viene el ladrón, ciertamente vigilaría y no dejaría perforar su casa. De la similitud anterior también se infiere una exhortación, cuando se dice: Y vosotros estad preparados, porque a la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del Hombre.

Pues el ladrón perfora la casa sin que el padre de familia lo sepa, porque mientras el espíritu duerme en su custodia, la muerte imprevista viene, irrumpe en la morada de nuestra carne, y mata al que encuentra dormido, porque cuando el espíritu no prevé los daños venideros, la muerte lo arrebató al suplicio sin que lo sepa. Pero resistiría al ladrón si vigilara, porque previendo la venida del juez, que ocultamente arrebató el alma, le saldría al encuentro arrepintiéndose, para no perecer impenitente.

6. Nuestro Señor quiso que la última hora nos fuera desconocida, para que siempre pudiera ser sospechosa, para que mientras no podemos preverla, nos preparemos para ella sin interrupción. Por tanto, hermanos míos, fijad los ojos de la mente en la condición de vuestra mortalidad, preparaos diariamente con lágrimas y lamentos para el juez que viene. Y como la muerte cierta espera a todos, no penséis en la incierta providencia de la vida temporal. Que la preocupación por las cosas terrenales no os agobie. Por muchas masas de oro y plata que rodeen, por muchas vestiduras preciosas que cubran la carne, ¿qué es sino carne? No miréis, pues, lo que tenéis, sino lo que sois. ¿Queréis oír lo que sois? El profeta lo indica, diciendo: Verdaderamente el pueblo es hierba (Isaías XL, 7). Si el pueblo no es hierba, ¿dónde están aquellos que hoy celebramos con nosotros el natalicio del bienaventurado Félix, hace un año? ¡Oh, cuántas y qué cosas pensaban sobre la providencia de la vida presente, pero, al llegar de repente el momento de la muerte, fueron encontrados en lo que no querían prever, y perdieron de golpe todas las cosas temporales que, reunidas, parecían tener firmemente! Si, pues, la multitud pasada de la humanidad floreció en la carne por el nacimiento, y se marchitó en el polvo por la muerte, evidentemente fue hierba. Porque las horas huyen en sus momentos, actuad, hermanos amadísimos, para que sean retenidas en la recompensa de la buena obra. Escuchad lo que dice el sabio Salomón: Todo lo que tu mano pueda hacer, hazlo con empeño, porque en el infierno, adonde te diriges, no hay obra, ni conocimiento, ni razón, ni sabiduría (Ecles. IX, 10). Porque ignoramos el tiempo de la muerte venidera, y después de la muerte no podemos obrar, queda que antes de la muerte aprovechemos el tiempo concedido. Así, la misma muerte será vencida cuando venga, si antes de que venga siempre se teme.

HOMILÍA XIV.

Pronunciada al pueblo en la basílica del bienaventurado Pedro apóstol, el segundo domingo después de Pascua.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN X, 11-16.

En aquel tiempo, Jesús dijo a los fariseos: Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. Pero el asalariado, y el que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas y huye; y el lobo las arrebató y las dispersa. El asalariado huye, porque es asalariado y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen. Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre, y pongo mi vida por las ovejas. Y tengo otras ovejas que no son de este redil, y también a ellas debo traer, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor.

1. Habéis escuchado, hermanos amadísimos, la instrucción de la lectura evangélica, habéis escuchado también nuestro peligro. Pues he aquí que quien no es bueno por un don accidental, sino esencialmente, dice: Yo soy el buen pastor. Y añade la forma de esa bondad que debemos imitar, diciendo: El buen pastor da su vida por las ovejas. Hizo lo que aconsejó, mostró lo que ordenó. El buen pastor dio su vida por sus ovejas, para convertir en nuestro sacramento su cuerpo y su sangre, y alimentar a las ovejas que redimió con el alimento de su

carne. Se nos ha mostrado el camino del desprecio de la muerte que debemos seguir, se nos ha puesto la forma en la que debemos ser impresos. Primero debemos misericordiosamente gastar nuestras cosas exteriores en sus ovejas; y finalmente, si es necesario, también ofrecer nuestra vida por las mismas ovejas. Pero se llega a lo último y mayor desde lo primero y menor. Pero como el alma con la que vivimos es incomparablemente mejor que la sustancia terrena que poseemos exteriormente, quien no da su sustancia por las ovejas, ¿cuándo dará su vida por ellas? Y hay algunos que, al amar más la sustancia terrena que las ovejas, pierden con razón el nombre de pastor. De quienes inmediatamente se añade: Pero el asalariado, y el que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas y huye.

2. No se le llama pastor, sino asalariado, a quien no por amor íntimo, sino por ganancias temporales, apacienta las ovejas del Señor. Es asalariado quien ocupa el lugar de pastor, pero no busca las ganancias de las almas; ansía los bienes terrenales, se alegra con el honor de la prelación, se alimenta de las ganancias temporales, se regocija con la reverencia que le rinden los hombres. Estas son las recompensas del asalariado, para que por el mismo hecho de que trabaja en el gobierno, aquí encuentre lo que busca, y en el futuro sea ajeno a la herencia del rebaño. Si es pastor o asalariado, no puede conocerse verdaderamente si falta la ocasión de necesidad. Pues en tiempo de tranquilidad, a menudo tanto el verdadero pastor como el asalariado permanecen en la custodia del rebaño; pero el lobo que viene indica con qué ánimo cada uno estaba sobre la custodia del rebaño. Pues el lobo viene sobre las ovejas cuando cualquier injusto y ladrón oprime a los fieles y humildes. Pero quien parecía ser pastor y no lo era, deja las ovejas y huye, porque al temer el peligro para sí mismo, no se atreve a resistir su injusticia. Huye no cambiando de lugar, sino retirando el consuelo. Huye, porque vio la injusticia y calló. Huye, porque se oculta en silencio. A quienes bien se les dice por el profeta: No habéis subido al frente, ni habéis puesto un muro por la casa de Israel, para que estéis en la batalla en el día del Señor (Ezequiel XIII, 5). Subir al frente es oponerse con voz libre de razón a cualquier potestad que actúe mal. Y estamos en la batalla por la casa de Israel en el día del Señor, y ponemos un muro, si defendemos a los fieles inocentes contra la injusticia de los perversos con la autoridad de la justicia. Lo que el asalariado no hace, cuando ve venir al lobo, huye.

3. Pero hay otro lobo que sin cesar diariamente no desgarrar cuerpos, sino mentes, a saber, el maligno espíritu, que acechando las ovejas de los fieles, busca la muerte de las almas. De este lobo se dice enseguida: Y el lobo arrebató y dispersa las ovejas. El lobo viene, y el mercenario huye, porque el maligno espíritu desgarrar las mentes de los fieles en la tentación, y aquel que ocupa el lugar del pastor no tiene cuidado ni preocupación. Las almas perecen, y él se regocija en los bienes terrenales. El lobo arrebató y dispersa las ovejas cuando arrastra a uno a la lujuria, enciende a otro en la avaricia, eleva a otro en la soberbia, divide a otro por la ira, a este lo estimula la envidia, a aquel lo suplanta con el engaño. Así, pues, el lobo disipa el rebaño cuando el diablo mata al pueblo fiel a través de las tentaciones. Pero ante esto, el mercenario no se enciende con ningún celo, no se excita con ningún fervor de amor: porque mientras busca solo los bienes exteriores, sufre negligentemente las pérdidas internas del rebaño. Por eso se añade enseguida: Pero el mercenario huye, porque es mercenario, y no le importan las ovejas. La única razón por la que el mercenario huye es porque es mercenario. Como si se dijera abiertamente: No puede permanecer en el peligro de las ovejas quien, al estar al frente de ellas, no las ama, sino que busca el lucro terrenal. Pues mientras abraza el honor, mientras se regocija en los bienes temporales, teme oponerse al peligro, no sea que pierda lo que ama. Pero como nuestro Redentor ha dado a conocer las culpas del falso pastor, nuevamente muestra la forma que debemos imitar, diciendo: Yo soy el Buen Pastor. Y añade:

Y conozco a mis ovejas, es decir, las amo, y mis ovejas me conocen. Como si dijera claramente: Los que aman obedecen. Porque quien no ama la verdad, aún no la ha conocido.

4. Así que, hermanos amadísimos, habéis escuchado nuestro peligro, considerad también vuestro peligro en las palabras del Señor. Ved si sois sus ovejas, ved si lo conocéis, ved si conocéis la luz de la verdad. Pero digo que lo conocéis, no por la fe, sino por el amor. Digo que lo conocéis, no por credulidad, sino por obra. Pues el mismo Juan evangelista que habla de esto testifica, diciendo: Quien dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso (1 Juan 2, 4). Por eso, en este lugar el Señor añade enseguida: Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre, y pongo mi vida por mis ovejas. Como si dijera abiertamente: En esto se demuestra que yo conozco al Padre y soy conocido por el Padre, porque pongo mi vida por mis ovejas; es decir, con el amor con el que muero por las ovejas, muestro cuánto amo al Padre. Y como no solo había venido a redimir a Judea, sino también a los gentiles, añade: Y tengo otras ovejas que no son de este redil, y también a ellas debo traer, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor. El Señor había previsto nuestra redención, nosotros que venimos del pueblo gentil, cuando decía que traería a otras ovejas. Esto lo veis suceder diariamente, hermanos, lo veis hecho hoy con las naciones reconciliadas. Pues como si de dos rebaños hiciera un solo redil, porque une al pueblo judío y al gentil en su fe, atestiguando Pablo, quien dice: Él es nuestra paz, quien de ambos hizo uno (Efesios 2, 14). Pues al elegir para la vida eterna a los sencillos de ambas naciones, conduce a las ovejas a su propio redil.

3. De estas ovejas ciertamente dice de nuevo: Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna (Juan 10, 27). De las cuales también dice un poco antes: Por mí si alguno entra, será salvo, y entrará, y saldrá, y hallará pastos (Ibid., 9). Pues entrará a la fe, saldrá de la fe a la visión, de la credulidad a la contemplación, y hallará pastos en la eterna satisfacción. Así pues, sus ovejas hallan pastos, porque quien lo sigue con corazón sencillo, se nutre del alimento de la eterna verdor. ¿Y cuáles son los pastos de estas ovejas, sino los gozos internos del siempre verde paraíso? Pues los pastos de los elegidos son la presencia del rostro de Dios, que al ser contemplado sin defecto, sacia sin fin la mente con el alimento de la vida. En estos pastos se alegraron con la saciedad de la eternidad quienes ya han escapado de las trampas de la voluptuosa temporalidad. Allí están los coros angélicos que cantan himnos, allí la sociedad de los ciudadanos celestiales. Allí la dulce solemnidad de los que regresan del triste trabajo de esta peregrinación. Allí los previsores coros de los profetas, allí el número de los apóstoles jueces, allí el victorioso ejército de innumerables mártires, tanto más alegre allí cuanto más afligido aquí; allí la constancia de los confesores, consolada por la percepción de su premio; allí los hombres fieles que el placer del mundo no pudo ablandar desde la fortaleza de su virilidad; allí las santas mujeres que vencieron al mundo y a su sexo; allí los niños que aquí superaron sus años con sus costumbres; allí los ancianos que aquí la edad debilitó, pero la virtud de la obra no abandonó.

6. Busquemos, pues, hermanos amadísimos, estos pastos, en los que nos regocijemos con la solemnidad de tantos ciudadanos. Que nos invite la festividad de los que se alegran. Ciertamente, si en algún lugar el pueblo celebrara una feria, si a la dedicación de alguna iglesia se anunciara una solemnidad, todos nos apresuraríamos a encontrarnos allí, y cada uno se esforzaría por participar, creyendo que se vería afligido por un grave daño si no presenciara la solemnidad de la alegría común. He aquí que en los cielos se celebra la alegría de los ciudadanos elegidos, todos se felicitan mutuamente en su reunión, y sin embargo nosotros, tibios en el amor de la eternidad, no ardemos con ningún deseo, no buscamos participar en tan gran solemnidad, nos privamos de los gozos, y estamos contentos. Encendamos, pues, el ánimo, hermanos, que la fe se recaliente en lo que ha creído, que

nuestros deseos ardan hacia lo alto, y así amar ya es ir. Que ninguna adversidad nos aparte del gozo de la interna solemnidad, porque si alguien desea ir a un lugar propuesto, ninguna aspereza del camino cambia su deseo. Que ninguna prosperidad halagadora nos seduzca, porque es un viajero necio quien, al ver prados amenos en el camino, olvida ir a donde se dirigía. Por tanto, que el ánimo anhele con todo deseo la patria celestial, que no desee nada en este mundo, sabiendo que pronto lo dejará, para que si verdaderamente somos ovejas del Pastor celestial, porque no nos detenemos en el deleite del camino, nos saciemos en los pastos eternos al llegar.

HOMILÍA XV.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Pablo apóstol, el Domingo de Sexagésima.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 8, 4-15.

En aquel tiempo, cuando se reunió una gran multitud y de las ciudades acudían a Jesús, dijo por medio de una parábola: Salió el sembrador a sembrar su semilla. Y al sembrar, una parte cayó junto al camino, y fue pisoteada, y las aves del cielo la comieron. Y otra parte cayó sobre la piedra, y nacida se secó, porque no tenía humedad. Y otra parte cayó entre espinos, y los espinos que crecieron junto con ella la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tierra, y nacida dio fruto centuplicado. Al decir esto, clamaba: El que tenga oídos para oír, que oiga. Sus discípulos le preguntaron qué significaba esta parábola. Él les dijo: A vosotros se os ha dado conocer el misterio del reino de Dios, pero a los demás en parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. Esta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios. Lo que cayó junto al camino son los que oyen, luego viene el diablo y quita la palabra de su corazón, para que no crean y se salven. Lo que cayó sobre la piedra son los que, cuando oyen, reciben la palabra con gozo. Pero no tienen raíces, porque creen por un tiempo, y en el tiempo de la tentación se apartan. Lo que cayó entre espinos son los que oyen, pero al irse, son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto. Lo que cayó en buena tierra son los que con corazón bueno y recto oyen la palabra, la retienen y dan fruto con perseverancia.

1488 1. La lectura del santo Evangelio que acabáis de escuchar, hermanos amadísimos, no necesita explicación, sino advertencia. Pues la Verdad misma la expuso, y la fragilidad humana no se atreve a discutirla. Pero hay algo que debéis considerar cuidadosamente en esta misma exposición del Señor, porque si nosotros os dijéramos que la semilla significa la palabra, el campo el mundo, las aves los demonios, los espinos las riquezas, tal vez vuestra mente dudaría en creerlo. Por eso el mismo Señor se dignó exponer lo que decía, para que sepáis buscar los significados de las cosas incluso en lo que Él mismo no quiso explicar. Al exponer lo que dijo figuradamente, os hizo seguros para que cuando nuestra fragilidad os abriera las figuras de sus palabras, lo creyerais. Pues, ¿quién me creería si quisiera interpretar los espinos como riquezas, especialmente cuando aquellos pinchan y estas deleitan? Y sin embargo, son espinos, porque con las punzadas de sus pensamientos laceran la mente, y cuando llevan al pecado, como si infligieran una herida, la hacen sangrar. Bien en este lugar, según atestigua otro evangelista, el Señor no llama a las riquezas simplemente riquezas, sino riquezas engañosas (Mateo 13, 22). Son engañosas porque no pueden permanecer con nosotros mucho tiempo, son engañosas porque no eliminan la pobreza de nuestra mente. Solo las verdaderas riquezas son las que nos hacen ricos en virtudes. Si, pues, hermanos amadísimos, deseáis ser ricos, amad las verdaderas riquezas. Si buscáis la cumbre del verdadero honor, dirigíos al reino celestial. Si amáis la gloria de las dignidades, apresuraos a ser inscritos en aquella corte celestial de los ángeles.

2. Retened en la mente las palabras del Señor que percibís con el oído. Pues el alimento de la mente es la palabra de Dios. Y como el alimento recibido es rechazado por un estómago enfermo, cuando la palabra escuchada no se retiene en el vientre de la memoria. Pero quien no retiene los alimentos, ciertamente su vida se considera desesperada. Temed, pues, el peligro de la muerte eterna, si recibís el alimento de la santa exhortación, pero no retenéis en la memoria las palabras de vida, es decir, los alimentos de la justicia. He aquí que todo lo que hacéis pasa, y sin ninguna interrupción de momento os apresuráis diariamente, queráis o no, al juicio final. ¿Por qué, entonces, se ama lo que se deja? ¿Por qué se descuida lo que se alcanza? Recordad lo que se dice: Si alguno tiene oídos para oír, que oiga. Pues todos los que estaban allí tenían oídos corporales. Pero al decir a todos los que tienen oídos: Si alguno tiene oídos para oír, que oiga, sin duda requiere los oídos del corazón. Cuidad, pues, que la palabra recibida permanezca en el oído del corazón. Cuidad que la semilla no caiga junto al camino, para que el maligno espíritu no venga y quite la palabra de la memoria. Cuidad que la tierra pedregosa no reciba la semilla y produzca el fruto de la buena obra sin las raíces de la perseverancia. Pues a muchos les agrada lo que oyen, proponen inicios de buena obra; pero tan pronto como comienzan a fatigarse con adversidades, abandonan lo comenzado. La tierra pedregosa, pues, no tuvo humedad, porque lo que había germinado no lo llevó al fruto de la perseverancia. Muchos, en efecto, cuando oyen la palabra contra la avaricia, detestan esa misma avaricia, alaban el desprecio de todas las cosas; pero tan pronto como el alma ve lo que desea, olvida lo que alababa. Muchos, cuando oyen la palabra contra la lujuria, no solo no desean cometer las impurezas de la carne, sino que también se avergüenzan de las cometidas; pero tan pronto como la apariencia de la carne aparece ante sus ojos, el alma es arrastrada al deseo, como si aún no hubiera deliberado nada contra estos mismos deseos; y hace lo que debe condenar, lo que recuerda haber condenado ya. A menudo también nos compungimos contra las culpas, y sin embargo, después del llanto, volvemos a las mismas culpas. Así Balaam, al contemplar las tiendas del pueblo israelita, lloró, y pidió hacerse semejante a ellos en la muerte, diciendo: Muera mi alma la muerte de los justos, y sean mis postrimerías como las de ellos (Números 23, 10); pero tan pronto como pasó la hora de la compunción, ardió en la iniquidad de la avaricia. Pues por las promesas de regalos dio consejo para la muerte de aquel pueblo, cuya muerte había deseado hacerse semejante; y olvidó lo que había llorado, cuando no quiso extinguir lo que ardía por la avaricia.

3. Es de notar que al exponer el Señor dice que las preocupaciones, los placeres y las riquezas ahogan la palabra. La ahogan, porque con sus importunos pensamientos estrangulan la garganta de la mente; y al no permitir que el buen deseo entre en el corazón, como si mataran la entrada del aliento vital. Es de notar también que hay dos cosas que el Señor une a las riquezas, a saber, las preocupaciones y los placeres, porque ciertamente oprimen la mente por el cuidado, y la disuelven por la abundancia. Pues con cosas contrarias hacen a sus poseedores tanto afligidos como inestables. Pero como el placer no puede convenir con la aflicción, en un tiempo afligen por la preocupación de su custodia, y en otro ablandan por la abundancia hacia los placeres.

4. Pero la buena tierra da fruto con paciencia, porque ciertamente no hay bienes que hagamos si no soportamos con ecuanimidad también los males de los prójimos. Pues cuanto más alto progresa alguien, tanto más encuentra en este mundo lo que más duramente soportar; porque cuando el amor de nuestra mente se aparta del presente siglo, crece la adversidad del mismo siglo. De ahí que veamos a muchos hacer el bien, y sin embargo sudar bajo el pesado yugo de las tribulaciones. Pues ya huyen de los deseos terrenales, y sin embargo son fatigados por flagelos más duros. Pero según la voz del Señor, dan fruto con paciencia, porque cuando reciben humildemente los flagelos, después de los flagelos son recibidos sublimemente en el

descanso. Así la uva es golpeada con los pies, y se convierte en el sabor del vino. Así la oliva, exprimida por las contusiones, abandona su amargor y se enriquece en el licor del aceite. Así por la trilla del área los granos se separan de la paja, y llegan purificados al granero. Quien, pues, desea vencer plenamente los vicios, procure soportar humildemente los flagelos de su purificación, para que tanto más puro llegue después al juez, cuanto ahora el fuego de la tribulación purga su herrumbre.

5. En aquel pórtico que es accesible a los que van a la iglesia de San Clemente, hubo un cierto Servulo de nombre, a quien muchos de vosotros conocéis conmigo, pobre en bienes, rico en méritos, a quien una larga enfermedad había debilitado (Lib. IV Dial., cap. 14). Pues desde la primera edad hasta el final de su vida yacía paralítico. ¿Qué diré que no podía estar de pie? Que nunca pudo levantarse en su lecho ni siquiera para sentarse, nunca pudo llevar su mano a la boca, nunca pudo inclinarse hacia otro lado. Tenía a su madre y a su hermano para servirle, y todo lo que pudiera recibir de limosna, lo distribuía con sus manos a los pobres. No sabía leer, pero había comprado para sí mismo códices de la Sagrada Escritura, y recibía a algunos religiosos en hospitalidad, haciéndolos leer continuamente ante él. Y así, en la medida de lo posible, aprendió plenamente la Sagrada Escritura, aunque, como he dicho, ignoraba completamente las letras. Se esforzaba por dar siempre gracias en el dolor, dedicarse día y noche a los himnos y alabanzas a Dios. Pero cuando ya era tiempo de que tanta paciencia suya fuera recompensada, el dolor de sus miembros regresó a sus órganos vitales. Y cuando se reconoció ya próximo a la muerte, advirtió a los hombres peregrinos y acogidos en hospitalidad que se levantaran y cantaran salmos con él en espera de su salida. Y mientras moría cantando con ellos, de repente detuvo las voces de los que cantaban, con el terror de un gran clamor, diciendo: Callad, ¿no oís cuán grandes alabanzas resuenan en el cielo? Y mientras dirigía el oído de su corazón a las mismas alabanzas que había oído dentro, su santa alma fue liberada de la carne. Pero al salir ella, se esparció allí tal fragancia de olor, que todos los que estaban presentes fueron llenados de una suavidad inestimable, de modo que por esto reconocieron claramente que las alabanzas en el cielo la habían recibido. A este hecho asistió nuestro monje, que vive hasta ahora, y suele atestiguar con gran llanto que hasta que su cuerpo fue entregado a la sepultura, la fragancia de aquel olor no se apartó de sus narices. He aquí con qué fin salió de esta vida quien en esta vida soportó humildemente los flagelos. Según la voz del Señor, la buena tierra dio fruto con paciencia, que, arada con el arado de la disciplina, llegó a la cosecha de la recompensa. Pero os ruego, hermanos amadísimos, considerad qué argumento de excusa tendremos en aquel juicio estricto nosotros, que, perezosos en la buena obra, hemos recibido tanto bienes como manos, si el necesitado y sin manos cumplió los preceptos del Señor. Que el Señor no nos muestre entonces a los apóstoles que, predicando, llevaron consigo a multitudes de fieles al reino, que no nos exhiba a los mártires que, derramando su sangre, llegaron a la patria celestial. ¿Qué diremos entonces, cuando veamos a este Servulo de quien hemos hablado, a quien la larga enfermedad le retuvo los brazos, pero sin embargo no los ató para la buena obra? Tratad estas cosas con vosotros, hermanos, incitaos al estudio de la buena obra, para que cuando ahora os proponéis a los buenos para imitar, entonces podáis ser sus compañeros.

HOMILÍA XVI.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Juan, llamada Constantiniana, el primer domingo de Cuaresma.

LECTURA DEL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 4, 1-11.

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y acercándose el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Él respondió: Está escrito: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso sobre el pináculo del templo y le dijo: Si eres Hijo de Dios, lázate abajo. Porque está escrito: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra alguna. Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Nuevamente el diablo lo llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adoras. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás. Porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y solo a Él servirás. Entonces el diablo lo dejó, y he aquí que los ángeles se acercaron y le servían.

1492 1. Algunos suelen dudar de qué espíritu fue llevado Jesús al desierto, debido a que se dice: El diablo lo llevó a la ciudad santa. Y nuevamente: Lo llevó a un monte muy alto. Pero verdaderamente y sin ninguna cuestión, se acepta convenientemente que fue llevado al desierto por el Espíritu Santo, para que su Espíritu lo condujera allí donde el espíritu maligno lo encontraría para tentar. Pero he aquí que cuando se dice que Dios hombre fue llevado por el diablo a un monte alto o a la ciudad santa, la mente se rehúsa, los oídos humanos se espantan al oír esto. Sin embargo, sabemos que estas cosas no son increíbles, si consideramos otros hechos en Él. Ciertamente, el diablo es la cabeza de todos los inicuos, y los miembros de esta cabeza son todos los inicuos. ¿No fue Pilato un miembro del diablo? ¿No fueron miembros del diablo los judíos que perseguían y los soldados que crucificaban a Cristo? ¿Qué, pues, es sorprendente si permitió ser llevado por él al monte, quien también permitió ser crucificado por sus miembros? No es, por tanto, indigno de nuestro Redentor que quisiera ser tentado, quien vino a ser muerto. Era justo que así venciera nuestras tentaciones con sus tentaciones, como vino a superar nuestra muerte con su muerte. Pero debemos saber que la tentación se realiza de tres maneras: por sugestión, por deleite y por consentimiento. Y cuando somos tentados, a menudo caemos en el deleite o incluso en el consentimiento, porque, propagados del pecado de la carne, llevamos en nosotros mismos aquello por lo que soportamos las luchas. Pero Dios, que encarnado en el vientre de la Virgen, vino al mundo sin pecado, no toleraba ninguna contradicción en sí mismo. Por lo tanto, pudo ser tentado por sugestión, pero el deleite del pecado no mordió su mente. Y por eso toda aquella tentación diabólica fue externa, no interna.

1493 2. Pero si miramos el orden mismo de su tentación, pensemos en cuán grande magnitud somos liberados de la tentación. El antiguo enemigo se levantó contra el primer hombre, nuestro padre, en tres tentaciones, porque lo tentó con gula, vanagloria y avaricia; pero al tentar, lo superó, porque lo sometió a sí mismo por consentimiento. Lo tentó con gula cuando mostró el alimento del árbol prohibido y lo persuadió a comer. Lo tentó con vanagloria cuando dijo: Seréis como dioses (Génesis III, 5). Y lo tentó con el avance de la avaricia cuando dijo: Conociendo el bien y el mal. La avaricia no solo es de dinero, sino también de altura. Con razón se llama avaricia cuando se ambiciona la sublimidad en exceso. Pues si la rapacidad del honor no perteneciera a la avaricia, de ninguna manera Pablo diría del unigénito Hijo de Dios: No consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filipenses II, 6). En esto, el diablo atrajo a nuestro padre a la soberbia, al excitarlo a la avaricia de la sublimidad.

3. Pero con los mismos modos que derribó al primer hombre, sucumbió al segundo hombre tentado. Lo tienta con gula cuando dice: Di que estas piedras se conviertan en panes. Lo tienta con vanagloria cuando dice: Si eres Hijo de Dios, lázate abajo. Lo tienta con la

avaricia de la sublimidad cuando muestra todos los reinos del mundo, diciendo: Todo esto te daré, si postrado me adoras. Pero con los mismos modos es vencido por el segundo hombre, con los que se gloriaba de haber vencido al primer hombre, para que salga de nuestros corazones por la misma entrada por la que, al entrar, nos tenía. Pero hay algo más, hermanos carísimos, que debemos considerar en esta tentación del Señor, porque el Señor tentado por el diablo respondió con los preceptos de la sagrada palabra, y quien con la palabra que era podía hundir a su tentador en el abismo, no mostró el poder de su potencia, sino que dio solo los preceptos de la Escritura divina, para ofrecernos un ejemplo de su paciencia, para que cada vez que sufrimos algo de hombres perversos, nos excitemos más a la doctrina que a la venganza. Considerad cuánta es la paciencia de Dios y cuánta nuestra impaciencia. Nosotros, si somos provocados por injurias o alguna lesión, movidos por la furia, o nos vengamos de nosotros mismos tanto como podemos, o amenazamos con lo que no podemos hacer. He aquí que el Señor soportó la adversidad del diablo, y no le respondió sino con palabras de mansedumbre. Soporta a quien podía castigar, para que esto crezca más en su alabanza, si supera a su enemigo no extinguiéndolo, sino soportándolo por un tiempo.

4. Debe notarse lo que se añade, que, al retirarse el diablo, los ángeles le servían. ¿Qué otra cosa se muestra sino ambas naturalezas de una sola persona? Porque es hombre a quien el diablo tienta, y es el mismo Dios a quien los ángeles sirven. Reconozcamos, pues, en Él nuestra naturaleza, porque si el diablo no viera a este hombre, no lo tentaría. Veneremos en Él su divinidad, porque si no existiera sobre todas las cosas como Dios, de ninguna manera los ángeles le servirían.

5. Pero como en estos días la lectura es congruente, pues hemos escuchado la abstinencia de cuarenta días de nuestro Redentor, que comenzamos el tiempo de Cuaresma, debemos discutir por qué esta misma abstinencia se guarda por el número de cuarenta días. Moisés, para recibir la ley, ayunó por segunda vez cuarenta días (Éxodo XXXIV, 28). Elías en el desierto se abstuvo cuarenta días (III Reyes XIX, 8). El mismo autor de los hombres, viniendo a los hombres, en cuarenta días no tomó ningún alimento (Mateo IV, 2). Nosotros también, en la medida de lo posible, intentemos afligir nuestra carne por la abstinencia en el tiempo anual de Cuaresma. ¿Por qué, entonces, se guarda el número de cuarenta en la abstinencia, sino porque la virtud del Decálogo se cumple a través de los cuatro libros del santo Evangelio? Pues el diez multiplicado por cuatro asciende a cuarenta, porque entonces cumplimos los mandamientos del Decálogo cuando ciertamente guardamos los cuatro libros del santo Evangelio. De lo cual también se puede sentir otra cosa. En este cuerpo mortal subsistimos de cuatro elementos, y a través de los placeres de este mismo cuerpo contravenimos los preceptos del Señor. Los preceptos del Señor fueron recibidos a través del Decálogo. Porque, por los deseos de la carne, despreciamos los mandamientos del Decálogo, es digno que aflijamos esa misma carne catorce veces. Aunque de este tiempo de Cuaresma hay aún otra cosa que se puede entender. Desde el presente día hasta las alegrías de la solemnidad pascual vienen seis semanas, cuyos días son cuarenta y dos. De los cuales, al restar seis días del Señor de la abstinencia, no quedan más de treinta y seis días en abstinencia. Mientras el año se lleva por trescientos sesenta y cinco días, nosotros nos afligimos por treinta y seis días, como si diéramos a Dios el diezmo de nuestro año, para que, habiendo vivido para nosotros mismos durante el año recibido, mortifiquemos a nuestro autor en sus diezmos por la abstinencia. Por lo tanto, hermanos carísimos, así como se os manda ofrecer los diezmos de las cosas en la ley (Levítico XXVII, 30, sig.), así también esforzaos por ofrecerle los diezmos de los días. Cada uno, en la medida de su capacidad, macere su carne, aflija sus deseos, mate las concupiscencias impuras, para que, según la voz de Pablo, se convierta en una hostia viva (Romanos XII, 1). Pues la hostia es inmolada y viva, cuando

el hombre no se aparta de esta vida, y sin embargo se mata a sí mismo de los deseos carnales. La carne nos llevó alegremente al pecado, afligida nos devuelva al perdón. Pues el autor de nuestra muerte, al transgredir los preceptos de la vida por el fruto del árbol prohibido, cayó de las alegrías del paraíso por el alimento; en la medida de lo posible, resucitemos a ellas por la abstinencia.

6. Pero nadie crea que esa misma abstinencia por sí sola puede ser suficiente, cuando el Señor dice por el profeta: ¿No es este más bien el ayuno que elegí? añadiendo: Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres y vagabundos lleva a tu casa; cuando veas al desnudo, cúbrelo, y no desprecies a tu propia carne (Isaías LVIII, 6, 7). Por lo tanto, Dios aprueba el ayuno que levanta las manos de las limosnas a sus ojos, que se hace con amor al prójimo, que se funda en la piedad. Por lo tanto, lo que te quitas a ti mismo, dáselo a otro, para que de donde tu carne es afligida, de allí se repare la carne del prójimo necesitado. De esto, pues, dice el Señor por el profeta: Cuando ayunabais y llorabais, ¿acaso ayunabais para mí? Y cuando coméis y bebéis, ¿acaso no coméis y bebéis para vosotros mismos? (Zacarías VII, 5, 6). Pues come y bebe para sí mismo quien recibe los alimentos del cuerpo, que son dones comunes del Creador, sin compartirlos con los necesitados. Y cada uno ayuna para sí mismo, si lo que se quita a sí mismo por un tiempo no lo da a los pobres, sino que lo guarda para ofrecerlo después al vientre. De esto se dice por Joel: Santificad un ayuno (Joel I, 14; II, 15). Santificar el ayuno es, junto con otras buenas obras, mostrar una abstinencia de la carne digna de Dios. Cese la ira, se apaguen las disputas. En vano se aflige la carne si el alma no se refrena de sus malas pasiones, cuando el Señor dice por el profeta: He aquí que en el día de vuestro ayuno se encuentra vuestra voluntad. He aquí que ayunáis para pleitos y contiendas, y golpeáis con el puño impiamente, y reclamáis a todos vuestros deudores (Isaías LVIII, 3). Pues quien reclama a su deudor lo que le dio no hace nada injusto, pero es digno que quien se macera en penitencia también renuncie a lo que justamente le corresponde. Así, así, a nosotros afligidos y penitentes, Dios nos perdona lo que injustamente hicimos, si por amor a Él también renunciamos a lo que justamente nos corresponde.

HOMILÍA XVII.

Pronunciada a los obispos en las fuentes de Letrán.

LECTURA DEL EVANGELIO SEGÚN LUCAS X, 1-9.

En aquel tiempo, el Señor designó también a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de su rostro a toda ciudad y lugar a donde Él mismo había de ir. Y les decía: La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. Id, he aquí que os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado, y a nadie saludéis por el camino. En cualquier casa en que entréis, decid primero: Paz a esta casa. Y si allí hubiere un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros. Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, porque el obrero es digno de su salario. No paséis de casa en casa. Y en cualquier ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan; y curad a los enfermos que en ella haya, y decidles: El reino de Dios se ha acercado a vosotros.

1496 1. Nuestro Señor y Salvador, hermanos carísimos, a veces nos amonesta con palabras, a veces con obras. Pues sus mismos hechos son preceptos, porque cuando hace algo en silencio, nos da a conocer lo que debemos hacer. He aquí que envía a sus discípulos de dos en dos a la predicación, porque hay dos preceptos de la caridad, a saber, el amor de Dios y del prójimo, y la caridad no puede existir entre menos de dos. Pues nadie se dice propiamente

que tiene caridad hacia sí mismo, sino que el amor se dirige hacia otro para que pueda ser caridad. El Señor envía a sus discípulos de dos en dos a predicar, para insinuarnos en silencio que quien no tiene caridad hacia otro, de ninguna manera debe asumir el oficio de la predicación.

2. Bien se dice que los envió delante de su rostro a toda ciudad y lugar a donde Él mismo había de ir. Porque el Señor sigue a sus predicadores, ya que la predicación precede, y entonces el Señor viene a la morada de nuestra mente, cuando las palabras de exhortación preceden, y por ellas se recibe la verdad en la mente. Por eso, a esos mismos predicadores Isaías les dice: Preparad el camino del Señor, enderezad las sendas de nuestro Dios (Isaías XL, 3). Por eso, el salmista les dice: Haced camino al que asciende sobre el ocaso (Salmo LXVII, 5). Pues el Señor asciende sobre el ocaso, porque de donde cayó en la pasión, de allí manifestó mayor su gloria resucitando. Asciende sobre el ocaso, porque la muerte que sufrió la pisoteó resucitando. Hacemos camino a quien asciende sobre el ocaso cuando predicamos su gloria a vuestras mentes, para que Él mismo, viniendo después, las ilumine con la presencia de su amor.

3. Pero escuchemos qué dice al enviar a los predicadores: La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. Es con gran dolor que hablamos de que hay pocos obreros para la gran mies, porque aunque hay quienes escuchan bien, faltan quienes hablen. He aquí que el mundo está lleno de sacerdotes, pero sin embargo, en la mies de Dios se encuentra muy raramente un trabajador, porque hemos asumido el oficio sacerdotal, pero no cumplimos la obra del oficio. Pero pensad, hermanos carísimos, pensad lo que se dice: Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. Pedid por nosotros, para que podamos obrar dignamente para vosotros, no sea que la lengua se entorpezca en la exhortación, no sea que, habiendo asumido el lugar de la predicación, nuestra mudez nos condene ante el justo juez. Pues a menudo, por su maldad, la lengua de los predicadores se restringe: a menudo, por la culpa de los súbditos, se hace que a quienes presiden se les quite la palabra de la predicación. Pues por su maldad, la lengua de los predicadores se restringe, como dice el salmista: Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué narras mis justicias? (Salmo XLIX, 16). Y nuevamente, por el vicio de los súbditos, se prohíbe la voz de los predicadores, como dice el Señor a Ezequiel: Haré que tu lengua se adhiera a tu paladar, y serás mudo, y no serás como un hombre que reprende, porque es una casa rebelde (Ezequiel III, 26). Como si dijera claramente: Por eso se te quita la palabra de la predicación, porque mientras el pueblo me exaspera con sus acciones, no es digno de recibir la exhortación de la verdad. Por lo tanto, no se conoce fácilmente de quién es el vicio por el que se quita la palabra al predicador. Pero ciertamente se sabe que el silencio del Pastor a veces daña a sí mismo, siempre a los súbditos.

4. Pero ojalá que si no somos suficientes para la virtud de la predicación, mantengamos el oficio de nuestro lugar en la inocencia de vida. Pues se añade: He aquí que os envío como corderos en medio de lobos. Muchos, cuando asumen los derechos del gobierno, arden en deseos de desgarrar a los súbditos, exhiben el terror del poder, y a quienes debían beneficiar, dañan. Y porque no tienen las entrañas de la caridad, desean ser vistos como señores, no se reconocen como padres, cambian el lugar de la humildad por la elevación del dominio, y si alguna vez halagan externamente, internamente son crueles. De los cuales, en otro lugar, la Verdad dice: Vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mateo VII, 15). Contra todo esto, debemos considerar que somos enviados como corderos en medio de lobos, para que, guardando el sentido de la inocencia, no tengamos el mordisco de la malicia. Pues quien asume el lugar de la predicación no debe infligir males, sino soportarlos, para que con su misma mansedumbre mitigue la ira de los que se enfurecen, y

sane las heridas de los pecados en otros, él mismo herido por las aflicciones. Y si alguna vez el celo de la rectitud exige que sea severo con los súbditos, que ese furor sea de amor, no de crueldad, para que exhiba las leyes de la disciplina externamente, y ame internamente con piedad paterna a quienes castiga externamente como persiguiéndolos. Lo cual el Rector exhibe bien cuando no sabe amarse a sí mismo por amor privado, cuando no desea nada de lo que es del mundo, cuando no somete el cuello de su mente a las cargas de la codicia terrenal.

5. Por lo tanto, se añade: No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado, y a nadie saludéis por el camino. Pues el predicador debe tener tanta confianza en Dios, que aunque no provea para los gastos de la vida presente, sepa con certeza que no le faltarán, para que, mientras su mente se ocupa en lo temporal, no provea menos a los demás lo eterno. Tampoco se le permite saludar a nadie por el camino, para mostrar con cuánta prisa debe avanzar en el camino de la predicación. Si alguien quiere entender estas palabras también alegóricamente, en la bolsa está el dinero guardado; el dinero guardado es la sabiduría oculta. Quien tiene la palabra de sabiduría, pero descuida compartirla con el prójimo, es como si tuviera el dinero atado en la bolsa. Por eso está escrito: Sabiduría escondida y tesoro oculto, ¿qué utilidad hay en ambos? (Eclesiástico XLI, 17). ¿Qué se significa aquí por alforja, sino las cargas del mundo; y qué por calzado, sino los ejemplos de obras muertas? Quien, por tanto, asume el oficio de la predicación, no es digno de llevar la carga de los negocios seculares, para que, mientras esto pesa sobre su cuello, no se eleve a predicar las cosas celestiales. Tampoco debe mirar los ejemplos de obras necias, para no creer que sus obras se fortalecen como con pieles de muertos. Hay muchos que justifican su maldad con las maldades ajenas. Porque consideran que otros han hecho tales cosas, creen que pueden hacerlas libremente. ¿Qué hacen estos, sino intentar proteger sus pies con pieles de animales muertos? Todo el que saluda en el camino, saluda por ocasión del viaje, no por el deseo de la misma salvación. Quien, por tanto, no por amor a la patria eterna, sino por ambición de premios, predica la salvación a los oyentes, es como si saludara en el camino, porque desea la salvación de los oyentes por ocasión, y no por intención.

6. Sigue: En cualquier casa en que entréis, decid primero: Paz a esta casa. Y si allí hubiera un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, volverá a vosotros. La paz que se ofrece desde la boca del predicador, o reposa en la casa si hay en ella un hijo de paz, o vuelve al mismo predicador; porque o cada uno está predestinado a la vida y sigue la palabra celestial que escucha; o si nadie quiere escuchar, el predicador no quedará sin fruto, porque la paz vuelve a él, ya que el Señor le recompensa por el trabajo de su obra.

7. He aquí que quien prohibió llevar alforja y bolsa concede sustento y alimento de la misma predicación. Pues se añade: Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, porque el obrero es digno de su salario. Si nuestra paz es recibida, es digno que permanezcamos en la misma casa comiendo y bebiendo lo que tengan, para que obtengamos de ellos el sustento terrenal, a quienes ofrecemos las recompensas de la patria celestial. Por eso también Pablo, considerando esto como lo mínimo, dice: Si nosotros os sembramos lo espiritual, ¿es mucho que cosechemos lo material vuestro? (I Cor. IX, 11). Y es de notar lo que se añade: El obrero es digno de su salario, porque ya el sustento mismo es la recompensa del trabajo, para que aquí comience la recompensa del trabajo de la predicación, que allí se perfecciona con la visión de la verdad. En esto se debe considerar que a una obra nuestra se le deben dos recompensas, una en el camino, otra en la patria; una que nos sostiene en el trabajo, otra que nos recompensa en la resurrección. La recompensa que se recibe en el presente debe hacer en nosotros que nos dirijamos con más fuerza hacia la recompensa siguiente. Por tanto, un predicador experimentado no debe predicar para recibir recompensa

en este tiempo, sino recibir recompensa para poder predicar. Porque quien predica para recibir aquí la recompensa de la alabanza o del don, sin duda se priva de la recompensa eterna. Pero quien desea que lo que dice agrade a los hombres, para que, al agradecer lo que se dice, no él, sino el Señor sea amado por esas palabras, o por eso mismo obtiene el sustento terrenal en la predicación, para que no se canse por la necesidad de la voz de la predicación, a este sin duda nada le impide recibir la recompensa en la patria, porque ha tomado el sustento en el camino.

8. Pero ¿qué hacemos nosotros (lo cual no puedo decir sin dolor), qué hacemos nosotros, oh pastores, que obtenemos la recompensa y sin embargo no somos obreros? Pues percibimos los frutos de la santa Iglesia en el sustento diario, pero no trabajamos en la predicación por la Iglesia eterna. Pensemos en qué condenación es recibir aquí la recompensa del trabajo sin trabajar. He aquí que vivimos de la ofrenda de los fieles, pero ¿qué trabajamos por las almas de los fieles? Tomamos para nuestro sustento lo que los fieles ofrecieron para redimir sus pecados, y sin embargo no nos esforzamos contra esos mismos pecados con el estudio de la oración o de la predicación, como es digno. Apenas reprendemos a alguien abiertamente por su culpa. Y aún (lo que es más grave) a veces, si la persona es poderosa en este mundo, quizás sus errores son alabados, para que, si se opone, no retire por ira el don que ofrecía. Pero debemos recordar sin cesar lo que está escrito sobre algunos: Comen los pecados de mi pueblo (Oseas IV, 8). ¿Por qué se dice que comen los pecados del pueblo, sino porque fomentan los pecados de los delincuentes para no perder los estipendios temporales? Pero nosotros que vivimos de las ofrendas de los fieles, que ellos ofrecieron por sus pecados, si comemos y callamos, sin duda comemos sus pecados. Pensemos, por tanto, qué crimen es ante Dios comer el precio de los pecados y no hacer nada contra los pecados predicando. Escuchemos lo que se dice con la voz del bienaventurado Job: Si contra mí clama mi tierra, y lloran sus surcos con ella, si comí sus frutos sin dinero (Job XXXI, 38, 39). Pues la tierra clama contra su poseedor cuando la Iglesia murmura justamente contra su pastor. Y sus surcos lloran si los corazones de los oyentes, que fueron arados por los padres precedentes con la voz de la predicación y el vigor de la invectiva, ven algo que lamentar de la vida del pastor. El buen poseedor no come los frutos de su tierra sin dinero, porque el pastor discreto paga el talento de la palabra, para no tomar para su condenación el estipendio de alimento de la Iglesia. Entonces comemos los frutos de nuestra tierra con dinero cuando, tomando los subsidios eclesiásticos, trabajamos en la predicación. Pues somos pregoneros del juez venidero. ¿Quién, entonces, anunciará al juez venidero si el pregonero calla?

9. Por tanto, debemos considerar que, en la medida en que cada uno pueda, en la medida en que sea suficiente, se esfuerce por insinuar a la Iglesia que le ha sido confiada tanto el terror del juicio venidero como la dulzura del reino. Y quien no pueda con una sola voz de exhortación amonestar a todos a la vez, debe instruir a cada uno en la medida en que pueda, edificarlos con conversaciones privadas, buscar fruto en los corazones de sus hijos con exhortación sencilla. Pues debemos considerar continuamente lo que se dice a los santos apóstoles, y a través de los apóstoles a nosotros: Vosotros sois la sal de la tierra (Mateo V, 13). Si, por tanto, somos sal, debemos sazonar las mentes de los fieles. Vosotros, pues, que sois pastores, considerad que alimentáis los animales de Dios. De estos animales, ciertamente, se dice a Dios por el salmista: Tus animales habitarán en ella (Salmo LXVII, 11). Y a menudo vemos que se coloca una piedra de sal para los animales brutos, para que deban lamer esa misma piedra de sal y mejorar. Así, pues, entre los animales brutos, el sacerdote debe ser como una piedra de sal entre los pueblos. Pues es necesario que el sacerdote cuide qué debe decir a cada uno, cómo debe amonestar a cada uno, para que quien se une al sacerdote, como por el contacto de la sal, sea sazonado con el sabor de la vida

eterna. No somos sal de la tierra si no sazonomos los corazones de los oyentes. Y ciertamente, ese condimento lo ofrece verdaderamente al prójimo quien no retira la palabra de la predicación.

10. Pero entonces verdaderamente predicamos rectamente a los demás, si mostramos con hechos lo que decimos, si nosotros mismos somos compungidos por el amor divino, y lavamos con lágrimas diarias las manchas de la vida humana, que no puede pasar sin culpa. Pero verdaderamente nos compungimos si consideramos cuidadosamente los hechos de los padres precedentes, para que, al ver su gloria, nuestra vida nos parezca despreciable a nuestros ojos. Verdaderamente nos compungimos cuando investigamos cuidadosamente los preceptos del Señor, y nos esforzamos por avanzar por los mismos medios por los que sabemos que ya han avanzado aquellos a quienes veneramos. Por eso está escrito sobre Moisés: Puso también la fuente de bronce en la que se lavaban Aarón y sus hijos cuando entraban en el santuario, que hizo de los espejos de las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo (Éxodo XXXVIII, 8). Moisés coloca, pues, la fuente de bronce en la que deben lavarse los sacerdotes y entrar en el santuario, porque la ley de Dios nos ordena primero lavarnos por la compunción, para que nuestra impureza no sea indigna de penetrar la pureza de los secretos de Dios. Bien se dice que la fuente está hecha de los espejos de las mujeres que velaban incesantemente a la puerta del tabernáculo. Pues los espejos de las mujeres son los preceptos de Dios, en los que las almas santas siempre se miran, y si encuentran en ellas alguna mancha de fealdad, corrigen los vicios de sus pensamientos, y como si compusieran sus rostros resplandecientes como por una imagen devuelta, porque al atender diligentemente a los preceptos del Señor, sin duda reconocen qué agrada o desagrade al esposo celestial en ellas. Mientras están en esta vida, no pueden entrar en el tabernáculo eterno. Pero sin embargo, las mujeres velan a la puerta del tabernáculo, porque las almas santas, aunque aún están gravadas por la debilidad de la carne, observan continuamente con amor la entrada del eterno ingreso. Moisés, pues, hizo la fuente para los sacerdotes de los espejos de las mujeres, porque la ley de Dios ofrece el lavacro de la compunción para las manchas de nuestros pecados, mientras nos presenta los preceptos celestiales que las almas santas contemplaron para agradar al esposo celestial. Si los atendemos diligentemente, vemos las manchas de nuestra imagen interior. Y al ver las manchas, nos compungimos en el dolor del arrepentimiento; compungidos, nos lavamos como en la fuente hecha de los espejos de las mujeres.

11. Es, sin embargo, muy necesario que, cuando nos afectamos por la compunción, también nos preocupemos por la vida de los que nos han sido encomendados. Así, pues, que la amargura de la compunción nos afecte, pero que no nos aparte de la custodia de los prójimos. ¿De qué sirve, si amándonos a nosotros mismos, abandonamos a los prójimos? ¿O de qué sirve, si amando o cuidando a los prójimos, nos abandonamos a nosotros mismos? En el ornamento del tabernáculo se ordena ofrecer escarlata teñida dos veces (Éxodo XXV, 4), para que ante los ojos de Dios nuestra caridad se coloree con el amor de Dios y del prójimo. Pero verdaderamente se ama a sí mismo quien ama puramente al Creador. Entonces, pues, la escarlata se tiñe dos veces, cuando el alma se inflama con amor de la verdad hacia sí misma y hacia el prójimo.

12. Pero entre estas cosas debemos saber que el celo de la rectitud debe ejercerse contra los actos perversos de los prójimos de tal manera que en el fervor de la severidad no se abandone de ningún modo la virtud de la mansedumbre. Pues la ira del sacerdote no debe ser precipitada y perturbada, sino más bien mitigada por la gravedad del consejo. Y debemos soportar a quienes corregimos, y corregir a quienes soportamos, para que si falta uno de los dos, o en el fervor, o en la mansedumbre, la acción sacerdotal no sea. Por eso, en el

ministerio del templo, en las bases del templo se esculpen leones, bueyes y querubines. El querubín es la plenitud del conocimiento. Pero ¿qué es que en las bases no se hacen leones sin bueyes, ni bueyes sin leones? ¿Qué otra cosa designan las bases en el templo, sino a los sacerdotes en la Iglesia? Que mientras soportan la solicitud del gobierno, como las bases, llevan la carga superpuesta. En las bases, pues, se esculpen querubines, porque conviene ciertamente que los pechos de los sacerdotes estén llenos de la plenitud del conocimiento. Por los leones se figura el terror de la severidad, por los bueyes la paciencia de la mansedumbre. Así, pues, en las bases no se esculpen leones sin bueyes, ni bueyes sin leones, porque siempre en el pecho sacerdotal debe guardarse con el terror de la severidad la virtud de la mansedumbre, para que la ira sea sazónada con mansedumbre, y esa misma mansedumbre, para que no sea disuelta, sea encendida por el celo de la severidad.

13. Pero ¿por qué hablamos de estas cosas, cuando aún vemos a muchos gravados por hechos más atroces? A vosotros, sacerdotes, os hablo con lamento, porque hemos conocido a algunos de vosotros que hacen ordenaciones con premios, vendiendo la gracia espiritual, y acumulando con daño de pecado ganancias temporales de las iniquidades ajenas. ¿Por qué, pues, no recordáis lo que la voz del Señor manda diciendo: Gratis recibisteis, dad gratis (Mateo X, 8). ¿Por qué no traéis ante los ojos de la mente lo que el Redentor nuestro, al entrar en el templo, volcó las mesas de los que vendían palomas y derramó el dinero de los cambistas? (Juan II, 1, 2). ¿Quiénes son hoy en el templo de Dios los que venden palomas, sino los que en la Iglesia reciben precio por la imposición de manos? Por la cual ciertamente se da el Espíritu Santo desde el cielo. Se vende, pues, la paloma, porque la imposición de manos, por la cual se recibe el Espíritu Santo, se ofrece por precio. Pero nuestro Redentor volcó las mesas de los que vendían palomas, porque destruye el sacerdocio de tales negociadores. Por eso los sagrados cánones condenan la herejía simoníaca, y ordenan que sean privados del sacerdocio quienes buscan precio por otorgar órdenes. Se vuelcan, pues, las mesas de los que venden palomas cuando aquellos que venden la gracia espiritual, o ante los ojos humanos, o ante los ojos de Dios, son privados del sacerdocio. Y ciertamente hay muchos otros males de los superiores que ahora escapan a los ojos humanos. Y a menudo los pastores se muestran santos ante los hombres, y no se avergüenzan de ser vistos en sus ocultos como viles ante los ojos del juez interior. Vendrá, vendrá ciertamente aquel día, y no está lejos, en el que aparecerá el pastor de los pastores, y sacará a la luz las obras de cada uno, y quien ahora castiga las culpas de los súbditos a través de los superiores, entonces condenará los males de los superiores por sí mismo con severidad. Por eso, al entrar en el templo, hizo por sí mismo como un látigo de cuerdas, y expulsando a los malos negociadores de la casa de Dios, volcó las mesas de los que vendían palomas (Juan II, 1, 2), porque castiga las culpas de los súbditos a través de los pastores, pero golpea los vicios de los pastores por sí mismo. He aquí que ahora se puede negar a los hombres lo que se hace en secreto. Ciertamente vendrá el juez, a quien nadie puede ocultarse callando, a quien no puede engañar negando.

14. Hay también otra cosa, hermanos carísimos, que me aflige mucho sobre la vida de los pastores; pero para que no parezca injurioso lo que afirmo, también me acuso a mí mismo, aunque, obligado por la necesidad de los tiempos bárbaros, yacemos en estas cosas muy a nuestro pesar. Pues nos hemos deslizado hacia los negocios exteriores, y hemos asumido una cosa por el honor, y mostramos otra en el oficio de la acción. Abandonamos el ministerio de la predicación, y para nuestra pena, como veo, somos llamados obispos, que tenemos el nombre del honor, no la virtud. Pues los que nos han sido encomendados abandonan a Dios, y callamos. Yacen en actos perversos, y no extendemos la mano de la corrección. Diariamente perecen por muchas iniquidades, y los vemos negligentemente dirigirse al infierno. Pero

¿cuándo podremos corregir la vida ajena, si descuidamos la nuestra? Pues ocupados en los cuidados seculares, nos volvemos tanto más insensibles interiormente, cuanto más atentos parecemos a las cosas exteriores. Pues por el uso del cuidado terrenal, el alma se endurece contra el deseo celestial; y mientras por su propio uso se vuelve dura por la acción del siglo, no puede ser ablandada para las cosas que pertenecen al amor de Dios. Por eso bien dice la santa Iglesia de sus miembros enfermos: Me pusieron por guardiana de las viñas, mi viña no guardé (Cantar de los Cantares I, 5). Pues nuestras viñas son las acciones que cultivamos con el uso del trabajo diario. Pero puestos como guardianes en las viñas, no guardamos nuestra viña, porque mientras estamos implicados en acciones ajenas, descuidamos el ministerio de nuestra acción. No creo, hermanos carísimos, que Dios tolere mayor perjuicio de otros que de los sacerdotes, cuando ve a aquellos que puso para la corrección de los demás dar ejemplos de perversidad, cuando pecamos nosotros mismos, que debimos reprimir los pecados. A menudo, lo que es más grave, los sacerdotes que debieron dar de lo propio incluso saquean lo ajeno. A menudo, si ven a algunos vivir humildemente, a algunos vivir con continencia, se burlan. Considerad, pues, qué se hace con los rebaños, cuando los pastores se convierten en lobos. Pues estos asumen la custodia del rebaño, que no temen acechar al rebaño del Señor, contra los cuales debieron ser custodiados los rebaños de Dios. No buscamos ganancias de almas, nos dedicamos diariamente a nuestros estudios, codiciamos lo terrenal, captamos con mente atenta la gloria humana. Y porque por el mismo hecho de que hemos sido puestos por encima de los demás, tenemos mayor licencia para hacer cualquier cosa, convertimos el ministerio de la bendición recibida en argumento de ambición; abandonamos la causa de Dios, nos dedicamos a los negocios terrenales; tomamos el lugar de la santidad, y nos implicamos en acciones terrenales. Se ha cumplido en nosotros ciertamente lo que está escrito: Y será como el pueblo, así el sacerdote (Oseas IV, 9). Pues el sacerdote no se distingue del pueblo, cuando en ningún mérito trasciende la acción del vulgo.

15. Imploramos las lágrimas de Jeremías; que considere nuestra muerte y, lamentándose, diga: ¿Cómo se ha oscurecido el oro, se ha cambiado el color más excelente, se han dispersado las piedras del santuario en la cabeza de todas las calles? (Lam. IV, 1.) En efecto, el oro se ha oscurecido, porque la vida de los sacerdotes, que antes brillaba por la gloria de las virtudes, ahora se muestra reprobable por acciones bajas. El color más excelente ha cambiado, porque ese hábito de santidad ha llegado a la ignominia del desprecio por obras terrenales y viles. Las piedras del santuario se guardaban en el interior y no se llevaban en el cuerpo del sumo sacerdote, sino cuando, entrando en el santo de los santos, aparecía en el secreto de su creador. Por tanto, hermanos amadísimos, nosotros somos las piedras del santuario que siempre debemos aparecer en el secreto de Dios; que nunca es necesario que se nos vea fuera, es decir, nunca en acciones extrañas. Pero las piedras del santuario se han dispersado en la cabeza de todas las calles, porque aquellos que por vida y oración debieron estar siempre dentro, por vida reprobable están fuera. He aquí que ya casi no hay acción del mundo que no administren los sacerdotes. Por tanto, estando constituidos en el santo hábito, son las cosas exteriores las que exhiben, como si las piedras del santuario yacieran fuera. Porque, en efecto, la palabra griega "platea" se llama así por su amplitud, las piedras del santuario están en las calles cuando los religiosos siguen los amplios caminos del mundo. Y no solo en las calles, sino también en la cabeza de las calles están dispersos, porque realizan obras por deseo de este mundo, y sin embargo buscan el culmen del honor por el hábito religioso. Por tanto, están dispersos en la cabeza de las calles, porque yacen por el ministerio de la obra, y quieren ser honrados por la imagen de santidad.

16. Cuánto el mundo es herido por la espada lo veis, cuántas muertes diarias sufre el pueblo lo observáis. ¿Acaso no se debe esto principalmente a nuestro pecado? He aquí ciudades

despobladas, campamentos destruidos, iglesias y monasterios arrasados, reducidos a soledad. Pero nosotros somos los autores de la muerte del pueblo que perece, quienes debimos ser guías hacia la vida. En efecto, por nuestro pecado la multitud del pueblo ha caído, porque, por nuestra negligencia, no ha sido instruida para la vida. ¿Qué otra cosa son las almas de los hombres sino alimento del Señor, que han sido creadas para ser incorporadas en su cuerpo, es decir, para tender al aumento de la Iglesia eterna? Pero nosotros debimos ser el condimento de este alimento. Pues como dijimos un poco más arriba, a los predicadores enviados se les dice: Vosotros sois la sal de la tierra (Mat. V, 13). Si, por tanto, el pueblo es el alimento de Dios, los sacerdotes debieron ser el condimento del alimento. Pero como al cesar nosotros del uso de la oración y la santa instrucción, la sal se ha vuelto insípida, no puede condimentar los alimentos de Dios, y por eso no es tomada por el autor, porque, debido a nuestra insensatez, no se condimenta. Pensemos, pues, quién alguna vez se ha convertido por nuestra palabra, quién ha sido corregido de su obra perversa por nuestra reprensión, quién ha hecho penitencia, quién ha abandonado la lujuria por nuestra instrucción, quién ha declinado la avaricia, quién la soberbia. Pensemos qué ganancia hemos hecho para Dios nosotros, que, habiendo recibido el talento, hemos sido enviados por Él a negociar. En efecto, dice: Negociad hasta que yo venga (Luc. XIX, 13). He aquí que ya viene, he aquí que requiere ganancia de nuestro negocio. ¿Qué tipo de ganancia de almas de nuestra negociación le mostraremos? ¿Cuántos manojos de almas llevaremos ante su presencia de la siega de nuestra predicación?

17. Pongamos ante nuestros ojos aquel día de tan gran severidad, en el que vendrá el juez y pondrá cuentas con sus siervos, a quienes confió talentos (Ibid.). He aquí que en majestad terrible, entre coros de ángeles y arcángeles, será visto. En aquel gran examen se presentará la multitud de todos los elegidos y reprobos, y cada uno mostrará lo que ha obrado. Allí aparecerá Pedro con la Judea convertida, que atrajo tras de sí. Allí Pablo conduciendo al mundo convertido, por así decirlo. Allí Andrés tras de sí a Acaya, allí Juan a Asia, Tomás a la India, llevará ante la vista de su rey a los convertidos. Allí aparecerán todos los carneros del rebaño del Señor con las ganancias de almas, que con sus santas predicaciones atraen a Dios al rebaño sometido tras de sí. Cuando, pues, tantos pastores con sus rebaños hayan venido ante los ojos del pastor eterno, nosotros, miserables, ¿qué diremos, que volvemos vacíos a nuestro Señor después del negocio, que tuvimos el nombre de pastores y no tenemos las ovejas que debemos mostrar de nuestro alimento? Aquí fuimos llamados pastores, y allí no llevamos rebaño.

18. Pero, ¿acaso si nos descuidamos, el Dios omnipotente abandonará a sus ovejas? De ninguna manera; pues Él mismo, como prometió por el profeta, las pastorea por sí mismo (Ezequiel XXXIV), y a todos los que ha preordenado para la vida, los instruye con los estímulos de los azotes, con el espíritu de compunción. Y por nosotros, en verdad, los fieles vienen al santo bautismo, son bendecidos por nuestras oraciones, y por la imposición de nuestras manos reciben de Dios el Espíritu Santo, y ellos mismos alcanzan el reino de los cielos, y he aquí que nosotros por nuestra negligencia tendemos hacia abajo. Los elegidos, purificados por las manos de los sacerdotes, entran en la patria celestial; y los mismos sacerdotes, por vida reproable, se apresuran hacia los castigos del infierno. ¿A qué, pues, a qué semejantes diré que son los malos sacerdotes, sino al agua del bautismo, que lavando los pecados de los bautizados, los envía al reino celestial, y ella misma después desciende a las cloacas? Temamos esto, hermanos, que nuestra acción convenga a nuestro ministerio. Pensemos diariamente en la remisión de nuestros pecados, para que nuestra vida no permanezca atada al pecado, por la cual el Dios omnipotente diariamente libera a otros. Consideremos sin cesar qué somos, pensemos en nuestro negocio, pensemos en el peso que

hemos asumido. Hagamos diariamente cuentas con nosotros mismos, que tenemos con nuestro juez. Y así debemos cuidar de nosotros, para que no descuidemos el cuidado del prójimo, para que cualquiera que se una a nosotros sea condimentado con la sal de nuestra lengua. Cuando vemos a alguien ocioso y resbaladizo, debe ser amonestado para que estudie frenar su iniquidad con el matrimonio, para que por lo que es lícito aprenda a superar lo que no lo es. Cuando vemos a un casado, debe ser amonestado para que así ejerza el cuidado del mundo, que no posponga el amor de Dios; que así agrade a la voluntad de su cónyuge, que no desagrade al creador. Cuando vemos a un clérigo, debe ser amonestado para que viva de tal manera que ofrezca ejemplo de vida a los seculares, para que si algo en él es justamente reprendido, por su vicio no se agrave la estimación de nuestra religión. Cuando vemos a un monje, debe ser amonestado para que siempre observe la reverencia de su hábito en su acto, en su locución, en su pensamiento, para que abandone perfectamente las cosas del mundo, y lo que muestra a los ojos humanos con el hábito, lo presente ante los ojos de Dios con sus costumbres. Este, por tanto, ya es santo, debe ser amonestado para que crezca; aquel aún es iniquo, debe ser amonestado para que se corrija, para que cualquiera que se una al sacerdote, salga condimentado con la sal de su sermón. Estas cosas, hermanos, pensadlas con diligencia, y ofrezcadlas también a vuestros prójimos; preparaos para devolver fruto al Dios omnipotente del negocio que habéis recibido. Pero lo que decimos lo obtendremos mejor entre vosotros orando que hablando.

OREMOS.

Dios, que quisiste llamarnos pastores en los pueblos, concede, te rogamos, que lo que se nos dice con boca humana, podamos serlo ante tus ojos. Por nuestro Señor, etc.

HOMILÍA XVIII.

Pronunciada al pueblo en la basílica del apóstol San Pedro, el Domingo de Pasión.

LECTURA. EVANG. SEGÚN SAN JUAN VIII, 45-69.

En aquel tiempo, Jesús decía a las multitudes de los judíos y a los príncipes de los sacerdotes: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? Quien es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso no las escucháis, porque no sois de Dios. Respondieron entonces los judíos y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y tienes demonio? Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis. Yo, sin embargo, no busco mi gloria, hay quien la busque y juzgue. Amén, amén os digo, si alguno guarda mi palabra, no verá la muerte para siempre. Dijeron entonces los judíos: Ahora sabemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas, y tú dices: Si alguno guarda mi palabra no gustará la muerte para siempre. ¿Eres tú mayor que nuestro padre Abraham, que murió? y los profetas murieron. ¿Quién te haces a ti mismo? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada. Es mi Padre quien me glorifica, a quien vosotros decís que es vuestro Dios, y no le habéis conocido. Yo, sin embargo, le conozco. Y si dijera que no le conozco, sería semejante a vosotros, mentiroso; pero le conozco, y guardo su palabra. Abraham, vuestro padre, se regocijó de ver mi día; lo vio y se alegró. Dijeron entonces los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: Amén, amén os digo, antes de que Abraham existiera, yo soy. Tomaron entonces piedras para arrojarlas contra él. Pero Jesús se ocultó y salió del templo.

1506 1. Considerad, hermanos amadísimos, la mansedumbre de Dios. Vino a perdonar los pecados y decía: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? No desdeña mostrar por razón que no es pecador, quien por virtud de su divinidad podía justificar a los pecadores. Pero es muy terrible lo que se añade: Quien es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso no las escucháis, porque no sois de Dios. Si, en efecto, escucha las palabras de Dios quien es de Dios, y no puede escuchar sus palabras quien no es de él, que cada uno se pregunte si percibe las palabras de Dios en el oído del corazón, y entenderá de dónde es. La Verdad manda desear la patria celestial, vencer los deseos de la carne, declinar la gloria del mundo, no codiciar lo ajeno, dar lo propio. Que cada uno de vosotros piense, pues, si esta voz de Dios ha prevalecido en el oído de su corazón, y reconocerá que ya es de Dios. Pues hay algunos que no se dignan percibir los preceptos de Dios ni con el oído del cuerpo. Y hay algunos que los perciben con el oído del cuerpo, pero no los abrazan con ningún deseo de la mente. Y hay algunos que reciben con gusto las palabras de Dios, de tal manera que incluso se conmueven en lágrimas, pero después del tiempo de las lágrimas vuelven a la iniquidad. Estos ciertamente no escuchan las palabras de Dios, quienes desprecian practicarlas con obras. Por tanto, hermanos amadísimos, traed vuestra vida ante los ojos de la mente, y con alta consideración temed esto que suena de la boca de la Verdad: Por eso no las escucháis, porque no sois de Dios. Pero esto que la Verdad dice de los reprobos, ellos mismos lo muestran de sí mismos con sus obras reprobables. Pues sigue: Respondieron entonces los judíos y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y tienes demonio?

2. Escuchemos qué responde el Señor a tan gran injuria recibida: Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis. Porque, en efecto, samaritano se interpreta como guardián, y él es verdaderamente el guardián de quien el salmista dice: Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los que la guardan (Sal. CXXVI, 1); y a quien por Isaías se le dice: Guardián, ¿qué de la noche? guardián, ¿qué de la noche? (Is. XXI, 11.) El Señor no quiso responder: No soy samaritano; sino, Yo no tengo demonio. En efecto, se le imputaron dos cosas: negó una, consintió en silencio la otra. Pues había venido como guardián del género humano; y si dijera que no era samaritano, negaría ser guardián. Pero calló lo que reconoció, y pacientemente rechazó lo que escuchó dicho falsamente, diciendo: Yo no tengo demonio. ¿Qué otra cosa sino nuestra soberbia se confunde en estas palabras? que si es agitada o levemente, devuelve injurias más atroces de las que recibió: hace el mal que puede, y amenaza lo que no puede hacer. He aquí que el Señor, recibiendo injuria, no se enoja, no responde con palabras injuriosas. Quien si quisiera responder a los mismos que le decían estas cosas: Vosotros tenéis demonio, ciertamente diría la verdad, porque si no estuvieran llenos de demonio, no podrían hablar cosas tan perversas de Dios. Pero la Verdad, recibiendo injuria, no quiso decir incluso lo que era verdad, para que no pareciera haber devuelto una injuria provocado, en lugar de haber dicho la verdad. ¿Qué se nos insinúa con esto, sino que en el tiempo en que recibimos injurias de los prójimos por falsedad, callemos incluso sus verdaderos males, para que no convirtamos el ministerio de la corrección justa en armas de furia? Pero porque quien usa del celo de Dios es deshonrado por los hombres perversos, el Señor nos dio ejemplo de paciencia en sí mismo, quien dice: Pero honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis. Pero, ¿qué debemos hacer ante estas cosas? Aún nos amonesta con su ejemplo, cuando añade: Yo, sin embargo, no busco mi gloria, hay quien la busque y juzgue. Ciertamente sabemos que está escrito que el Padre dio todo juicio al Hijo, y sin embargo, he aquí que el mismo Hijo, recibiendo injurias, no busca su gloria. Reserva las injurias recibidas al juicio del Padre, para insinuarnos ciertamente cuánto debemos ser pacientes, mientras él mismo, que juzga, no quiere aún vengarse. Cuando, sin embargo, la perversidad de los malos crece, no solo no debe romperse la predicación, sino incluso aumentarse. Lo que el Señor nos amonesta con su ejemplo, quien después de ser dicho que

tiene demonio, imparte más abundantemente los beneficios de su predicación, diciendo: Amén, amén os digo, si alguno guarda mi palabra, no verá la muerte para siempre. Pero así como es necesario que los buenos sean mejores incluso por las injurias, así siempre los reprobos se vuelven peores por el beneficio. Pues, recibiendo la predicación, dicen de nuevo: Ahora sabemos que tienes demonio. Porque, en efecto, estaban adheridos a la muerte eterna, y no veían la misma muerte a la que estaban adheridos, mientras solo miraban la muerte de la carne, en el discurso de la Verdad se oscurecían, diciendo: Abraham murió, y los profetas murieron, y tú dices: Si alguno guarda mi palabra, no gustará la muerte para siempre. Por lo cual prefieren a Abraham y a los profetas a la misma Verdad, como venerándolos falsamente.

3. Y es de notar que el Señor vio que le resistían con abierta impugnación, y sin embargo no cesa de predicarles con voz reiterada, diciendo: Abraham, vuestro padre, se regocijó de ver mi día; lo vio y se alegró (Gén. XVIII, 1, sig.). Entonces, en efecto, Abraham vio el día del Señor, cuando en figura de la suma Trinidad recibió a tres ángeles en su hospitalidad; a quienes, ciertamente recibidos, habló a los tres como a uno, porque aunque en las personas hay número en la Trinidad, en la naturaleza hay unidad en la divinidad. Pero las mentes carnales de los oyentes no levantan los ojos de la carne, mientras consideran solo la edad de la carne, diciendo: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? A quienes benignamente nuestro Redentor aparta de la contemplación de su carne, y los lleva a la contemplación de su divinidad, diciendo: Amén, amén os digo, antes de que Abraham existiera, yo soy. Antes es, en efecto, de tiempo pasado, Soy es de presente. Y porque la Divinidad no tiene tiempo pasado ni futuro, sino que siempre tiene ser, no dijo: Antes de Abraham yo fui, sino Antes de Abraham yo soy. Por lo cual también se dice a Moisés: Yo soy el que soy. Y, Dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros (Éxodo III, 14). Antes, por tanto, y después tuvo Abraham, quien pudo acercarse por la exhibición de la presencia, y alejarse por el curso de la vida. La Verdad, sin embargo, siempre tiene ser, porque nada le es comenzado en tiempo anterior, ni terminado en tiempo posterior. Pero las mentes de los infieles, no pudiendo soportar estas palabras de eternidad, corren a las piedras, y a quien no podían entender, buscaban apedrear.

4. Pero lo que el Señor hizo contra el furor de los que apedreaban se muestra cuando inmediatamente se añade: Pero Jesús se ocultó y salió del templo. Es muy extraño, hermanos amadísimos, por qué el Señor evitó a sus perseguidores ocultándose, quien si hubiera querido ejercer el poder de su divinidad, con un simple gesto de su mente los habría atado en sus golpes, o los habría derribado en el castigo de una muerte súbita. Pero porque había venido a sufrir, no quería ejercer juicio. Ciertamente, en el mismo tiempo de la pasión mostró cuánto podía, y sin embargo soportó lo que había venido a hacer. Pues cuando a sus perseguidores que lo buscaban les dijo: Yo soy (Juan XVIII, 6), con solo esta voz derribó su soberbia, y a todos los postró en tierra. Quien, por tanto, también en este lugar pudo no evadir las manos de los que apedreaban sin ocultarse, ¿por qué se ocultó, sino para que, hecho hombre entre los hombres, nuestro Redentor nos hable unas cosas con la palabra, otras con el ejemplo? ¿Qué, pues, nos habla con este ejemplo, sino que, incluso cuando podemos resistir, humildemente evitemos la ira de los soberbios? Por lo cual también se dice por Pablo: Dad lugar a la ira (Rom. XII, 19). Cuánta humildad debe tener el hombre para huir de la ira del prójimo, considere, si Dios evitó los furores de los iracundos ocultándose. Nadie, pues, se levante contra las injurias recibidas, nadie devuelva injuria por injuria. En efecto, por la imitación de Dios, es más glorioso huir de la injuria callando, que superarla respondiendo.

5. Pero en contra de esto, la soberbia dice en el corazón: Es vergonzoso que, habiendo recibido una injuria, calles. Cualquiera que vea que recibes una afrenta y callas, no piensa que

muestras paciencia, sino que reconoces tus crímenes. Pero, ¿de dónde nace esta voz en nuestro corazón contra la paciencia, sino porque hemos fijado nuestro pensamiento en lo más bajo, y mientras buscamos la gloria en la tierra, no nos preocupamos por agradar a quien nos observa desde el cielo? Por lo tanto, al recibir una afrenta, meditemos en la obra la voz de Dios: Yo no busco mi gloria, hay quien la busque y juzgue. Sin embargo, lo que está escrito sobre el Señor, que se escondió, puede entenderse de otra manera. En efecto, había predicado mucho a los judíos, pero se burlaban de las palabras de su predicación. También se hicieron peores por la predicación, hasta el punto de llegar a arrojar piedras. ¿Y qué significa que el Señor se esconda, sino que la misma verdad se oculta a aquellos que desprecian seguir sus palabras? La verdad huye de la mente que no encuentra humilde. Y cuántos hay hoy que detestan la dureza de los judíos, porque no quisieron escuchar la predicación del Señor, y sin embargo son tales como los acusan de haber sido en la fe, ellos mismos son en la acción. Escuchan los preceptos del Señor, conocen los milagros, pero se niegan a convertirse de sus maldades. He aquí que llama, y no queremos regresar. He aquí que soporta, y disimulamos su paciencia. Mientras haya tiempo, hermanos, cada uno abandone su maldad, tema la paciencia de Dios, no sea que a quien ahora desprecia tranquilo, no pueda escapar después cuando esté airado.

HOMILÍA XIX.

Pronunciada al pueblo en la basílica del beato Lorenzo mártir, el Domingo en Septuagésima.

LECTURA DEL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO XX, 1-16.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia que salió al amanecer a contratar obreros para su viña. Habiendo hecho trato con los obreros por un denario al día, los envió a su viña. Y saliendo alrededor de la hora tercera, vio a otros que estaban en la plaza ociosos, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Nuevamente salió alrededor de la hora sexta y novena, e hizo lo mismo. Alrededor de la hora undécima salió y encontró a otros que estaban de pie, y les dice: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? Le dicen: Porque nadie nos ha contratado. Les dice: Id también vosotros a mi viña. Cuando llegó la tarde, el señor de la viña dijo a su administrador: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando por los últimos hasta los primeros. Cuando llegaron los que habían venido alrededor de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Y al llegar los primeros, pensaron que recibirían más. Pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos últimos han trabajado una hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado el peso del día y el calor. Pero él, respondiendo a uno de ellos, dijo: Amigo, no te hago injusticia. ¿No conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo y vete. Quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O es malo tu ojo porque yo soy bueno? Así, los últimos serán primeros, y los primeros, últimos. Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos.

1510 1. En su explicación, la lectura del santo Evangelio requiere mucho para hablar, lo cual quiero, si puedo, resumir brevemente, para que no os parezca una carga tanto la larga procesión como la extensa exposición. El reino de los cielos se dice semejante a un hombre padre de familia que contrata obreros para cultivar su viña. ¿Quién sostiene más correctamente la semejanza del padre de familia que nuestro creador, que gobierna a quienes creó, y posee a sus elegidos en este mundo como un señor a sus súbditos en su casa? Él tiene una viña, es decir, la Iglesia universal, que desde Abel el justo hasta el último elegido que

nacerá al final del mundo, ha producido tantos santos como sarmientos ha enviado. Este padre de familia, por tanto, contrata obreros para cultivar su viña al amanecer, a la hora tercera, sexta, novena y undécima, porque desde el inicio de este mundo hasta el final no ha dejado de congrega predicadores para instruir al pueblo fiel. En efecto, el amanecer del mundo fue desde Adán hasta Noé, la hora tercera desde Noé hasta Abraham, la sexta desde Abraham hasta Moisés, la novena desde Moisés hasta la venida del Señor, y la undécima desde la venida del Señor hasta el fin del mundo. En la cual fueron enviados los santos apóstoles como predicadores, quienes recibieron la recompensa completa incluso llegando tarde. Por tanto, el Señor no ha dejado de enviar obreros para instruir a su pueblo, como para cultivar su viña, porque tanto antes a través de los patriarcas, como después a través de los doctores de la ley y los profetas, y finalmente a través de los apóstoles, 1511 mientras cultivaba las costumbres de su pueblo, trabajó como a través de obreros en el cultivo de la viña. Aunque, en cualquier medida o proporción, cualquiera que con fe recta haya sido de buena acción fue obrero de esta viña. Por tanto, el pueblo hebreo antiguo es designado como obrero al amanecer, a la hora tercera, sexta y novena, que en sus elegidos desde el mismo inicio del mundo, mientras se esforzaba por adorar a Dios con fe recta, no dejó de trabajar en el cultivo de la viña. A la undécima hora, sin embargo, son llamados los gentiles, a quienes se les dice: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? Porque, habiendo pasado tanto tiempo del mundo, descuidaron trabajar por su vida, como si estuvieran ociosos todo el día. Pero considerad, hermanos, qué responden cuando se les pregunta: Dicen: Porque nadie nos ha contratado. Ningún patriarca, ningún profeta había venido a ellos. ¿Y qué significa decir: Nadie nos ha contratado para trabajar, sino que nadie nos ha predicado los caminos de la vida? ¿Qué diremos entonces nosotros, que cesamos de las buenas obras, que casi desde el vientre materno hemos venido a la fe, que hemos escuchado las palabras de vida desde la cuna, que hemos tomado de los pechos de la santa Iglesia la bebida de la predicación celestial con la leche de la carne?

2. Podemos también distinguir estas mismas diversidades de horas en cada persona a través de los momentos de la vida. En efecto, la mañana de nuestro entendimiento es la infancia. La hora tercera puede entenderse como la adolescencia, porque es como si el sol ya avanzara en lo alto, mientras crece el calor de la edad. La sexta es la juventud, porque el sol parece estar en el centro, 1512 mientras se consolida la plenitud de la fuerza. La novena se entiende como la vejez, en la que el sol parece descender del alto eje, porque esa edad decae del calor de la juventud. La hora undécima es la edad que se llama decrepita o anciana. Por eso los griegos llaman a los muy ancianos $\gamma\epsilon\rho\nu\nu\tau\alpha\varsigma$ sino $\pi\rho\epsilon\sigma\beta\upsilon\tau\epsilon\rho\nu\varsigma$, para insinuar que son más que ancianos a quienes llaman más avanzados. Porque, por tanto, a la vida buena uno es llevado en la infancia, otro en la adolescencia, otro en la juventud, otro en la vejez, otro en la edad decrepita, como obreros son llamados a la viña en diferentes horas. Mirad, pues, vuestros comportamientos, hermanos carísimos, y ved si ya sois obreros de Dios. Que cada uno considere lo que hace, y vea si trabaja en la viña del Señor. Porque quien en esta vida busca lo que es suyo, aún no ha venido a la viña del Señor. Aquellos que trabajan para el Señor son los que no piensan en lo suyo, sino en las ganancias del Señor, quienes sirven con celo de caridad, con dedicación de piedad, vigilan para ganar almas, se apresuran a llevar a otros con ellos a la vida. Porque quien vive para sí mismo, quien se alimenta de los placeres de su carne, es justamente reprendido como ocioso, porque no busca el fruto de la obra divina.

3. Pero quien hasta la última edad ha descuidado vivir para Dios, ha estado ocioso hasta la undécima hora. Por eso se dice justamente a los que languidecen hasta la undécima: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? Como si se dijera abiertamente: Y si no quisisteis vivir para Dios en la infancia y la juventud, al menos en la última edad recapacitad, y venid tarde a los

caminos de la vida, cuando ya no vais a trabajar mucho. Y tales, por tanto, llama el padre de familia, y a menudo son recompensados antes, porque salen del cuerpo hacia el reino antes que aquellos que ya parecían haber sido llamados desde la infancia. ¿No vino a la undécima hora el ladrón, quien, aunque no tuvo por edad, tuvo sin embargo tarde por pena, quien confesó a Dios en la cruz, y casi con la voz de la sentencia exhaló el espíritu de vida? El padre de familia comenzó a dar el denario desde el último, porque llevó al ladrón al descanso del paraíso antes que a Pedro. Cuántos padres antes de la ley, cuántos bajo la ley hubo, y sin embargo, aquellos que fueron llamados en la venida del Señor llegaron al reino de los cielos sin ninguna tardanza. Reciben, por tanto, el mismo denario quienes trabajaron a la undécima hora que aquellos que lo esperaron con todo deseo quienes trabajaron a la primera, porque obtuvieron la misma retribución de vida eterna que aquellos que fueron llamados desde el inicio del mundo, aquellos que vinieron al Señor al final del mundo. Por eso, también aquellos que precedieron en el trabajo, murmurando dicen: Estos últimos han trabajado una hora, y los has hecho iguales a nosotros que hemos soportado el peso del día y el calor. Porque el peso del día y el calor lo soportaron aquellos que desde el inicio del mundo, porque les fue necesario vivir aquí mucho tiempo, también tuvieron que soportar las tentaciones más largas de la carne. Porque para cada uno, llevar el peso del día y el calor es fatigarse por el calor de su carne durante los tiempos de una vida más larga.

4. Pero se puede preguntar cómo se dice que murmuraron, quienes al menos tarde son llamados al reino. Porque nadie recibe el reino de los cielos murmurando, nadie que lo recibe puede murmurar. Pero 1513 porque los antiguos padres hasta la venida del Señor, por más justamente que vivieran, no fueron llevados al reino, a menos que descendiera aquel que con la interposición de su muerte abriera las puertas del paraíso a los hombres, esto mismo es murmurar, que vivieron justamente para recibir el reino, y sin embargo fueron dilatados mucho tiempo para recibir el reino. Porque aquellos a quienes, después de haber cumplido la justicia, los lugares del infierno, aunque tranquilos, los recibieron, para ellos fue ciertamente trabajar en la viña y murmurar. Por tanto, reciben el denario después de murmurar, quienes después de un largo tiempo en el infierno llegaron a las alegrías del reino. Pero nosotros, que venimos a la undécima hora, después del trabajo no murmuramos, y recibimos el denario, porque después de la venida del Mediador, viniendo a este mundo, somos llevados al reino tan pronto como salimos del cuerpo, y lo recibimos sin demora, lo que los antiguos padres merecieron recibir con gran dilación. Por eso, el mismo padre de familia dice: Quiero dar a este último lo mismo que a ti. Y porque la misma percepción del reino es la bondad de su voluntad, correctamente añade: ¿No me es lícito hacer lo que quiero? Es una pregunta necia del hombre contra la benignidad de Dios. No debería preguntarse si no da lo que no debe, sino si no diera lo que debería. Por eso, adecuadamente se añade: ¿O es malo tu ojo porque yo soy bueno? Nadie, por tanto, se enorgullezca de la obra, nadie del tiempo, cuando con esta sentencia cumplida, la Verdad clama: Así, los últimos serán primeros, y los primeros, últimos. Porque aunque ya sabemos qué o cuántas cosas buenas hemos hecho, aún ignoramos con qué sutileza el juez supremo las examina. Y ciertamente, cada uno debe alegrarse en gran medida de ser el último en el reino de Dios.

5. Pero después de esto, es muy terrible lo que sigue: Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos, porque muchos vienen a la fe, pero pocos son llevados al reino celestial. He aquí que para la festividad de hoy, cuántos hemos venido, llenamos las paredes de la Iglesia, pero, sin embargo, ¿quién sabe cuántos son los que se cuentan en ese rebaño de los elegidos de Dios? He aquí que la voz de todos clama a Cristo, pero la vida de todos no clama. Muchos siguen a Dios con sus voces, pero lo huyen con sus costumbres. Por eso Pablo dice: Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan (Tit. I, 16). Por eso Santiago dice:

La fe sin obras está muerta (Sant. II, 20, 26). Por eso el Señor dice a través del salmista: Anuncié y hablé, se multiplicaron más allá del número (Sal. XXXIX, 6). Porque al llamar el Señor, los fieles se multiplican más allá del número, porque a veces incluso aquellos que vienen a la fe no alcanzan el número de los elegidos. Aquí, en efecto, están admitidos entre los fieles por la confesión, pero debido a la vida reprobable, allí no merecen ser contados en la suerte de los fieles. Este redil de la santa Iglesia recibe cabritos con corderos; pero, según atestigua el Evangelio, cuando venga el juez, separa a los buenos de los malos, como el pastor separa las ovejas de los cabritos (Mat. XXV, 32). Porque no pueden ser contados en el rebaño de ovejas aquellos que aquí sirven a los placeres de su carne. Allí, el juez los separa de la suerte de los humildes, aquellos que aquí se exaltan en los cuernos de la soberbia. No pueden recibir el reino de los cielos 1514 aquellos que aquí, estando en la fe celestial, buscan la tierra con todo deseo.

6. Y veis, hermanos carísimos, a muchos tales dentro de la Iglesia, pero no debéis imitarlos ni desesperar. Porque vemos qué es hoy, pero no sabemos qué será mañana cada uno. A menudo, el que parece venir después de nosotros, por su agilidad nos precede en la buena obra, y apenas lo seguimos mañana a quien hoy parecía que precedíamos. Ciertamente, cuando Esteban moría por la fe, Saulo guardaba las vestiduras de los que apedreaban. Por tanto, con las manos de todos los que apedreaban, él mismo apedreó, quien hizo que todos estuvieran dispuestos a apedrear, y sin embargo, él mismo en la santa Iglesia precedió en trabajos a aquel a quien persiguiendo hizo mártir. Hay dos cosas, por tanto, que debemos considerar cuidadosamente. Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos, lo primero es que nadie debe presumir de sí mismo, porque aunque ya ha sido llamado a la fe, no sabe si es digno del reino eterno. Lo segundo es que nadie debe atreverse a desesperar del prójimo, a quien tal vez ve caer en vicios, porque ignora las riquezas de la misericordia divina.

7. Relato, hermanos, un suceso que ocurrió recientemente, para que si os reconocéis como pecadores de corazón, améis aún más la misericordia de Dios omnipotente. Este año, en mi monasterio, que está situado junto a la Iglesia de los santos mártires Juan y Pablo, vino un hermano a la conversión, fue recibido devotamente, pero él se comportó con mayor devoción (Diálogos, libro IV, cap. 38). A este lo siguió su hermano en cuerpo, no en corazón. Pues, detestando mucho la vida y el hábito de conversión, vivía en el monasterio como huésped, y, huyendo de la vida de los monjes con sus costumbres, no podía alejarse de la residencia del monasterio, porque no tenía qué hacer ni de qué vivir. Su depravación era una carga para todos, pero todos lo toleraban con ecuanimidad por amor a su hermano. Pues, soberbio y lascivo, no sabía si había alguna vida después de este mundo, y se burlaba si alguien quería predicársela. Así que vivía en el monasterio con hábito secular, ligero de palabras, inestable en movimientos, altivo de mente, compuesto en vestimenta, disperso en acción. Sin embargo, en el mes de julio pasado, fue golpeado por la plaga de esta pestilencia que conocéis, y, llegando al extremo, comenzó a ser presionado para entregar su alma. Y ya con la última parte del cuerpo muerta, la fuerza vital permanecía solo en el pecho y la lengua. Los hermanos estaban presentes, y, en la medida en que Dios lo permitía, protegían su salida con oración. Pero él, de repente, viendo venir un dragón para devorarlo, comenzó a gritar con grandes voces, diciendo: He aquí que he sido entregado al dragón para ser devorado, quien no puede devorarme por vuestra presencia. ¿Por qué me demoráis? Dejad espacio para que le sea permitido devorarme. Y cuando los hermanos le aconsejaban que se hiciera la señal de la cruz, respondía con la fuerza que podía, diciendo: Quiero hacerme la señal, pero no puedo, porque el dragón me oprime. Las espumas de su boca manchan mi rostro, mi garganta es sofocada por su boca. He aquí que mis brazos son comprimidos por él, quien ya ha absorbido mi cabeza en su boca. Y mientras él, pálido y tembloroso y muriendo, decía esto, los

hermanos comenzaron a insistir más vehementemente en las oraciones, y a ayudar al oprimido por la presencia del dragón con sus súplicas. Entonces, de repente liberado, comenzó a gritar con grandes voces, diciendo: Gracias a Dios; he aquí que se ha ido, he aquí que ha salido, ante vuestras oraciones huyó el dragón que me había tomado. Inmediatamente se dedicó a servir a Dios, y prometió ser monje, y desde entonces hasta ahora es afligido por fiebres, fatigado por dolores. Fue sustraído de la muerte, pero aún no ha sido plenamente restituido a la vida. Porque, habiendo sido oprimido por largas e incesantes iniquidades, es fatigado por una larga enfermedad, y el fuego de la purgación quema más duramente su duro corazón, porque la disposición divina actúa para que una enfermedad más prolongada consuma los vicios más prolongados. ¿Quién habría creído que sería salvado para la conversión? ¿Quién puede considerar tanta misericordia de Dios? He aquí que el joven depravado vio al dragón en la muerte al que sirvió en vida, y no lo vio para perder la vida por completo, sino para que supiera a quién había servido, resistiera sabiéndolo, y al resistirlo lo superara, y viera a aquel por quien antes, sin verlo, era retenido, para que después no fuera retenido. ¿Qué lengua puede narrar las entrañas de la misericordia divina? ¿Qué espíritu no se asombra de las riquezas de tanta piedad? El salmista consideró estas riquezas de la piedad divina cuando decía: Mi ayudador, a ti cantaré, porque tú, Dios, eres mi protector, Dios mío, mi misericordia (Salmo LVIII, 18). He aquí que, considerando en qué trabajos está constituida la vida humana, llamó a Dios ayudador; y porque nos recibe de la tribulación presente en el descanso eterno, también lo llama receptor. Pero considerando que ve nuestros males y los soporta, tolera nuestras culpas, y sin embargo nos reserva para las recompensas a través de la penitencia, no quiso llamar a Dios misericordioso, sino que lo llamó misericordia misma, diciendo: Dios mío, mi misericordia (Ibid.). Recordemos, pues, ante nuestros ojos los males que hemos hecho, pensemos en cuánta benignidad de Dios somos tolerados, consideremos cuáles son las entrañas de su piedad, para que no solo perdone las culpas, sino que también prometa el reino celestial a los penitentes incluso después de las culpas. Y desde lo más profundo de nuestros corazones digamos cada uno, digamos todos: Dios mío, mi misericordia, que vives y reinas trino en unidad, y uno en trinidad, por infinitos siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XX.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Juan Bautista, el Sábado de las Cuatro Témperas antes de la Navidad de Cristo.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS III, 1-11.

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisania tetrarca de Abilene, bajo los sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y vino a toda la región del Jordán, predicando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados, como está escrito en el libro de los discursos del profeta Isaías: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo valle será rellenado, y todo monte y colina será rebajado. Y lo torcido será enderezado, y los caminos ásperos serán allanados. Y toda carne verá la salvación de Dios. Decía, pues, a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de penitencia; y no comencéis a decir: Tenemos a Abraham por padre. Porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras. Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol, pues, que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego.

Y las multitudes le preguntaban, diciendo: ¿Qué, pues, haremos? Y respondiendo, les decía: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene, y el que tiene alimentos haga lo mismo.

1. Se designa el tiempo en que el precursor de nuestro Redentor recibió la palabra de predicación, mencionando al príncipe de la república romana y a los reyes de Judea, cuando se dice: En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisaniás tetrarca de Abilene, bajo los sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Porque venía a predicar a aquel que iba a redimir a algunos de Judea y a muchos de los gentiles, los tiempos de su predicación se designan por el rey de los gentiles y los príncipes de los judíos. Pero como la gentilidad iba a ser reunida, y Judea dispersada por la culpa de la perfidia, la misma descripción del principado terrenal lo muestra, ya que se describe que uno solo presidía en la república romana, y en el reino de Judea muchos gobernaban por cuarta parte. Pues con la voz de nuestro Redentor se dice: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado (Lucas XI, 17). Está claro, pues, que Judea había llegado al fin de su reino, que estaba sujeta a tantos reyes divididos. También se muestra adecuadamente no solo bajo qué reyes, sino también bajo qué sacerdotes ocurrió; porque Juan el Bautista predicaría a aquel que sería a la vez rey y sacerdote, el evangelista Lucas designó los tiempos de su predicación por el reino y el sacerdocio.

2. Y vino a toda la región del Jordán, predicando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados. Es claro para todos los que leen que Juan no solo predicó el bautismo de penitencia, sino que también lo dio a algunos, pero sin embargo no pudo dar su bautismo para la remisión de los pecados. Pues la remisión de los pecados solo se nos concede en el bautismo de Cristo. Por lo tanto, es notable lo que se dice: Predicando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados, porque no podía dar el bautismo que perdonara los pecados, lo predicaba: así como el Verbo encarnado del Padre precedía con la palabra de predicación, así el bautismo de penitencia, por el cual se perdonan los pecados, precedía a su bautismo, por el cual no se pueden perdonar los pecados; para que, así como su palabra precedía la presencia del Redentor, también su bautismo precediera siendo sombra de la verdad. Sigue:

3. Como está escrito en el libro de los discursos del profeta Isaías: Voz del que clama en el desierto, Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas (Isaías XL, 3). El mismo Juan Bautista, preguntado quién era, respondió, diciendo: Yo soy la voz del que clama en el desierto (Juan I, 23). Quien, como ya hemos dicho antes, fue llamado voz por el profeta porque precedía al Verbo. Pero se abre lo que clamaba cuando se añade: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo el que predica la fe recta y las buenas obras, ¿qué otra cosa hace sino preparar el camino al Señor que viene a los corazones de los oyentes? para que la gracia penetre, para que la luz de la verdad ilumine, para que haga rectas las sendas a Dios, mientras forma pensamientos puros en el alma a través de la palabra de buena predicación. Todo valle será rellenado, y todo monte y colina será rebajado. ¿Qué se designa en este lugar con el nombre de valles sino a los humildes, y con el de montes y colinas sino a los hombres soberbios? En la venida del Redentor, pues, los valles fueron llenados, y los montes y colinas fueron rebajados, porque según su voz: Todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado (Lucas XIV, 11; XVIII, 14). Pues el valle lleno crece, pero el monte y la colina rebajados decrecen, porque ciertamente en la fe del Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, la gentilidad recibió la plenitud de la gracia, y Judea, por el error de la perfidia, perdió aquello de lo que se enorgullecía. Pues todo valle será llenado, porque los corazones de los humildes serán llenados con la gracia de las virtudes por el

discurso de la doctrina sagrada, según lo que está escrito: Él envía fuentes en los valles (Salmo CIII, 10). Y donde se dice de nuevo: Y los valles abundarán en trigo (Salmo LXIV, 14). Porque el agua se desliza de los montes; porque la doctrina de la verdad abandona las mentes soberbias. Pero las fuentes surgen en los valles, porque las mentes de los humildes reciben la palabra de la predicación. Ya vemos, ya contemplamos que los valles abundan en trigo, porque las bocas de aquellos que parecían despreciables al mundo están llenas del alimento de la verdad.

4. Al mismo Juan Bautista, porque el pueblo lo veía dotado de una santidad admirable, lo creía ser aquel monte singularmente elevado y sólido del que está escrito: En los últimos días, el monte de la casa del Señor será preparado en la cima de los montes (Miqueas IV, 1). Pues lo creían ser Cristo, como se dice en el Evangelio: Pero pensando el pueblo y considerando todos en sus corazones acerca de Juan, si acaso él era el Cristo, a quien también preguntaban diciendo: ¿Eres tú el Cristo? (Lucas III, 15). Pero si el mismo Juan no fuera un valle en sí mismo, no habría sido lleno del espíritu de gracia. Quien para mostrar lo que era, dijo: Viene uno más fuerte que yo después de mí, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado (Marcos I, 7). Y de nuevo dice: El que tiene la esposa es el esposo, pero el amigo del esposo, que está y lo oye, se goza grandemente por la voz del esposo. Este mi gozo, pues, está cumplido. Es necesario que él crezca, y que yo disminuya (Juan III, 29, 30). He aquí que, aunque por la admirable operación de virtudes era tal que se creía que era Cristo, no solo respondió que no era Cristo, sino que también dijo que no era digno de desatar la correa de su calzado, es decir, de escrutar el misterio de su encarnación. Creían que la Iglesia era su esposa, quienes pensaban que él era Cristo. Pero dijo: El que tiene la esposa es el esposo (Ibid.). Como si dijera: Yo no soy el esposo, sino el amigo del esposo. Y no decía que se alegraba por su propia voz, sino que se alegraba por la voz del esposo, porque no se alegraba en su corazón porque era humildemente escuchado por los pueblos, sino porque él mismo escuchaba la voz de la verdad internamente para hablar externamente. Lo que bien dice que su gozo está cumplido, porque quien se alegra de su propia voz no tiene gozo pleno. A lo que también se añade: Es necesario que él crezca, y que yo disminuya (Ibid.).

5. En esta cuestión, es necesario preguntar en qué creció Cristo, en qué disminuyó Juan, sino que el pueblo de Juan, viendo su abstinencia, observando que estaba apartado de los hombres, creía que él era Cristo; pero viendo a Cristo comiendo con publicanos, caminando entre pecadores, creía que no era Cristo, sino un profeta. Pero cuando con el paso del tiempo, Cristo, que se creía ser un profeta, fue reconocido como Cristo, y Juan, que se creía ser Cristo, fue conocido como profeta, se cumplió lo que su precursor predijo de Cristo: Es necesario que él crezca, y que yo disminuya (Ibid.). Pues en la estimación del pueblo, Cristo creció, porque fue reconocido como lo que era; y Juan disminuyó, porque dejó de ser llamado lo que no era. Por lo tanto, ya que el mismo Juan perseveró en la santidad porque permaneció en la humildad del corazón; y muchos cayeron porque se hincharon con pensamientos elevados en sí mismos, se dice correctamente: Todo valle será llenado, y todo monte y colina será rebajado, porque los humildes reciben el don que los corazones de los soberbios rechazan.

6. Sigue: Y lo torcido será enderezado, y lo áspero en caminos llanos. Lo torcido se endereza cuando los corazones de los malvados, torcidos por la injusticia, se dirigen a la regla de la justicia (Isaías XL, 4). Y lo áspero se convierte en caminos llanos cuando las mentes crueles e iracundas, por la infusión de la gracia celestial, regresan a la suavidad de la mansedumbre. Pues cuando la palabra de la verdad no es recibida por una mente iracunda, es como si la aspereza del camino repeliera el paso del que avanza. Pero cuando la mente iracunda, por la gracia de la mansedumbre recibida, acepta la palabra de corrección o exhortación, allí el

predicador encuentra un camino llano, donde antes, por la aspereza del camino, no podía avanzar, es decir, no podía poner el paso de la predicación.

7. Sigue: Y toda carne verá la salvación de Dios. Porque toda carne se entiende como todo hombre, la salvación de Dios, es decir, Cristo, no pudo ser visto por todo hombre en esta vida. ¿Dónde, pues, en esta sentencia el profeta dirige el ojo de la profecía sino al día del juicio final? Donde, cuando los cielos se abran, los ángeles ministren, los apóstoles se sienten, Cristo aparecerá en el trono de su majestad, todos, tanto elegidos como reprobos, lo verán, para que los justos se regocijen sin fin por el don de la retribución, y los injustos giman eternamente en la venganza del castigo. Pues porque esta sentencia apunta a que en el juicio final será visto por toda carne, se añade correctamente: Decía, pues, a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Pues la ira venidera es la animadversión de la última venganza, que entonces el pecador no puede huir, quien ahora no recurre a los lamentos de la penitencia. Y es notable que las malas crías, imitando las acciones de sus malos padres, son llamadas raza de víboras, porque al envidiar a los buenos, perseguirlos, retribuir con males a algunos, buscar lesiones a los prójimos, ya que en todas estas cosas siguen los caminos de sus predecesores carnales, son como hijos venenosos nacidos de padres venenosos.

8. Pero ya que hemos pecado, ya que estamos envueltos en el uso de la mala costumbre, que diga qué debemos hacer para poder huir de la ira venidera. Sigue: Haced, pues, frutos dignos de penitencia. En estas palabras es notable que el amigo del esposo no solo aconseja hacer frutos de penitencia, sino frutos dignos de penitencia. Pues es una cosa hacer fruto de penitencia, y otra cosa hacer fruto digno de penitencia. Para hablar según los frutos dignos de penitencia, es necesario saber que a quien no ha cometido nada ilícito, se le concede justamente usar de lo lícito; y así hacer obras de piedad, aunque, si no quiere, no abandone las cosas del mundo. Pero si alguien ha caído en la culpa de fornicación, o tal vez, lo que es más grave, en adulterio, debe cortar de sí mismo tanto lo lícito cuanto recuerda haber cometido lo ilícito. Pues no debe ser igual el fruto de la buena obra de quien ha delinquido menos y de quien ha delinquido más, o de quien no ha caído en nada y de quien ha caído en algunas fechorías, y de quien ha caído en muchas. Por lo tanto, por lo que se dice: Haced frutos dignos de penitencia, se convoca la conciencia de cada uno, para que busque tanto mayores ganancias de buenas obras por la penitencia, cuanto mayores daños se ha infligido por la culpa.

9. Pero los judíos, gloriándose de la nobleza de su linaje, no querían reconocerse como pecadores, porque descendían de la estirpe de Abraham. A ellos se les dice correctamente: Y no comencéis a decir: Tenemos por padre a Abraham; porque os digo que Dios puede suscitar hijos de Abraham de estas piedras. ¿Qué eran las piedras sino los corazones de los gentiles, insensibles al entendimiento del Dios omnipotente? Como también se dice a algunos de los judíos: Quitaré el corazón de piedra de vuestra carne (Ezequiel XI, 19). No sin razón las naciones fueron significadas con el nombre de piedras, porque adoraron piedras. De ahí que esté escrito: Sean semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos (Salmo CXIII, 8). De estas piedras, sin duda, fueron suscitados los hijos de Abraham, porque cuando los duros corazones de los gentiles creyeron en la semilla de Abraham, es decir, en Cristo, se convirtieron en sus hijos, unidos a su semilla. Por eso, a estas mismas naciones se les dice a través del ilustre predicador: Si sois de Cristo, entonces sois semilla de Abraham (Gálatas III, 29). Si, por lo tanto, nosotros por la fe en Cristo ya somos semilla de Abraham, los judíos dejaron de ser hijos de Abraham por su infidelidad. Porque en aquel día del temible juicio, los buenos padres no podrán beneficiar a los hijos malos, como testifica el profeta que

dice: Noé, Daniel y Job, si estuvieran en medio de ellos, vivo yo, dice el Señor Dios, que no librarán ni a hijo ni a hija, sino que por su justicia librarán sus propias almas (Ezequiel XIV, 14). Y nuevamente, porque los buenos hijos no benefician en nada a los padres malos, sino que la bondad de los hijos más bien aumenta la culpa de los padres malos, la misma Verdad dice a los judíos incrédulos: Si yo expulso demonios en Beelzebub, ¿en quién los expulsan vuestros hijos? Por eso, ellos serán vuestros jueces (Lucas XI, 19).

10. Sigue: Ya está el hacha puesta a la raíz del árbol. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego. El árbol de este mundo es todo el género humano. El hacha es nuestro Redentor, que es sostenido como por un mango y hierro de humanidad, pero corta por la divinidad. Este hacha ya está puesta a la raíz del árbol, porque aunque espera con paciencia, se ve lo que hará. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego, porque cada perverso encuentra rápidamente la preparación de la quema del infierno, quien aquí desprecia dar fruto de buenas obras. Y es de notar que no dice que el hacha está puesta junto a las ramas, sino a la raíz. Porque cuando se quitan los hijos de los malos, ¿qué otra cosa se hace sino cortar las ramas del árbol infructuoso? Pero cuando toda la progenie con el padre es quitada, el árbol infructuoso es cortado desde la raíz, para que no quede ya de donde pueda crecer una mala descendencia. En estas palabras de Juan Bautista se constata que los corazones de los oyentes se turbaron, cuando inmediatamente se añade: Y las multitudes le preguntaban, diciendo: ¿Qué, pues, haremos? Porque estaban aterrorizadas y buscaban consejo.

11. Sigue: Respondiendo, les decía: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga lo mismo. Por esto, ya que la túnica es más necesaria para nuestro uso que el manto, pertenece al fruto digno de penitencia que no solo debemos compartir con el prójimo las cosas exteriores y menos necesarias, sino también las que nos son muy necesarias, como el alimento con el que vivimos carnalmente o la túnica con la que nos vestimos. Porque está escrito en la ley: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mateo XXII, 39, de Levítico XIX, 18), se demuestra que ama menos al prójimo quien no comparte con él en su necesidad incluso lo que le es necesario. Por eso se da el precepto de dividir con el prójimo dos túnicas, porque esto no se podía decir de una, ya que si se divide una, nadie se viste. En media túnica, de hecho, queda desnudo tanto el que la recibe como el que la da. Entre estas cosas, es necesario saber cuánto valen las obras de misericordia, ya que se prescriben por encima de otras como frutos dignos de penitencia. De ahí que la Verdad misma diga: Dad limosna, y he aquí que todo os será limpio (Lucas XI, 41). De ahí que también diga: Dad, y se os dará (Lucas VI, 38). Está escrito: El fuego ardiente lo apaga el agua, y la limosna resiste a los pecados (Eclesiástico III, 33). Y nuevamente se dice: Guarda la limosna en el seno del pobre y esta intercederá por ti (Eclesiástico XXIX, 15). De ahí que el buen padre advierta al hijo inocente, diciendo: Si tienes mucho, da abundantemente; si tienes poco, incluso de lo poco procura dar con gusto (Tobías IV, 9).

12. Para mostrar cuánta virtud hay en la continencia y en la acogida de los necesitados, nuestro Redentor dice: El que recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo (Mateo X, 41). En estas palabras es de notar que no dice: recompensa de un profeta, o recompensa de un justo; sino: recompensa de profeta, y recompensa de justo. Porque una cosa es la recompensa de un profeta, otra la recompensa de profeta, y otra la recompensa de un justo, otra la recompensa de justo. ¿Qué significa decir, Recibirá recompensa de profeta, sino que quien sostiene a un profeta con su generosidad, aunque él mismo no tenga el don de profecía, sin embargo, ante el omnipotente Señor, tendrá las recompensas de la profecía? Este tal vez es justo, y cuanto menos posee en este mundo, mayor confianza tiene para hablar por la

justicia. Aquel que lo sostiene, que tal vez posee algo en este mundo y aún no se atreve a hablar libremente por la justicia, hace suya la libertad de la justicia de aquel, para que reciba con él las recompensas de la justicia, a quien ayudó sosteniéndolo, para que pudiera hablar libremente de esa misma justicia. Aquel está lleno del espíritu de profecía, pero necesita alimento corporal. Y si el cuerpo no se alimenta, es seguro que la voz misma se retira. Quien, por tanto, da alimento al profeta porque es profeta, le da fuerzas para hablar. Recibirá, pues, con el profeta la recompensa de profeta, porque aunque no esté lleno del espíritu de profecía, sin embargo, ante los ojos de Dios, mostró lo que ayudó. De ahí que a algunos hermanos peregrinos se les dice por Juan a Gayo: Porque por el nombre de Cristo salieron, sin aceptar nada de los gentiles. Nosotros, pues, debemos acoger a tales, para que seamos cooperadores de la verdad (III Juan 7, 8). Quien da ayuda temporal a los que tienen dones espirituales, se convierte en cooperador en esos mismos dones espirituales. Pues, siendo pocos los que reciben dones espirituales, y muchos los que abundan en bienes temporales, los ricos se insertan en las virtudes de los pobres al consolar a esos santos pobres con sus riquezas. De ahí que cuando el Señor, por la voz de Isaías, prometía a la gentilidad abandonada, es decir, a la santa Iglesia, los méritos de las virtudes espirituales, como arbustos en el desierto, también prometió el olmo, diciendo: Pondré el desierto en estanques de agua, y la tierra árida en ríos de agua; daré en el desierto cedro y espino, mirto y árbol de olivo; pondré en el desierto abeto, olmo y boj juntos, para que vean y sepan, y consideren y entiendan juntos (Isaías XLI, 18, 20).

13. El Señor puso el desierto en estanques de agua, y la tierra árida en ríos de agua, porque a la gentilidad, que antes por la aridez de su mente no daba frutos de buenas obras, le dio los manantiales de la santa predicación, y ella misma, a la que antes por su aspereza no se le abría camino a los predicadores, después emanó ríos de doctrina. A la que aún se le promete un gran don: Daré en el desierto cedro y espino (Isaías XLI, 19). El cedro, porque es de gran fragancia y de naturaleza imputrescible, lo tomamos justamente en la promesa. En cuanto al espino, cuando al hombre pecador se le dijo: Tu tierra te producirá espinas y cardos (Génesis III, 18), ¿qué maravilla que se prometa a la santa Iglesia lo que al hombre pecador se multiplica como castigo? Pero con el nombre de cedro se señalan aquellos que exhiben virtudes y señales en su obra, que pueden decir con Pablo: Somos buen olor de Cristo para Dios (II Corintios II, 15). Cuyos corazones están tan solidificados en el amor eterno, que ninguna putrefacción del amor terrenal los corrompe. Por el espino se señalan los hombres de doctrina espiritual, que al hablar de pecados y virtudes, y a veces amenazan con castigos eternos, a veces prometen las alegrías del reino celestial, hieren los corazones de los oyentes. Así perforan la mente con el dolor de la compunción, que de sus ojos, como cierta sangre del alma, fluyen lágrimas. El mirto, por su parte, es de virtud moderadora, de modo que restringe los miembros disueltos moderando. ¿Qué se señala, pues, por el mirto sino aquellos que saben compadecerse de las aflicciones de los prójimos, y moderan su tribulación con compasión? Según lo que está escrito: Gracias sean dadas a Dios, que nos consuela en toda nuestra tribulación, para que también nosotros podamos consolar a los que están en cualquier presión (II Corintios I, 4). Quienes al llevar a los afligidos prójimos una palabra u obra de consuelo, sin duda los restringen al estado de rectitud, para que no se disuelvan en desesperación por una tribulación desmedida. ¿A quiénes se refiere la oliva, sino a los misericordiosos? Porque en griego ἔλαιο se llama misericordia, y como el aceite de oliva, el fruto de la misericordia brilla ante los ojos del omnipotente Dios. A lo que aún se añade en la promesa: Pondré en el desierto abeto, olmo y boj juntos (Isaías XLI, 19). ¿Quiénes están designados por el abeto, que se eleva mucho al crecer hacia las alturas del aire, sino aquellos que, estando aún en cuerpos terrenales dentro de la santa Iglesia, ya contemplan las cosas celestiales? Y aunque nacieron de la tierra, al contemplar ya elevan la cima de su mente hacia

el cielo. ¿Y qué se expresa por el olmo sino las mentes de los seculares? Que mientras aún sirven a las preocupaciones terrenales, no llevan ningún fruto de virtudes espirituales. Pero aunque el olmo no tiene fruto propio, suele llevar la vid con fruto, porque también los hombres seculares dentro de la santa Iglesia, aunque no tengan dones de virtudes espirituales, mientras sostienen con su generosidad a los hombres santos llenos de dones espirituales, ¿qué otra cosa hacen sino llevar la vid con racimos? ¿Qué otro designa el boj, que no crece en altura, y aunque no tiene fruto, tiene verdor, sino aquellos que dentro de la santa Iglesia, aún por la debilidad de la edad, no pueden llevar buenas obras, pero siguiendo la fe de sus padres fieles, mantienen la fe de un verdor perpetuo? Después de todo esto, se añade adecuadamente: Para que vean y sepan, y consideren y entiendan juntos. Porque el cedro se pone en la Iglesia, para que quien perciba el olor de las virtudes espirituales de su prójimo, él mismo no se adormezca en el amor de la vida eterna, sino que se encienda en el deseo de los bienes celestiales. El espio se pone para que quien haya sido compungido por la palabra de su predicación, él mismo aprenda del ejemplo de aquel cómo compungir los corazones de los seguidores con la palabra de la predicación. El mirto se pone para que quien en el ardor de la tribulación haya recibido de la boca u obra de un prójimo compasivo el consuelo de la moderación, él mismo aprenda cómo ofrecer el consuelo de su moderación a los prójimos afligidos. La oliva se pone para que quien conozca las obras de misericordia ajenas aprenda cómo debe él mismo tener misericordia del prójimo necesitado. El abeto se pone para que quien reconozca la fuerza de su contemplación, él mismo se encienda para contemplar las recompensas eternas. El olmo se pone para que quien vea a aquel que no puede tener el fruto de las virtudes espirituales, pero que sostiene a los hombres santos llenos de dones espirituales, él mismo sirva con la generosidad que pueda a la vida de los santos, y lleve los racimos de los bienes celestiales que no puede engendrar, sosteniéndolos. El boj se pone para que quien vea a muchos aún en la debilidad poseyendo el verdor de la verdadera fe, él mismo se avergüence de ser infiel. Bien, pues, después de describir primero los árboles, se dice: Para que vean y sepan, y consideren y entiendan. Donde también se añade adecuadamente Juntos, porque dentro de la santa Iglesia, siendo diversos los modos de los hombres, son diversos los órdenes, es necesario que todos aprendan juntos, mientras en ella se ven juntos hombres espirituales de diversa calidad, edad y orden, para ser imitados. Pero he aquí que nosotros, mientras buscamos mostrar el olmo, nos hemos desviado más allá por muchos arbustos. Volvamos, pues, a aquello por lo que trajimos el testimonio del profeta. Quien recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta, porque aunque el olmo no tiene fruto, llevando la vid con frutos, hace suyos los que bien sostiene ajenos.

14. Porque Juan nos exhorta a grandes obras, diciendo: Haced, pues, frutos dignos de penitencia (Mateo III, 8; Lucas III, 8). Y nuevamente: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga lo mismo (Lucas III, 11); ya se da a entender claramente qué es lo que la Verdad dice: Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mateo XI, 12). Estas palabras de la sentencia celestial deben ser investigadas por nosotros con gran diligencia. Porque es necesario preguntar cómo puede el reino de los cielos sufrir violencia. ¿Quién, en efecto, inflige violencia al cielo? Y nuevamente es necesario preguntar si el reino de los cielos puede sufrir violencia, ¿por qué no la sufrió también antes de los días de Juan el Bautista? Pero cuando la ley dice: Si alguien hace esto o aquello, morirá, es claro para todos los que leen que golpeó a los pecadores con la severidad de su castigo, pero no los devolvió a la vida por la penitencia. Pero cuando Juan el Bautista, precursor de la gracia del Redentor, predica la penitencia, para que el pecador que ha muerto por culpa viva por conversión, ciertamente desde los días de Juan el Bautista el reino de los cielos sufre violencia. ¿Qué es el reino de los cielos, sino el lugar de los justos? Solo a los justos se deben las recompensas de la patria

celestial, para que los humildes, castos, mansos y misericordiosos lleguen a las alegrías celestiales. Pero cuando alguien, ya sea hinchado de soberbia, o manchado por el crimen de la carne, o encendido de ira, o impío por crueldad, después de las culpas regresa a la penitencia y recibe la vida eterna, entra como en un lugar ajeno al pecador. Desde los días, pues, de Juan el Bautista el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan, porque quien impuso la penitencia a los pecadores, ¿qué otra cosa enseñó sino que se hiciera violencia al reino de los cielos?

15. Recordemos, pues, hermanos carísimos, los males que hemos hecho, y desgastémonos a nosotros mismos con lamentos continuos. La herencia de los justos, que no hemos mantenido por la vida, arrebatémosla por la penitencia. El omnipotente Dios quiere sufrir de nosotros tal violencia. Porque quiere que arrebatemos el reino de los cielos con nuestros llantos, que no se nos debe por nuestros méritos. Por lo tanto, ninguna calidad ni cantidad de nuestros males debe romper la certeza de nuestra esperanza. El venerable ladrón nos da gran confianza en el perdón, que no es venerable por ser ladrón, sino por su confesión; porque ladrón por crueldad, venerable por confesión. Considerad, pues, considerad cuán incomprensibles son las entrañas de misericordia en el omnipotente Dios. Este ladrón, con manos ensangrentadas, arrancado de la garganta del camino, fue colgado en el patíbulo de la cruz; allí confesó, allí fue sanado, allí mereció oír: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas XXIII, 43). ¿Qué es esto? ¿Quién puede decir, quién puede estimar tanta bondad de Dios? De la misma pena del crimen llegó a las recompensas de la virtud. Por eso el omnipotente Dios permitió que sus elegidos cayeran en ciertos lapsos, para que a otros que yacen en culpa, si se levantan hacia Él con todo el corazón, les devuelva la esperanza del perdón, y les abra el camino de la piedad por los lamentos de la penitencia. Ejercitémonos, pues, a nosotros mismos en los lamentos, extingamos con llantos y frutos dignos de penitencia las culpas que hemos cometido; que no se nos pase el tiempo concedido para el perdón, porque al ver a muchos ya sanados de sus iniquidades, ¿qué otra cosa tenemos sino una prenda de la misericordia celestial?

LIBRO SEGUNDO.

HOMILÍA XXI.

Pronunciada al pueblo en la basílica de la bienaventurada Virgen María, el santo día de Pascua.

LECTURA. S. EVANG. SEGÚN MARCOS XVI, 1-7.

En aquel tiempo, María Magdalena, y María la de Jacobo, y Salomé compraron aromas para ir a ungir a Jesús. Y muy de mañana, el primer día de la semana, van al sepulcro, ya salido el sol. Y decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? Y mirando, vieron que la piedra estaba removida. Era muy grande. Y entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la derecha, cubierto con una túnica blanca, y se asustaron. Él les dijo: No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí. He aquí el lugar donde lo pusieron. Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro que va delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo.

1. A muchos de vosotros, hermanos carísimos, he acostumbrado a hablar por dictado; pero como, al cansarse el estómago, no puedo leer lo que he dictado, veo a algunos de vosotros escuchando con menos agrado. Por eso ahora quiero exigirme a mí mismo, contra la costumbre, que durante las sagradas solemnidades de las misas explique la lectura del santo

Evangelio no dictando, sino conversando. Así se reciba como hablamos, porque la voz de la conversación despierta más los corazones adormecidos que el discurso de la lectura, y como con una mano de solicitud los golpea para que despierten. Y ciertamente no veo que pueda ser suficiente para esta obra; pero sin embargo, la caridad suple las fuerzas que la impericia niega. Sé quién dijo: Abre tu boca, y yo la llenaré (Salmo LXXX, 11). Que la buena obra esté en nuestra voluntad, porque será en la perfección por la ayuda divina. La misma gran solemnidad de la resurrección del Señor nos da el atrevimiento de hablar, porque es muy indigno que la lengua de la carne calle las alabanzas debidas en el día en que resucitó la carne del autor.

2. Habéis escuchado, hermanos carísimos, que las santas mujeres que habían seguido al Señor vinieron al sepulcro con aromas, y al que amaron en vida, también muerto, le rinden homenaje con devoción humana. Pero el hecho realizado señala algo que debe hacerse en la santa Iglesia. Así es necesario que escuchemos lo que se hizo, para que también pensemos en lo que debemos hacer por imitación de ellos. Y nosotros, creyendo en aquel que murió, si, llenos del aroma de las virtudes, buscamos al Señor con la reputación de buenas obras, ciertamente venimos al sepulcro de Él con aromas. Aquellas mujeres ven ángeles, que vinieron con aromas, porque evidentemente aquellas mentes contemplan a los ciudadanos celestiales, que avanzan hacia el Señor con el aroma de las virtudes a través de santos deseos. Debemos notar qué significa que el ángel se ve sentado a la derecha. ¿Qué se designa por la izquierda sino la vida presente, y por la derecha sino la vida eterna? Por eso está escrito en el Cantar de los Cantares: "Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará" (Cant. II, 6). Porque nuestro Redentor ya había pasado la corrupción de la vida presente, el ángel que vino a anunciar su vida eterna estaba sentado correctamente a la derecha. Apareció cubierto con una vestidura blanca, porque anunció las alegrías de nuestra festividad. El resplandor de la vestidura anuncia el esplendor de nuestra solemnidad. ¿Decimos nuestra, o suya? Pero para hablar con más verdad, digamos tanto suya como nuestra. Esa resurrección de nuestro Redentor fue nuestra festividad, porque nos devolvió a la inmortalidad; y fue la festividad de los ángeles, porque al llamarnos de nuevo a lo celestial, completó su número. En su festividad y en la nuestra, el ángel apareció con vestiduras blancas, porque mientras somos llevados a lo alto por la resurrección del Señor, se reparan las pérdidas de la patria celestial.

3. Pero escuchemos lo que dice a las mujeres que llegan: "No temáis". Como si dijera abiertamente: Teman aquellos que no aman la llegada de los ciudadanos celestiales; teman aquellos que, oprimidos por deseos carnales, desesperan de poder alcanzar su compañía. Pero ¿por qué teméis vosotras, que veis a vuestros conciudadanos? Por eso también Mateo, describiendo la aparición del ángel, dice: "Su aspecto era como un relámpago, y su vestidura blanca como la nieve" (Mat. XXVIII, 3). En el relámpago hay terror de miedo, en la nieve hay dulzura de blancura. Porque Dios todopoderoso es terrible para los pecadores y amable para los justos, el ángel testigo de su resurrección se muestra con el resplandor del rostro y la blancura del hábito, para que de su misma apariencia aterrice a los reprobos y acaricie a los piadosos. Por eso también el pueblo que caminaba por el desierto era guiado por una columna de fuego de noche y una columna de nube de día (Éxodo XIII, 21, 22). En el fuego hay terror, en la nube hay una suave dulzura de visión; el día se entiende como la vida del justo, y la noche como la vida del pecador. Por eso también Pablo dice a los pecadores convertidos: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" (Efesios V, 8). En el día, la columna se mostró por la nube, y en la noche por el fuego, porque Dios todopoderoso aparece amable para los justos y terrible para los injustos. A estos, viniendo en el juicio, los acaricia con la mansedumbre de la suavidad, y a aquellos los aterroriza con la severidad de la justicia.

4. Pero escuchemos lo que el ángel añade: "Buscáis a Jesús de Nazaret". Jesús se interpreta en latín como salvador. Pero muchos entonces podían ser llamados Jesús, no sustancialmente, sino nominalmente. Por eso se añade el lugar, para que se manifieste de qué Jesús se habla: "de Nazaret". Y enseguida añade la causa: "Crucificado". Y añade: "Ha resucitado, no está aquí". Se dice que no está aquí por la presencia de la carne, quien sin embargo no falta en ningún lugar por la presencia de la majestad. Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro que os precederá en Galilea. Debemos preguntarnos por qué, al nombrar a los discípulos, se menciona a Pedro por su nombre. Pero si el ángel no lo hubiera mencionado expresamente, quien había negado al maestro no se atrevería a venir entre los discípulos. Por eso se le llama por su nombre, para que no desespere por su negación. En esto debemos considerar por qué Dios todopoderoso permitió que aquel a quien había dispuesto preferir a toda la Iglesia temiera la voz de una criada y negara a sí mismo. Reconocemos que esto se hizo por una gran disposición de piedad, para que quien iba a ser el Pastor de la Iglesia aprendiera en su culpa cómo debía tener misericordia de los demás. Primero se lo mostró a sí mismo, y luego lo puso por encima de los demás, para que conociera por su propia debilidad cuán misericordiosamente debía soportar las debilidades ajenas.

5. Bien se dice de nuestro Redentor: "Os precederá en Galilea, allí lo veréis, como os dijo". Galilea se interpreta como transmigración. Ya nuestro Redentor había pasado de la pasión a la resurrección, de la muerte a la vida, del castigo a la gloria, de la corrupción a la incorruptibilidad. Y primero después de la resurrección se le ve en Galilea por los discípulos, porque veremos con alegría su gloria de resurrección después, si ahora pasamos de los vicios a la altura de las virtudes. Por tanto, el que se anuncia en el sepulcro, se muestra en la transmigración, porque el que se reconoce en la mortificación de la carne se ve en la transmigración de la mente. Estas cosas, hermanos carísimos, por la gran solemnidad del día, hemos pasado por alto en la exposición de la lectura evangélica, pero deseamos hablar algo más sutilmente de esta misma solemnidad.

6. Había dos vidas, de las cuales conocíamos una, la otra no conocíamos. Una es mortal, la otra inmortal; una de corrupción, la otra de incorruptibilidad; una de muerte, la otra de resurrección. Pero vino el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, asumió una y mostró la otra. Una la soportó muriendo, y mostró la otra resucitando. Si, por tanto, a nosotros que conocíamos la vida mortal nos prometiera la resurrección de la carne, y sin embargo no la exhibiera visiblemente, ¿quién creería en sus promesas? Por eso, hecho hombre, apareció en la carne, se dignó morir por voluntad, resucitó por poder, y mostró con el ejemplo lo que nos prometió como recompensa. Pero tal vez alguien diga: Con razón resucitó él, que, siendo Dios, no pudo ser retenido por la muerte. Para instruir, pues, nuestra ignorancia, para fortalecer nuestra debilidad, no quiso que el ejemplo de su resurrección nos bastara. Solo él murió en ese tiempo, y sin embargo no resucitó solo. Pues está escrito: "Muchos cuerpos de santos que habían dormido resucitaron" (Mateo XXVII, 52). Por tanto, se han quitado todos los argumentos de la infidelidad. Para que nadie diga: El hombre no debe esperar de sí mismo lo que Dios hombre mostró en su carne, he aquí que sabemos que con Dios resucitaron hombres, y de quienes no dudamos que fueron puros hombres. Si, por tanto, somos miembros de nuestro Redentor, presumamos en nosotros lo que se realizó en la cabeza. Si nos despreciamos mucho, debemos esperar en nosotros lo que hemos oído de sus miembros superiores.

7. He aquí que vuelve a la memoria lo que los judíos, insultando al Hijo de Dios crucificado, decían: "Si es el rey de Israel, descienda de la cruz, y creeremos en él" (Mateo XXVII, 42). Si entonces descendiera de la cruz, cediendo a los insultos, no nos mostraría la virtud de la

paciencia. Pero esperó un poco, soportó los oprobios, aguantó las burlas, guardó la paciencia, pospuso la admiración; y el que no quiso descender de la cruz, resucitó del sepulcro. Fue más resucitar del sepulcro que descender de la cruz. Fue más destruir la muerte resucitando que conservar la vida descendiendo. Pero cuando los judíos no lo vieron descender de la cruz a sus insultos, cuando lo vieron morir, creyeron haberlo vencido, se alegraron de haber extinguido su nombre. Pero he aquí que su nombre creció en el mundo desde la muerte, de la cual la turba infiel creyó haberlo extinguido; y al que se alegraban de haber matado, lamentan muerto, porque reconocen que ha llegado a su gloria a través del sufrimiento. Lo que bien significan los hechos de Sansón en el libro de los Jueces (Jueces XVI, 1, 2, 3), quien, habiendo entrado en Gaza, ciudad de los filisteos, los filisteos, al conocer su entrada, rodearon la ciudad con asedios de repente, pusieron guardias, y se alegraron de haber capturado al fuerte Sansón. Pero sabemos lo que hizo Sansón. A medianoche quitó las puertas de la ciudad y subió a la cima del monte. ¿A quién, hermanos carísimos, a quién sino a nuestro Redentor significa aquel Sansón en este hecho? ¿Qué significa la ciudad de Gaza sino el infierno? ¿Qué se demuestra por los filisteos sino la perfidia de los judíos? Quienes, al ver al Señor muerto y su cuerpo ya puesto en el sepulcro, inmediatamente pusieron guardias, y se alegraron de haber capturado en los confines del infierno a quien había brillado como autor de la vida, como si hubieran capturado a Sansón en Gaza. Pero Sansón, a medianoche, no solo salió, sino que también se llevó las puertas, porque nuestro Redentor, resucitando antes del amanecer, no solo salió libre del infierno, sino que también destruyó los mismos confines del infierno. Se llevó las puertas y subió a la cima del monte, porque resucitando quitó los confines del infierno, y ascendiendo penetró los reinos de los cielos. Por tanto, hermanos carísimos, amemos con toda nuestra mente esta gloria de su resurrección, que antes se demostraba con un signo y después se manifestó con un hecho, muramos por su amor. He aquí que en la resurrección de nuestro autor hemos reconocido a sus ministros, los ángeles, como nuestros conciudadanos. Por tanto, apresurémonos a esa frecuente solemnidad de estos ciudadanos. A estos, aunque aún no podamos unirnos por visión, unámonos por deseo y mente. Transmigrémonos de los vicios a las virtudes, para que merezcamos ver a nuestro Redentor en Galilea. Que Dios todopoderoso ayude a nuestro deseo hacia la vida, quien por nosotros entregó a su Hijo único a la muerte, nuestro Señor Jesucristo, quien con Él vive y reina Dios en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXII.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Juan, llamada Constantiniana, el sábado después de Pascua.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN XX, 1---9.

En aquel tiempo, el primer día de la semana, María Magdalena vino temprano, cuando aún estaba oscuro, al sepulcro, y vio la piedra quitada del sepulcro. Corrió entonces y vino a Simón Pedro y al otro discípulo a quien amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto. Salieron entonces Pedro y el otro discípulo, y vinieron al sepulcro. Corrían los dos juntos; y el otro discípulo corrió más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y al inclinarse, vio los lienzos puestos, pero no entró. Entonces llegó Simón Pedro siguiéndolo, y entró en el sepulcro. Y vio los lienzos puestos, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto aparte en un lugar. Entonces entró también el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro, y vio, y creyó. Porque aún no sabían las Escrituras, que era necesario que él resucitara de los muertos.

1530 1. Un estómago debilitado por una larga molestia me ha prohibido durante mucho tiempo hablar a vuestra caridad sobre la exposición de la lectura evangélica. La misma voz sucumbe a la fuerza del clamor; y porque no puedo ser oído por muchos, confieso que me avergüenza hablar entre muchos. Pero yo mismo reprendo esta vergüenza en mí. ¿Qué, entonces? ¿Acaso si no puedo beneficiar a muchos, no me preocuparé por unos pocos? Y si no puedo llevar muchos manojos de la cosecha, ¿debo volver vacío al granero? Aunque no pueda llevar tantos como debo, ciertamente llevaré al menos unos pocos, al menos dos, al menos uno. Porque la misma intención de la debilidad tiene la certeza de su recompensa, ya que nuestro juez supremo, aunque considera el peso en la retribución, sin embargo, sopesa las fuerzas en el peso.

2. La lectura del santo Evangelio que acabáis de escuchar, hermanos, es muy clara en su superficie histórica, pero debemos buscar sus misterios en brevedad. María Magdalena, cuando aún estaba oscuro, vino al sepulcro. Según la historia se nota la hora, pero según el entendimiento místico se señala la inteligencia del que busca. María, en efecto, buscaba en el sepulcro al autor de todo, a quien había visto muerto en la carne; y como no lo encontró, creyó que había sido robado. Aún estaban las tinieblas cuando vino al sepulcro. Corrió rápidamente y lo anunció a los discípulos. Pero corrieron más que los demás, aquellos que amaron más que los demás, a saber, Pedro y Juan. Corrían los dos juntos, pero Juan corrió más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro, pero no se atrevió a entrar. Llegó después Pedro, y entró. ¿Qué, hermanos, qué significa esta carrera? ¿Acaso esta descripción tan sutil del evangelista debe creerse vacía de misterios? De ninguna manera. Porque Juan no diría que había llegado primero y no había entrado, si creyera que en su misma vacilación faltaba un misterio. ¿Qué, entonces, se designa por Juan sino la Sinagoga, y por Pedro sino la Iglesia? No debe parecer extraño que por el más joven se signifique la Sinagoga, y por el más viejo la Iglesia, porque aunque al culto de Dios es anterior la Sinagoga que la Iglesia de los gentiles, al uso del mundo es anterior la multitud de los gentiles que la Sinagoga, como atestigua Pablo, quien dice: "Porque no es primero lo espiritual, sino lo animal" (1 Cor. XV, 46). Por el más viejo Pedro se significa la Iglesia de los gentiles, y por el más joven Juan la Sinagoga de los judíos. Corrieron ambos juntos, porque desde el principio hasta el fin, por igual y común camino, aunque no por igual y común sentido, la gentilidad corrió con la Sinagoga.

3. La Sinagoga llegó primero al sepulcro, pero no entró, porque recibió los mandamientos de la ley, escuchó las profecías sobre la encarnación y pasión del Señor, pero no quiso creer en el muerto. Juan vio los lienzos puestos, pero no entró, porque la Sinagoga conoció los sacramentos de las Sagradas Escrituras, y sin embargo, se negó a entrar creyendo en la fe de la pasión del Señor. A quien profetizó durante mucho tiempo y de lejos, lo vio presente, y lo rechazó; despreció al hombre, no quiso creer que Dios se había hecho mortal en la carne. ¿Qué, entonces, sino que corrió más rápido y sin embargo se quedó vacía ante el sepulcro? Pero Simón Pedro lo siguió, y entró en el sepulcro, porque la posterior Iglesia de los gentiles, conoció al mediador de Dios y de los hombres, al hombre Jesucristo, y lo creyó muerto en la carne y vivo en Dios. Vio los lienzos puestos, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto aparte en un lugar. ¿Qué creemos, hermanos, que significa que el sudario de la cabeza del Señor no se encuentra con los lienzos, sino que se encuentra aparte, sino que, como atestigua Pablo (1 Cor. XI, 3), la cabeza de Cristo es Dios, y los incomprensibles sacramentos de la divinidad están separados de la comprensión de nuestra debilidad, y su poder trasciende la naturaleza de la criatura? Y es notable que no solo se encuentra aparte, sino también envuelto en un lugar. Porque un lienzo que se envuelve, no se ve ni su principio ni su fin. Correctamente, entonces, el sudario de la cabeza se encuentra

envuelto, porque la altura de la divinidad ni comenzó a ser, ni termina; ni nace por principio, ni se angosta por término.

4. Bien se añade: "En un lugar", porque Dios no está en la división de las mentes. Dios está en la unidad, y merecen tener su gracia aquellos que no se dividen entre sí por los escándalos de las sectas. Pero como suele limpiarse el sudor de los que trabajan con un sudario, también puede expresarse por el sudario el trabajo de Dios, quien en sí mismo siempre permanece en reposo e inmutable, pero sin embargo se declara trabajar cuando soporta las duras maldades de los hombres. Por eso dice por el profeta: "Me cansé de soportar" (Jeremías VI, 11). Dios apareció en la carne, trabajó por nuestra debilidad. Cuando los incrédulos vieron este trabajo de su pasión, no quisieron venerarlo. A quien veían mortal en la carne, se negaron a creer que era inmortal en la divinidad. Por eso también Jeremías dice: "Pagarás a ellos, Señor, según las obras de sus manos, les darás el escudo de tu trabajo" (Lamentaciones III, 64, 65). Para que las flechas de la predicación no penetraran sus corazones, mientras despreciaban el trabajo de su pasión, como si usaran ese mismo trabajo como escudo, no permitieron que sus palabras pasaran a ellos, porque lo vieron trabajar hasta la muerte. ¿Qué somos nosotros sino miembros de nuestro cabeza, es decir, de Dios? Por los lienzos del cuerpo se significan las ligaduras de los trabajos, que ahora constriñen a todos los elegidos, es decir, sus miembros. El sudario que estaba sobre su cabeza se encuentra aparte, porque la misma pasión de nuestro Redentor está lejos de nuestra pasión, ya que él soportó sin culpa lo que nosotros soportamos con culpa. Él quiso sucumbir a la muerte voluntariamente, a la cual nosotros llegamos involuntariamente.

5. Sigue: "Entonces entró también el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro". Después de que entró Pedro, entró también Juan. Entró después quien había llegado primero. Es notable, hermanos, que al final del mundo también Judea será reunida a la fe del Redentor, como atestigua Pablo, quien dice: "Hasta que entre la plenitud de los gentiles, y así todo Israel será salvo" (Romanos XI, 25, 26). Y vio y creyó. ¿Qué, hermanos, qué se debe pensar que creyó? ¿Acaso que el Señor había resucitado, a quien buscaba? No, ciertamente, porque aún había tinieblas en el sepulcro, y las palabras añadidas contradicen cuando se dice: "Porque aún no sabían las Escrituras, que era necesario que él resucitara de los muertos". ¿Qué, entonces, vio, y qué creyó? Vio los lienzos puestos, y creyó lo que la mujer había dicho, que el Señor había sido quitado del sepulcro. En esto se debe considerar la grandeza de la disposición divina, que los corazones de los discípulos se encienden para buscar, y se diferencian para no encontrar, para que la debilidad del ánimo, crucificada por su misma tristeza, se haga más pura para encontrar, y tanto más fuerte retenga cuando encuentre, cuanto más tarde encuentre lo que buscaba.

6. Hemos recorrido brevemente, hermanos amadísimos, la lectura evangélica; ahora queda hablar sobre la nobleza de tan gran solemnidad. Con razón llamo nobleza a esta solemnidad, porque precede a las demás. Así como en la Sagrada Escritura se dice "santo de los santos" o "Cantar de los Cantares" por su grandeza, esta festividad puede llamarse con razón "solemnidad de las solemnidades". De esta solemnidad se nos ha dado el ejemplo de la resurrección, se ha abierto la esperanza de la patria celestial y se ha hecho ya presumible la gloria del reino celestial. Por esta, los elegidos, que aunque estaban en el seno de la tranquilidad, eran retenidos en las puertas del infierno, fueron llevados de nuevo a las delicias del paraíso. Lo que el Señor dijo antes de su pasión, lo cumplió en su resurrección: "Si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Juan 12, 32). En efecto, atrajo a todos, pues no dejó a ninguno de sus elegidos en el infierno. Se llevó a todos, ciertamente los elegidos. Porque el Señor, al resucitar, no restauró a los infieles, entregados a castigos eternos por sus

crímenes, sino que arrebató de las puertas del infierno a aquellos que reconoció como suyos en la fe y en las obras. Por eso, con razón dice también por medio de Oseas: "Seré tu muerte, oh muerte; seré tu mordedura, oh infierno" (Oseas 13, 14). Porque lo que matamos, hacemos que no exista en absoluto. De lo que mordemos, quitamos una parte y dejamos otra. Porque en sus elegidos mató la muerte por completo, fue la muerte de la muerte. Pero porque del infierno quitó una parte y dejó otra, no lo mató por completo, sino que lo mordió. Dice, pues: "Seré tu muerte, oh muerte". Como si dijera abiertamente: Porque en mis elegidos te destruyo por completo, seré tu muerte; seré tu mordedura, oh infierno, porque al quitártelos, te hirió en parte. ¿Cuál es, entonces, esta solemnidad que destruyó las puertas del infierno y nos abrió las del reino celestial? Indaguemos más sutilmente su nombre. Busquemos al ilustre predicador.

7. Veamos qué anuncia sobre su significado. Dice: "Porque nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado" (1 Cor. 5, 7). Si, pues, Cristo es la Pascua, debemos considerar qué dice la ley sobre la Pascua, para investigar más sutilmente si parece que se ha dicho de Cristo. Moisés dice: "Tomarán de la sangre del cordero y la pondrán sobre los dos postes y en el dintel de las casas donde lo comerán; y comerán la carne aquella noche asada al fuego, y panes ázimos con hierbas amargas. No comeréis de él nada crudo, ni cocido en agua, sino asado al fuego. Comeréis la cabeza con los pies y las entrañas, y no quedará nada de él hasta la mañana. Si algo queda, lo quemaréis en el fuego" (Éxodo 12, 7 y ss.). Donde también se añade: "Así lo comeréis: ceñiréis vuestros lomos, tendréis calzado en vuestros pies, y tendréis bastones en vuestras manos, y lo comeréis apresuradamente" (Éxodo 12, 11). Todo esto nos proporciona una gran edificación si se discute con interpretación mística. ¿Qué es la sangre del cordero? No lo habéis aprendido ya escuchando, sino bebiendo. Esta sangre se pone sobre los dos postes cuando no solo se bebe con la boca del cuerpo, sino también con la boca del corazón. En ambos postes se pone la sangre del cordero cuando se toma el sacramento de su pasión con la boca para la Redención, y también se contempla con la mente atenta para la imitación. Porque quien así recibe la sangre de su Redentor que aún no quiere imitar su pasión, ha puesto la sangre en un solo poste, que también debe ponerse en el dintel de las casas. ¿Qué entendemos espiritualmente por casas sino nuestras mentes, en las que habitamos por medio del pensamiento? El dintel de la casa es la misma intención, que prevalece sobre la acción. Quien dirige la intención de su pensamiento a la imitación de la pasión del Señor, pone la sangre del cordero en el dintel de la casa. O ciertamente nuestras casas son nuestros cuerpos, en los que habitamos mientras vivimos. Y ponemos la sangre del cordero en el dintel de la casa porque llevamos la cruz de su pasión en la frente. Sobre este cordero se añade: "Y comerán la carne aquella noche asada al fuego" (Éxodo 12, 8). Comemos el cordero en la noche porque ahora recibimos el cuerpo del Señor en el sacramento, cuando aún no vemos nuestras conciencias mutuamente. Sin embargo, la carne debe ser asada al fuego, porque el fuego disuelve la carne que el agua ha cocido; pero la que el fuego sin agua cocina, la fortalece. La carne de nuestro Cordero fue cocida por el fuego, porque la misma fuerza de su pasión lo hizo más fuerte para la resurrección y lo fortaleció para la incorruptibilidad. Porque quien se fortaleció de la muerte, evidentemente su carne fue endurecida por el fuego. Por eso también dice por el salmista: "Mi fuerza se secó como una teja" (Salmo 21, 16). ¿Qué es una teja antes del fuego sino barro blando? Pero se endurece por el fuego. La fuerza de su humanidad se secó como una teja, porque creció de la pasión al poder de la incorruptibilidad.

8. Pero solo los sacramentos percibidos de nuestro Redentor no son suficientes para la verdadera solemnidad del alma, a menos que también se unan a ellos buenas obras. ¿De qué sirve recibir su cuerpo y sangre con la boca y contradecirlo con costumbres perversas? Por eso, bien se añade para comer: "Y panes ázimos con hierbas amargas" (Éxodo 12, 8). Come

panes sin levadura quien realiza obras rectas sin la corrupción de la vana gloria, quien exhibe los mandamientos de misericordia sin la mezcla del pecado, para que no robe perversamente lo que parece dispensar rectamente. También habían mezclado el fermento del pecado en su buena acción aquellos a quienes el Señor decía con la voz del profeta: "Venid a Betel y pecad" (Amós 4, 4). Y poco después: "Y sacrificad de lo fermentado alabanza" (Amós 4, 5). Ofrece alabanza de lo fermentado quien prepara sacrificio a Dios de lo robado. Las hierbas amargas son muy amargas. La carne del Cordero debe comerse con hierbas amargas, para que cuando recibimos el cuerpo del Redentor, nos aflijamos en llanto por nuestros pecados, para que la misma amargura de la penitencia limpie del estómago del alma el humor de la vida perversa. Donde también se añade: "No comeréis de él nada crudo, ni cocido en agua" (Éxodo 12, 9). Estas mismas palabras de la historia nos alejan del entendimiento histórico. ¿Acaso, hermanos amadísimos, el pueblo israelita acostumbraba a comer el cordero crudo en Egipto, para que la ley les diga: "No comeréis de él nada crudo"? Donde también se añade: "Ni cocido en agua". Pero ¿qué significa el agua sino la ciencia humana, según lo que se dice por Salomón en la voz de los herejes: "Las aguas robadas son más dulces" (Proverbios 9, 17)? ¿Qué significan las carnes crudas del Cordero sino la humanidad inconsiderada y dejada sin reverencia de pensamiento? Todo lo que pensamos sutilmente lo cocinamos con la mente. Pero la carne del cordero no debe comerse ni cruda ni cocida en agua, porque nuestro Redentor no debe ser considerado como un mero hombre, ni debe pensarse cómo Dios pudo encarnarse a través de la sabiduría humana. Todo el que cree que nuestro Redentor es un mero hombre, ¿qué hace sino comer la carne cruda del cordero, que evidentemente no quiso cocinar con la inteligencia de su divinidad? Todo el que intenta discutir los misterios de su encarnación según la sabiduría humana, quiere cocinar la carne del cordero en agua, es decir, quiere penetrar el misterio de su dispensación a través de una ciencia disuelta. Quien desea celebrar la solemnidad del gozo pascual, no cocine el cordero en agua ni lo coma crudo, para que no intente penetrar la profundidad de su encarnación a través de la sabiduría humana, ni crea en él como en un mero hombre; sino que coma la carne asada al fuego, para que sepa que todo se dispensa por el poder del Espíritu Santo. De lo cual se añade correctamente: "Comeréis la cabeza con los pies y las entrañas" (Éxodo 12, 9), porque nuestro Redentor es el alfa y el omega, Dios antes de los siglos y hombre al final de los siglos. Y como ya hemos dicho, hermanos, aprendimos con el testimonio de Pablo que "la cabeza de Cristo es Dios" (1 Cor. 11, 3). Comer la cabeza del cordero es percibir su divinidad con fe. Comer los pies del cordero es buscar con amor e imitación las huellas de su humanidad. ¿Qué son las entrañas sino los mandamientos ocultos y místicos de sus palabras? Las devoramos cuando tomamos con avidez las palabras de vida. En esta palabra de devoración, ¿qué otra cosa se reprende sino la pereza de nuestra torpeza? Quienes no buscamos por nosotros mismos sus palabras y misterios, y escuchamos con desgana lo que otros dicen. No quedará nada de él hasta la mañana (Éxodo 12, 10), porque sus palabras deben ser discutidas con gran diligencia, para que antes de que aparezca el día de la resurrección, en esta noche de la vida presente, todos sus mandamientos sean penetrados por la comprensión y la acción. Pero como es muy difícil que toda la Sagrada Escritura pueda ser entendida y todo su misterio penetrado, correctamente se añade: "Si algo queda, lo quemaréis en el fuego" (Éxodo 12, 10). Lo que queda del cordero lo quemamos en el fuego cuando lo que no podemos entender y penetrar del misterio de su encarnación lo reservamos humildemente al poder del Espíritu Santo, para que nadie se atreva con soberbia a despreciar o anunciar lo que no entiende, sino que lo entregue al fuego cuando lo reserva al Espíritu Santo.

9. Ya que hemos conocido cómo debe comerse la Pascua, ahora reconozcamos por quiénes debe ser comida. Sigue: "Así lo comeréis: ceñiréis vuestros lomos" (Éxodo 12, 11). ¿Qué se entiende por lomos sino la delectación de la carne? Por eso el salmista pide, diciendo:

"Quema mis lomos" (Salmo 26, 2). Si no supiera que el placer de la lujuria está en los lomos, no pediría que se quemen. Por eso, porque el poder del diablo prevaleció en el género humano principalmente por la lujuria, se dice de él con voz divina: "Su poder está en sus lomos" (Job 40, 11). Quien come la Pascua debe tener los lomos ceñidos, para que quien celebra la solemnidad de la resurrección y la incorruptibilidad no esté sujeto a la corrupción por los vicios, dome las voluptuosidades, restrinja la carne de la lujuria. Porque no ha conocido qué es la solemnidad de la incorruptibilidad quien aún está sujeto a la corrupción por la incontinencia. Estas cosas son duras para algunos, pero la puerta es angosta que lleva a la vida (Mateo 7, 13). Y ya tenemos muchos ejemplos de continentes. Por eso, bien se añade: "Tendréis calzado en vuestros pies" (Éxodo 12, 11). ¿Qué son nuestros pies sino las obras? ¿Qué son los calzados sino las pieles de animales muertos? Los calzados protegen los pies. ¿Qué son los animales muertos de cuyas pieles se protegen nuestros pies sino los antiguos padres que nos precedieron hacia la patria eterna? Cuando contemplamos sus ejemplos, protegemos los pies de nuestras obras. Tener calzado en los pies es contemplar la vida de los muertos y proteger nuestros pasos de la herida del pecado. "Teniendo bastones en las manos" (Éxodo 12, 11). ¿Qué significa la ley por bastón sino la custodia pastoral? Y es de notar que primero se nos manda ceñir los lomos y luego tener bastones, porque deben asumir el cuidado pastoral quienes ya saben dominar en su cuerpo los flujos de la lujuria, para que cuando prediquen cosas fuertes a otros, no sucumban ellos mismos enervados por deseos blandos. Bien se añade: "Y comeréis apresuradamente" (Éxodo 12, 11). Notad, amadísimos hermanos, notad lo que se dice, apresuradamente. Conoced con prisa los mandamientos de Dios, los misterios del Redentor, las alegrías de la patria celestial, y procurad cumplir con prisa los preceptos de la vida. Porque aunque hoy sabemos que podemos obrar bien, ignoramos si mañana podremos. Comed, pues, la Pascua apresuradamente, es decir, anhelad la solemnidad de la patria celestial. Nadie se detenga en el camino de esta vida, para que no pierda su lugar en la patria. Nadie ponga trabas para buscar los estudios, sino que complete lo comenzado, para que no le sea permitido cumplir lo que inicia. Si no somos perezosos en el amor de Dios, nos ayuda aquel a quien amamos, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXIII.

Pronunciada al pueblo en la basílica del bienaventurado apóstol Pedro, en el día siguiente a la Pascua.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 24, 13-35.

En aquel tiempo, dos de los discípulos de Jesús iban aquel mismo día a una aldea llamada Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí de todo lo que había sucedido. Y sucedió que mientras hablaban y discutían, Jesús mismo se acercó y caminaba con ellos. Pero sus ojos estaban velados para que no lo reconocieran. Y les dijo: "¿Qué son estos discursos que intercambiáis mientras camináis y estáis tristes?" Y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: "¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí en estos días?" Él les preguntó: "¿Qué cosa?" Ellos le dijeron: "Lo de Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que fuera condenado a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el que iba a redimir a Israel. Y ahora, además de todo esto, ya hace tres días que sucedieron estas cosas. Pero también algunas mujeres de nuestro grupo nos han asustado, pues fueron al sepulcro de madrugada y, al no encontrar su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles que decían que él estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo

como las mujeres habían dicho, pero a él no lo vieron". Entonces él les dijo: "¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y entrara en su gloria?" Y comenzando por Moisés y todos los profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él. Al acercarse al pueblo adonde iban, él hizo como si fuera más lejos. Pero ellos le insistieron, diciendo: "Quédate con nosotros, porque se hace tarde y el día ya ha declinado". Entró, pues, para quedarse con ellos. Y sucedió que, mientras estaba a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: "¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras?" Y levantándose en ese mismo momento, regresaron a Jerusalén y encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, diciendo: "¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!" Y ellos contaron lo que había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

1. En la solemnidad diaria que os fatiga, se deben decir pocas cosas; y tal vez estas sean más útiles, porque a menudo los alimentos que son insuficientes se toman con más avidez. Por lo tanto, he decidido no discutir el sentido de la lectura evangélica palabra por palabra, para que un discurso más largo de exposición no sobrecargue vuestro amor. Habéis escuchado, amadísimos hermanos, que mientras dos discípulos caminaban por el camino, no creyendo aún, pero hablando de él, el Señor se les apareció, pero no les mostró una apariencia que pudieran reconocer. Así, el Señor hizo externamente en los ojos del cuerpo lo que se estaba haciendo en ellos internamente en los ojos del corazón. Ellos, en efecto, en su interior amaban y dudaban, y el Señor externamente estaba presente con ellos, pero no les mostraba quién era. Así que, mientras hablaban de él, les mostró su presencia, pero a los que dudaban de él, les ocultó la apariencia de su conocimiento. Les habló, reprendió la dureza de su entendimiento; les abrió los misterios de la Sagrada Escritura que se referían a él, y sin embargo, como aún era un peregrino en sus corazones por la fe, fingió ir más lejos. Decimos fingir como componer; de ahí que llamemos a los que componen el barro, alfareros. Por lo tanto, la Verdad simple no hizo nada por duplicidad, sino que se mostró a ellos en el cuerpo tal como era en su mente. Sin embargo, debían ser probados, si aquellos que aún no lo amaban como a Dios, al menos podían amarlo como a un peregrino. Pero como no podían ser extraños a la caridad aquellos con quienes caminaba la Verdad, lo invitan a hospedarse como a un peregrino. ¿Por qué decimos que lo invitan, cuando está escrito allí "Y lo obligaron"? De este ejemplo se deduce que los peregrinos no solo deben ser invitados, sino también llevados. Ponen la mesa, ofrecen alimentos, y a Dios, a quien no habían reconocido en la exposición de la Sagrada Escritura, lo reconocen en la fracción del pan.

2. Al escuchar los mandamientos de Dios no fueron iluminados, 1539 sino que fueron iluminados al hacerlos, porque está escrito: No son los oyentes de la ley justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados (Rom. II, 13). Por tanto, quien quiera entender lo que ha oído, apresúrese a cumplir con obras lo que ya ha podido entender. He aquí que el Señor no fue reconocido mientras hablaba, y se dignó ser reconocido mientras comía. Por tanto, hermanos amadísimos, amen la hospitalidad, amen las obras de caridad. De esto se dice por Pablo: Permanezca la caridad fraterna en vosotros, y no os olvidéis de la hospitalidad. Por ella algunos agradaron, recibiendo a ángeles como huéspedes (Hebr. XIII, 1). De esto dice Pedro: Hospedaos mutuamente sin murmuración (I Petr. IV, 9). De esto dice la misma Verdad: Fui huésped, y me recibisteis (Matth. XXV, 35). Es un hecho muy conocido, y nos ha sido transmitido por el relato de nuestros mayores. Un cierto padre de familia, con toda su casa, servía con gran dedicación a la hospitalidad; y como diariamente recibía a peregrinos en su mesa, un día vino un peregrino entre otros, y fue llevado a la mesa. Y mientras el padre de

familia, por costumbre de humildad, quería verter agua en sus manos, se volvió, tomó la jarra, pero de repente no encontró a aquel en cuyas manos quería verter el agua. Y mientras se maravillaba de lo sucedido, esa misma noche el Señor le dijo en una visión: Los demás días me recibiste en mis miembros, pero ayer me recibiste en mí mismo. He aquí que al venir al juicio, dirá: Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Matth. XXV, 40). He aquí que antes del juicio, cuando es recibido en sus miembros, también busca a sus receptores en sí mismo; y sin embargo, somos perezosos para la gracia de la hospitalidad. Considerad, hermanos, cuán grande es la virtud de la hospitalidad. Recibid a Cristo en vuestras mesas, para que Él os reciba a vosotros en los banquetes eternos. Ofreced ahora hospedaje a Cristo peregrino, para que en el juicio no os desconozca como peregrinos, sino que os reciba como propios en el reino, con la ayuda de aquel que vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXIV.

Pronunciada al pueblo en la basílica del bienaventurado mártir Lorenzo, fuera de los muros de la Ciudad, el miércoles de Pascua.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN XXI, 1-14.

En aquel tiempo, Jesús se manifestó de nuevo a sus discípulos junto al mar de Tiberíades. Y se manifestó de esta manera. Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado Dídimo, Natanael, que era de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dice: Voy a pescar. Ellos le dicen: Vamos nosotros también contigo. Salieron y subieron a la barca, y aquella noche no pescaron nada. Al amanecer, Jesús estaba en la orilla, pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: Hijos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. Y Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y encontraréis. La echaron, y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: Es el Señor. Simón Pedro, al oír que era el Señor, se ciñó la túnica (pues estaba desnudo) y se lanzó al mar. Los otros discípulos llegaron en la barca (pues no estaban lejos de tierra, sino como a doscientos codos) arrastrando la red con los peces. Cuando bajaron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima, y pan. Jesús les dice: Traed de los peces que acabáis de pescar. Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, la red no se rompió. Jesús les dice: Venid, comed. Y ninguno de los que estaban sentados se atrevía a preguntarle: ¿Quién eres tú? sabiendo que era el Señor. Jesús vino, tomó el pan y se lo dio, y de igual manera el pez. Esta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a sus discípulos después de haber resucitado de entre los muertos.

1540 1. La lectura del santo Evangelio que acaba de ser leída en vuestros oídos, hermanos míos, golpea el ánimo con una cuestión, pero con su golpe indica la fuerza de la discreción. Pues se puede preguntar por qué Pedro, que fue pescador antes de su conversión, volvió a la pesca después de su conversión; y cuando la Verdad dice: Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios (Luc. IX, 62), ¿por qué repitió lo que había dejado? Pero si se considera la virtud de la discreción, pronto se ve que el negocio que antes de la conversión existía sin pecado, tampoco fue culpa repetirlo después de la conversión. Pues sabemos que Pedro era pescador, y Mateo publicano; y después de su conversión, Pedro volvió a la pesca, pero Mateo no volvió al negocio del publicano (De poenit., dist. 5, cap. 7), porque es diferente buscar el sustento por la pesca que aumentar el dinero con las ganancias del publicano. Hay, en efecto, muchos negocios que difícilmente o

de ninguna manera pueden realizarse sin pecados. Por tanto, a aquellos que implican pecado, es necesario que el alma no vuelva después de la conversión.

2. También se puede preguntar por qué, mientras los discípulos trabajaban en el mar, el Señor, después de su resurrección, se quedó en la orilla, cuando antes de su resurrección caminó sobre las olas del mar ante los discípulos (Matth., XIV, 25). La razón de esto se conoce rápidamente si se considera la causa que entonces existía. Pues, ¿qué significa el mar sino este mundo presente, que se golpea a sí mismo con los tumultos de las causas y las olas de la vida corruptible? ¿Qué se figura por la solidez de la orilla sino aquella perpetuidad de la paz eterna? Porque los discípulos aún estaban en los oleajes de la vida mortal, trabajaban en el mar. Pero como nuestro Redentor ya había superado la corrupción de la carne, después de su resurrección estaba en la orilla. Como si el mismo misterio de su resurrección hablara a los discípulos, diciendo: Ya no os aparezco en el mar, porque no estoy con vosotros en los oleajes de la perturbación. De ahí que en otro lugar, después de su resurrección, dice a los mismos discípulos: Estas son las palabras que os hablé cuando aún estaba con vosotros (Luc. XXIV, 44). Pues no es que no estuviera con ellos a quienes se aparecía corporalmente presente, pero ya niega estar con ellos, de cuyo cuerpo mortal se distanciaba por la inmortalidad de la carne. Lo que allí, estando con ellos, confiesa no estar con ellos, también aquí lo indica con la posición de su cuerpo, cuando, mientras ellos aún navegaban, se muestra ya en la orilla.

3. Se hizo, pues, una gran dificultad para los discípulos en la pesca, para que, al venir el maestro, se produjera una gran sublimidad de admiración. Quien inmediatamente dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y encontraréis. Dos veces se lee en el santo Evangelio que el Señor mandó echar las redes para pescar, antes de su pasión y después de su resurrección. Pero antes de que nuestro Redentor padeciera y resucitara, manda echar la red para pescar, pero no manda si debía echarse a la derecha o a la izquierda; pero después de su resurrección, apareciendo a los discípulos, manda echar la red a la derecha. En aquella pesca se capturaron tantos que las redes se rompían; en esta, sin embargo, se capturaron muchos y las redes no se rompieron. ¿Quién no sabe que la derecha figura a los buenos y la izquierda a los malos? Aquella pesca, en la que no se manda especialmente a qué lado echar la red, designa a la Iglesia presente, que recoge a buenos y malos juntos, y no elige a quiénes arrastrar, porque tampoco sabe a quiénes puede elegir. Pero esta pesca, hecha después de la resurrección del Señor, se echó solo a la derecha, porque solo la Iglesia de los elegidos alcanza a ver la gloria de su claridad, que no tendrá nada de la obra siniestra. En aquella pesca, por la multitud de peces, la red se rompe, porque ahora, a la confesión de la fe, entran tantos reprobos con los elegidos que incluso desgarran a la misma Iglesia con herejías. Pero en esta pesca se capturan muchos peces y grandes, y la red no se rompe, porque la santa Iglesia de los elegidos, descansando en la continua paz de su autor, ya no es desgarrada por disensiones.

4. Capturados, pues, tan grandes peces, Simón Pedro subió y arrastró la red a tierra. Creo que vuestra caridad ya advierte qué significa que Pedro arrastre la red a tierra. A él, en efecto, se le ha confiado la santa Iglesia, a él se le dice especialmente: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Apacienta mis ovejas (Juan XXI, 15, 16). Lo que después se revela en la voz, ahora se señala en la obra. Porque el predicador de la Iglesia nos separa de los oleajes de este mundo, es necesario que Pedro lleve la red llena de peces a tierra. Él, en efecto, arrastra los peces a la solidez de la orilla, porque con la voz de la santa predicación muestra a los fieles la estabilidad de la patria eterna. Esto hizo con palabras, esto con Epístolas, esto hace diariamente con signos de milagros. Cuantas veces por él nos convertimos al amor de la paz eterna, cuantas veces nos separamos de los tumultos de las cosas terrenales, ¿qué otra cosa sino que, como peces dentro de la red de la fe, somos arrastrados a la orilla? Pero cuando se

dice que la red está llena de grandes peces, se añade cuántos, a saber, ciento cincuenta y tres. Un gran misterio no carece de este número, sino que la profundidad de tan gran misterio os espera atentos. Pues el evangelista no expresaría con tanto cuidado la suma de la cantidad, si no juzgara que está llena de sacramento. Sabéis que en el Antiguo Testamento toda operación se prescribe por los mandamientos del Decálogo, pero en el Nuevo, la virtud de esa misma operación se da a los fieles multiplicada por la gracia septiforme del Espíritu Santo. El profeta, anunciándolo, dice: Espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el espíritu de temor del Señor (Isai. XI, 2). Pero aquel que percibe la operación en este Espíritu, reconoce la fe en la Trinidad, para que crea que el Padre, el Hijo y el mismo Espíritu Santo son de una sola virtud, confiese que son de una sola sustancia. Porque los siete que mencionamos anteriormente se han dado más ampliamente por el Nuevo Testamento, y los diez por los preceptos del Antiguo, toda nuestra virtud y operación puede comprenderse plenamente por diez y siete. Multipliquemos, pues, por triángulo diez y siete, y llegamos a cincuenta y uno. Este número ciertamente no carece de un gran misterio, porque leemos en el Antiguo Testamento que el año cincuenta fue mandado llamar jubileo (Lev. XXV, 11), en el cual todo el pueblo debía descansar de toda operación. Pero el verdadero descanso está en la unidad. Pues uno no puede dividirse; donde hay división, no hay verdadero descanso. Multipliquemos, pues, por triángulo cincuenta y uno, para que sean ciento cincuenta y tres. Porque toda nuestra operación exhibida en la fe de la Trinidad tiende al descanso, multiplicamos diez y siete por tres, para que debamos llegar a cincuenta y uno. Y nuestro verdadero descanso es cuando ya reconocemos la claridad de la Trinidad, que en la unidad de la divinidad es cierto que mantenemos. Multiplicamos cincuenta y uno por tres, y mantenemos la suma de los elegidos en la patria celestial como el número de ciento cincuenta y tres peces. Después de la resurrección del Señor, fue digno que la red echada capturara tantos peces como solo designaran a los ciudadanos elegidos de la patria celestial.

5. Entre estas cosas, tanto la lectura del santo Evangelio de ayer como la de hoy nos advierten que debemos vigilar atentamente por qué se lee que el Señor y nuestro Redentor, después de su resurrección, comió pescado asado. Pues no carece de misterio lo que se repite en el hecho. En esta lectura, comió pan y pescado asado, pero en la que se leyó ayer (Luc. XXIV, 13, sig.) comió con el pescado asado también un panal de miel. ¿Qué creemos que significa el pescado asado, sino al mismo Mediador entre Dios y los hombres que sufrió? Él mismo se dignó ocultarse en las aguas del género humano, quiso ser capturado en el lazo de nuestra muerte, y como asado por la tribulación en el tiempo de su pasión. Pero quien se dignó hacerse pescado asado en la pasión, se nos convirtió en panal de miel en la resurrección. ¿O quien quiso figurar en el pescado asado la tribulación de su pasión, quiso expresar en el panal de miel ambas naturalezas de su persona? Pues el panal es miel en cera, y la miel en cera es la divinidad en la humanidad. Lo cual no discrepa de esta lectura, pues comió pescado y pan. Porque quien pudo ser asado como pescado por la humanidad, nos alimenta con pan por la divinidad, quien dice: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 41, 52). Por tanto, comió pescado asado y pan, para mostrarnos con su comida que sufrió la pasión por nuestra humanidad, y procuró nuestra alimentación por su divinidad. Si lo miramos atentamente, también vemos cómo nos conviene imitarlo. Pues así como nuestro Redentor indica lo suyo, nos allana el camino de la imitación a los que le seguimos. He aquí que en su comida el Señor quiso unir el pescado asado con el panal, porque ciertamente recibe en su cuerpo a aquellos que, mientras aquí sienten tribulaciones por el Señor, no se apartan del amor de la dulzura interna. Se toma el panal con el pescado asado, porque quienes aquí sufren aflicción por la verdad, allí son saciados con la verdadera dulzura.

6. También se debe notar que se describe que el Señor tuvo su última comida con siete discípulos; pues se menciona que estaban presentes Pedro y Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. ¿Por qué celebra su última comida con siete discípulos, sino porque solo a aquellos que están llenos de la gracia septiforme del Espíritu Santo los anuncia como futuros con Él en la eterna retribución? También todo este tiempo se desarrolla en siete días, y a menudo el número siete designa la perfección. Por tanto, aquellos que participan de la última comida de la presencia de la verdad, son aquellos que ahora, con el estudio de la perfección, trascienden lo terrenal, a quienes no ata el amor de este mundo, a quienes, aunque de alguna manera les obstaculice con tentaciones, no les debilita sus deseos comenzados. De esta última comida se dice en otro lugar por Juan: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero (Apoc. XIX, 9). Por eso no narra que son llamados al almuerzo, sino a la cena, porque ciertamente la comida en el fin del día es cena. Por tanto, quienes, terminado el tiempo de la vida presente, llegan a la retribución de la contemplación suprema, no son llamados al almuerzo del Cordero, sino a la cena. Esta cena, en efecto, se expresa en esta última comida, a la que se menciona que asistieron siete discípulos, porque, como dijimos, aquellos son entonces reparados por la retribución interna, quienes ahora, llenos de la gracia septiforme, anhelan en el amor del Espíritu. Por tanto, hermanos, haced estas cosas con vosotros, deseáis ser llenos de la presencia de este espíritu. Considerad lo que os puede seguir en el futuro a partir del presente. Pensad si estáis llenos de este espíritu, sabéis si podéis llegar a esa comida. Pues cualquiera que sea aquel a quien ahora no repara este espíritu, ciertamente ayuna de aquella retribución del eterno banquete. Recordad lo que dice Pablo sobre el mismo espíritu: Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, no es de Él (Rom. VIII, 9). Como si dijera abiertamente: Quien ahora no es gobernado por la inhabitación de Dios, no se regocija después en la visión de la claridad divina. Pero nosotros, sin embargo, nos debilitamos ante estas cosas que se han dicho, aún no alcanzamos la cumbre de la perfección, pongamos diariamente pasos de santo deseo en el camino de Dios. Nos consuela la Verdad que dice por el Salmista: Tus ojos vieron mi imperfección, y en tu libro todos serán escritos (Sal. CXXXVIII, 16). Nuestra imperfección no nos será del todo nociva, si, estando en el camino de Dios, no miramos hacia lo pasado, y nos apresuramos a pasar lo que queda. Pues quien dignamente inflama los deseos de los imperfectos, estos en algún momento los fortalece hacia la perfección, por nuestro Señor Jesucristo, quien con Él vive y reina en la unidad del Espíritu Santo Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXV.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Juan, que se llama Constantiniana, el jueves de Pascua.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN XX, 11-18:

En aquel tiempo, María estaba fuera del sepulcro llorando. Mientras lloraba, se inclinó y miró dentro del sepulcro; y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Ellos le dicen: Mujer, ¿por qué lloras? Ella les dice: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. Al decir esto, se volvió y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el jardinero, le dice: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dice: María. Ella, volviéndose, le dice: Rabboni, que significa maestro. Jesús le dice: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre. Pero ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios. María Magdalena fue y anunció a los discípulos: He visto al Señor, y me ha dicho estas cosas.

1544 1. María Magdalena, que había sido pecadora en la ciudad, amando la verdad, lavó con lágrimas las manchas del crimen: y se cumple la voz de la Verdad, que dice: Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho (Luc. VII, 47). Pues la que antes había permanecido fría pecando, después ardía intensamente amando. Porque después de que llegó al sepulcro y no encontró allí el cuerpo del Señor, creyó que lo habían llevado, y lo anunció a los discípulos. Ellos, al llegar, 1545 vieron y creyeron que era como la mujer había dicho. Y de ellos se escribió inmediatamente: Entonces los discípulos volvieron a sus casas. Y luego se añade: Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro (Juan XX, 10). En esto se debe considerar cuánta fuerza de amor había encendido la mente de esta mujer, que no se apartaba del sepulcro del Señor, incluso cuando los discípulos se retiraban. Buscaba a quien no había encontrado, lloraba buscando, y encendida por el fuego de su amor, 1546 ardía en deseo de aquel que creía que había sido llevado. Por lo cual sucedió que ella sola lo vio entonces, porque permaneció para buscarlo, ya que ciertamente la virtud de la buena obra es la perseverancia, y la voz de la Verdad dice: Pero el que persevere hasta el fin, ese será salvo (Mat. X, 22; XXIV, 13). Y por mandato de la ley se ordena ofrecer en sacrificio la cola de la víctima (Lev. III, 9). En la cola, ciertamente, está el fin del cuerpo; y aquel que bien inmola, lleva el sacrificio de la buena obra hasta el fin de la acción debida. De aquí que se describe que José entre sus hermanos tenía una túnica talar (Gén. XXXVII, 3). La túnica, ciertamente, hasta el talón es la obra buena hasta la consumación.

2. Pero María, mientras lloraba, se inclinó y miró dentro del sepulcro. Ciertamente ya había visto el sepulcro vacío, ya había anunciado que el Señor había sido llevado; ¿qué es lo que la hace inclinarse de nuevo, desear ver de nuevo? Pero a quien ama no le basta con haber mirado una vez, porque la fuerza del amor multiplica la intención de la búsqueda. Buscó entonces primero, y no encontró; perseveró en buscar, por lo cual sucedió que encontró, y se hizo que los deseos dilatados crecieran, y creciendo captaran lo que habían encontrado. De aquí es que la Iglesia dice del mismo esposo en el Cantar de los Cantares: En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma; lo busqué, y no lo encontré. Me levantaré y recorreré la ciudad, por las calles y plazas buscaré al que ama mi alma (Cant. III, 1). La cual también repite la falta de hallazgo, diciendo: Lo busqué, y no lo encontré (Ibid.). Pero porque la búsqueda no se detiene, la invención no se alarga, añade: Me encontraron los guardias que custodian la ciudad. ¿Habéis visto al que ama mi alma? Apenas los había pasado, encontré al que ama mi alma (Ibid., 3, 4). Pues buscamos al amado en el lecho, cuando en el pequeño descanso de la vida presente suspiramos por el deseo de nuestro Redentor. Lo buscamos por la noche, porque aunque ya la mente vela en él, sin embargo, el ojo aún se oscurece. Pero quien no encuentra a su amado, le queda levantarse y recorrer la ciudad, es decir, la santa Iglesia de los elegidos, con la mente y la búsqueda; buscarlo por las calles y plazas, es decir, mirar a los que caminan por lo estrecho y lo ancho, para ver si puede encontrar sus huellas en ellos, porque hay algunos, incluso de la vida secular, que tienen algo que imitar de la acción de la virtud. Pero los guardias nos encuentran buscando, los que custodian la ciudad, porque los santos padres, que custodian el estado de la Iglesia, se encuentran con nuestros buenos esfuerzos, para enseñarnos con su palabra o con su escrito. A quienes, cuando los pasamos un poco, encontramos al que amamos, porque nuestro Redentor, aunque por humildad fue hombre entre los hombres, por divinidad fue sobre los hombres. Por lo tanto, cuando se pasan los guardias, se encuentra al amado, porque cuando vemos que los profetas y apóstoles están por debajo de él, consideramos que aquel que es Dios por naturaleza está sobre los hombres. Primero, pues, se busca al que no se ha de encontrar, para que después, encontrado, se retenga más estrechamente. Pues los santos deseos, como dijimos antes, crecen con la dilación. Si, sin embargo, se debilitan con la dilación, no fueron deseos. Este amor ardió en

quienquiera que pudo alcanzar la verdad. De aquí que David dice: Mi alma tiene sed de Dios vivo, ¿cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? (Sal. XLI, 3). De aquí nos advierte, diciendo: Buscad siempre su rostro (Sal. CIV, 4). De aquí el profeta dice: Mi alma te ha deseado en la noche, y con mi espíritu dentro de mí te buscaré de mañana (Isa. XXVI, 9). De aquí nuevamente la Iglesia en el Cantar de los Cantares dice: Estoy herida de amor (Cant. IV, 9). Es justo que, por la visión del médico, alcance la salud, quien lleva en el pecho la herida del amor por el ardor de su deseo. De aquí dice de nuevo: Mi alma se ha derretido cuando el amado habló (Ibid., V, 6). Pues la mente del hombre que no busca la apariencia de su creador es malamente dura, porque permanece fría en sí misma. Pero si ya comienza a arder por el deseo de seguir al que ama, derretida por el fuego del amor, corre. Se angustia por el deseo, todo lo que antes le agradaba en el mundo se vuelve vil, nada fuera del creador le agrada, y lo que antes deleitaba su alma, se vuelve después muy oneroso. Nada consuela su tristeza, hasta que aún no ve al que desea. La mente se aflige, la misma luz es fastidiosa; y con tal fuego en la mente se derrite la herrumbre de la culpa, y el alma encendida, como el oro, porque por el uso perdió su apariencia, por el incendio resplandece.

3. Así pues, veamos con qué fruto la fuerza del amor en ella redobla la obra de la búsqueda, en esta que ama tanto, que se inclina de nuevo al sepulcro que había observado. Sigue: Vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. ¿Qué significa que en el lugar del cuerpo del Señor se vean dos ángeles, uno sentado a la cabecera y otro a los pies, sino que en lengua latina ángel se dice mensajero, y aquel que debía ser anunciado por su pasión, es Dios antes de los siglos, y hombre al final de los siglos? Casi a la cabecera se sienta el ángel, cuando por el apóstol Juan se predica que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Y casi a los pies se sienta el ángel, cuando dice: El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Ibid., 14). También podemos reconocer en los dos ángeles los dos Testamentos, uno primero y otro siguiente. Estos ángeles, por el lugar del cuerpo del Señor, están unidos entre sí, porque ciertamente ambos Testamentos, al anunciar con igual sentido que el Señor se encarnó, murió y resucitó, como el Testamento primero se sienta a la cabecera, y el Testamento posterior a los pies. Por lo cual también los dos querubines que cubren el propiciatorio se miran entre sí con los rostros vueltos hacia el propiciatorio (Éxodo XXV, 20). Pues querubín se dice plenitud de ciencia. ¿Y qué se significa por los dos querubines sino ambos Testamentos? ¿Y qué se figura por el propiciatorio sino el Señor encarnado? De quien Juan dice: Él es la propiciación por nuestros pecados (I Juan II, 2). Y mientras el Testamento Antiguo anuncia que se debe hacer lo que el Testamento Nuevo clama que se ha hecho del Señor, como si ambos querubines se miraran entre sí, mientras vuelven los rostros hacia el propiciatorio, porque al ver al Señor encarnado puesto entre ellos, no se apartan de su vista, que narran concordemente el misterio de su dispensación.

4. Los ángeles preguntan a María, diciendo: Mujer, 1548 ¿por qué lloras? Y ella les dice: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. Pues las mismas sagradas escrituras, que en nosotros excitan las lágrimas de amor, consuelan esas mismas lágrimas, mientras nos prometen la apariencia de nuestro Redentor. Pero es de notar según la historia que la mujer no dice: Se han llevado el cuerpo de mi Señor, sino, Se han llevado a mi Señor. Pues el uso de la sagrada escritura es que a veces por la parte se signifique el todo, y a veces por el todo se signifique la parte. Por la parte, en efecto, se significa el todo, como está escrito de los hijos de Jacob: Porque Jacob descendió a Egipto con setenta almas (Gén. XLVI, 27). Pues no descendieron a Egipto almas sin cuerpos; pero por el alma sola se significa todo el hombre, porque por la parte se expresa el todo. Y solo el cuerpo del Señor yacía en el sepulcro, y María no buscaba el cuerpo del Señor, sino al Señor llevado, designando por el

todo la parte. Esto cuando hubo dicho, se volvió hacia atrás, vio a Jesús de pie, y no sabía que era Jesús. Es de notar que María, que aún dudaba de la resurrección del Señor, se volvió hacia atrás para ver a Jesús, porque ciertamente por esa misma duda suya como que había vuelto la espalda al rostro del Señor, a quien no creía resucitado. Pero porque amaba y dudaba, veía y no reconocía, y el amor se lo mostraba, y la duda se lo ocultaba. Su ignorancia aún se expresa cuando se añade: Y no sabía que era Jesús. Quien le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Se pregunta la causa del dolor, para aumentar el deseo, de modo que al nombrar a quien buscaba, ardiera más intensamente en su amor. Ella, pensando que era el hortelano, le dice: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Quizás esta mujer no erró al errar, al creer que Jesús era el hortelano. ¿No era espiritualmente hortelano para ella, quien en su pecho plantaba las semillas verdes de las virtudes por su amor?

5. Pero ¿qué es lo que, al verlo a él, a quien creía hortelano, a quien aún no le había dicho a quién buscaba, dice: Señor, si tú lo has llevado? Pues como si ya hubiera dicho de quién era el deseo por el que lloraba, dice a quien no había dicho. Pero la fuerza del amor suele hacer esto en el alma, que a quien siempre piensa, no cree que nadie más lo ignore. Correctamente también esta mujer no dice a quien busca, y sin embargo dice: Si tú lo has llevado, porque no cree que sea desconocido para otro, a quien ella así continuamente llora con deseo. Jesús le dice: María. Después de que la llamó con el vocablo común de su sexo, y no fue reconocido, la llama por su nombre. Como si le dijera abiertamente: Reconoce a aquel por quien eres reconocida. Al hombre perfecto también se le dice: Te conozco por tu nombre (Éxodo XXXIII, 12), porque hombre es el vocablo común de todos nosotros, pero Moisés es el propio, a quien correctamente se le dice que es conocido por su nombre, como si el Señor le dijera abiertamente: No te conozco en general como a los demás, sino que te conozco especialmente. María, pues, porque es llamada por su nombre, reconoce al autor, y enseguida lo llama rabboni, es decir, maestro, porque él era quien se buscaba exteriormente, y él quien la enseñaba interiormente a buscarlo. Ahora bien, el evangelista no añade qué hizo la mujer, pero se insinúa por lo que oyó. A quien se le dice: No me toques; porque aún no he subido a mi Padre. En estas palabras se muestra que María quiso abrazar sus pies, a quien reconoció. Pero el maestro le dice: No me toques. No porque después de la resurrección el Señor rehuyera el contacto de las mujeres, pues de dos que vinieron a su sepulcro está escrito: Se acercaron y abrazaron sus pies (Mat. XXVIII, 9).

6. Pero la razón por la que no debe ser tocado también se añade cuando se subraya: Porque aún no he subido a mi Padre. Pues en nuestro corazón Jesús sube al Padre, cuando se le cree igual al Padre. Porque quien no cree que él es igual al Padre, aún en su pecho el Señor no ha subido al Padre. Por lo tanto, aquel que verdaderamente toca a Jesús, es quien cree que el Hijo es coeterno al Padre. Pues en el corazón de Pablo ya había subido Jesús al Padre, cuando el mismo Pablo decía: Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filip. II, 6). Por lo cual también Juan tocó a nuestro Redentor con la mano de la fe, quien dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas (Juan I, 1, 2). Por lo tanto, toca al Señor quien lo cree igual al Padre en la eternidad de la sustancia. Pero tal vez alguien se ve impulsado por una pregunta tácita sobre cómo el Hijo puede ser igual al Padre. En lo cual la naturaleza humana, lo que no puede comprender admirando, le queda saber que es creíble por otra admiración. Pues tiene lo que brevemente puede responderse a sí mismo. Pues es evidente que él creó a la madre en cuyo vientre virginal sería creado de la humanidad. ¿Qué, pues, es de extrañar si es igual al Padre, quien es anterior a la madre? También aprendemos por el testimonio de Pablo, Cristo, poder de Dios y

sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Por lo tanto, quien piensa que el Hijo es menor, especialmente deshonra al Padre, cuya sabiduría confiesa que es desigual a él. Pues ¿qué hombre poderoso soportaría con ecuanimidad si alguien le dijera: Eres grande, pero sin embargo tu sabiduría es menor que tú? El mismo Señor dice: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). Y nuevamente dice: El Padre es mayor que yo (Ibid., XIV, 28). De quien también está escrito, porque estaba sujeto a sus padres (Luc. II, 51). ¿Qué, pues, es de extrañar si por su humanidad se afirma que es menor que el Padre en el cielo, por la cual estaba sujeto también a sus padres en la tierra? Por cuya humanidad ahora se dice a María: Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios. Cuando dice mío y vuestro, ¿por qué no dice nuestro en común? Pero hablando distintamente indica que tiene al mismo Padre y Dios de manera diferente a como lo tenemos nosotros. Subo a mi Padre, ciertamente por naturaleza: Y vuestro Padre, por gracia. A mi Dios, porque descendí; a vuestro Dios, porque ascenderéis. Porque también yo soy hombre, Dios es para mí; porque vosotros, liberados del error, Dios es para vosotros. Distintamente, pues, es mi Padre y Dios, porque a quien antes de los siglos engendró Dios, en el fin de los siglos me creó hombre conmigo. Vino María Magdalena anunciando a los discípulos que he visto al Señor, y que me ha dicho estas cosas. He aquí que la culpa del género humano se corta allí de donde procedió. Porque en el paraíso la mujer ofreció la muerte al hombre (Gén. III, 7), desde el sepulcro la mujer anuncia la vida a los hombres; y narra las palabras de su vivificador, 1550 que había narrado las palabras del serpiente mortal. Como si el Señor dijera al género humano no con palabras, sino con hechos: De la mano de quien os fue dado el cáliz de la muerte, de la misma recibid el cáliz de la vida.

7. Hemos pasado brevemente sobre la exposición de la lectura evangélica; ahora, con la ayuda del mismo Señor de quien hablamos, consideremos también la gloria de su resurrección y las entrañas de su piedad. Pues quiso resucitar pronto de la muerte, para que nuestra alma no permaneciera mucho tiempo en la muerte de la incredulidad. Por lo cual también se dice bien por el salmista: Beberá del torrente en el camino, por eso levantará la cabeza (Sal. CIX, 7). Pues en el género humano desde el principio del mundo había fluido el torrente de la muerte: pero del torrente el Señor bebió en el camino, porque gustó la muerte en el tránsito. Y por eso levantó la cabeza, porque lo que al morir puso en el sepulcro, al resucitar lo elevó sobre los ángeles; y desde allí golpeó al antiguo enemigo para siempre, de donde permitió temporalmente que las manos de los perseguidores se ensañaran contra él. Lo que el Señor indica claramente al bienaventurado Job, diciendo: ¿Acaso atraparás a Leviatán con un anzuelo? (Job XL, 19, 20).

8. Pues por Leviatán, que se dice el añadido de ellos, se designa a ese cetáceo devorador del género humano. Quien, mientras prometía añadir divinidad al hombre, le quitó la inmortalidad. Quien también multiplica la culpa de la transgresión, que propinó al primer hombre, mientras con pésima persuasión la multiplica en los que lo siguen, acumulando para ellos penas sin cesar. En el anzuelo, sin embargo, se muestra el cebo, se oculta el aguijón. Por lo tanto, el Padre omnipotente lo atrapó con un anzuelo, porque envió a la muerte a su Hijo unigénito encarnado, en quien podía verse la carne pasible, y no podía verse la divinidad impasible. Y cuando en él este serpiente mordió el cebo del cuerpo por las manos de los perseguidores, el aguijón de la divinidad lo perforó. Antes, en verdad, lo había conocido como Dios en los milagros, pero cayó de su conocimiento a la duda, cuando lo vio pasible. Casi el anzuelo, pues, retuvo las fauces del que devora, cuando en él se mostró el cebo de la carne, que el devorador apeteciera; y la divinidad se ocultó en el tiempo de la pasión, que lo matara. En su anzuelo fue capturado, porque en él había humanidad, que atrajera al devorador hacia sí; allí divinidad, que lo perforara; allí debilidad abierta, que lo provocara; allí virtud

oculta, que perforara la garganta del raptor. En el anzuelo, pues, fue capturado, porque fue herido desde donde mordió. Y perdió a los mortales que justamente tenía, porque presumió apeteer con muerte al inmortal en quien no tenía derecho.

9. De aquí también que esta misma María de la que hablamos vive, porque aquel que no debía nada a la muerte murió por el género humano. De aquí que nosotros cada día volvemos a la vida después de las culpas, porque el Creador sin culpa descendió a nuestra pena. He aquí que el antiguo enemigo ha perdido el botín que había comenzado a tomar del género humano, ha perdido la victoria de su engaño. Cada día los pecadores vuelven a la vida, cada día son arrebatados de sus fauces por la mano del Redentor. Por eso también se dice bien al bienaventurado Job con voz del Señor: ¿O perforarás con un anillo su quijada? (Job 40, 21). El anillo, donde se coloca, constriñe rodeando. ¿Qué se designa, pues, por el anillo, sino la misericordia divina que nos envuelve? La cual perfora la quijada de este Leviatán, mientras nos muestra aún el remedio de la penitencia después de haber cometido lo que prohibió. El Señor perfora la quijada del Leviatán con el anillo, porque con la inefable potencia de su misericordia se opone de tal manera a la malicia del antiguo enemigo, que a veces incluso pierde a aquellos que ya había comenzado a tomar. Y como si cayeran de su boca, aquellos que después de haber cometido culpas vuelven a la inocencia. ¿Quién, pues, una vez arrebatado por su boca, escaparía de su quijada si no estuviera perforada? ¿Acaso no tenía a Pedro en su boca cuando negó? (Mat. 26, 76, ss.). ¿Acaso no tenía a David en su boca cuando se sumergió en tal abismo de lujuria? (2 Sam. 12, 4). Pero mientras ambos volvieron a la vida por la penitencia, este Leviatán los perdió de alguna manera como por el agujero de su quijada. Por el agujero de la quijada, pues, fueron sustraídos de su boca aquellos que después de perpetrar tanta maldad volvieron arrepentidos. ¿Quién de los hombres, sin embargo, escapa de la boca de este Leviatán, para no cometer nada ilícito? Pero de aquí conocemos cuánto le debemos al Redentor del género humano, quien no solo nos prohibió ir a la boca del Leviatán, sino que también nos permitió regresar de su boca. No quitó la esperanza al pecador, porque perforó su quijada para otorgar el camino de escape, para que al menos después de la mordida huya quien antes, imprudente, no quiso evitar ser mordido. Por todas partes, pues, nos asiste la medicina celestial, porque dio al hombre preceptos para que no peque, y sin embargo, al pecador le dio remedios para que no desespere. Por lo tanto, hay que tener sumo cuidado de que nadie sea arrebatado por la boca de este Leviatán por la delectación del pecado; y sin embargo, si ha sido arrebatado, que no desespere, porque si lamenta perfectamente su pecado, aún encuentra un agujero en su quijada por el cual escapar.

10. Está presente como testigo de la divina misericordia esta misma María de la que hablamos, de la cual el fariseo, queriendo obstruir la fuente de piedad, decía: Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora (Luc. 7, 39). Pero lavó con lágrimas las manchas de su corazón y cuerpo, y tocó las huellas de su Redentor, quien abandonó sus caminos torcidos. Se sentaba a los pies de Jesús y escuchaba la palabra de su boca. Se había adherido al viviente, buscaba al muerto. Encontró al viviente, a quien buscaba muerto. Y halló tal lugar de gracia ante él, que incluso a los mismos apóstoles, sus mensajeros, ella misma lo anunció. ¿Qué, pues, hermanos, debemos ver en este asunto, sino la inmensa misericordia de nuestro Creador, quien nos puso como ejemplo de penitencia a aquellos que hizo vivir después de la caída por la penitencia? Considero a Pedro, observo al ladrón, miro a Zaqueo, contemplo a María y no veo en ellos otra cosa que ejemplos de esperanza y penitencia puestos ante nuestros ojos. Quizás alguien ha caído en la fe; que mire a Pedro, quien lloró amargamente por haber negado con temor (Mat. 26, 75). Otro ha ardido en malicia y crueldad contra su prójimo; que mire al ladrón, quien incluso en el mismo momento de la muerte alcanzó las recompensas de la vida por su arrepentimiento (Luc. 23,

43). Otro, jadeando por los ardores de la avaricia, ha despojado a otros de lo suyo; que mire a Zaqueo, quien si quitó algo a alguien, lo devolvió cuadruplicado (Luc. 19, 8). Otro, encendido por el fuego de la lujuria, ha perdido la pureza de la carne; que mire a María, quien en sí misma extinguió el amor de la carne con el fuego del amor divino. He aquí que Dios omnipotente en todas partes pone ante nuestros ojos a quienes debemos imitar, en todas partes opone ejemplos de su misericordia. Que los males ya nos desagraden, al menos los experimentados. Dios omnipotente olvida de buen grado que fuimos nocivos, está dispuesto a considerar nuestra penitencia como inocencia. Manchados después de las aguas de la salvación, renazcamos de las lágrimas. Por lo tanto, según la voz del primer Pastor, como niños recién nacidos, anhelan la leche (1 Ped. 2, 2). Regresen, pequeños hijos, al seno de su madre, la sabiduría eterna; succionen los abundantes pechos de la piedad de Dios; lamenten lo pasado, eviten lo inminente. Nuestro Redentor consolará nuestros llantos momentáneos con gozo eterno, quien vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXVI.

Pronunciada al pueblo en la basílica del beato Juan, llamada Constantiniana, en la octava de Pascua.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 20, 19-31.

En aquel tiempo, al atardecer de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas donde los discípulos se encontraban reunidos por miedo a los judíos, vino Jesús y se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros. Y dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor. Entonces les dijo de nuevo: Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así también yo os envío. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados, y a quienes se los retengáis, les son retenidos. Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Pero él les dijo: Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y no meto mi dedo en el lugar de los clavos, y no meto mi mano en su costado, no creeré. Ocho días después, estaban de nuevo sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio, y dijo: Paz a vosotros. Luego dice a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y trae tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Tomás respondió y le dijo: Señor mío y Dios mío. Jesús le dice: Porque me has visto, Tomás, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron. Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Pero estas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

1. La primera cuestión de esta lectura evangélica golpea el ánimo, ¿cómo después de la resurrección el cuerpo del Señor fue verdadero, si pudo entrar a los discípulos con las puertas cerradas? Pero debemos saber que si la operación divina se comprende por la razón, no es admirable; ni la fe tiene mérito si la razón humana proporciona la experiencia. Pero estas mismas obras de nuestro Redentor, que de por sí no pueden ser comprendidas, deben ser ponderadas por otra de sus operaciones, para que hechos más admirables den fe a cosas maravillosas. Pues aquel cuerpo del Señor entró a los discípulos con las puertas cerradas, el cual, por su nacimiento, salió del vientre cerrado de la Virgen a los ojos humanos. ¿Qué, pues, es de extrañar si con las puertas cerradas entró después de su resurrección, ya para vivir eternamente, quien viniendo a morir salió del vientre de la Virgen sin abrirlo? Pero como la

fe de los que miraban dudaba de aquel cuerpo que podía ser visto, les mostró inmediatamente las manos y el costado; ofreció la carne para ser palpada, la cual introdujo con las puertas cerradas. En esto mostró dos cosas admirables y muy contrarias según la razón humana, al demostrar después de su resurrección que su cuerpo era incorruptible y, sin embargo, palpable. Pues es necesario que lo que se palpa se corrompa, y no puede ser palpado lo que no se corrompe. Pero de manera maravillosa e inestimable, nuestro Redentor mostró su cuerpo después de la resurrección como incorruptible y palpable, para que al mostrarlo incorruptible invitara al premio, y al ofrecerlo palpable, confirmara la fe. Y así demostró ser incorruptible y palpable, para mostrar que su cuerpo después de la resurrección era de la misma naturaleza, pero de otra gloria.

2. Les dijo: Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así también yo os envío. Es decir, como el Padre me envió a mí, Dios, así yo os envío a vosotros, hombres. El Padre envió al Hijo, quien dispuso que se encarnara para la redención del género humano. Quiso que viniera al mundo para la pasión, pero amó al Hijo a quien envió a la pasión. El Señor envía a los apóstoles elegidos no a los gozos del mundo, sino, como él mismo fue enviado, a las pasiones en el mundo. Porque así como el Hijo es amado por el Padre y, sin embargo, es enviado a la pasión, así también los discípulos son amados por el Señor, quienes, sin embargo, son enviados a la pasión en el mundo. Por lo tanto, se dice: Como el Padre me envió, así también yo os envío, es decir, os amo con la misma caridad con la que el Padre me ama, a quien hizo venir a soportar pasiones. Aunque también puede entenderse que ser enviado se refiere a la naturaleza de la divinidad. Pues el Hijo es dicho ser enviado por el Padre en cuanto es engendrado por él. Porque el mismo Hijo también dice que envía al Espíritu Santo, quien, aunque es coigual al Padre y al Hijo, no se encarnó, diciendo: Cuando venga el Paráclito, a quien yo os enviaré del Padre (Juan 15, 26). Si ser enviado solo debiera entenderse como encarnarse, el Espíritu Santo de ninguna manera sería dicho ser enviado, ya que no se encarnó. Pero su envío es el mismo proceso por el cual procede del Padre y del Hijo. Así como el Espíritu es dicho ser enviado porque procede, así también el Hijo no incongruentemente es dicho ser enviado porque es engendrado.

3. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Debemos preguntarnos por qué nuestro Señor dio el Espíritu Santo una vez estando en la tierra y otra vez presidiendo en el cielo. Pues en ningún otro lugar se muestra claramente que el Espíritu Santo fue dado (Hechos 2, 1 ss.), sino ahora cuando se recibe por insuflación, y después cuando, viniendo del cielo, se muestra en lenguas diversas. ¿Por qué, pues, primero se da el Espíritu en la tierra a los discípulos, y después se envía del cielo, sino porque hay dos preceptos de la caridad, a saber, el amor de Dios y el amor al prójimo? Se da el Espíritu en la tierra para que se ame al prójimo; se da el Espíritu del cielo para que se ame a Dios. Así como hay una sola caridad y dos preceptos, así hay un solo Espíritu y dos dones. Primero se da por el Señor que está en la tierra, después del cielo, porque en el amor al prójimo se aprende cómo llegar al amor de Dios. Por eso el mismo Juan dice: Quien no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve? (1 Juan 4, 20). Y antes, en verdad, el mismo Espíritu Santo estaba en las mentes de los discípulos para la fe, pero no fue dado manifiestamente sino después de la resurrección. Por eso está escrito: Aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan 7, 39). Por eso también se dice por Moisés: Chuparon miel de la roca, y aceite de la dura roca (Deut. 32, 13). Pues no se lee nada tal según la historia, si se revisa toda la serie del Antiguo Testamento. En ninguna parte chupó aquel pueblo miel de la roca, ni aceite. Pero porque según la voz de Pablo: La roca era Cristo (1 Cor. 10, 4), chuparon miel de la roca, quienes vieron las obras y milagros de nuestro Redentor. Chuparon aceite de la dura roca, porque merecieron ser ungidos con la efusión del Espíritu Santo después de su

resurrección. Así, pues, la roca débil dio miel, cuando el Señor aún mortal mostró a los discípulos la dulzura de sus milagros. Pero la roca firme derramó aceite, porque, hecho ya impasible después de su resurrección, emanó el don de la santa unción por la insuflación del espíritu.

4. De este aceite se dice por el profeta: El yugo se pudrirá a causa del aceite (Isaías 10, 27). Pues estábamos bajo el yugo de la dominación demoníaca, pero fuimos ungidos con el aceite del Espíritu Santo. Y porque la gracia de la libertad nos ungió, el yugo de la dominación demoníaca se pudrió, atestiguando Pablo, quien dice: Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (2 Cor. 3, 17). Debe saberse, sin embargo, que aquellos que primero tuvieron el Espíritu Santo, para que vivieran inocentemente y beneficiaran a algunos en la predicación, por eso lo recibieron abiertamente después de la resurrección del Señor, para que pudieran beneficiar no a pocos, sino a muchos. Por eso en esta misma donación del Espíritu se dice: A quienes perdonéis los pecados, les son perdonados, y a quienes se los retengáis, les son retenidos. Es grato contemplar a aquellos discípulos, llamados a tan grandes cargas de humildad, a qué cumbre de gloria han sido llevados. He aquí que no solo se vuelven seguros de sí mismos, sino que también reciben el poder de liberar la obligación ajena; y obtienen el principado del juicio supremo, para que en lugar de Dios retengan o liberen los pecados de algunos. Así, así convenía que Dios los elevara, quienes tanto consintieron en humillarse por Dios. He aquí que quienes temen el juicio estricto de Dios se convierten en jueces de las almas; y condenan o liberan a otros, quienes temían ser condenados ellos mismos.

5. De estos, en verdad, ahora en la Iglesia los obispos ocupan el lugar. Reciben la autoridad de atar y desatar, quienes obtienen el grado de gobierno. Gran honor, pero grave es el peso de este honor. Pues es duro que quien no sabe mantener el control de su propia vida se convierta en juez de la vida ajena. Y a menudo sucede que ocupa el lugar del juicio quien de ninguna manera concuerda con el lugar en su vida. Y a menudo sucede que condena a los inocentes, o desata a otros estando él mismo atado. A menudo sucede que en desatar y atar a los súbditos sigue el impulso de su voluntad, y no el mérito de las causas. Por lo cual, se priva de la misma potestad de atar y desatar, quien la ejerce por sus voluntades y no por los méritos de los súbditos. A menudo sucede que el Pastor se mueve por odio o gracia hacia cualquier prójimo: no pueden juzgar dignamente a los súbditos, quienes en las causas de los súbditos siguen sus odios o gracias. Por eso se dice rectamente por el profeta: Mataban las almas que no mueren; y vivificaban las almas que no viven (Ezequiel 13, 19). Pues mata al que no muere, quien condena al justo. Y trata de vivificar al que no vivirá, quien intenta absolver al culpable del castigo.

6. Por lo tanto, deben ponderarse las causas, y entonces debe ejercerse la potestad de atar y desatar. Debe verse qué culpa precedió, o qué penitencia siguió después de la culpa, para que aquellos a quienes el Dios omnipotente visita con la gracia de la compunción, sean absueltos por la sentencia del pastor. Entonces, en verdad, es verdadera la absolución del que preside, cuando sigue el juicio del juez interno. Lo cual bien lo significa aquella resurrección del muerto de cuatro días, que muestra que primero el Señor llamó y vivificó al muerto, diciendo: Lázaro, ven fuera (Juan 11, 43); y después aquel que había salido vivo fue desatado por los discípulos, como está escrito: Y cuando salió el que había estado atado con vendas, entonces dijo a los discípulos: Desatadlo, y dejadlo ir (Juan 11, 45). He aquí que los discípulos desatan ya vivo a aquel que el maestro había resucitado muerto. Pues si los discípulos desataran a Lázaro muerto, mostrarían más bien el hedor que la virtud. De esta consideración se debe entender que debemos desatar por la autoridad pastoral a aquellos que conocemos que nuestro autor vivifica por la gracia resucitadora. La vivificación, en verdad, se conoce antes de la operación de la rectitud en la misma confesión del pecado. Por eso a este mismo Lázaro

muerto no se le dice Revive, sino Ven fuera. Pues todo pecador mientras oculta su culpa dentro de su conciencia, se esconde internamente, se oculta en sus recintos. Pero el muerto viene fuera, cuando el pecador confiesa voluntariamente sus maldades. A Lázaro, pues, se le dice Ven fuera. Como si claramente se dijera a cualquier muerto en culpa: ¿Por qué escondes tu culpa dentro de tu conciencia? Sal ya fuera por la confesión, quien te ocultas interiormente por la negación. Que venga, pues, fuera el muerto, es decir, que el pecador confiese su culpa. Y a quien viene fuera, que lo desaten los discípulos, para que los pastores de la Iglesia le quiten la pena que mereció quien no se avergonzó de confesar lo que hizo. Esto he dicho brevemente sobre el orden de la absolución, para que los pastores de la Iglesia estudien con gran moderación tanto desatar como atar. Pero si el pastor ata injustamente o justamente, la sentencia del pastor debe ser temida por el rebaño, no sea que quien está sujeto, y aunque injustamente quizás es atado, merezca la misma sentencia de su obligación por otra culpa. Por lo tanto, el pastor debe temer tanto desatar indiscretamente como atar. Y quien está bajo la mano del pastor, debe temer ser atado incluso injustamente; no debe reprobar temerariamente el juicio de su pastor, no sea que, aunque injustamente atado, por la misma soberbia de la reprochación altiva se convierta en culpa lo que no era. Pero como hemos dicho esto brevemente por exceso, volvamos al orden de la exposición.

7. Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimos, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Este discípulo faltó, y al regresar escuchó lo que había sucedido, pero se negó a creer lo que oyó. El Señor vino de nuevo y ofreció su costado para que el discípulo incrédulo lo tocara, mostró sus manos y, al mostrar las cicatrices de sus heridas, sanó la herida de su incredulidad. ¿Qué, hermanos amadísimos, observáis en estos hechos? ¿Creéis que fue por casualidad que aquel discípulo elegido no estuviera presente, y que luego, al llegar, escuchara, dudara al oír, tocara al dudar, y creyera al tocar? No fue por casualidad, sino por disposición divina. La clemencia celestial actuó de manera maravillosa para que aquel discípulo dudoso, al tocar las heridas de la carne de su maestro, sanara en nosotros las heridas de la incredulidad. En efecto, la incredulidad de Tomás nos benefició más para la fe que la fe de los discípulos creyentes, porque mientras él fue llevado a la fe al tocar, nuestra mente, dejando de lado toda duda, se fortalece en la fe. Así, el Señor permitió que el discípulo dudara después de su resurrección, pero no lo abandonó en su duda, de la misma manera que antes de su nacimiento quiso que María tuviera un esposo, quien, sin embargo, no llegó a consumar el matrimonio. Así, el discípulo dudoso y tocante se convirtió en testigo de la verdadera resurrección, como el esposo de su madre fue guardián de su integrisima virginidad.

8. Tocó, y exclamó: "¡Señor mío y Dios mío!" Jesús le dijo: "Porque me has visto, Tomás, has creído." Cuando el apóstol Pablo dice: "La fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la prueba de las cosas que no se ven" (Hebreos 11, 1), claramente se entiende que la fe es la prueba de aquellas cosas que no pueden verse. Porque lo que se ve ya no requiere fe, sino reconocimiento. Entonces, ¿por qué se le dice a Tomás: "Porque me has visto, has creído"? Pero vio una cosa y creyó otra. La divinidad no pudo ser vista por un hombre mortal. Vio al hombre y confesó a Dios, diciendo: "¡Señor mío y Dios mío!" Así que creyó al ver, considerando al verdadero hombre, y exclamó que era Dios, a quien no podía ver.

9. Es muy alentador lo que sigue: "Bienaventurados los que no vieron y creyeron." En esta sentencia, sin duda, estamos especialmente señalados nosotros, que retenemos en la mente a aquel a quien no hemos visto en la carne. Estamos señalados, pero solo si seguimos nuestra fe con obras. Porque verdaderamente cree aquel que practica lo que cree. En cambio, de aquellos que retienen la fe solo de nombre, Pablo dice: "Profesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan" (Tito 1, 16). De aquí que Santiago diga: "La fe sin obras está muerta"

(Santiago 2, 26). Y el Señor dice a Job sobre el antiguo enemigo del género humano: "Absorberá el río y no se maravillará, y tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca" (Job 40, 18). ¿Quién está designado por el río, sino el flujo del género humano? Este género, desde su origen hasta su fin, fluye, y, como el agua, corre hasta su término adecuado desde la sustancia de la carne. ¿Qué se significa por el Jordán, sino la forma de los bautizados? Porque en el río Jordán el autor de nuestra redención se dignó ser bautizado, y con razón se expresa con el nombre de Jordán la multitud de aquellos que están dentro del sacramento del bautismo. Así, el antiguo enemigo del género humano absorbió el río, porque desde el origen del mundo hasta la venida del Redentor, con pocos elegidos escapando, arrastró al género humano al vientre de su malicia. De él se dice con razón: "Absorberá el río y no se maravillará" (Ibid.), porque no considera gran cosa cuando arrebató a los infieles. Pero es muy grave lo que se añade: "Y tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca" (Ibid.), porque después de haber arrebatado a los infieles desde el origen del mundo, aún presume que puede recibir también a los fieles. Pues con la boca de su persuasión pestilente los devora diariamente, en quienes la vida reprochable está en desacuerdo con la confesión de fe.

10. Por tanto, hermanos amadísimos, temed esto con toda vuestra intención, meditadlo con mente solícita. He aquí que celebramos las solemnidades pascales; pero debemos vivir de tal manera que merezcamos llegar a las fiestas eternas. Todo lo que se celebra temporalmente pasa. Cuidaos, vosotros que participáis en estas solemnidades, de no ser separados de la solemnidad eterna. ¿De qué sirve participar en las fiestas de los hombres, si se llega a faltar en las fiestas de los ángeles? La solemnidad presente es la sombra de la solemnidad venidera. Por eso la celebramos anualmente, para ser llevados a aquella que no es anual, sino continua. Cuando esta se lleva a cabo en el tiempo establecido, nuestra memoria se refresca con el deseo de aquella. Por tanto, que la mente se encienda y arda con la frecuencia del gozo temporal hacia los gozos eternos, para que disfrute en la patria de la verdad de la alegría que medita en el camino de la sombra del gozo. Por tanto, hermanos, componed vuestra vida y costumbres. Preved cómo vendrá en el juicio aquel que resucitó manso de la muerte. Ciertamente, en el día del tremendo juicio aparecerá con sus ángeles, con los arcángeles, con los tronos, con las dominaciones, con los principados y potestades, con los cielos y la tierra ardiendo, y todos los elementos movidos en el terror de su obediencia. Poned, pues, ante vuestros ojos a este juez de tan gran pavor; temed su venida, para que cuando venga, lo veáis no con temor, sino con seguridad. Por tanto, debe ser temido, para que no se le tema. Que su terror nos ejercite en el uso de la buena obra, que su miedo refrene nuestra vida de la maldad. Creedme, hermanos, porque tanto más seguros estaremos entonces de su presencia, cuanto más ahora nos esforzamos en ser sospechosos de culpa.

11. Ciertamente, si alguno de vosotros tuviera que presentar su causa contra su adversario en mi juicio mañana, tal vez pasaría toda la noche sin dormir, pensando qué se le podría decir, qué respondería a las objeciones, con mente solícita y agitada, temiendo encontrarme severo, temiendo aparecer culpable ante mí. ¿Y quién soy yo? ¿O qué soy yo? Sin duda, no mucho después de ser un hombre, seré un gusano, y después del gusano, polvo. Si, por tanto, se teme tanto el juicio del polvo, ¿con qué intención debe pensarse, con qué temor preverse el juicio de tan gran majestad?

12. Pero como hay algunos que están inciertos sobre la resurrección de la carne, y esto lo enseñamos mejor si también respondemos a las preguntas ocultas de vuestros corazones: debemos hablar brevemente sobre la fe en la resurrección. Muchos dudan de la resurrección, como nosotros alguna vez lo hicimos, al ver que la carne se reduce a putrefacción y los huesos a polvo en las tumbas, desconfían de que la carne y los huesos puedan ser restaurados del polvo, y así, razonando entre sí, dicen: ¿Cuándo se restaurará el hombre del polvo?

¿Cuándo se hará que el polvo cobre vida? A estos les respondemos brevemente que es mucho menos para Dios reparar lo que fue que crear lo que no fue. ¿O qué maravilla es que restaure al hombre del polvo, quien creó todo de la nada? Es más maravilloso haber creado el cielo y la tierra de lo que no existía, que restaurar al hombre de la tierra. Pero se observa el polvo, y se desespera que pueda volver a ser carne, y se busca comprender la virtud de la operación divina casi por razón. Aquellos que dicen esto en sus pensamientos, lo hacen porque los milagros cotidianos de Dios se han vuelto vulgares por la asiduidad. Pues he aquí que en un grano de semilla muy pequeño está contenida toda la magnitud del árbol que nacerá. Pongamos ante nuestros ojos la maravillosa magnitud de cualquier árbol; pensemos de dónde comenzó al nacer, que al crecer llegó a tal magnitud. Sin duda encontramos su origen, una semilla muy pequeña. Consideremos ahora dónde en ese pequeño grano de semilla se esconde la fortaleza de la madera, la aspereza de la corteza, la magnitud del sabor y el olor, la abundancia de frutos, la verdor de las hojas. Pues el grano de semilla tocado no es fuerte; ¿de dónde, entonces, proviene la dureza de la madera? No es áspero, ¿de dónde brotó la aspereza de la corteza? No tiene sabor, ¿de dónde el sabor en los frutos? No huele a nada, ¿de dónde fragancia en los frutos? No muestra nada verde en sí, ¿de dónde salió la verdor de las hojas? Todo, por tanto, está oculto en la semilla, pero no todo sale de la semilla al mismo tiempo. De la semilla se produce la raíz, de la raíz brota el tallo, del tallo surge el fruto, en el fruto también se produce la semilla. Añadamos, pues, que la semilla está oculta en la semilla. ¿Qué, entonces, es de extrañar si restaura los huesos, los nervios, la carne y el cabello del polvo, quien diariamente restaura la madera, los frutos y las hojas en la gran magnitud del árbol de una pequeña semilla? Cuando, por tanto, el alma dudosa busca razón sobre el poder de la resurrección, deben presentársele cuestiones de aquellas cosas que se hacen incesantemente y, sin embargo, no pueden comprenderse por razón, para que, al no poder penetrar lo que ve por la visión de la cosa, crea lo que oye por la promesa del poder divino. Pensad, pues, hermanos amadísimos, en aquellas promesas que permanecen; y despreciad como ya pasadas aquellas que pasan con el tiempo. Apresuraos con toda intención hacia la gloria de esta resurrección que la Verdad mostró en sí misma. Huid de los deseos terrenales que separan del autor, porque tanto más alto llegaréis a la presencia del Dios omnipotente, cuanto más singularmente améis al Mediador entre Dios y los hombres. Quien vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXVII.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Pancracio mártir, en el día de su natalicio

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN XV, 12-16.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dé.

1560 1. Cuando todas las sagradas escrituras están llenas de mandamientos del Señor, ¿qué significa que el Señor diga sobre el amor, como si fuera un mandato singular: "Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros", sino que todo mandamiento se basa únicamente en el amor, y todos son un solo mandamiento, porque todo lo que se ordena se solidifica en el amor? Así como muchas ramas de un árbol surgen de una sola raíz, así muchas virtudes se

generan de un solo amor. Y ninguna rama de buena obra tiene algo de verdor si no permanece en la raíz del amor. Por tanto, los mandamientos del Señor son muchos y uno: muchos por la diversidad de la obra, uno en la raíz del amor. Pero, ¿cómo debe mantenerse este amor? Él mismo lo insinúa, quien en muchas sentencias de su Escritura ordena amar a los amigos en Él y a los enemigos por Él. Porque verdaderamente tiene amor aquel que ama al amigo en Dios y al enemigo por Dios. Pues hay algunos que aman a sus prójimos, pero por afecto de parentesco y carne, a quienes, sin embargo, las sagradas escrituras no contradicen en este amor. Pero una cosa es lo que se da espontáneamente a la naturaleza, otra lo que se debe a la obediencia de los mandamientos del Señor por amor. Estos ciertamente aman al prójimo, y sin embargo no alcanzan las sublimes recompensas del amor, porque no imparten su amor espiritualmente, sino carnalmente. Por tanto, cuando el Señor dice: "Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros", inmediatamente añade: "Como yo os he amado". Como si dijera abiertamente: Amad con el mismo propósito con el que yo os he amado.

2. En esto, hermanos amadísimos, es necesario observar con atención que el antiguo enemigo, al atraer nuestra mente hacia la delectación de las cosas temporales, excita contra nosotros a un prójimo más débil, que intenta quitar aquello mismo que amamos. Y el antiguo enemigo no se preocupa, al hacer esto, de quitar las cosas terrenales, sino de herir el amor en nosotros. Pues de repente nos encendemos en odio; y mientras deseamos ser invictos externamente, somos gravemente heridos internamente; mientras defendemos pequeñas cosas externamente, perdemos grandes cosas internamente, porque al amar una cosa temporal, perdemos el verdadero amor. Porque todo aquel que nos quita lo nuestro es un enemigo. Pero si comenzamos a odiar al enemigo, es dentro de nosotros donde perdemos. Por tanto, cuando sufrimos algo externamente de un prójimo, vigilemos contra el ladrón oculto internamente, quien nunca es mejor vencido que cuando se ama al ladrón exterior. Porque una y suprema es la prueba del amor, si se ama incluso al que se opone. De aquí que la misma Verdad soporta el patíbulo de la cruz, y sin embargo, extiende el afecto del amor a sus mismos perseguidores, diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23, 34). ¿Qué, entonces, es de extrañar si los discípulos aman a los enemigos mientras viven, cuando el maestro ama a los enemigos incluso cuando es asesinado? Expresa la suma de este amor cuando se añade: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos". El Señor vino incluso a morir por los enemigos, y sin embargo decía que pondría su vida por los amigos, para mostrarnos que, al poder hacer ganancia de los enemigos amando, incluso aquellos que persiguen son amigos.

3. Pero he aquí que nadie nos persigue hasta la muerte. ¿De dónde, entonces, podemos probar si amamos a los enemigos? Pero hay algo que debe hacerse en la paz de la santa Iglesia, de donde se puede ver si en tiempo de persecución podemos morir por amor. Ciertamente, el mismo Juan dice: "El que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano en necesidad, y cierra sus entrañas contra él, ¿cómo permanece el amor de Dios en él?" (1 Juan 3, 17). De aquí también Juan Bautista dice: "El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene" (Lucas 3, 11). Quien, por tanto, en tiempo de tranquilidad no da su túnica por Dios, ¿cuándo dará su vida en persecución? Por tanto, para que la virtud del amor sea invicta en la perturbación, debe nutrirse por la misericordia en la tranquilidad, para que aprenda primero a impartir sus bienes al Dios omnipotente, y luego a sí mismo.

4. Sigue: "Vosotros sois mis amigos". ¡Oh cuánta es la misericordia de nuestro Creador! No somos dignos de ser siervos, y somos llamados amigos. ¡Cuánta es la dignidad de los hombres ser amigos de Dios! Pero habéis oído la gloria de la dignidad, escuchad también el trabajo del combate. Si hacéis lo que yo os mando. Sois mis amigos, si hacéis lo que os mando. Como si dijera abiertamente: Os regocijáis en la cumbre, considerad con qué trabajos

se llega a la cumbre. Ciertamente, cuando los hijos de Zebedeo, con la intervención de su madre, pedían que uno se sentara a la derecha de Dios y otro a la izquierda, oyeron: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?" (Mateo 20, 22). Ya buscaban el lugar de la celsitud, la Verdad los llama de nuevo al camino por el cual llegarían a la celsitud. Como si se dijera: Ya os deleita el lugar de la celsitud, pero primero que el camino del trabajo os ejercite. A través del cáliz se llega a la majestad. Si vuestra mente desea lo que deleita, primero bebed lo que duele. Así, a través del amargo cáliz de la confección se llega al gozo de la salvación. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer. ¿Cuáles son todas las cosas que oyó de su Padre, que quiso dar a conocer a sus siervos para hacerlos sus amigos, sino los gozos del amor interno, sino aquellas fiestas de la patria celestial, que imprime diariamente en nuestras mentes por la aspiración de su amor? Pues al amar las cosas celestiales oídas, ya conocidas por el amor, porque el amor mismo es conocimiento. Por tanto, les había dado a conocer todo, quienes, transformados de los deseos terrenales, ardían con las llamas del amor supremo. El profeta había visto a estos amigos de Dios cuando decía: "Para mí, en cambio, son muy honorables tus amigos, Dios" (Salmo 138, 17). Porque el amigo es llamado como guardián del alma. Por tanto, el salmista, al prever a los elegidos de Dios separados del amor de este mundo, guardando la voluntad de Dios en los mandamientos celestiales, se maravilló de los amigos de Dios, diciendo: "Para mí, en cambio, son muy honorables tus amigos, Dios". Y como si inmediatamente buscáramos de él las causas de tan gran honor, añadió: "Muy fortalecido está su principado" (Ibid.). He aquí que los elegidos de Dios dominan la carne, fortalecen el espíritu, mandan a los demonios, resplandecen con virtudes, desprecian las cosas presentes, proclaman con voz y costumbres la patria eterna; incluso muriendo la aman, y a ella llegan a través de tormentos. Pueden ser asesinados, pero no pueden ser doblegados. Muy fortalecido está, por tanto, su principado. En esta misma pasión, en la que cayeron en la muerte de la carne, ved cuán grande fue la cumbre de su mente. ¿De dónde esto, sino porque su principado está fortalecido? Pero, ¿son quizás pocos los grandes? Añadió: "Los contaré, y serán más que la arena" (Ibid., 18). Mirad todo el mundo, hermanos: está lleno de mártires. Ya casi no somos tantos los que vemos como los que tenemos como testigos de la verdad. Por tanto, para Dios son numerables, para nosotros multiplicados más que la arena, porque cuántos son, no podemos comprender.

5. Pero cualquiera que haya alcanzado esta dignidad, de ser llamado amigo de Dios, debe mirarse a sí mismo, y los dones que recibe, por encima de sí. No atribuya nada a sus propios méritos, para no caer en enemistades. Por eso se añade: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os puse para que vayáis y llevéis fruto. Os puse por gracia, os planté para que vayáis queriendo, llevéis fruto obrando. Dije que vayáis queriendo, porque querer hacer algo ya es ir con la mente. Y se añade qué tipo de fruto deben llevar: Y vuestro fruto permanezca. Todo lo que trabajamos según este mundo presente apenas dura hasta la muerte. Pues la muerte, al intervenir, corta el fruto de nuestro trabajo. Pero lo que se hace por la vida eterna se conserva incluso después de la muerte; y entonces comienza a aparecer, cuando el fruto de los trabajos carnales empieza a no verse. Allí, pues, comienza esa retribución, donde esta termina. Por tanto, quien ya ha conocido lo eterno, que los frutos temporales le parezcan despreciables. Trabajemos por frutos que permanezcan; trabajemos por frutos que, cuando la muerte acabe con todo, ellos mismos tomen su inicio de la muerte. Pues que el fruto de Dios comience desde la muerte, lo atestigua el Profeta, que dice: Cuando da el sueño a sus amados, esta es la herencia del Señor (Salmo 126, 2, 3). Todo el que duerme en la muerte pierde la herencia; pero cuando da el sueño a sus amados, esta es la herencia del

Señor, porque los elegidos de Dios, después de llegar a la muerte, entonces encontrarán la herencia.

6. Sigue: Para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé. Aquí dice: Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé. Nuevamente, en otro lugar, por el mismo Evangelista dice: Si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre (Juan 16, 23, 24). Si todo lo que pedimos en el nombre del Hijo nos lo da el Padre, ¿qué es entonces lo que Pablo rogó tres veces al Señor, y no mereció ser escuchado, sino que se le dijo: Te basta mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad (2 Corintios 12, 9)? ¿Acaso ese tan ilustre predicador no pidió en el nombre del Hijo? ¿Por qué entonces no recibió lo que pidió? ¿Cómo es entonces verdad que todo lo que pidamos al Padre en el nombre del Hijo, nos lo da el Padre, si el Apóstol pidió que se le quitara el ángel de Satanás en el nombre del Hijo, y sin embargo no recibió lo que pidió? Pero porque el nombre del Hijo es Jesús, y Jesús se dice salvador o también saludable, entonces pide en el nombre del Salvador quien pide lo que pertenece a la verdadera salvación. Pues si se pide lo que no conviene, no se pide al Padre en el nombre de Jesús. Por eso, a los mismos apóstoles que aún estaban débiles, el Señor dice: Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre (Juan 16, 23). Como si claramente se dijera: No habéis pedido en el nombre del Salvador porque no sabéis buscar la salvación eterna. De ahí que Pablo no sea escuchado porque si fuera liberado de la tentación, no le sería útil para la salvación (2 Corintios 12, 9).

7. Ved, hermanos carísimos, cuántos habéis acudido a la solemnidad del mártir, dobláis las rodillas, golpeáis el pecho, emitís voces de oración y confesión, regáis el rostro con lágrimas. Pero considerad, os ruego, vuestras peticiones; ved si pedís en el nombre de Jesús, es decir, si solicitáis los gozos de la salvación eterna. Pues en la casa de Jesús no buscáis a Jesús, si en el templo de la eternidad oráis inoportunamente por cosas temporales. He aquí que uno en la oración busca esposa, otro pide una villa, otro solicita un vestido, otro suplica que se le dé alimento. Y ciertamente, cuando estas cosas faltan, deben pedirse al Dios omnipotente. Pero debemos recordar continuamente lo que hemos recibido por mandato de nuestro Redentor: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo esto se os añadirá (Mateo 6, 33). Y así, pedir estas cosas a Jesús no es errar, si no se piden en exceso. Pero aún, lo que es más grave, otro pide la muerte del enemigo, y a aquel a quien no puede perseguir con la espada, lo persigue con la oración. Y aún vive quien es maldecido, y sin embargo, quien maldice ya es culpable de su muerte. Pero Dios manda que se ame al enemigo (Mateo 5, 44), y sin embargo, se ruega a Dios que mate al enemigo. Por tanto, quien así ora, en sus mismas súplicas lucha contra el Creador. Por eso, bajo la figura de Judas se dice: Sea su oración en pecado (Salmo 108, 7). La oración, en efecto, es pecado cuando se pide lo que prohíbe aquel a quien se pide.

8. Por eso la Verdad dice: Cuando estéis de pie para orar, perdonad si tenéis algo en vuestros corazones (Marcos 11, 25). Mostramos más claramente la virtud del perdón si presentamos un testimonio del Antiguo Testamento. Ciertamente, cuando Judea, por sus culpas, ofendió la justicia de su Creador, el Señor prohibiendo a su profeta orar, dice: No tomes alabanza ni oración por ellos (Jeremías 7, 16). Si Moisés y Samuel estuvieran delante de mí, mi alma no estaría con este pueblo (Jeremías 15, 1). ¿Qué significa que, dejando de lado a tantos padres, solo Moisés y Samuel son traídos al medio, cuya admirable virtud de obtener se muestra, mientras se dice que ni ellos pueden interceder? Como si claramente dijera el Señor: Ni a ellos escucho, a quienes por el gran mérito de su petición no desprecio en absoluto. ¿Por qué, entonces, Moisés y Samuel son preferidos a los demás padres en la petición, sino porque estos dos solamente en toda la serie del Antiguo Testamento se leen que oraron incluso por sus enemigos? Uno es atacado con piedras por el pueblo (Éxodo 17, 4), y sin embargo, ruega

al Señor por su lapidador; el otro es depuesto de su principado, y sin embargo, solicitado para que orara, confiesa diciendo: Lejos de mí este pecado contra el Señor, de cesar de orar por vosotros (1 Samuel 12, 23). Si Moisés y Samuel estuvieran delante de mí, mi alma no estaría con este pueblo (Jeremías 15, 1). Como si claramente dijera: Ni ahora escucho a ellos por sus amigos, a quienes sé que por el mérito de su gran virtud oraron incluso por sus enemigos. La virtud de la verdadera oración es la altura de la caridad. Y entonces cualquiera obtiene lo que rectamente pide, cuando su ánimo en la petición no se oscurece por el odio al enemigo. Pero a menudo vencemos el ánimo renuente, si también oramos por los enemigos. La boca derrama oración por los adversarios, pero ojalá el corazón mantenga el amor. Pues a menudo también ofrecemos oración por nuestros enemigos, pero la hacemos más por mandato que por caridad. Pues pedimos la vida de los enemigos, y sin embargo tememos ser escuchados. Pero como el juez interno considera más la mente que las palabras, no pide nada por el enemigo quien no ora por él con caridad.

9. Pero he aquí que el enemigo ha pecado gravemente contra nosotros, ha causado daños, ha herido a los que ayudan, ha perseguido a los que aman. Estas cosas deberían ser retenidas, si no debieran ser perdonadas nuestras ofensas. Pues nuestro Abogado compuso para nosotros la oración en nuestra causa; y Él mismo es juez de esa misma causa, quien es abogado. Pero a la oración que compuso le insertó una condición, diciendo: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo 6, 12). Porque, por tanto, vino el mismo juez, quien fue abogado, Él mismo escucha la oración que hizo. O bien, no haciendo lo que decimos, Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores, y nos atamos más a nosotros mismos al decir esto; o tal vez omitimos esta condición en la oración, y nuestro Abogado no reconoce la oración que compuso, y de inmediato dice: Sé lo que aconsejé, no es la misma oración que hice. ¿Qué, entonces, debemos hacer, hermanos, sino que debemos ofrecer el afecto de la verdadera caridad a los hermanos? Que no permanezca ninguna malicia en el corazón. Que el Dios omnipotente considere nuestra caridad hacia el prójimo, para que nos otorgue su piedad en nuestras iniquidades. Recordad lo que se nos advierte: Perdonad, y se os perdonará (Lucas 6, 37). He aquí que se nos debe, y debemos. Perdonemos, pues, lo que se nos debe, para que se nos perdone lo que debemos. Pero a estas cosas la mente se resiste, y quiere cumplir lo que oye, y sin embargo se opone.

Estamos ante la tumba del mártir, quien sabemos que llegó al reino celestial por esta muerte. Si no ponemos el cuerpo por Cristo, al menos venzamos el ánimo. Dios se complace con este sacrificio, aprueba en el juicio de su piedad la victoria de nuestra paz. Pues observa la lucha de nuestro corazón; y quien después recompensa a los vencedores, ahora ayuda a los que luchan, por nuestro Señor Jesucristo su Hijo, quien con Él vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXVIII.

Pronunciada al pueblo en la basílica de los santos Nereo y Aquileo, en el día de su natalicio.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 4, 46-53.

En aquel tiempo, había un cierto oficial, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Este, cuando oyó que Jesús venía de Judea a Galilea, fue a él, y le rogaba que descendiera y sanara a su hijo. Pues comenzaba a morir. Entonces Jesús le dijo: A menos que veáis señales y prodigios, no creéis. El oficial le dijo: Señor, desciende antes de que muera mi hijo. Jesús le dijo: Ve, tu hijo vive. El hombre creyó en la palabra que Jesús le dijo, y se fue. Y mientras

descendía, sus siervos le salieron al encuentro, y le anunciaron diciendo que su hijo vivía. Entonces les preguntó la hora en que había mejorado. Y le dijeron que ayer a la séptima hora la fiebre lo dejó. Entonces el padre reconoció que era la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive. Y creyó él, y toda su casa.

1. La lectura del santo Evangelio que acabáis de escuchar, hermanos, no necesita exposición. Pero para no parecer que la hemos pasado en silencio, hablemos en ella exhortando más que exponiendo. Sin embargo, veo que solo se requiere de nosotros en cuanto a la exposición, por qué aquel que vino a pedir la salud para su hijo escuchó: A menos que veáis señales y prodigios, no creéis. Pues quien buscaba la salud para su hijo, sin duda creía. Pues no buscaría de él la salud a quien no creyera salvador. ¿Por qué, entonces, se dice: A menos que veáis señales y prodigios, no creéis, quien creyó antes de ver una señal? Pero recordad lo que pidió, y reconoceréis claramente que dudó en la fe. Pues pidió que descendiera y sanara a su hijo. Buscaba, pues, la presencia corporal del Señor, quien por el espíritu no estaba ausente en ningún lugar. Creyó, por tanto, menos en él, quien no pensó que pudiera dar salud, a menos que estuviera presente también corporalmente. Pues si hubiera creído perfectamente, sin duda sabría que no había lugar donde no estuviera Dios. Por tanto, en gran parte desconfió, porque no dio honor a la majestad, sino a la presencia corporal. Pidió, pues, la salud para su hijo, y sin embargo dudó en la fe, porque a aquel a quien vino, lo creyó poderoso para curar, y sin embargo pensó que estaba ausente para su hijo moribundo. Pero el Señor, que es rogado para que vaya, indica que no falta donde es invitado, devolvió la salud solo con su mandato, quien con su voluntad creó todo.

2. En esto debemos observar atentamente que, como aprendimos por el testimonio de otro evangelista, el centurión vino al Señor diciendo: Señor, mi siervo yace parálítico en mi casa, y sufre mucho. A quien Jesús respondió de inmediato: Yo iré y lo sanaré (Mateo 8, 6, 7). ¿Qué es lo que el oficial ruega para que venga a su hijo, y sin embargo se niega a ir corporalmente; pero al siervo del centurión no se le invita, y sin embargo promete ir corporalmente? No se digna estar presente corporalmente al hijo del oficial, pero no se desdén acudir al siervo del centurión. ¿Qué es esto, sino que nuestra soberbia es refrenada, que en los hombres no veneramos la naturaleza por la que fueron hechos a imagen de Dios, sino los honores y las riquezas? Y cuando consideramos lo que está alrededor de ellos, ciertamente no proveemos lo interior, mientras consideramos lo que es despreciado en los cuerpos, descuidamos pensar lo que son. Pero nuestro Redentor, para mostrar que lo que es alto para los hombres debe ser despreciado, y lo que es despreciado por los hombres no debe ser despreciado por los santos, no quiso ir al hijo del oficial, pero estuvo dispuesto a ir al siervo del centurión. Por tanto, nuestra soberbia es reprendida, que no sabe considerar a los hombres por los hombres. Solo, como dijimos, considera lo que rodea a los hombres, no mira la naturaleza, no reconoce el honor de Dios en los hombres. He aquí que el Hijo de Dios no quiere ir al hijo del oficial, y sin embargo está dispuesto a venir para la salud del siervo. Ciertamente, si un siervo cualquiera nos rogara que debiéramos ir a él, de inmediato nuestra soberbia en el pensamiento silencioso nos respondería, diciendo: No vayas, porque te rebajas, tu honor es despreciado, el lugar se vuelve vil. He aquí que vino del cielo quien no desprecia acudir a un siervo en la tierra; y sin embargo, despreciamos humillarnos en la tierra, quienes somos de la tierra. ¿Qué, pues, puede ser más vil ante Dios, qué más despreciable, que guardar el honor ante los hombres, y no temer los ojos del testigo interno? Por eso, en el santo Evangelio, el Señor dice a los fariseos: Vosotros sois los que os justificáis ante los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, porque lo que es alto para los hombres es abominable ante Dios (Lucas 16, 15). Notad, hermanos, notad lo que se dice. Pues si lo que es alto para los hombres es abominable ante Dios, el pensamiento de nuestro corazón está

tanto más bajo ante Dios cuanto más alto está ante los hombres, y la humildad de nuestro corazón está tanto más alta ante Dios cuanto más baja está ante los hombres.

3. Despreciemos, pues, si hacemos algo bueno, que ninguna de nuestras obras nos infle, que no nos exalten la abundancia de cosas, ni la gloria. Si con cualquier bien que nos aflija internamente nos hinchamos, somos despreciados por Dios. En cambio, de los humildes dice el salmista: El Señor guarda a los pequeños (Salmo 114, 6). Porque llama pequeños a los humildes, después de pronunciar la sentencia, añade el consejo; pues como si preguntáramos qué haría él al respecto, añadió: Me humillé, y me libró (Salmo 114, 6). Pensad, pues, hermanos, pensad en estas cosas con toda intención. No veneréis en vuestros prójimos los bienes de este mundo. Honrad en los hombres, por Dios, lo que sin embargo no os ha sido encomendado, que fueron hechos a imagen de Dios. Lo cual verdaderamente guardáis a los prójimos, si primero no os hincháis en el corazón. Pues quien aún se exalta por cosas transitorias, no sabe venerar en el prójimo lo que permanece. No penséis, pues, en vosotros mismos lo que tenéis, sino lo que sois. He aquí que el mundo que se ama huye. Estos santos, ante cuya tumba estamos, pisotearon el mundo floreciente con el desprecio de la mente. Había larga vida, salud continua, opulencia en las cosas, fecundidad en la descendencia, tranquilidad en la paz duradera; y sin embargo, cuando florecía en sí mismo, ya en sus corazones el mundo se había marchitado. He aquí que ya el mundo se ha marchitado en sí mismo, y aún florece en nuestros corazones. Por todas partes la muerte, por todas partes el luto, por todas partes la desolación, por todas partes somos golpeados, por todas partes estamos llenos de amarguras; y sin embargo, con mente ciega, amamos las mismas amarguras de la concupiscencia carnal, seguimos lo que huye, nos aferramos a lo que cae. Y porque no podemos retener lo que cae, caemos con lo que sostenemos que cae. Alguna vez el mundo nos retuvo con deleite; ahora está lleno de tantas heridas, que ya el mundo mismo nos envía a Dios. Considerad, pues, que nada son las cosas que temporalmente corren. El fin de las cosas temporales muestra cuán nada es lo que pudo pasar. La caída de las cosas indica que la cosa pasajera y entonces casi nada fue cuando parecía estar. Considerad, pues, hermanos carísimos, con cuidadosa consideración, fijad el corazón en el amor de la eternidad; para que mientras despreciáis alcanzar las cumbres terrenales, lleguéis a la gloria, que por la fe tenéis, por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina Dios con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXIX.

Pronunciada al pueblo en la basílica del bienaventurado apóstol Pedro, en la Ascensión del Señor.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 16, 14-20.

En aquel tiempo, estando los once discípulos sentados a la mesa, se les apareció Jesús, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no creyeron a los que le habían visto resucitado. Y les dijo: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; pero el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creyeren: En mi nombre echarán demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño. Sobre los enfermos pondrán las manos, y sanarán. Y el Señor Jesús, después de haberles hablado, fue llevado al cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, cooperando el Señor, y confirmando la palabra con las señales que la seguían.

1568 1. Que los discípulos tardaran en creer en la resurrección del Señor no fue tanto una debilidad de ellos como, por así decirlo, una futura fortaleza nuestra. Pues la misma resurrección les fue mostrada a ellos, que dudaban, mediante muchos argumentos: ¿qué otra cosa hacemos nosotros al reconocerla al leerla, sino ser fortalecidos por la duda de ellos? María Magdalena me ofreció menos, quien creyó más rápido, que Tomás, quien dudó por más tiempo. Pues él, al dudar, tocó las cicatrices de las heridas y extirpó de nuestro pecho la herida de la duda. Para insinuar también la verdad de la resurrección del Señor, debemos notar lo que Lucas relata, diciendo: "Mientras comía con ellos, les ordenó que no se alejaran de Jerusalén" (Hechos 1, 4). Y poco después: "Mientras ellos miraban, fue elevado, y una nube lo ocultó de sus ojos" (Ibid., 9). Noten las palabras, marquen los misterios. Mientras comía, fue elevado. Comió y ascendió, para que, por el efecto de comer, se manifestara la verdad de la carne. Marcos, antes de que el Señor ascendiera al cielo, recuerda que reprendió a los discípulos por la dureza de su corazón y su incredulidad. ¿Qué debemos considerar en esto, sino que el Señor reprendió a los discípulos en ese momento, cuando los dejó corporalmente, para que las palabras que decía al partir quedaran más profundamente impresas en el corazón de los oyentes? Reprendida, pues, su dureza, escuchemos lo que dice al advertirles: "Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda criatura."

2. ¿Acaso, hermanos míos, el santo Evangelio debía ser predicado a cosas insensatas o a animales brutos, para que se diga a los discípulos: "Prediquen a toda criatura"? Pero con el nombre de toda criatura se designa al hombre. Pues hay piedras, pero ni viven ni sienten. Hay hierbas y arbustos; viven, pero no sienten. Digo que viven, no por el alma, sino por el verdor, porque también Pablo dice: "Necio, lo que siembras no se vivifica si no muere antes" (1 Cor. 15, 36). Vive, pues, lo que muere, para que se vivifique. Hay piedras, pero no viven. Hay arbustos, y viven, pero no sienten. Los animales brutos viven, sienten, pero no disciernen. Los ángeles viven, sienten y disciernen. Pero el hombre tiene algo de toda criatura. Tiene en común el ser con las piedras, vivir con los árboles, sentir con los animales, entender con los ángeles. Si, pues, el hombre tiene algo en común con toda criatura, en cierto modo el hombre es toda criatura. Por tanto, el Evangelio se predica a toda criatura cuando se predica solo al hombre, porque él es enseñado, para quien en la tierra todas las cosas fueron creadas, y de quien todas las cosas no son ajenas por cierta similitud. También puede designarse con el nombre de toda criatura a toda nación de gentiles. Pues antes se había dicho: "No vayan por el camino de los gentiles" (Mateo 10, 5). Ahora se dice: "Prediquen a toda criatura", para que, al ser rechazada la predicación por Judea, se convirtiera en nuestra ayuda cuando ella, en su soberbia, la rechazó para testimonio de su condenación. Pero cuando la Verdad envía a los discípulos a predicar, ¿qué otra cosa hace en el mundo sino esparcir granos de semilla? Y envía pocos granos en la siembra, para recibir los frutos de muchas cosechas de nuestra fe. Pues no surgiría en todo el mundo una cosecha tan grande de fieles si de la mano del Señor no hubieran venido esos granos escogidos de predicadores sobre la tierra racional. Sigue:

3. Quien crea y sea bautizado, será salvo; pero quien no crea, será condenado. Quizás cada uno diga para sí mismo: Yo ya he creído, seré salvo. Dice la verdad, si mantiene la fe con obras. Pues la verdadera fe es aquella que no contradice con las costumbres lo que dice con palabras. De ahí que Pablo diga de algunos falsos fieles: "Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan" (Tito 1, 16). De ahí que Juan diga: "Quien dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso" (1 Juan 2, 4). Siendo así, debemos reconocer la verdad de nuestra fe en la consideración de nuestra vida. Pues somos verdaderamente fieles si cumplimos con obras lo que prometemos con palabras. En el día del bautismo prometimos renunciar a todas las obras del antiguo enemigo y a todas sus pompas. Por tanto, cada uno de ustedes debe volver los ojos de su mente a su propia consideración; y si guarda después del

bautismo lo que prometió antes del bautismo, ya seguro de que es fiel, que se regocije. Pero si no ha guardado lo que prometió, si se ha deslizado hacia obras malas, hacia las pompas del mundo, veamos si ya sabe lamentar lo que ha errado. Pues ante el juez misericordioso no será tenido por falso quien vuelve a la verdad, incluso después de haber mentido, porque Dios omnipotente, al recibir con gusto nuestro arrepentimiento, oculta con su juicio lo que hemos errado (32, q. 1, c. 10). Sigue:

4. Y estas señales seguirán a los que crean: En mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, tomarán serpientes; y si bebieran algo mortífero, no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán. ¿Acaso, hermanos míos, porque no hacen estas señales, no creen? Pero estas eran necesarias al inicio de la Iglesia. Pues para que la fe creciera, debía ser alimentada con milagros, porque también nosotros, cuando plantamos arbustos, les echamos agua hasta que vemos que ya han arraigado en la tierra; y si una vez han echado raíces, dejamos de regar. De ahí que Pablo diga: "Las lenguas son una señal no para los creyentes, sino para los incrédulos" (1 Cor. 14, 22). Tenemos de estas señales y virtudes que debemos considerar más sutilmente. Pues la santa Iglesia hace diariamente espiritualmente lo que entonces hacía corporalmente a través de los apóstoles. Porque sus sacerdotes, cuando imponen las manos a los creyentes por la gracia del exorcismo, y niegan que los espíritus malignos habiten en su mente, ¿qué otra cosa hacen sino expulsar demonios? Y todos los fieles que ya abandonan las palabras seculares de la vida antigua, pero pronuncian los santos misterios, las alabanzas y el poder de su Creador, en la medida de sus posibilidades, ¿qué otra cosa hacen sino hablar en lenguas nuevas? Quienes, al quitar la malicia de los corazones ajenos con sus buenas exhortaciones, toman serpientes. Y cuando escuchan sugerencias pestilentes, pero no son llevados a la mala acción, es mortífero lo que beben, pero no les hará daño. Quienes, cada vez que ven a sus prójimos debilitados en la buena obra, acuden a ellos con toda su fuerza y fortalecen su vida con el ejemplo de su propia acción, ¿qué otra cosa hacen sino imponer las manos sobre los enfermos para que sanen? Estos milagros son tanto mayores cuanto más espirituales; son tanto mayores cuanto que por ellos no se levantan cuerpos, sino almas: estas señales, hermanos carísimos, si quieren, las hacen con la ayuda de Dios. Pues de aquellas señales exteriores no se puede obtener vida para quienes las realizan. Porque aquellos milagros corporales a veces muestran santidad, pero no la hacen; estos espirituales, que se realizan en la mente, no muestran la virtud de la vida, sino que la hacen. Aquellos pueden tenerlos incluso los malos, pero estos no pueden disfrutarlos sino los buenos. De ahí que la Verdad diga de algunos: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? Y entonces les confesaré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad" (Mateo 7, 22-23; Salmo 6, 9). No amen, pues, hermanos carísimos, las señales que pueden tenerse en común con los réprobos; sino amen estos milagros de caridad y piedad que hemos mencionado, que son tanto más seguros cuanto más ocultos, y de los cuales ante el Señor la retribución es mayor cuanto menor es la gloria entre los hombres. Sigue:

5. Y el Señor Jesús, después de hablarles, fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios. En el Antiguo Testamento sabemos que Elías fue llevado al cielo. Pero una cosa es el cielo aéreo, otra el etéreo. Pues el cielo aéreo está próximo a la tierra; de ahí que digamos aves del cielo, porque las vemos volar en el aire. Al cielo aéreo fue elevado Elías, para ser llevado de repente a una región secreta de la tierra, donde vive ya en gran quietud de carne y espíritu, hasta que regrese al final del mundo y pague la deuda de la muerte. Pues él pospuso la muerte, no la evitó. Pero nuestro Redentor, porque no la pospuso, la superó, y al resucitar la consumió, y al ascender declaró la gloria de su resurrección. También debe notarse que Elías

se lee que ascendió en un carro, para que se demostrara abiertamente que un hombre puro necesitaba ayuda ajena. Pues por los ángeles se hicieron y mostraron esos auxilios, porque ni siquiera al cielo aéreo podía ascender por sí mismo, a quien la debilidad de su naturaleza lo gravaba. Pero nuestro Redentor no se lee que fue elevado en un carro ni por ángeles, porque quien había hecho todas las cosas, ciertamente sobre todas ellas era llevado por su propia virtud. Pues regresaba allí donde estaba, y de allí volvía donde permanecía, porque al ascender al cielo por su humanidad, por su divinidad contenía igualmente la tierra y el cielo.

6. Así como José, vendido por sus hermanos, figuró la venta de nuestro Redentor, así Enoc, trasladado, y Elías, elevado al cielo aéreo, designaron la Ascensión del Señor. Por tanto, el Señor tuvo precursores y testigos de su Ascensión, uno antes de la ley, otro bajo la ley, para que cuando viniera él mismo, pudiera verdaderamente penetrar los cielos. De ahí que el mismo orden en la elevación de ambos se distinga también por ciertos incrementos. Pues se recuerda que Enoc fue trasladado (Génesis 5, 24), y que Elías fue llevado al cielo (2 Reyes 2, 11), para que viniera después quien ni trasladado ni llevado, penetrara el cielo etéreo por su propia virtud. Quien, porque nos otorgaría también a nosotros la pureza de la carne al creer en él, y bajo él, a través de los incrementos de los tiempos, creciera la virtud de la castidad, lo mostró en la misma traslación de aquellos que designaron la Ascensión del Señor como siervos, y en sí mismo, quien ascendió al cielo. Pues Enoc tuvo esposa e hijos; Elías no se lee que tuviera ni esposa ni hijos. Consideren, pues, cómo creció la pureza de la santidad por incrementos, lo cual se muestra claramente tanto por los siervos trasladados como por la persona del Señor que asciende. Pues Enoc fue trasladado, y fue engendrado por coito, y engendrando por coito. Elías fue arrebatado, engendrado por coito, pero ya no engendrando por coito. Pero el Señor fue asumido, ni engendrando por coito, ni engendrado por coito.

7. Debemos considerar qué significa que Marcos diga: "Se sienta a la derecha de Dios"; y Esteban diga: "Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios" (Hechos 7, 55). ¿Qué significa que Marcos lo vea sentado, y Esteban de pie? Pero saben, hermanos, que sentarse es propio del que juzga, y estar de pie del que lucha o ayuda. Porque nuestro Redentor, asumido al cielo, ahora juzga todo, y al final vendrá como juez de todos, Marcos lo describe sentado después de la asunción, porque después de la gloria de su Ascensión será visto como juez al final. Pero Esteban, en medio del trabajo del combate, lo vio de pie, a quien tuvo como ayudador, porque para que él venciera en la tierra la infidelidad de los perseguidores, por él desde el cielo su gracia luchó.

1573 8. Sigue: "Ellos, partiendo, predicaron por todas partes, cooperando el Señor, y confirmando la palabra con las señales que la seguían." ¿Qué debemos considerar en esto, qué debemos recordar, sino que el precepto fue seguido por la obediencia, y la obediencia por las señales? Pero porque, con la ayuda de Dios, hemos recorrido brevemente la lectura evangélica exponiéndola, queda que digamos algo sobre la consideración de tan gran solemnidad.

9. Debemos preguntarnos primero, ¿qué significa que cuando nació el Señor aparecieron ángeles, y sin embargo no se lee que aparecieran con vestiduras blancas, pero cuando el Señor ascendió, se lee que los ángeles enviados aparecieron con vestiduras blancas? Pues así está escrito: "Mientras ellos miraban, fue elevado, y una nube lo ocultó de sus ojos. Y mientras miraban fijamente al cielo mientras él se iba, he aquí dos hombres se pusieron junto a ellos con vestiduras blancas" (Hechos 1, 9). En las vestiduras blancas se muestra el gozo y la solemnidad de la mente. ¿Qué significa, pues, que cuando nació el Señor, no aparecieron ángeles con vestiduras blancas, pero cuando ascendió, aparecieron con vestiduras blancas, sino que entonces se hizo una gran solemnidad para los ángeles cuando Dios hombre penetró

el cielo? Porque al nacer el Señor, la divinidad parecía humillada; pero al ascender el Señor, la humanidad fue exaltada. Pues las vestiduras blancas son más adecuadas para la exaltación que para la humillación. Por tanto, en su ascensión, los ángeles debieron ser vistos con vestiduras blancas, porque quien en su nacimiento apareció como Dios humilde, en su Ascensión fue mostrado como hombre sublime.

10. Pero esto debemos considerar especialmente, hermanos carísimos, en esta solemnidad, porque hoy ha sido borrado el documento de nuestra condenación, ha sido cambiada la sentencia de nuestra corrupción. Pues aquella naturaleza a la que se le dijo: "Eres polvo, y al polvo volverás" (Génesis 3, 19), hoy ha ido al cielo. Pues por esta misma elevación de nuestra carne, el bienaventurado Job llama al Señor ave. Porque al ver que el misterio de su Ascensión no era comprendido por Judea, pronunció una sentencia sobre su infidelidad, diciendo: "El camino no lo conoció el ave" (Job 28, 7). Pues el Señor fue llamado ave con razón, porque elevó su cuerpo carnal al éter. Cuyo camino del ave no conoció quien no creyó que él ascendió al cielo. De esta solemnidad se dice por el salmista: "Tu magnificencia se ha elevado sobre los cielos" (Salmo 8, 2). De esta nuevamente dice: "Dios ha ascendido con júbilo, y el Señor con sonido de trompeta" (Salmo 46, 6). De esta otra vez dice: "Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres" (Salmo 68, 19). Pues al subir a lo alto, llevó cautiva la cautividad, porque absorbió nuestra corrupción con la virtud de su incorruptibilidad. Y dio dones a los hombres, porque, al enviar desde lo alto el Espíritu, a unos les dio palabra de sabiduría, a otros palabra de ciencia, a otros gracia de virtudes, a otros gracia de curaciones, a otros géneros de lenguas, a otros interpretación de palabras (1 Cor. 12, 8). Dio, pues, dones a los hombres. De esta gloria de su Ascensión también dice Habacuc: "El sol se elevó, y la luna se detuvo en su lugar" (Habacuc 3, 11, según LXX). Pues ¿quién sino el Señor es designado con el nombre de sol, y quién sino la Iglesia con el nombre de luna? Pues hasta que el Señor ascendió a los cielos, su santa Iglesia temía en todo modo las adversidades del mundo; pero después de que fue fortalecida por su Ascensión, proclamó abiertamente lo que creía en secreto. El sol, pues, se elevó, y la luna se detuvo en su lugar, porque cuando el Señor ascendió al cielo, su santa Iglesia creció en la autoridad de la predicación. De ahí que con la voz de la misma Iglesia se diga por Salomón: "He aquí que viene saltando sobre los montes, y brincando sobre las colinas" (Cantar de los Cantares 2, 8). Pues consideró las cumbres de tantas obras, y dijo: "He aquí que viene saltando sobre los montes." Pues al venir a nuestra redención, dio ciertos saltos, por así decirlo. ¿Quieren, hermanos carísimos, reconocer sus saltos? Vino del cielo al vientre, del vientre al pesebre, del pesebre a la cruz, de la cruz al sepulcro, del sepulcro regresó al cielo. He aquí que, para hacernos correr tras él, la verdad manifestada en la carne dio ciertos saltos por nosotros, porque "se alegró como un gigante para correr su camino" (Salmo 18, 6), para que le dijéramos de corazón: "Atráenos tras de ti, correremos en el olor de tus ungüentos" (Cantar de los Cantares 1, 3).

11. Por lo tanto, hermanos carísimos, debemos seguir con el corazón allí donde creemos que él ascendió con el cuerpo. Evitemos los deseos terrenales, que nada nos deleite ya en lo bajo, quienes tenemos al Padre en los cielos. Y esto debemos considerar especialmente, porque quien ascendió pacíficamente, regresará terrible; y lo que nos mandó con mansedumbre, lo exigirá de nosotros con severidad. Que nadie, pues, desprecie el tiempo concedido para el arrepentimiento, que nadie descuide el cuidado de sí mismo mientras pueda, porque nuestro Redentor vendrá entonces al juicio tanto más severo cuanto antes del juicio nos ha otorgado gran paciencia. Estas cosas, pues, hagan entre ustedes, hermanos, mediten estas cosas con pensamiento constante. Aunque el ánimo aún fluctúe con las perturbaciones de las cosas, fijen ya la ancla de su esperanza en la patria eterna, consoliden la intención de la mente en la

verdadera luz. He aquí que hemos oído que el Señor ha ascendido al cielo. Esto, pues, mantengamos en la meditación lo que creemos. Y si aún estamos aquí retenidos por la debilidad del cuerpo, sigámoslo, sin embargo, con los pasos del amor. No abandonará nuestro deseo quien lo dio, Jesucristo nuestro Señor, quien vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXX.

Pronunciada al pueblo en la basílica del apóstol San Pedro, en el día santo de Pentecostés.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 14, 23-31.

En aquel tiempo, Jesús decía a sus discípulos: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. Os he dicho estas cosas estando con vosotros. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy. No os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. Habéis oído que os dije: Me voy y vuelvo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais de que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Y ahora os lo he dicho antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis. Ya no hablaré mucho con vosotros. Porque viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada. Pero para que el mundo sepa que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago.

1574 1. Queridos hermanos, me complace recorrer brevemente las palabras del evangelio, para que después podamos permanecer más tiempo en la contemplación de tan gran solemnidad. Hoy, el Espíritu Santo vino repentinamente sobre los discípulos (Hechos II, 2, ss.), y transformó las mentes carnales en amor hacia él, y con lenguas de fuego visibles por fuera, los corazones se encendieron por dentro, porque al recibir a Dios en la visión del fuego, ardieron suavemente por amor. Pues el Espíritu Santo es amor. Por eso Juan dice: Dios es caridad (1 Juan IV, 8, 16). Quien desea a Dios con mente íntegra, ciertamente ya tiene a quien ama. Porque nadie podría amar a Dios si no tuviera a quien ama. Pero he aquí, si se le preguntara a cada uno de vosotros si ama a Dios, respondería con toda confianza y mente segura: Amo. Sin embargo, en el inicio de la lectura habéis oído lo que dice la Verdad: Si alguno me ama, guardará mi palabra. La prueba del amor, por tanto, es la exhibición de la obra. De ahí que en su Epístola, el mismo Juan dice: Quien dice: Amo a Dios, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso (Ibid., 20). Verdaderamente amamos a Dios si nos restringimos a sus mandamientos y no a nuestros placeres. Porque quien aún se dispersa en deseos ilícitos, ciertamente no ama a Dios, porque le contradice en su voluntad.

1576 2. Y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. Considerad, queridos hermanos, cuán grande es esta solemnidad, tener en el hospedaje del corazón la venida de Dios. Ciertamente, si un amigo rico y poderoso entrara en vuestra casa, toda la casa se limpiaría con prisa, para que no hubiera nada que pudiera ofender los ojos del amigo que entra. Por tanto, quien prepara la casa de su mente para Dios, limpie las manchas de la mala obra. Pero ved lo que dice la Verdad: Vendremos y haremos morada en él. Porque en el corazón de algunos viene, pero no hace morada, porque aunque perciben la mirada de Dios por compunción, en el tiempo de la tentación olvidan lo que habían sentido, y así vuelven a cometer pecados, como si no los hubieran lamentado. Quien verdaderamente ama a Dios, quien guarda sus mandamientos, en su corazón el Señor viene y hace morada, porque el amor

de la divinidad lo penetra de tal manera que no se aparta de este amor en el tiempo de la tentación. Por tanto, verdaderamente ama aquel cuya mente no es superada por el deleite perverso. Porque cuanto más se separa uno del amor supremo, más se deleita en lo inferior. Por eso se añade: Quien no me ama, no guarda mis palabras. Volved, pues, a vosotros mismos, queridos hermanos; examinad si verdaderamente amáis a Dios; pero que nadie se crea a sí mismo, cualquiera que sea la respuesta de su alma sin la atestación de la obra. De la dilección del Creador, pregúntese la lengua, la mente y la vida. Nunca es ocioso el amor de Dios. Porque obra grandes cosas si está; si se niega a obrar, no es amor.

Y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. Sabéis, queridos hermanos, que el que habla es el Hijo unigénito, la Palabra del Padre, y por eso la palabra que habla el Hijo no es del Hijo, sino del Padre, porque el Hijo es la Palabra del Padre. Os he dicho estas cosas estando con vosotros. ¿Cuándo no estaría con ellos, quien promete ascender al cielo, diciendo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mateo XXVIII, 20)? Pero la Palabra encarnada permanece y se va: se va en el cuerpo, permanece en la divinidad. Por tanto, se dice que permaneció con ellos, porque quien siempre estaba presente con poder invisible, ya se iba en visión corporal.

3. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho. Muchos de vosotros sabéis, hermanos míos, que en la locución griega, paráclito se traduce al latín como abogado o consolador. Se le llama abogado porque intercede ante la justicia del Padre por el error de los pecadores. Se dice que intercede por los pecadores, siendo de la misma sustancia que el Padre y el Hijo, porque hace que aquellos a quienes llena, intercedan. Por eso Pablo dice: Porque el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables (Rom. VIII, 26). Pero menor es quien intercede que quien es intercedido; ¿cómo, entonces, se dice que el Espíritu intercede si no es menor? Pero el mismo Espíritu intercede porque inflama a aquellos a quienes llena para que intercedan. También se le llama consolador porque, al preparar la esperanza del perdón a los que se afligen por haber pecado, levanta la mente de la aflicción de la tristeza. De él se promete correctamente: Él os enseñará todas las cosas. Porque si el mismo Espíritu no está presente en el corazón del oyente, la palabra del maestro es inútil. Que nadie atribuya al hombre que enseña lo que entiende de la boca del maestro, porque si no hay quien enseñe dentro, la lengua del maestro trabaja en vano afuera. He aquí que todos escucháis una voz del que habla, pero no todos percibís igualmente el sentido de la voz escuchada. Entonces, si la voz no es diferente, ¿por qué en vuestros corazones es diferente la inteligencia de la voz, sino porque a través de lo que la voz del que habla advierte comúnmente, hay un maestro interior que enseña a algunos especialmente sobre la inteligencia de la voz? De esta unción del Espíritu se dice nuevamente por Juan: Como su unción os enseña sobre todas las cosas (1 Juan II, 27). Por tanto, no se instruye por la voz cuando la mente no es ungida por el Espíritu. Pero, ¿por qué hablamos de la enseñanza de los hombres, cuando el mismo Creador no habla para la instrucción del hombre, si no le habla al mismo hombre por la unción del Espíritu? Ciertamente, Caín, antes de perpetrar el fratricidio en obra, oyó: Has pecado, descansa (Génesis IV, 7, según la LXX). Pero porque, debido a sus culpas, fue advertido por la voz, no por la unción del Espíritu, pudo oír las palabras de Dios, pero despreció guardarlas. Debemos preguntarnos por qué se dice del mismo Espíritu: Os recordará todas las cosas, cuando recordar suele ser de menor. Pero porque a veces decimos recordar como suministrar, se dice que el Espíritu invisible recuerda, no porque nos traiga el conocimiento desde abajo, sino desde lo oculto. La paz os dejo, mi paz os doy. Aquí dejo, allí doy. A los que siguen dejo, a los que llegan doy.

4. He aquí, queridos hermanos, hemos discutido brevemente las palabras de la sagrada lectura, ahora traslademos nuestra mente a la contemplación de tan gran festividad. Pero como con la lectura evangélica también se os ha recitado la lectura de los Hechos de los Apóstoles (Hechos II), tomemos de ella algo para el uso de nuestra contemplación. Habéis oído que el Espíritu Santo apareció sobre los discípulos en lenguas de fuego, y les dio el conocimiento de todas las lenguas. ¿Qué designa este milagro, sino que la santa Iglesia, llena del mismo Espíritu, iba a hablar con la voz de todas las naciones? Aquellos que intentaron construir una torre contra Dios perdieron la comunión de una sola lengua (Génesis XI, 8), pero en aquellos que temían a Dios humildemente, todas las lenguas se unieron. Allí, la humildad mereció la virtud, aquí, la soberbia la confusión.

5. Pero debemos preguntarnos por qué el Espíritu Santo, coeterno con el Padre y el Hijo, apareció en fuego, por qué en fuego y lenguas a la vez, por qué a veces se muestra en una paloma, a veces en fuego, por qué apareció sobre el Hijo unigénito en forma de paloma, y sobre los discípulos en fuego (Hechos II, 2 ss.); de modo que no vino sobre el Señor en fuego, ni se mostró sobre los discípulos en paloma. Resolvamos estas cuatro cuestiones que hemos planteado. El Espíritu, coeterno con el Padre y el Hijo, se muestra en fuego porque Dios es un fuego incorpóreo, inefable e invisible, como atestigua Pablo: Nuestro Dios es un fuego consumidor (Hebreos XII, 29). Dios se llama fuego porque por él se consume la herrumbre de los pecados. De este fuego dice la Verdad: He venido a traer fuego a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda? (Lucas XII, 49). La tierra se llama así a los corazones terrenales, que, al acumular siempre pensamientos bajos, son pisoteados por los espíritus malignos. Pero el Señor envía fuego a la tierra cuando, con el soplo del Espíritu Santo, enciende los corazones carnales. Y la tierra arde cuando el corazón carnal, frío en sus deseos perversos, abandona las concupiscencias del siglo presente y se enciende en el amor de Dios. Por tanto, el Espíritu apareció bien en fuego, porque de todo corazón que llena, expulsa el frío del letargo y lo enciende en el deseo de su eternidad. Se mostró en lenguas de fuego porque el mismo Espíritu es coeterno con el Hijo, y hay una gran relación entre la lengua y la palabra. El Hijo es la Palabra del Padre. Y porque una es la sustancia del Espíritu y de la Palabra, el mismo Espíritu debía mostrarse en lengua. O ciertamente, porque por la lengua procede la palabra, el Espíritu apareció en lenguas, porque quienquiera que es tocado por el Espíritu Santo, confiesa la Palabra de Dios, es decir, el Hijo unigénito; y no puede negar la Palabra de Dios, porque ya tiene la lengua del Espíritu Santo. O ciertamente, el Espíritu apareció en lenguas de fuego porque a todos los que llena, los hace ardientes y hablantes. Los doctores tienen lenguas de fuego porque, al predicar que se debe amar a Dios, inflaman los corazones de los oyentes. Pues también es ociosa la palabra del que enseña si no puede proporcionar el incendio del amor. Este incendio de la doctrina lo habían recibido del mismo Verbo de Verdad, quienes decían: ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras? (Lucas XXIV, 32). Porque al oír la palabra, el alma se enciende, el frío del letargo se aleja, la mente se angustia en el deseo supremo, se aleja de las concupiscencias terrenales. El verdadero amor que la llena, la atormenta en lágrimas; pero mientras se atormenta con tal ardor, se alimenta de sus propios tormentos. Le gusta oír los preceptos celestiales; y cuantos más mandamientos recibe, como tantas antorchas se inflama; y lo que antes languidecía por los deseos, después arde por las palabras. Por eso se dice bien por Moisés: En su diestra está la ley de fuego (Deuteronomio XXXIII, 2). La siniestra es del réprobo, que será puesto a la izquierda; pero la diestra de Dios se llama a los elegidos. En la diestra de Dios, por tanto, la ley es de fuego, porque los elegidos no escuchan los mandamientos celestiales con corazón frío, sino que se inflaman con las antorchas de los amores íntimos. La palabra se lleva al oído, y su mente, enojada consigo misma, se quema con la llama de la dulzura interna. El Espíritu Santo se mostró en paloma y en fuego porque a

todos los que llena, los hace simples y ardientes, simples en pureza, ardientes en celo. Pues no puede agradar a Dios ni la simplicidad sin celo, ni el celo sin simplicidad. Por eso la Verdad misma dice: Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas (Mateo X, 16). En esto se debe notar que el Señor no quiso advertir a sus discípulos ni de la paloma sin la serpiente, ni de la serpiente sin la paloma, para que la simplicidad de la paloma encendiera la astucia de la serpiente, y la astucia de la serpiente templara la simplicidad de la paloma. Por eso Pablo dice: No seáis niños en el sentido (1 Corintios XIV, 20). He aquí que hemos oído la prudencia de la serpiente, ahora seamos advertidos sobre la simplicidad de la paloma: Pero en la malicia sed niños (Ibid.). Por eso se dice de Job: Era un hombre sencillo y recto (Job I, 1). ¿Qué es la rectitud sin simplicidad, o qué es la simplicidad sin rectitud? Porque este Espíritu enseña tanto la rectitud como la simplicidad, debía mostrarse tanto en fuego como en paloma, para que todo corazón tocado por su gracia, se hiciera tranquilo por la mansedumbre y encendido por el celo de la justicia.

6. Finalmente, debemos preguntarnos por qué en nuestro Redentor, Mediador entre Dios y los hombres, el Espíritu apareció en paloma, y en los discípulos en fuego. Ciertamente, el Hijo unigénito de Dios es el juez del género humano. Pero, ¿quién soportaría su justicia si, antes de reunirnos con mansedumbre, quisiera examinar nuestras culpas con el celo de la rectitud? Por tanto, hecho hombre por los hombres, se mostró manso a los hombres. No quiso herir a los pecadores, sino reunirlos. Primero quiso corregir con mansedumbre, para tener a quienes salvar en el juicio. Por tanto, el Espíritu debía aparecer sobre él en paloma, quien no venía a golpear los pecados con celo, sino a tolerarlos con mansedumbre. En cambio, el Espíritu Santo debía mostrarse sobre los discípulos en fuego, para que aquellos que eran simplemente hombres, y por tanto pecadores, los encendiera como siervos espirituales contra sí mismos, y los pecados que Dios perdonaba con mansedumbre, ellos mismos los castigaran en sí mismos con penitencia. Pues tampoco podían estar sin pecado quienes se adherían al magisterio celestial, como atestigua Juan, quien dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan I, 8). Por tanto, vino en fuego en los hombres, y apareció en paloma en el Señor, porque nuestros pecados, que el Señor tolera piadosamente con mansedumbre, debemos verlos cautelosamente con el celo de la rectitud, y siempre quemarlos con el ardor de la penitencia. Por tanto, el Espíritu se mostró en el Redentor en paloma, y en los hombres en fuego, porque cuanto más se nos ha templado la severidad de nuestro juez, tanto más debe encenderse nuestra debilidad hacia él. Habiendo completado la razón de las cuatro proposiciones, pasemos a contemplar los dones del mismo Espíritu.

7. De este Espíritu está escrito: Su Espíritu adornó los cielos (Job XXVI, 13). Los adornos de los cielos son las virtudes de los predicadores. Estos adornos los enumera Pablo, diciendo: A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro gracia de sanidades en un solo Espíritu, a otro operación de milagros, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de palabras. Pero todas estas cosas las obra un solo y mismo Espíritu, repartiendo a cada uno según quiere (1 Corintios XII, 8, ss.). Cuantos son los bienes de los predicadores, tantos son los adornos de los cielos. Por eso está escrito nuevamente: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos (Salmo XXXII, 6). La Palabra del Señor es el Hijo del Padre. Pero a los mismos cielos, es decir, a los santos apóstoles, para que se muestre que toda la santa Trinidad obró, se añade repentinamente de la divinidad del Espíritu Santo: Y por el espíritu de su boca toda su virtud (Ibid.). Por tanto, la virtud de los cielos se toma del espíritu, porque no se atreverían a oponerse a las potestades de este mundo, si la fortaleza del

Espíritu Santo no los hubiera fortalecido. Sabemos cómo eran los doctores de la santa Iglesia antes de la venida de este Espíritu, y vemos de qué fortaleza se hicieron después de su venida.

8. Ciertamente, este mismo pastor de la Iglesia, ante cuyo sacratísimo cuerpo nos sentamos, cuán débil y temeroso fue antes de la venida del Espíritu, lo diga la portera. Pues, golpeado por la voz de una sola mujer, temiendo morir, negó la vida (Juan XVIII, 17). Y entonces Pedro negó en la tierra, cuando el ladrón confesaba en la cruz (Lucas XXIII, 41, 42). Pero escuchemos cómo se convirtió este hombre de tanta cobardía después de la venida del Espíritu. Se convoca a los magistrados y ancianos, se les ordena a los apóstoles que no hablen en el nombre de Jesús: Pedro responde con gran autoridad: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos V, 29). Y nuevamente: Si es justo ante Dios escucharos a vosotros más que a Dios, juzgadlos. Porque no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído (Ibid., IV, 9, 10). Y ellos se iban gozosos de la presencia del concilio, porque habían sido considerados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús (Ibid., V, 41). He aquí que Pedro se regocija en los azotes, quien antes temía en las palabras. Y quien antes temía la voz de la criada, después de la venida del Espíritu Santo, desafía a los poderes de los príncipes, aunque azotado. Me complace elevar los ojos de la fe a la virtud de este artífice, y considerar dispersamente a los Padres del nuevo y del viejo testamento. He aquí, con los ojos de la fe abiertos, veo a David, Amós, Daniel, Pedro, Pablo, Mateo, y quiero considerar qué tipo de artífice es este Espíritu Santo, pero en mi misma consideración desfallezco. Pues llena al niño tañedor y lo hace salmista (1 Samuel XVI, 18). Llena al pastor de ganado que recogía sicómoros y lo hace profeta (Amós VII, 14). Llena al niño abstinente y lo hace juez de ancianos (Daniel XIII, 46, ss.). Llena al pescador y lo hace predicador (Mateo IV, 19). Llena al perseguidor y lo hace doctor de las naciones (Hechos IX, 1, ss.). Llena al publicano y lo hace evangelista (Lucas V, 27, 28). ¡Oh, qué tipo de artífice es este Espíritu! No hay demora en aprender todo lo que quiere. Tan pronto como toca la mente, enseña, y solo tocar es enseñar. Pues ilumina e inmediatamente transforma el alma humana; de repente renuncia a lo que era, y de repente muestra lo que no era.

9. Pensemos en nuestros santos predicadores, cómo los encuentra el día de hoy, cómo los ha hecho. Ciertamente, aquellos que estaban reunidos en un solo lugar por miedo a los judíos, conocían cada uno la lengua de su nacimiento, y sin embargo, ni siquiera en esa lengua que conocían se atrevían a hablar abiertamente de Cristo. Vino el Espíritu, y en su boca les enseñó a través de la diversidad de lenguas, y en su mente los fortaleció con autoridad (Hechos II, 2, ss.). Comenzaron a hablar de Cristo en lenguas extranjeras, quienes antes temían hablar de Él incluso en su propia lengua. En efecto, el corazón inflamado despreció los tormentos del cuerpo, que antes temía; venció la fuerza del temor carnal por amor al Creador. Y quienes antes sucumbían ante sus adversarios por miedo, ahora los superaban con autoridad. Aquel que los elevó a tan alta cumbre de grandeza, ¿qué más puedo decir, sino que convirtió las mentes de los hombres terrenales en cielos? Considerad, hermanos amadísimos, después de la encarnación del unigénito Hijo de Dios, cuán solemne es el día de hoy por la venida del Espíritu Santo. Pues así como aquella, también esta es honorable. En aquella, Dios permaneciendo en sí mismo asumió la humanidad, en esta, los hombres recibieron a Dios que venía de lo alto. En aquella, Dios se hizo hombre por naturaleza, en esta, los hombres se hicieron dioses por adopción. Si, por tanto, no queremos permanecer carnales en la muerte, amemos, hermanos amadísimos, a este Espíritu vivificante.

1581 10. Pero como la carne no conoce al espíritu, tal vez alguien diga con pensamiento carnal: ¿Cómo puedo amar a quien no conozco? Esto también lo concedemos, porque la mente, atenta a lo visible, no sabe ver lo invisible. Pues no piensa en nada más que en lo

visible, y aun cuando no actúa, lleva dentro de sí las imágenes de estas cosas; y mientras yace en imágenes corporales, no puede elevarse a lo incorpóreo. De ahí que cuanto más familiarmente lleva en su pensamiento la criatura corporal, tanto peor desconoce al Creador. Pero aunque no podemos ver a Dios, tenemos algo que hacer, un camino por el cual el ojo de nuestra inteligencia pueda llegar a Él. Ciertamente, a quien de ninguna manera podemos ver en sí mismo, ya podemos verlo en sus siervos. Cuando los vemos hacer cosas maravillosas, nos queda claro que Dios habita en sus mentes. En cuanto a lo incorpóreo, tomemos ejemplo de las cosas corporales. Ninguno de nosotros puede ver claramente el sol naciente mirando directamente su esfera, porque los ojos, tensos en sus rayos, se deslumbran; pero vemos las montañas iluminadas por el sol, y sabemos que el sol ya ha salido. Así pues, como no podemos ver al sol de justicia en sí mismo, veamos las montañas iluminadas por su claridad, es decir, a los santos apóstoles, que brillan con virtudes, resplandecen con milagros, a quienes la claridad del sol naciente ha iluminado, y aunque en sí mismo es invisible, a través de ellos se nos ha mostrado visible como a través de montañas iluminadas. Porque la virtud de la divinidad es en sí misma como el sol en el cielo; la virtud de la divinidad en los hombres, el sol en la tierra. Miremos, pues, al sol de justicia en la tierra, a quien no podemos ver en el cielo, para que, mientras caminamos por él en la tierra con paso seguro, alguna vez levantemos los ojos al cielo para contemplarlo. Pero nuestro camino en la tierra se lleva a cabo con paso seguro si Dios y el prójimo son amados con mente íntegra. Pues ni Dios se ama verdaderamente sin el prójimo, ni el prójimo se ama verdaderamente sin Dios. De ahí que, como ya dijimos en otro sermón (Supra, homil. 26, num. 3), se lee que el mismo Espíritu fue dado dos veces a los discípulos, primero cuando el Señor estaba en la tierra, y luego cuando el Señor presidía en el cielo. En la tierra se da para que se ame al prójimo, y desde el cielo para que se ame a Dios. Pero, ¿por qué primero en la tierra y luego desde el cielo, sino para que se entienda claramente que, según la voz de Juan, "El que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve?" (1 Juan IV, 20). Amemos, pues, al prójimo, hermanos, amemos a quien está junto a nosotros, para que podamos llegar al amor de aquel que está sobre nosotros. Medite la mente en el prójimo lo que ha de ofrecer a Dios; para que merezca gozar perfectamente en Dios con el prójimo. Entonces llegaremos a aquella alegría de la compañía celestial, de la cual ahora hemos recibido la prenda del Espíritu Santo. A este fin dirijamos todo nuestro amor, en el cual nos alegraremos sin fin. Allí la santa sociedad de los ciudadanos celestiales; allí la solemnidad segura; allí el descanso seguro; allí la paz verdadera, que ya no se nos deja, sino que se nos da por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXI.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Lorenzo mártir, el sábado de las Cuatro Témporas de septiembre.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS XIII, 6-13.

En aquel tiempo, Jesús decía a las multitudes esta parábola: Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala, ¿por qué ha de ocupar la tierra inútilmente? Pero él, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que cave alrededor de ella y le eche abono. Y si da fruto, bien; y si no, la cortarás en el futuro. Estaba enseñando en una de las sinagogas en sábado. Y he aquí una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada, y no podía en modo alguno enderezarse. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, quedas

libre de tu enfermedad. Y le impuso las manos; y al instante se enderezó, y glorificaba a Dios, etc.

1582 1. Nuestro Señor y Redentor, a través de su Evangelio, a veces habla con palabras, a veces con hechos; a veces dice una cosa con palabras y otra con hechos; y a veces lo mismo con palabras que con hechos. Dos cosas habéis escuchado del Evangelio, hermanos: la higuera infructuosa y la mujer encorvada, y a ambas se les ha mostrado piedad. Pero aquello lo dijo en parábola, esto lo hizo en demostración. Pero la higuera infructuosa significa lo mismo que la mujer encorvada, y la higuera reservada lo mismo que la mujer erguida. El Señor de la viña vino por tercera vez a la higuera, y no encontró fruto, y la mujer que fue erguida había estado encorvada durante dieciocho años. Este número de dieciocho años significa lo mismo que se dice que el Señor de la viña vino por tercera vez a la higuera infructuosa. Así que, habiendo resumido brevemente todo al principio, ahora expliquemos cada cosa según el orden de la lectura.

2. Un hombre tenía una higuera plantada en su viña; y vino a buscar fruto en ella, y no lo encontró. ¿Qué significa la higuera sino la naturaleza humana? ¿Qué significa la mujer encorvada sino que anuncia la misma naturaleza? Que fue bien plantada como la higuera, y bien [.....]ta como la mujer; pero, cayendo en culpa por su propia voluntad, ni guarda el fruto de la operación, ni el estado de rectitud. Pues cayendo en pecado por voluntad, al no querer llevar el fruto de la obediencia, perdió el estado de rectitud. Creada a semejanza de Dios, al no permanecer en su dignidad, despreció guardar lo que fue plantada o creada. El Señor de la viña vino por tercera vez a la higuera, porque buscó, amonestó y visitó la naturaleza del género humano antes de la ley, bajo la ley, y bajo la gracia.

3. Dijo entonces al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, 1583 y no lo encuentro. Vino antes de la ley, porque a través del entendimiento natural hizo conocer a cada uno, con su ejemplo, cómo debía comportarse con el prójimo. Vino en la ley, porque enseñó mandando. Vino después de la ley por la gracia, porque mostró la presencia de su piedad. Pero, sin embargo, se queja de no haber encontrado fruto en los tres años, porque las mentes de algunos perversos no son corregidas ni por la ley natural inspirada, ni por los preceptos, ni convertidas por los milagros de su encarnación. ¿Qué se expresa por el viñador sino el orden de los superiores? Quienes, al presidir la Iglesia, ciertamente cuidan de la viña del Señor. El primer viñador de esta viña fue el apóstol Pedro. A él lo seguimos nosotros, indignos, en cuanto trabajamos por vuestra instrucción, enseñando, rogando, increpando.

4. Pero con gran temor debe escucharse lo que se dice al viñador sobre la higuera infructuosa: Córdala; ¿por qué ha de ocupar la tierra inútilmente? Cada uno, según su medida, en cuanto ocupa el lugar de la vida presente, si no exhibe el fruto de la buena obra, ocupa la tierra como una higuera infructuosa, porque en el lugar donde está, niega a otros la ocasión de obrar. Pero en este mundo, cualquier poderoso, si no tiene el fruto de la buena obra, también presta impedimento a los demás, porque cualquiera que esté bajo él, al ver el ejemplo de su perversidad, es oprimido como por la sombra de su perversidad. La higuera infructuosa se alza arriba, y debajo la tierra estéril yace. La sombra de la higuera infructuosa se densifica arriba, y el rayo del sol no puede descender a la tierra, porque mientras los súbditos ven los ejemplos perversos de un patrón perverso, ellos también, permaneciendo infructuosos, son privados de la luz de la verdad. Y, oprimidos por la sombra, no reciben el calor del sol, porque 1584 permanecen fríos ante Dios, ya que en este mundo son mal protegidos. Pero de este cualquiera perverso y poderoso, ya casi no hay requerimiento por parte de Dios. Pues después de haberse perdido, solo queda preguntar por qué oprime también a otros. Por eso, bien dice el Señor de la viña: ¿Por qué ha de ocupar la tierra inútilmente? Ocupa la tierra

quien oprime las mentes ajenas, ocupa la tierra quien no ejerce en buenas obras el lugar que ocupa.

5. Pero, sin embargo, es nuestro deber interceder por tales personas. Escuchemos lo que dice el viñador: Señor, déjala todavía este año, hasta que cave alrededor de ella. ¿Qué significa cavar alrededor de la higuera sino reprender las mentes infructuosas? Toda zanja está en lo profundo. Y ciertamente, la reprensión, al mostrar la mente a sí misma, la humilla. Cuantas veces, pues, corregimos a alguien por su pecado, es como si caváramos alrededor de la higuera infructuosa por deber de cultivo. Después de cavar, escuchemos lo que se dice. Y le echaré un cesto de estiércol. ¿Qué es un cesto de estiércol sino la memoria de los pecados? Pues los pecados de la carne se llaman estiércol. Por eso, también se dice por el profeta: Los animales se pudrieron en su estiércol (Joel I, 17). Los animales pudriéndose en su estiércol son aquellos carnales que terminan su vida en el hedor de la lujuria. Así que, cada vez que reprendemos una mente carnal por sus pecados, cada vez que traemos a su memoria los vicios pasados, es como si vertiéramos un cesto de estiércol alrededor de la higuera infructuosa, para que recuerde la memoria de los males que ha hecho, y se enriquezca con la gracia de la compunción como de un hedor. Se echa, pues, un cesto de estiércol a la raíz del árbol cuando se toca la conciencia de su propia perversidad con la memoria del pensamiento. Y cuando la mente se excita a lamentarse por la penitencia, y se reforma a la gracia de la buena obra, es como si la raíz del corazón volviera a la fecundidad de la obra por el toque del estiércol: llora lo que recuerda haber hecho, le desagrada lo que recuerda haber sido: dirige su intención contra sí misma, y enciende su ánimo hacia lo mejor. Así, el árbol revive del hedor al fruto, porque el alma se resucita a las buenas obras desde la consideración del pecado. Y hay muchos que escuchan las reprensiones, y sin embargo desprecian volver a la penitencia, y, infructuosos para Dios, permanecen verdes en este mundo. Pero escuchemos lo que añade el viñador de la higuera: Si da fruto; si no, en el futuro la cortarás. Porque ciertamente quien aquí no quiere enriquecerse en fecundidad por la reprensión, allí caerá de donde ya no podrá resurgir por la penitencia; y en el futuro será cortada, aunque aquí parezca estar verde sin fruto.

6. Estaba enseñando en una de las sinagogas en sábado. Y he aquí una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años. Poco antes ya dijimos que esto era el triple advenimiento del Señor a la higuera infructuosa, lo que el número de dieciocho años significa para la mujer encorvada. Pues el hombre fue hecho en el sexto día (Génesis I, 27), y en ese mismo sexto día todas las obras del Señor fueron completadas. El número seis multiplicado por tres hace dieciocho. Así que, como el hombre, que fue hecho en el sexto día, no quiso tener obras perfectas, sino que antes de la ley, bajo la ley, y al comienzo de la gracia, fue débil, la mujer estuvo encorvada durante dieciocho años. Y estaba encorvada, y no podía en modo alguno enderezarse. Todo pecador que piensa en cosas terrenales, no busca las celestiales, 1585 no puede mirar hacia arriba, porque mientras sigue deseos inferiores, se curva desde la rectitud de su mente, y siempre ve esto que sin cesar piensa. Volved a vuestros corazones, hermanos amadísimos, mirad siempre lo que revolvéis en vuestras mentes a todas horas. Uno piensa en honores, otro en riquezas, otro en la ambición de propiedades. Todas estas cosas están en lo bajo, y cuando la mente está implicada en tales cosas, se curva desde la rectitud de su estado. Y porque no se eleva al deseo celestial, es como una mujer encorvada que no puede mirar hacia arriba.

7. Sigue: Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, quedas libre de tu enfermedad. Y le impuso las manos, y al instante se enderezó. La llamó y la enderezó, porque la iluminó y la ayudó. Llama, pero no endereza, cuando por su gracia somos iluminados, pero, por nuestros méritos, no podemos ser ayudados. Muchas veces vemos lo que debe hacerse, pero no lo

cumplimos en obra. Nos esforzamos, y nos debilitamos. El juicio de la mente ve la rectitud, pero la fortaleza de la obra sucumbe a ella, porque ciertamente ya es parte del castigo del pecado que, aunque se pueda ver el bien por don, sin embargo, por mérito, se sea repelido de lo que se ve. Pues la culpa habitual ata la mente, de modo que no puede levantarse a la rectitud. Se esfuerza, y cae, porque donde permaneció voluntariamente por mucho tiempo, allí también cae forzada cuando no quiere. Bien se dice de esta nuestra incurvación, en el tipo del género humano, por el salmista: Estoy encorvado y humillado en extremo (Salmo XXXVII, 7). Contemplando que el hombre fue creado para contemplar la luz celestial, pero, expulsado por sus pecados, lleva las tinieblas de su mente, no apetece lo celestial, busca lo inferior, no desea lo celestial, siempre gira en su mente lo terrenal, y lo que dolió de su género, en sí mismo exclamó, diciendo: Estoy encorvado y humillado en extremo. Pues perdiendo la contemplación de las cosas celestiales, si el hombre pensara solo en las necesidades de la carne, estaría encorvado y humillado, pero no estaría en extremo. Pero aquel a quien no solo la necesidad, sino también el placer ilícito derriba de las cosas superiores, no solo está encorvado, sino encorvado en extremo. De ahí que otro profeta dice de los espíritus inmundos: Que dijeron a tu alma, Encorvaos para que pasemos (Isaías LI, 23). Pues el alma está recta cuando desea lo celestial, y no se inclina a lo bajo. Pero los espíritus malignos, cuando la ven estar en su rectitud, no pueden pasar por ella. Pues pasar por ellos es esparcirle deseos inmundos. Dicen, pues, Encorvaos para que pasemos, porque si ella no se inclina a desear lo bajo, la perversidad de ellos no prevalece contra ella; y no pueden pasar por ella, a quien temen rígida en su intención celestial.

8. Nosotros, pues, hermanos amadísimos, no demos camino a los espíritus malignos en nosotros, cuando deseamos lo terrenal, cuando nos curvamos para apetecer lo temporal. Avergoncémonos, pues, de desear lo terrenal, y de ofrecer las espaldas de nuestras mentes a los adversarios que ascienden. Siempre mira la tierra quien está encorvado, y no recuerda por qué premio ha sido redimido quien busca lo bajo. De ahí que también se dice por Moisés, que quien está agobiado por una joroba, no sea promovido al sacerdocio (Levítico XXI, 20). Y todos los que hemos sido redimidos por la sangre de Cristo, nos convertimos en miembros de ese sumo sacerdote. Por eso también se nos dice por Pedro: Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real (1 Pedro II, 9). Pero quien soporta una joroba, siempre mira lo bajo. Por tanto, es rechazado del sacerdocio, porque quien está solo atento a las cosas terrenales, es testigo de sí mismo de que no es miembro del sumo sacerdote. De ahí que también los peces que no tienen aletas están prohibidos para el consumo del pueblo fiel (Levítico XI, 10). Pues los peces que tienen aletas de escamas suelen dar saltos sobre las aguas. ¿Qué significan, pues, los peces con aletas sino las almas elegidas? Que ciertamente solo ellas pasan al cuerpo de la Iglesia celestial, que, ahora sostenidas por las aletas de las virtudes, saben dar saltos por el deseo celestial, para que apetezcan lo superior por la contemplación, aunque en sí mismas vuelvan a caer por la carne mortal. Si, pues, ya hemos conocido los bienes de la patria celestial, 1587 desagrado, hermanos amadísimos, que estemos encorvados. Pongamos ante nuestros ojos a la mujer encorvada y al árbol infructuoso. Recordemos los males que hemos hecho, pongamos el cesto de estiércol en la raíz del corazón, para que entonces en la retribución del fruto engorde lo que aquí nos apestaba por la penitencia. Y si no podemos realizar la suma de las virtudes, Dios mismo se complace con nuestro lamento. Pues de la misma iniciación de la justicia le agradaremos, quien castigamos las injusticias que hemos hecho. No habrá demora en los llantos, porque las lágrimas pasajeras serán rápidamente enjugadas por las alegrías permanentes. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXII.

Pronunciada al pueblo en la basílica de los santos Proceso y Martiniano, en el día de su natalicio.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS IX, 23-27.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; y quien pierda su vida por mí, la salvará. ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si se pierde a sí mismo y se causa daño? Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre y de los santos ángeles. En verdad les digo, hay algunos aquí presentes que no probarán la muerte hasta que vean el reino de Dios.

1586 1. Porque nuestro Señor y Redentor, el nuevo hombre, vino al mundo, dio nuevos mandamientos al mundo. A la vida antigua nuestra, nutrida en vicios, opuso la novedad de su contrariedad. ¿Qué conocía el hombre viejo, el hombre carnal, sino retener lo suyo, arrebatar lo ajeno si podía; codiciar si no podía? Pero el médico celestial aplica a cada vicio los remedios opuestos. Pues así como en el arte de la medicina lo caliente se cura con lo frío y lo frío con lo caliente, así nuestro Señor opuso preceptos contrarios a los pecados, ordenando continencia a los lujuriosos, generosidad a los avaros, mansedumbre a los iracundos, humildad a los soberbios. Ciertamente, cuando proponía nuevos mandamientos a los que le seguían, dijo: Si alguno no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Luc. XIV, 33). Como si dijera abiertamente: Los que por la vida antigua codician lo ajeno, por el empeño de la nueva vida, den lo suyo. Escuchemos lo que dice en esta lectura: Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo. Allí se dice que renunciemos a lo nuestro, aquí se dice que renunciemos a nosotros mismos. Y tal vez no es laborioso para el hombre dejar lo suyo, pero es muy laborioso dejarse a sí mismo. Es menos renunciar a lo que tiene, pero es mucho más renunciar a lo que es.

1587 2. Al venir a Él, el Señor nos mandó renunciar a lo nuestro, porque cualquiera que viene al combate de la fe, toma la lucha contra los espíritus malignos. Pero los espíritus malignos no poseen nada propio en este mundo. Por tanto, debemos luchar desnudos contra los desnudos. Pues si alguien vestido lucha contra un desnudo, más pronto es derribado, porque tiene de dónde ser agarrado. ¿Qué son todas las cosas terrenales sino ciertas vestiduras del cuerpo? Quien, por tanto, se apresura al combate contra el diablo, deseche las vestiduras, para no sucumbir. No posea nada en este mundo amando, no busque los placeres de las cosas pasajeras, para que no sea retenido por aquello que le cubre a su deseo. Sin embargo, no basta con dejar lo nuestro, a menos que también nos dejemos a nosotros mismos. ¿Qué decimos al dejar también a nosotros mismos? Si nos dejamos a nosotros mismos, ¿a dónde iremos fuera de nosotros? O, ¿quién es el que va, si se ha abandonado a sí mismo? Pero somos una cosa por el pecado caído, otra por la naturaleza creada; una cosa lo que hemos hecho, otra lo que hemos sido hechos. Dejémonos a nosotros mismos como nos hemos hecho pecando, y permanezcamos como hemos sido hechos por la gracia. Pues quien fue soberbio, si convertido a Cristo se hizo humilde, se deja a sí mismo. Si alguien lujurioso cambió su vida a la continencia, ciertamente ha negado lo que fue. 1588 Si alguien avaro ya dejó de ambicionar y aprendió a dar lo propio quien antes arrebatava lo ajeno, sin duda se ha dejado a sí mismo. Es el mismo por naturaleza, pero no es el mismo por malicia. De ahí que esté escrito: Derriba a los impíos, y no serán (Prov. XII, 7). Pues los impíos convertidos no serán, no porque no serán en esencia, sino porque no serán en la culpa de la impiedad. Entonces nos dejamos a nosotros mismos, entonces nos negamos a nosotros mismos, cuando evitamos lo

que fuimos por la antigüedad, y nos esforzamos por lo que somos llamados por la novedad. Pensemos cómo Pablo se había negado a sí mismo, quien decía: Vivo, pero ya no yo (Gal. II, 20). Pues había muerto aquel perseguidor cruel, y había comenzado a vivir el piadoso predicador. Si él mismo fuera, ciertamente no sería piadoso. Pero quien niega que vive, diga de dónde es que clama las santas palabras por la doctrina de la verdad. Inmediatamente añade: Mas vive en mí Cristo (Ibid.). Como si dijera abiertamente: Yo ciertamente he muerto a mí mismo, porque no vivo carnalmente; pero no estoy muerto esencialmente, porque en Cristo vivo espiritualmente. Diga, pues, la Verdad, diga: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo. Porque a menos que alguien se aparte de sí mismo, no se acerca a aquel que está sobre él; ni puede alcanzar lo que está más allá de él, si no sabe matar lo que es. Así se trasplantan las plantas de las hortalizas para que prosperen, y, por así decirlo, se arrancan para que crezcan. Así las semillas de las cosas en la mezcla de la tierra perecen, para que en la restauración de su género surjan más abundantemente. Pues de donde parecen haber perdido lo que eran, de allí reciben aparecer lo que no eran.

3. Pero quien ya se niega a sí mismo de los vicios, debe buscar las virtudes en las que crecer. Pues cuando se dijo: Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, inmediatamente se añade: Y tome su cruz cada día, y sígame. De dos maneras se toma la cruz, cuando o bien el cuerpo se aflige por la abstinencia, o bien el alma se aflige por la compasión del prójimo. Pensemos cómo Pablo había llevado su cruz de ambas maneras, quien decía: Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser descalificado (I Cor IX, 27). He aquí que en la aflicción del cuerpo hemos oído la cruz de la carne, escuchemos ahora en la compasión del prójimo la cruz de la mente. Dice: ¿Quién se enferma, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Cor. XI, 29.) El perfecto predicador, para dar ejemplo de abstinencia, llevaba la cruz en el cuerpo. Y porque en sí mismo llevaba los daños de la debilidad ajena, llevaba la cruz en el corazón.

3. Pero porque a las mismas virtudes están cercanos ciertos vicios, debemos decir qué vicio acecha la abstinencia de la carne y cuál la compasión de la mente. Pues la vanagloria a veces acecha de cerca la abstinencia de la carne, porque cuando se observa la delgadez en el cuerpo, cuando se ve la palidez en el rostro, la virtud expuesta es alabada; y tanto más rápidamente se derrama hacia afuera, cuanto más sale a los ojos humanos por la palidez mostrada. Y a menudo sucede que lo que se cree hacer por causa de Dios se hace por el favor de los hombres. Lo que bien significa aquel Simón, quien, encontrado en el camino (Matth. XXVII, 32), lleva la cruz del Señor por obligación. Pues las cargas ajenas se llevan por obligación, cuando algo se hace por el afán de la vanidad. ¿A quiénes, pues, designa Simón, sino a los abstinentes y arrogantes? Quienes por la abstinencia afligen la carne, pero no buscan el fruto de la abstinencia en su interior. Simón, pues, lleva la cruz del Señor por obligación, porque cuando no se lleva a cabo una obra buena por buena voluntad, el pecador realiza la obra del justo sin fruto. Por eso el mismo Simón lleva la cruz, pero no muere, porque los abstinentes y arrogantes por la abstinencia afligen el cuerpo, pero por el deseo de gloria viven para el mundo. La compasión del alma a menudo la acecha secretamente la falsa piedad, de modo que a veces la arrastra hasta condescender con los vicios, cuando no se debe ejercer compasión hacia las culpas, sino celo. La compasión se debe al hombre, y la rectitud a los vicios, para que en un mismo hombre amemos el bien que fue hecho, y persigamos los males que hizo, no sea que al perdonar imprudentemente las culpas, ya no parezcamos compadecer por caridad, sino caer por negligencia.

4. Sigue: Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; y quien pierda su vida por mí, la salvará. Así se dice al fiel: Quien quiera salvar su vida, la perderá; y quien pierda su vida por mí, la salvará. Como si se dijera al agricultor: Si guardas el grano, lo pierdes; si lo siembras,

lo renuevas. Pues ¿quién no sabe que el grano cuando se siembra, desaparece de la vista, se pierde en la tierra? Pero de donde se pudre en el polvo, de allí reverdece en la renovación. Pero como la santa Iglesia tiene un tiempo de persecución y otro de paz; nuestro Redentor distingue esos tiempos en sus preceptos. Pues en tiempo de persecución se debe poner la vida, pero en tiempo de paz se deben quebrantar los deseos terrenales que más pueden dominar. Por eso ahora se dice: ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si se pierde a sí mismo y se causa daño? Cuando falta la persecución de los adversarios, el corazón debe ser custodiado con mucha más vigilancia. Pues en tiempo de paz, porque se permite vivir, también se desea ambicionar. Esta avaricia se reprime bien si se considera cuidadosamente el estado del que ambiciona. Pues ¿por qué insistir en acumular, cuando no puede permanecer el que acumula? Considere, pues, cada uno su camino, y reconocerá que le pueden bastar las pocas cosas que tiene. Pero tal vez teme que en el camino de esta vida le falte el sustento. El camino breve reprende nuestros largos deseos, en vano se llevan muchas cosas cuando está cerca el destino. A menudo vencemos la avaricia, pero aún se interpone que mantenemos los caminos de la rectitud con menor custodia de perfección. Pues a menudo despreciamos todas las cosas pasajeras, pero aún nos detiene el uso de la vergüenza humana, de modo que la rectitud que guardamos en la mente aún no podemos expresarla en la voz; y tanto más descuidamos el rostro de Dios para la defensa de la justicia, cuanto tememos los rostros humanos contra la justicia. Pero a esta herida se le aplica un remedio adecuado cuando el Señor dice: Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre y de los santos ángeles.

5. Pero he aquí que ahora los hombres dicen entre sí: Nosotros ya no nos avergonzamos del Señor y de sus palabras: porque lo confesamos abiertamente con la voz. A quienes yo respondo que en este pueblo cristiano hay algunos que confiesan a Cristo porque ven que todos son cristianos. Pues si el nombre de Cristo no estuviera hoy en tanta gloria, la santa Iglesia no tendría tantos profesores de Cristo. Por tanto, para la prueba de la fe no basta la voz de la profesión, que defiende la vergüenza de la profesión general. Sin embargo, hay donde cada uno se interroga, para probarse verdaderamente en la confesión de Cristo, si ya no se avergüenza de su nombre, si con plena virtud de mente ha sometido la vergüenza humana. Ciertamente, en tiempo de persecución los fieles podían avergonzarse de ser despojados de sus bienes, de ser depuestos de sus dignidades, de ser afligidos con azotes. Pero en tiempo de paz, porque estas persecuciones nos faltan, hay otro lugar donde mostrarnos a nosotros mismos. A menudo tememos ser despreciados por los prójimos, nos desdeñamos de tolerar las injurias verbales; si acaso surge una disputa con el prójimo, nos avergonzamos de ser los primeros en reconciliarnos. Pues el corazón carnal, mientras busca la gloria de esta vida, rechaza la humildad. Y a menudo el mismo hombre que se enoja desea reconciliarse con el que está en discordia, pero se avergüenza de ir primero a satisfacer. Pensemos en los hechos de la Verdad, para ver dónde yacen las acciones de nuestra depravación. Pues si somos miembros de la cabeza suprema, debemos imitar a aquel a quien estamos unidos. ¿Qué dice Pablo, el predicador insigne, para ejemplo de nuestra instrucción? Por Cristo ejercemos la embajada, como si Dios exhortara por nosotros; rogamus por Cristo, reconcíliense con Dios (II Cor. V, 20). He aquí que entre nosotros y Dios hicimos discordia pecando, y sin embargo, Dios nos envió primero a sus legados, para que nosotros mismos, que pecamos, vengamos a la paz de Dios rogados. Avergüéncese, pues, la soberbia humana, confúndase cada uno si no satisface primero al prójimo, cuando después de nuestra culpa, para que nos reconciliemos con él, incluso el que fue ofendido, Dios, ruega por medio de legados.

6. Sigue: En verdad les digo, hay algunos aquí presentes que no probarán la muerte hasta que vean el reino de Dios. El reino de Dios, hermanos carísimos, no siempre en la sagrada escritura se dice el reino venidero, sino que a veces se llama la Iglesia presente. De donde está escrito: Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos (Matth. XIII, 41). Pues en aquel reino no habrá escándalos, donde ciertamente no se admiten los réprobos. Por este ejemplo se deduce que en este lugar se llama reino de Dios a la Iglesia presente. Y porque algunos de los discípulos habrían de vivir en el cuerpo hasta ver la Iglesia de Dios construida y erguida contra la gloria de este mundo, se dice ahora con una promesa consoladora: Hay algunos de los aquí presentes que no probarán la muerte hasta que vean el reino de Dios. Pero cuando el Señor daba tantos preceptos de la muerte que debía ser sufrida, ¿qué necesidad había de llegar de repente a esta promesa? Si lo consideramos sutilmente, reconocemos cuánta disposición de piedad se lleva a cabo. Pues a los discípulos rudos también se les debía prometer algo de la vida presente, para que pudieran ser más firmemente consolidados en la futura. Así al pueblo israelita, al ser liberado de la tierra de Egipto, se le promete la tierra de la promesa, y cuando debía ser llamado a los dones celestiales, se le persuade con promesas terrenales. ¿Por qué esto? Para que, mientras hubiera algo que recibir de cerca, creyera ya más fielmente lo que de lejos pudiera oír. Pues el pueblo carnal, si no recibiera lo pequeño, no creería lo grande. Por tanto, Dios omnipotente, al dar lo terrenal, persuade a lo celestial, para que recibiendo lo que ve, aprenda a esperar lo que no ve; y tanto más sólido se haga de lo invisible, cuanto las promesas visibles lo sostengan en la certeza de la esperanza. Por eso también rectamente se dice por el salmista: Les dio las tierras de las naciones, y poseyeron los trabajos de los pueblos, para que guarden sus justificaciones y busquen su ley (Sal. CIV, 44, 45). Así, pues, en este lugar, la Verdad hablando a los discípulos rudos, promete ver el reino de Dios en la tierra, para que por ellos se presuma más fielmente en el cielo. Por tanto, del mismo reino que ya vemos ser elevado en el mundo, esperemos el reino que creemos recibir en el cielo. Pues hay algunos que se cuentan con el nombre de cristianos, pero no tienen la fe de la cristiandad. Solo consideran visibles las cosas, no apetecen las invisibles, porque ni siquiera sospechan que existan. Estamos ante los cuerpos de los santos mártires, hermanos míos. ¿Acaso darían su carne a la muerte, si no les constara con certeza que hay una vida por la que debían morir? Y he aquí que quienes así creyeron, resplandecen con milagros. Pues a los cuerpos muertos de ellos vienen los enfermos vivos y son sanados, vienen los perjurios y son atormentados por el demonio, vienen los endemoniados y son liberados. ¿Cómo, pues, viven allí donde viven, si en tantos milagros viven aquí donde están muertos?

7. Digo, hermanos, una cosa breve en palabras, pero no pequeña en mérito, que conocí por el relato de ciertos ancianos religiosos. En tiempo de los godos, hubo una matrona muy religiosa, que solía venir frecuentemente a la iglesia de estos mártires. Un día, cuando vino a orar como de costumbre, al salir, encontró a dos monjes de pie bajo un hábito peregrino, los creyó peregrinos, ordenó que se les diera alguna limosna. Pero antes de que su servidor se acercara a ellos para darles la limosna, se acercaron más y dijeron: Tú nos visitas ahora, nosotros te buscaremos en el día del juicio, y te daremos lo que podamos. Dicho esto, desaparecieron de su vista. Ella, aterrada, regresó a orar, y se derramó en lágrimas más prolongadamente. Y después de esto, se hizo tanto más insistente en la oración, cuanto más segura estaba de la promesa. Pero si, según la voz de Pablo, la fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la prueba de las que no se ven (Hebr. XI, 1), ya no decimos que crean en la vida venidera, porque he aquí que los mismos que viven en ella, se presentan visiblemente a los ojos humanos. Pues lo que puede ser visto, mejor se dice ser conocido que creído. Por tanto, el Señor quiso que supiéramos más que creyéramos en la vida venidera, quien a aquellos que recibe invisiblemente, nos muestra que viven también visiblemente.

8. Por tanto, hermanos carísimos, en la causa de vuestro examen, que tenéis con el juez estricto, hagan de estos sus patronos, a estos en el día de tanto terror adóptenlos como defensores. Ciertamente, si ante algún gran juez vuestra causa fuera a ser ventilada mañana, todo el día de hoy se pasaría en pensamiento, vuestra fraternidad buscaría un patrono, rogaría con grandes súplicas para que un defensor viniera ante tan gran juez. He aquí que el juez estricto Jesús va a venir, se adhiere el terror de aquel gran concilio de ángeles y arcángeles. En esa asamblea se discute nuestra causa, y sin embargo, no buscamos ahora patronos, que entonces tengamos defensores. Están presentes nuestros defensores, los santos mártires, quieren ser rogados, y, por así decirlo, buscan ser buscados. Por tanto, busquen a estos como ayudantes de vuestra oración, encuentren a estos como protectores de vuestra culpa, porque el mismo que juzga quiere ser rogado para que no deba castigar a los pecadores. Por eso amenaza con ira durante tanto tiempo, y sin embargo, espera misericordiosamente. Así, pues, que su misericordia nos consuele, de modo que de ninguna manera nos haga negligentes. Que nuestros pecados nos perturben, para que la mente no caiga en desesperación, porque si tememos presumiendo, y esperando tememos, más rápidamente alcanzaremos el reino eterno, por aquel que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXIII.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Clemente, el viernes de las Témperas de septiembre.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS VII, 36-50.

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que comiera con él. Y entrando en la casa del fariseo, se reclinó a la mesa. Y he aquí una mujer, que era pecadora en la ciudad, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume, y estando detrás, junto a sus pies, comenzó a regar sus pies con lágrimas, y los secaba con los cabellos de su cabeza, y besaba sus pies, y los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado, dijo para sí: Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora. Y respondiendo Jesús, le dijo: Simón, tengo algo que decirte. Y él dijo: Maestro, di. Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. ¿Quién, pues, lo amará más? Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien más perdonó. Y él le dijo: Has juzgado correctamente. Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para mis pies; pero ella ha regado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste beso, pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite, pero ella ha ungido mis pies con perfume. Por lo cual te digo: Sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho. Pero a quien se le perdona poco, ama poco. Y dijo a ella: Tus pecados te son perdonados. Y comenzaron los que estaban a la mesa con él a decir entre sí: ¿Quién es este que también perdona pecados? Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, vete en paz.

1592 1. Al reflexionar sobre la penitencia de María, prefiero llorar que decir algo. ¿Qué corazón, aunque sea de piedra, no se ablandará con las lágrimas de esta pecadora como ejemplo de penitencia? Consideró lo que había hecho, y no quiso moderar lo que haría. Entró entre los comensales, no fue invitada, ofreció lágrimas entre las comidas. Aprendan con qué dolor arde, quien no se avergüenza de llorar entre las comidas. A esta mujer que Lucas llama

pecadora, Juan la nombra María, creemos que es la María de la que Marcos testifica que fueron expulsados siete demonios. ¿Y qué se designa por siete demonios, sino todos los vicios? Porque en siete días se comprende todo el tiempo, correctamente el número siete figura la totalidad. María, por tanto, tuvo siete demonios, llena de todos los vicios. Pero he aquí que al ver las manchas de su deshonra, corrió al manantial de misericordia para lavarse, no se avergonzó de los comensales. Pues como se avergonzaba gravemente de sí misma por dentro, no creyó que hubiera nada de lo que avergonzarse por fuera. ¿Qué, pues, nos asombra, hermanos, de María viniendo, o del Señor recibéndola? ¿Recibiéndola diré, o atrayéndola? Mejor diré, atrayéndola y recibéndola, porque ciertamente él la atrajo por misericordia por dentro, quien por mansedumbre la recibió por fuera. Pero ya recorriendo el texto del santo Evangelio, veamos también el orden en que vino a ser sanada.

2. Trajo un frasco de alabastro con perfume, y estando detrás, junto a los pies de Jesús, comenzó a regar sus pies con lágrimas, y los secaba con los cabellos de su cabeza, y besaba sus pies, y los ungía con el perfume. Es claro, hermanos, que la mujer, antes dedicada a actos ilícitos, usaba el perfume para el olor de su carne. Lo que, pues, se había exhibido torpemente, ahora lo ofrecía laudablemente a Dios. Con los ojos había codiciado lo terrenal, pero ahora, quebrantándolos por penitencia, lloraba. Había exhibido los cabellos para la composición del rostro, pero ahora con los cabellos secaba las lágrimas. Con la boca había hablado con soberbia, pero besando los pies del Señor, fijaba esto en las huellas de su Redentor. Cuantos placeres tuvo en sí, tantos holocaustos encontró de sí misma. Convirtió el número de crímenes en virtudes, para que todo sirviera a Dios en penitencia, todo lo que de sí había despreciado a Dios en culpa.

3. Pero el fariseo, al ver esto, la desprecia, y no solo reprende a la mujer pecadora que viene, sino también al Señor que la recibe, diciendo para sí: Este, si fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora. He aquí el fariseo verdaderamente soberbio en sí mismo, y falsamente justo, reprende a la enferma por su enfermedad, al médico por su ayuda, quien también estaba enfermo de la herida de la soberbia, y no lo sabía. Entre dos enfermos estaba el médico; pero uno de ellos, en la fiebre, mantenía el sentido íntegro, el otro, en la fiebre de la carne, había perdido el sentido de la mente. Ella lloraba por lo que había hecho; pero el fariseo, elevado por una falsa justicia, exageraba la gravedad de su enfermedad. En su enfermedad, pues, había perdido el sentido, quien ignoraba incluso que estaba lejos de la salvación. Pero entre estas cosas, nuestros gemidos nos obligan a mirar a algunos hombres de nuestro orden, que, dotados del oficio sacerdotal, si acaso han hecho algo justo exteriormente o tenuemente, inmediatamente desprecian a los súbditos, y desprecian a los pecadores que están en el pueblo, y no quieren compadecerse de ellos confesando su culpa, y, al modo de los fariseos, desprecian ser tocados por la mujer pecadora. Esta mujer, si hubiera venido a los pies del fariseo, ciertamente se habría ido rechazada por los talones. Creería, en efecto, que se contaminaba con el pecado ajeno. Pero como no lo llenaba la verdadera justicia, enfermaba por la herida ajena. Por lo cual siempre es necesario que cuando veamos a los pecadores, primero nos lamentemos de nosotros mismos en su calamidad, porque tal vez en lo mismo hemos caído, o podemos caer, si no hemos caído. Y si la censura del magisterio debe siempre perseguir los vicios con la virtud de la disciplina, sin embargo, es necesario que discernamos cuidadosamente que debemos severidad a los vicios, compasión a la naturaleza. Si el pecador debe ser castigado, el prójimo debe ser alimentado. Cuando ya por penitencia golpea él mismo lo que hizo, ya nuestro prójimo no es pecador, porque cuando la justicia de Dios se dirige contra él, y castiga en sí mismo lo que la justicia divina reprende.

4. Pero ya escuchemos con qué sentencia es convencido este soberbio y arrogante. Se le propone un paradigma de dos deudores, uno debe menos, y otro más; perdonada la deuda de ambos, se pregunta quién amará más al acreedor. A estas palabras, él responde de inmediato: Aquel a quien más se le perdona. En lo cual es de notar que mientras el fariseo es convencido por su propia sentencia, como un frenético lleva la cuerda con la que es atado. Se enumeran los bienes de la pecadora, se enumeran los males del falso justo, cuando se dice: Entré en tu casa, no me diste agua para mis pies; pero ella ha regado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste beso; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite; pero ella ha ungido mis pies con perfume. Después de la enumeración, se añade la sentencia: Por lo cual te digo: Sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho. ¿Qué, hermanos míos, creemos que es el amor, sino fuego? ¿Y qué es la culpa, sino herrumbre? Por lo cual ahora se dice: Sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho. Como si claramente se dijera: Incendió completamente la herrumbre del pecado, porque arde intensamente por el fuego del amor. Cuanto más se consume la herrumbre del pecado, tanto más se quema el corazón del pecador con el gran fuego de la caridad. He aquí que la que vino enferma al médico fue sanada, pero otros aún enferman por su salvación. Pues los que estaban a la mesa con él se quejaron, diciendo entre sí: ¿Quién es este que también perdona pecados? Pero el médico celestial no desprecia a los enfermos, a quienes ve empeorar incluso por el medicamento. Sin embargo, confirma a la que había sanado por la sentencia de su piedad, diciendo: Tu fe te ha salvado, vete en paz. La fe, en efecto, la salvó, porque no dudó que podía recibir lo que pedía. Pero también había recibido de él la certeza de la esperanza, de quien buscaba la salvación por la esperanza. Se le ordena ir en paz, para que no se desvíe del camino de la verdad al camino del escándalo. Por lo cual también se dice por Zacarías: Para dirigir nuestros pies por el camino de la paz (Luc. I, 79). Entonces dirigimos nuestros pasos por el camino de la paz, cuando seguimos el camino de las acciones en el que no discordamos de la gracia de nuestro autor.

5. Estas cosas, hermanos carísimos, las hemos recorrido con exposición histórica; ahora, si les place, discutamos lo que se ha dicho con entendimiento místico. ¿A quién, pues, representa el fariseo presumiendo de falsa justicia, sino al pueblo judío, y a quién representa la mujer pecadora, pero viniendo a los pies del Señor y llorando, sino a la gentilidad convertida? Que vino con alabastro, derramó perfume, se puso detrás junto a los pies del Señor, regó sus pies con lágrimas, los secó con sus cabellos, y no cesó de besar los pies que ungía y secaba. Nosotros, pues, nosotros somos esa mujer, si volvemos al Señor con todo el corazón después de los pecados, si imitamos el llanto de su penitencia. ¿Qué se expresa con el perfume, sino la buena reputación de la buena opinión? Por lo cual también Pablo dice: Somos buen olor de Cristo para Dios en todo lugar (II Cor. II, 15). Si, pues, hacemos obras rectas, con las que esparcimos el buen olor de la opinión en la Iglesia, ¿qué hacemos en el cuerpo del Señor sino derramar perfume? Pero la mujer se puso detrás junto a los pies de Jesús. Contra los pies del Señor nos pusimos cuando, en los pecados, éramos retenidos por sus caminos. Pero si nos convertimos a la verdadera penitencia después de los pecados, ya nos ponemos detrás junto a los pies, porque seguimos sus huellas a quien combatíamos. La mujer riega sus pies con lágrimas. Lo que también hacemos verdaderamente, si nos inclinamos con afecto de compasión a los últimos miembros del Señor, si compartimos con sus santos en la tribulación, si consideramos su tristeza como nuestra. La mujer secó con sus cabellos los pies que había regado. Los cabellos, en efecto, sobran al cuerpo. ¿Y qué es la abundante sustancia terrena, sino que tiene la apariencia de cabellos? Que cuando sobra para el uso de la necesidad, incluso cortada no se siente. Con los cabellos, pues, secamos los pies del Señor, cuando a sus santos, a quienes compadecemos por caridad, también les mostramos misericordia con lo que nos sobra, para que así el alma sufra por compasión, como también la

mano generosa muestre el afecto del dolor. Riega, en efecto, con lágrimas los pies del Redentor, pero no los seca con sus cabellos, quien de alguna manera compadece el dolor de los prójimos, pero no les muestra misericordia con lo que le sobra. Lloro y no seca, quien da palabras de dolor, pero no ministrando lo que falta, no corta la fuerza del dolor. La mujer besa los pies que seca. Lo que también hacemos plenamente, si amamos diligentemente a quienes sostenemos con generosidad, para que no nos sea gravosa la necesidad del prójimo, para que no nos sea onerosa la misma indigencia que se sostiene, y cuando la mano da lo necesario, el ánimo no se enfría en el amor.

6. También puede entenderse por los pies el mismo misterio de su encarnación, por el cual la divinidad tocó la tierra, porque tomó carne. El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). Besamos, pues, los pies del Redentor, cuando amamos de todo corazón el misterio de su encarnación. Ungimos los pies con perfume, cuando predicamos con buena opinión la misma potencia de su humanidad en el sagrado discurso. Pero esto lo ve el fariseo y envidia, porque cuando el pueblo judío ve a la gentilidad predicar a Dios, se consume en su malicia. Pero nuestro Redentor enumera las obras de la misma mujer como buenas de la gentilidad, para que reconozca en qué mal yace el pueblo judío. Pues así se reprende al fariseo, para que por él, como hemos dicho, se muestre aquel pueblo infiel. Entré en tu casa, no me diste agua para mis pies, pero ella ha regado mis pies con lágrimas. El agua, en efecto, está fuera de nosotros, el humor de las lágrimas dentro de nosotros, porque ciertamente el pueblo infiel nunca dio por el Señor ni siquiera lo que estaba fuera de sí; pero la gentilidad convertida no solo derramó la sustancia de las cosas, sino también la sangre. No me diste beso; pero ella, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. El beso, en efecto, es signo de amor. Y el pueblo infiel no dio beso a Dios, porque no quiso amarlo por caridad, a quien sirvió por temor. Pero la gentilidad llamada no cesa de besar las huellas de su Redentor, porque suspira continuamente en su amor. Por lo cual también se dice con la voz de la esposa sobre su mismo Redentor en el Cantar de los Cantares: Que me bese con el beso de su boca (Cant. I, 7). Desea correctamente el beso de su Creador, quien se prepara a obedecerle por amor. No ungiste mi cabeza con aceite. Si tomamos los pies del Señor como el misterio de su encarnación, correctamente por su cabeza se designa la misma divinidad. Por lo cual también se dice por Pablo: La cabeza de Cristo es Dios (I Cor. XI, 3). En Dios, en efecto, y no en sí mismo como en hombre, el pueblo judío confesaba creer. Pero se dice al fariseo: No ungiste mi cabeza con aceite, porque también descuidó predicar con digna alabanza la misma potencia de su divinidad, en la que el pueblo judío prometió creer. Pero ella ha ungido mis pies con perfume, porque cuando la gentilidad creyó en el misterio de su encarnación, también predicó con suma alabanza sus cosas más bajas. Pero ya nuestro Redentor concluye los bienes enumerados, cuando añade por sentencia: Por lo cual te digo: Sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho. Como si claramente dijera: Y si es muy duro lo que se cocina, abunda sin embargo el fuego del amor por el cual también las cosas duras se consumen.

7. Entre estas cosas, es grato contemplar la consideración de tanta piedad. Las obras de la mujer pecadora, pero penitente, con qué estimación las guarda la Verdad en sí misma, que las enumera a su adversario bajo tan gran distribución. El Señor estaba a la mesa en el banquete del fariseo, pero se deleitaba con las comidas del alma en la mujer penitente. En el fariseo la Verdad se alimentaba por fuera, en la mujer pecadora, pero convertida, se alimentaba por dentro. Por lo cual también la santa Iglesia, que busca bajo la figura del cervatillo de los ciervos, dice en el Cantar de los Cantares: Indícame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía (Cant. I, 6). El cervatillo del ciervo se llama al Señor, según la carne asumida, hijo de los antiguos padres. En el mediodía arde más el calor, y el cervatillo

busca un lugar sombrío, que el calor no afecta con su fuego. En aquellos corazones, pues, descansa el Señor, que el amor del presente siglo no incendia, que los deseos de la carne no queman, que encendidos por sus ansiedades no se secan en las concupiscencias de este mundo. Por lo cual también se dice a María: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 35). Busca, pues, el cervatillo lugares sombríos al mediodía para pastar, porque en tales mentes se alimenta el Señor, que por el respeto de la gracia, templadas por los deseos corporales, no se queman. Más, pues, alimentaba por dentro la mujer penitente que el fariseo al Señor por fuera, porque como cervatillo nuestro Redentor había huido a su mente, que después del fuego de los vicios la sombra de la penitencia templaba.

8. Pensemos cuánta piedad tuvo al admitir a la mujer pecadora, no solo permitiéndole acercarse, sino también tocar sus pies. Consideremos la gracia del Dios misericordioso y condenemos la multitud de nuestras culpas. He aquí que ve a los pecadores y los soporta, tolera a los que resisten, y sin embargo, diariamente los llama con clemencia a través del Evangelio. Desea nuestra confesión de corazón puro y ha perdonado todo lo que hemos cometido. La misericordia del Redentor ha suavizado para nosotros la severidad de la ley. En ella está escrito: Si alguien hace esto o aquello, morirá (Éxodo XIX, 12; Levítico XX, sec.). Apareció nuestro Creador y Redentor en la carne, prometiendo vida, no castigo, a la confesión de los pecados; recibe a la mujer confesando sus heridas y la deja sana. Así, inclinó la dureza de la ley hacia la misericordia, porque a quienes justamente condena, él misericordiosamente libera. Por eso también está bien escrito en la ley que las manos de Moisés eran pesadas; entonces tomaron una piedra y la pusieron debajo de él, sobre la cual se sentó; Aarón y Hur sostenían sus manos (Éxodo XVII, 12). Moisés se sentó en la piedra cuando la ley descansó en la Iglesia. Pero esta misma ley tenía manos pesadas, porque no soportaba misericordiosamente a los pecadores, sino que los golpeaba con severa restricción. Aarón significa monte de fortaleza, y Hur significa fuego. ¿A quién, entonces, señala este monte de fortaleza, sino a nuestro Redentor, de quien se dice por el profeta: En los últimos días, el monte de la casa del Señor será preparado en la cima de los montes (Isaías II, 2)? ¿O quién es figurado por el fuego, sino el Espíritu Santo, de quien el mismo Redentor dice: He venido a traer fuego a la tierra (Lucas XII, 49)? Aarón y Hur sostienen las pesadas manos de Moisés, y al sostenerlas las hacen más ligeras, porque el Mediador entre Dios y los hombres, viniendo con el fuego del Espíritu Santo, nos mostró que los mandamientos pesados de la ley, que no podían ser llevados cuando se mantenían carnalmente, son tolerables a través de la comprensión espiritual. Como si hubiera aligerado las manos de Moisés, porque retorció el peso de los mandamientos de la ley hacia la virtud de la confesión. Nos insinúa esta promesa de misericordia a los que seguimos, cuando dice por el profeta: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel XXXIII, 11). De aquí que nuevamente, bajo la figura de Judea, se dice a cada alma pecadora: Si un hombre deja a su esposa, y ella se va y se casa con otro hombre, ¿volverá a ella? ¿No será esa mujer contaminada y profanada? Pero tú has fornicado con muchos amantes, sin embargo, vuelve a mí, dice el Señor (Jeremías III, 1). He aquí que dio el paradigma de una mujer deshonesto. Mostró que después de la deshonra no puede ser recibida. Pero este mismo paradigma que presentó lo vence con misericordia, cuando dice que una mujer fornicadora no puede ser recibida, y sin embargo, él espera recibir el alma fornicadora. Consideren, hermanos, el peso de tanta piedad. Dice que no se puede hacer, y demuestra que él mismo puede hacerlo incluso contra la costumbre. He aquí que llama, y a quienes declara manchados, también busca abrazar, de quienes se queja de haber sido abandonado. Que nadie, por tanto, pierda el tiempo de tanta misericordia, que nadie rechace los remedios ofrecidos de la divina piedad. He aquí que la bondad celestial nos

llama de regreso, y nos prepara el seno de su clemencia al retornar. Que cada uno considere la deuda que lo ata, cuando Dios lo espera, y no se irrita por el desprecio. Que quien no quiso permanecer, regrese; quien despreció estar de pie, al menos se levante después de la caída. Cuánto amor nos muestra nuestro Creador al esperarnos, cuando dice por el profeta: He escuchado y atendido, nadie habla lo que es bueno; no hay quien reflexione en su corazón y diga, ¿Qué he hecho? (Jeremías VIII, 6). Ciertamente nunca debimos pensar en el mal. Pero como no quisimos pensar en lo correcto, he aquí que aún soporta, para que reflexionemos. Vean el seno de tanta piedad, consideren el regazo de misericordia abierto para ustedes; a quienes perdió por pensar mal, busca por pensar bien. A ustedes, pues, hermanos amadísimos, a ustedes devuelvan los ojos de la mente, y pongan como ejemplo de imitación a la mujer pecadora arrepentida; lloren lo que recuerden haber cometido en la adolescencia y juventud; limpien las manchas de costumbres y obras con lágrimas. Amemos ya las huellas de nuestro Redentor, que despreciamos al pecar. He aquí, como dijimos, el seno de la piedad celestial se abre para recibirnos, y no se desprecia la vida manchada en nosotros. Por esto, al horrorizarse de nuestra contaminación, ya concordamos con la pureza interna. El Señor nos abraza clementemente al retornar, porque la vida de pecados ya no puede ser indigna de él, que se lava con lágrimas en Cristo Jesús nuestro Señor, que vive y reina con el Padre Dios en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXIV.

Pronunciada al pueblo en la basílica de los santos Juan y Pablo, el tercer domingo después de Pentecostés.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS XV, 1-10.

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y pecadores para oírlo. Y murmuraban los fariseos y los escribas, diciendo: Este recibe a los pecadores y come con ellos. Y les dijo esta parábola: ¿Quién de ustedes, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Alégrense conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Les digo que así habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento. ¿O qué mujer, si tiene diez dracmas y pierde una, no enciende una lámpara, barre la casa y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Alégrense conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. Así les digo, habrá alegría entre los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.

1. El tiempo estival, que es muy contrario a mi cuerpo, me ha impedido hablar sobre la exposición del Evangelio durante un largo período. Pero, ¿acaso porque la lengua ha callado, ha cesado de arder la caridad? Esto digo, lo que cada uno de ustedes reconoce en sí mismo. A menudo, la caridad, impedida por ciertas ocupaciones, arde íntegramente en el corazón, y sin embargo, no se muestra en la obra, porque aunque el sol esté cubierto por una nube, no se ve en la tierra, pero sigue ardiendo en el cielo. Así suele estar ocupada la caridad, y dentro ejerce la fuerza de su ardor, y fuera no muestra las llamas de la obra. Pero ahora que ha vuelto el tiempo de hablar, sus estudios me encienden, para que me complazca hablar tanto más cuanto sus mentes lo esperan con más deseo.

2. Han escuchado en la lectura evangélica, hermanos míos, que los pecadores y publicanos se acercaron a nuestro Redentor; y no solo fueron recibidos para conversar, sino también para

comer. Al ver esto, los fariseos se indignaron. De lo cual deduzcan que la verdadera justicia tiene compasión (Dist. 45, c. 15), la falsa justicia indignación, aunque también los justos suelen indignarse correctamente con los pecadores. Pero una cosa es lo que se hace por el orgullo de la soberbia, otra lo que se hace por el celo de la disciplina. Se indignan, pero no con desprecio; desesperan, pero no desesperando; provocan persecución, pero amando, porque aunque exteriormente aumentan las reprimendas por disciplina, interiormente guardan la dulzura por caridad. A menudo se anteponen en el ánimo a aquellos que corrigen, consideran mejores incluso a aquellos que juzgan. Al hacer esto, guardan a los súbditos por disciplina y a sí mismos por humildad. En cambio, aquellos que suelen enorgullecerse de la falsa justicia (Ibid.), desprecian a todos los demás, no condescienden con misericordia a los débiles; y cuanto menos creen ser pecadores, tanto peor pecadores se vuelven. De este número ciertamente eran los fariseos, que, juzgando al Señor por recibir a los pecadores, con corazón árido reprendían la fuente de misericordia misma.

3. Pero como estaban enfermos de tal manera que no sabían que estaban enfermos, para que reconocieran lo que eran, el médico celestial los cura con suaves remedios, les presenta un paradigma benigno y presiona el tumor de la herida en su corazón. Dice: ¿Quién de ustedes, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se perdió? He aquí que con admirable disposición de piedad, la Verdad dio una semejanza que el hombre reconociera en sí mismo, y sin embargo, esta perteneciera especialmente al mismo autor de los hombres. Porque el número cien es perfecto, él tuvo cien ovejas cuando creó la sustancia de los ángeles y de los hombres. Pero una oveja se perdió cuando el hombre, pecando, dejó los pastos de la vida. Sin embargo, dejó las noventa y nueve ovejas en el desierto, porque dejó aquellos coros supremos de ángeles en el cielo. ¿Por qué se llama desierto al cielo, sino porque se dice desierto lo que se deja? El hombre dejó el cielo cuando pecó. En el desierto quedaron las noventa y nueve ovejas, cuando el Señor buscaba una en la tierra, porque el número de la criatura racional, es decir, de ángeles y hombres, que fue creada para ver a Dios, se había reducido al perderse el hombre, y para que se completara el número perfecto de ovejas en el cielo, se buscaba al hombre perdido en la tierra. Pues lo que este evangelista dice en el desierto, otro dice en los montes, para significar en las alturas (Mateo XVIII, 12), porque ciertamente las ovejas que no se perdieron estaban en lo alto. Y cuando encuentra la oveja, la pone sobre sus hombros gozoso. Puso la oveja sobre sus hombros, porque al asumir la naturaleza humana, él mismo llevó nuestros pecados. Y al llegar a casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Alégrense conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Al encontrar la oveja, regresa a casa, porque nuestro Pastor, al restaurar al hombre, regresó al reino celestial. Allí encuentra amigos y vecinos, aquellos coros de ángeles que son sus amigos, porque continuamente guardan su voluntad en su estabilidad. También son sus vecinos, porque disfrutan continuamente de la claridad de su visión. Y es notable que no dice Alégrense con la oveja encontrada, sino Conmigo, porque ciertamente nuestra vida es su alegría, y cuando somos llevados al cielo, llenamos la solemnidad de su alegría.

4. Les digo que así habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento. Debemos considerar, hermanos míos, por qué el Señor afirma que hay más alegría en el cielo por los pecadores convertidos que por los justos que permanecen, a menos que sea por lo que nosotros mismos sabemos por la experiencia diaria de la visión, porque a menudo aquellos que no se sienten oprimidos por el peso de los pecados, permanecen en el camino de la justicia, no cometen nada ilícito, pero sin embargo no anhelan ansiosamente la patria celestial, y se permiten tanto en las cosas lícitas, cuanto recuerdan no haber cometido nada ilícito. Y a menudo permanecen perezosos

para realizar grandes obras, porque están muy seguros de no haber cometido grandes males. En cambio, no pocas veces aquellos que recuerdan haber cometido algo ilícito, compungidos por su propio dolor, arden en amor a Dios, se ejercitan en grandes virtudes, buscan todas las dificultades del santo combate, abandonan todo lo mundano, huyen de los honores, se alegran con las injurias recibidas, arden en deseo, anhelan la patria celestial; y porque consideran que se han alejado de Dios, compensan las pérdidas pasadas con las ganancias futuras. Por tanto, hay más alegría por el pecador convertido que por el justo que permanece, porque también el líder en la batalla ama más al soldado que, después de huir, regresa y ataca al enemigo con fuerza, que al que nunca dio la espalda y nunca hizo nada valiente. Así, el agricultor ama más la tierra que después de las espinas produce abundantes frutos, que aquella que nunca tuvo espinas y nunca produjo una cosecha fértil.

5. Pero entre esto, debemos saber que hay algunos justos en cuya vida hay tanta alegría que ninguna penitencia de pecadores puede serles preferida. Porque muchos no son conscientes de ningún mal en sí mismos, y sin embargo se ejercitan en tal ardor de aflicción como si estuvieran angustiados por todos los pecados. Rechazan incluso todas las cosas lícitas, se preparan sublimemente para el desprecio del mundo, no quieren permitirse nada que sea lícito, se privan de los bienes incluso concedidos, desprecian lo visible, se encienden con lo invisible, se alegran en los lamentos, se humillan en todo; y así como algunos lamentan los pecados de las obras, ellos lamentan los pecados de las pensamientos. ¿Qué diré de ellos, sino que son justos y penitentes, que se humillan en penitencia por el pecado del pensamiento, y siempre perseveran rectos en la obra? De aquí se deduce cuánto gozo causa a Dios cuando el justo llora humildemente, si causa alegría en el cielo cuando el injusto condena por penitencia lo que hizo mal.

6. Sigue: ¿O qué mujer, si tiene diez dracmas y pierde una, no enciende una lámpara, barre la casa y busca con diligencia hasta encontrar la dracma que había perdido? Quien es señalado por el pastor, es el mismo que por la mujer. Él es Dios, él es la sabiduría de Dios. Y porque la imagen se expresa en la dracma, la mujer perdió la dracma cuando el hombre, creado a imagen de Dios, al pecar se apartó de la semejanza de su Creador. Pero la mujer enciende una lámpara, porque la sabiduría de Dios apareció en la humanidad. La lámpara es luz en un recipiente de barro: la luz en el recipiente de barro es la divinidad en la carne. De la cual, en efecto, la sabiduría misma dice: Mi fuerza se ha secado como un recipiente de barro (Salmo XXI, 16). Porque el recipiente de barro se solidifica en el fuego, su fuerza se secó como un recipiente de barro, porque fortaleció la carne asumida a la gloria de la resurrección a través de la tribulación de la pasión. Encendida la lámpara, barre la casa, porque tan pronto como su divinidad brilló a través de la carne, toda nuestra conciencia se conmovió. La casa se barre cuando la conciencia humana se perturba al considerar su culpa. Esta palabra de barrer no difiere de lo que se lee en otros códigos, limpiar, porque ciertamente la mente perversa si no se barre primero por el temor, no se limpia de los vicios acostumbrados. Barrida la casa, se encuentra la dracma, porque cuando se perturba la conciencia del hombre, se restaura en el hombre la semejanza del Creador. Y cuando la encuentra, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Alégrense conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. ¿Qué amigas o vecinas sino aquellas potestades celestiales ya mencionadas? Que están tan cerca de la sabiduría suprema cuanto más se le acercan por la gracia de la visión continua. Pero entre esto, no debemos dejar de lado negligentemente por qué esta mujer, por quien se figura la sabiduría de Dios, se dice que tenía diez dracmas, de las cuales perdió una, que al buscarla encontró. Porque Dios creó la naturaleza de los ángeles y de los hombres para que lo conocieran, y cuando quiso que permanecieran para la eternidad, sin duda los creó a su semejanza. La mujer tenía diez dracmas, porque hay nueve órdenes de ángeles. Pero para

completar el número de los elegidos, el hombre fue creado como el décimo, quien no pereció ante su Creador ni siquiera después de la culpa, porque la sabiduría eterna lo restauró a partir de la luz del recipiente de barro, resplandeciendo con milagros a través de la carne.

7. Hemos dicho que hay nueve órdenes de ángeles, porque sabemos, según el testimonio de la Sagrada Escritura, que hay ángeles, arcángeles, virtudes, potestades, principados, dominaciones, tronos, querubines y serafines. Que hay ángeles y arcángeles lo atestiguan casi todas las páginas de la Sagrada Escritura. Los querubines y serafines, como es sabido, son mencionados a menudo en los libros de los profetas. Cuatro nombres de órdenes también son enumerados por el apóstol Pablo a los Efesios, diciendo: Sobre todo principado, potestad, virtud y dominación (Efesios I, 21). Quien nuevamente escribiendo a los Colosenses, dice: Ya sean tronos, ya sean potestades, ya sean principados, ya sean dominaciones (Colosenses I, 16). Las dominaciones, principados y potestades ya las había descrito hablando a los Efesios; pero al decírlas también a los Colosenses, añadió los tronos, de los cuales aún no había hablado a los Efesios. Por lo tanto, cuando a esos cuatro que dijo a los Efesios, es decir, principados, potestades, virtudes y dominaciones, se les añaden los tronos, son cinco órdenes que se expresan especialmente. A los cuales, cuando se añaden ángeles y arcángeles, querubines y serafines, sin duda se encuentran nueve órdenes de ángeles. Por eso al mismo ángel, que fue creado primero, se le dice por el profeta: Tú eras el sello de la semejanza, lleno de sabiduría y perfecto en belleza, estabas en las delicias del paraíso de Dios (Ezequiel XXVIII, 12). Donde es notable que no se dice hecho a semejanza de Dios, sino sello de la semejanza, para que cuanto más sutil es su naturaleza, tanto más claramente se insinúa en él la imagen de Dios. En este lugar se añade: Toda piedra preciosa era tu cobertura: sardio, topacio, y jaspe, crisólito, ónice, y berilo, zafiro, carbunclo, y esmeralda (Ibid., 13). He aquí que dijo nueve nombres de piedras, porque ciertamente hay nueve órdenes de ángeles. Con los cuales, sin duda, aquel primer ángel estaba adornado y cubierto, porque al ser preeminente sobre todos los ejércitos de ángeles, era más brillante en comparación con ellos.

8. Pero, ¿por qué hemos mencionado brevemente los coros de ángeles persistentes si no expresamos también sus ministerios con detalle? En griego, los ángeles son llamados mensajeros, y los arcángeles, mensajeros supremos. También debemos saber que el término ángel es un nombre de oficio, no de naturaleza. Pues aquellos santos espíritus de la patria celestial siempre son espíritus, pero no siempre pueden ser llamados ángeles, porque solo son ángeles cuando se anuncian cosas a través de ellos; de ahí que el salmista diga: "Él hace a sus ángeles espíritus" (Sal. 103, 4). Como si dijera claramente: Él hace ángeles a aquellos que siempre tiene como espíritus, cuando lo desea. Aquellos que anuncian cosas menores son llamados ángeles, y los que anuncian cosas mayores, arcángeles. Por eso, a la Virgen María no fue enviado cualquier ángel, sino el arcángel Gabriel (Luc. 1, 26). Para este ministerio era digno que viniera un ángel supremo, quien anunciaba al supremo de todos. Por eso también se les da nombres propios, para que se señale a través de los nombres lo que pueden en su operación. Pues en esa santa ciudad, que se perfecciona con el conocimiento pleno de la visión del Dios omnipotente, no se les da nombres propios para que sus personas no puedan ser conocidas sin nombres; sino que cuando vienen a ministrar algo a nosotros, también entre nosotros toman nombres de sus ministerios.

9. Miguel significa "¿quién como Dios?"; Gabriel, "fortaleza de Dios"; y Rafael, "medicina de Dios". Y cada vez que se realiza algo de maravillosa virtud, se dice que es enviado Miguel, para que por el acto y el nombre se entienda que nadie puede hacer lo que Dios puede hacer. Por eso, aquel antiguo enemigo, que deseó ser semejante a Dios por soberbia, diciendo: "Subiré al cielo, sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, me sentaré en el

monte del testamento, en los lados del norte, subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo" (Is. 14, 13), cuando al final del mundo sea dejado en su poder para ser destruido con el último suplicio, se dice que luchará con el arcángel Miguel, como se dice por Juan: "Hubo una batalla con el arcángel Miguel" (Apoc. 12, 7), para que aquel que se había levantado con soberbia a la semejanza de Dios, al ser destruido por Miguel, aprenda que nadie se levanta a la semejanza de Dios por soberbia. También a María fue enviado Gabriel (Luc. 1, 26), quien es llamado fortaleza de Dios. Venía a anunciar a aquel que se dignó aparecer humilde para derrotar a las potestades aéreas. De quien el salmista dice: "Levantad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla" (Sal. 24, 9-10). Y de nuevo: "El Señor de los ejércitos, él es el Rey de gloria" (Ibid.). Por lo tanto, debía ser anunciado por la fortaleza de Dios, quien, siendo el Señor de las virtudes y poderoso en la batalla, venía a las guerras contra las potestades aéreas. Rafael también se interpreta, como hemos dicho, como medicina de Dios, porque cuando tocó los ojos de Tobías como por oficio de curación (Tob. 11, 13, sig.), limpió las tinieblas de su ceguera. Por lo tanto, era digno que aquel que fue enviado a curar fuera llamado medicina de Dios. Pero ya que hemos mencionado los nombres de los ángeles interpretándolos, ahora queda que expliquemos brevemente los mismos nombres de los oficios.

10. Virtudes son llamados aquellos espíritus por los cuales se realizan signos y milagros con más frecuencia. También son llamados potestades aquellos que han recibido esto con más poder que los demás en su orden, para que las virtudes adversas estén sujetas a su dominio, y por su poder se refrenen, para que no puedan tentar los corazones de los hombres tanto como quisieran. También son llamados principados aquellos que presiden incluso sobre los buenos espíritus de los ángeles, quienes, mientras disponen lo que debe hacerse, gobiernan sobre ellos para cumplir los ministerios divinos. Sin embargo, son llamados dominaciones aquellos que también trascienden a las potestades por la diferencia de los principados. Pues ser un príncipe es ser el primero entre los demás, pero dominar es también poseer a los sujetos. Por lo tanto, aquellos ejércitos de ángeles que sobresalen con maravillosa potencia, porque tienen a los demás sujetos para obedecer, son llamados dominaciones. También son llamados tronos aquellos ejércitos a los que Dios omnipotente siempre preside para ejercer juicio. Porque llamamos tronos a los asientos en el lenguaje latino, los tronos de Dios son llamados aquellos que están tan llenos de la gracia de la divinidad que en ellos se sienta el Señor y a través de ellos decreta sus juicios. De ahí que el salmista diga: "Te sientas sobre el trono, tú que juzgas con equidad" (Sal. 9, 5). También se dice que querubines significa plenitud de ciencia. Y aquellos ejércitos más sublimes son llamados querubines porque están llenos de una ciencia tan perfecta cuanto más cerca contemplan la claridad de Dios; para que, según el modo de la criatura, sepan todo más plenamente cuanto más se acercan a la visión de su Creador por el mérito de la dignidad. También son llamados serafines aquellos ejércitos de espíritus santos que arden con un amor incomparable por la singular proximidad de su Creador. Pues serafines significa ardientes o incendiarios. Y como están tan unidos a Dios que no hay otros espíritus entre ellos y Dios, arden tanto más cuanto más cerca lo ven. Su llama es ciertamente amor, porque cuanto más sutilmente contemplan la claridad de su divinidad, más intensamente arden en su amor.

11. Pero, ¿de qué sirve que mencionemos estas cosas sobre los espíritus angélicos si no nos esforzamos por derivarlas también a nuestros propios progresos con una consideración adecuada? Porque esa ciudad celestial está compuesta de ángeles y hombres, y creemos que el género humano asciende allí en la misma cantidad que los ángeles elegidos permanecieron allí, como está escrito: "Estableció los límites de las naciones según el número de los ángeles

de Dios" (Deut. 32, 8), debemos también nosotros extraer algo de esas distinciones de los ciudadanos celestiales para el uso de nuestra conversación, y encendernos a nosotros mismos con buenos estudios para el incremento de las virtudes. Porque se cree que una multitud de hombres ascenderá allí en la misma cantidad que la multitud de ángeles que permaneció, queda que también los hombres que regresan a la patria celestial imiten algo de esos ejércitos al regresar. Pues las conversaciones de los hombres se ordenan distintamente según los órdenes de los ejércitos, y se asignan a su suerte por la similitud de la conversación. Pues hay muchos que comprenden cosas pequeñas, pero no dejan de anunciar estas mismas cosas pequeñas piadosamente a los hermanos. Estos, por lo tanto, corren en el número de los ángeles. Y hay algunos que, fortalecidos por el don de la divina largueza, pueden comprender y anunciar las cosas más altas y secretas del cielo. ¿Dónde, entonces, sino entre el número de los arcángeles se les asigna? Y hay otros que hacen maravillas, operan signos con valentía. ¿Dónde, entonces, sino a la suerte y número de las virtudes celestiales corresponden? Y hay algunos que también expulsan a los espíritus malignos de los cuerpos poseídos, y los expulsan con la virtud de la oración y el poder recibido. ¿Dónde, entonces, sino entre el número de las potestades celestiales se les asigna su mérito? Y hay algunos que, habiendo recibido virtudes, también trascienden los méritos de los hombres elegidos; y siendo mejores que los buenos, también gobiernan sobre los hermanos elegidos. ¿Dónde, entonces, sino entre los números de los principados han recibido su suerte? Y hay algunos que dominan sobre todos los vicios y deseos en sí mismos, de modo que con razón de pureza se les llama dioses entre los hombres; de ahí que se diga a Moisés: "He aquí que te he constituido dios para Faraón" (Éx. 7, 1). ¿Dónde, entonces, sino entre los números de las dominaciones corren? Y hay algunos que, mientras se dominan a sí mismos con cuidadosa vigilancia, y mientras se examinan con atenta intención, siempre adheridos al temor divino, reciben en el don de la virtud que pueden juzgar rectamente y a otros. En cuyas mentes, mientras la contemplación divina está presente, el Señor, sentado en su trono, examina las acciones de otros y dispensa maravillosamente todo desde su sede. ¿Qué, entonces, sino que son tronos de su Creador? ¿O dónde sino que se inscriben en los números de las sedes celestiales? A través de los cuales, mientras la santa Iglesia es gobernada, a menudo incluso los elegidos son juzgados por algunos de sus actos débiles. Y hay algunos que están tan llenos del amor de Dios y del prójimo que con razón se les llama querubines. Porque, como hemos dicho antes, querubines significa plenitud de ciencia, y aprendemos por Pablo que "la plenitud de la ley es la caridad" (Rom. 13, 10), todos los que están más llenos de caridad hacia Dios y el prójimo han recibido la suerte de sus méritos entre los números de los querubines. Y hay algunos que, encendidos por las llamas de la contemplación celestial, anhelan solo el deseo de su Creador, ya no desean nada en este mundo, se alimentan solo del amor de la eternidad, rechazan todas las cosas terrenales, trascienden con la mente todas las cosas temporales, aman y arden, y en su mismo ardor descansan, arden amando, encienden a otros hablando, y a quienes tocan con la palabra, inmediatamente los hacen arder en el amor de Dios. ¿Qué, entonces, sino que los llamaría serafines, cuyo corazón convertido en fuego brilla y quema, porque iluminan los ojos de las mentes hacia lo alto, y purgan la herrumbre de los vicios con lágrimas al compungir? ¿Dónde, entonces, aquellos que están tan inflamados por el amor de su Creador han recibido la suerte de su vocación sino entre el número de los serafines?

12. Pero estas cosas, hermanos carísimos, mientras las digo, vuelvan hacia ustedes mismos, examinen los méritos y pensamientos de sus secretos. Vean si ya hacen algo bueno dentro de ustedes, vean si encuentran la suerte de su vocación en el número de estos ejércitos que hemos mencionado brevemente. ¡Ay del alma que no reconoce en sí misma nada de estos bienes que hemos enumerado, y un ay aún peor le amenaza si se entiende privada de dones y no gime! Cualquiera que sea así, hermanos míos, debe ser muy lamentado, porque no gime.

Pensemos, por lo tanto, en los dones recibidos de los elegidos, y con la virtud que podamos, anhelemos el amor de tan gran suerte. Quien no reconoce en sí mismo la gracia de los dones, que gima. Pero quien reconoce en sí mismo cosas menores, que no envidie a otros las mayores, porque también aquellas distinciones superiores de los espíritus bienaventurados están constituidas de tal manera que unas son preferidas a otras. Se dice que Dionisio Areopagita, un antiguo y venerable Padre, dice (De Coel. Hierarch. cap. 7, 9, 13) que de los ejércitos menores de ángeles son enviados fuera para cumplir el ministerio, ya sea visiblemente o invisiblemente, porque vienen como ángeles o arcángeles para el consuelo humano. Pues aquellos ejércitos superiores nunca se alejan de los íntimos, ya que aquellos que sobresalen no tienen el uso del ministerio exterior. A esta cosa parece ser contrario lo que dice Isaías: "Y voló hacia mí uno de los serafines, y en su mano un carbón, que había tomado con tenazas del altar, y tocó mi boca" (Is. 6, 6-7). Pero en esta sentencia del profeta se quiere entender que aquellos espíritus que son enviados reciben el nombre de aquellos cuyo oficio realizan. Pues el ángel que lleva el carbón del altar para encender los pecados de la locución es llamado serafín, que significa incendio. A este sentido también se cree que no es inconveniente ayudar lo que se dice por Daniel: "Mil millares le servían, y diez mil veces diez mil estaban delante de él" (Dan. 7, 10). Pues una cosa es servir, otra estar delante, porque aquellos sirven a Dios que también salen a anunciar a nosotros; pero están delante aquellos que disfrutan de la contemplación íntima, de modo que no son enviados a cumplir obras fuera.

13. Pero porque en algunos lugares de la Escritura hemos aprendido que algunas cosas se hacen por querubines, y otras por serafines, si las hacen por sí mismos o por ejércitos subordinados, que, como se dice, reciben los nombres de los mayores en lo que vienen de los mayores, no queremos afirmar lo que no aprobamos con testimonios claros. Sin embargo, sabemos con certeza que para cumplir el ministerio desde lo alto, unos espíritus envían a otros, como testifica el profeta Zacarías, quien dice: "He aquí que el ángel que hablaba en mí salía; y he aquí que otro ángel salía a su encuentro, y le dijo: Corre, y habla a este joven, diciendo: Jerusalén será habitada sin muros" (Zac. 2, 3-4). Pues cuando un ángel dice a otro: Corre y habla, no hay duda de que uno envía a otro. Los menores son los que son enviados, los mayores los que envían. Pero también sabemos con certeza de esos ejércitos que son enviados, que cuando vienen a nosotros, cumplen el ministerio exterior de tal manera que nunca faltan interiormente por la contemplación. Y son enviados, por lo tanto, y están delante, porque aunque el espíritu angélico es circunscrito, el espíritu supremo mismo, que es Dios, no es circunscrito. Por lo tanto, los ángeles son enviados y están delante, porque dondequiera que sean enviados, corren dentro de él.

14. También se debe saber que a menudo los mismos órdenes de los espíritus bienaventurados reciben los nombres de los órdenes vecinos. Pues hemos dicho que los tronos, es decir, los asientos de Dios, son un orden especial de los espíritus bienaventurados, y sin embargo, el salmista dice: "Tú que te sientas sobre los querubines, aparece" (Sal. 79, 3), porque, evidentemente, mientras en esas distinciones de los ejércitos los querubines se unen a los tronos, se dice que el Señor también se sienta sobre los querubines por la igualdad del ejército vecino. Pues en esa suma ciudad hay ciertas cosas especiales de cada uno, de modo que, sin embargo, son comunes a todos; y lo que cada uno tiene en parte, lo posee todo en otro orden. Pero por eso no se les llama comúnmente con un mismo nombre, para que ese orden deba ser llamado por el nombre privado de cada cosa que ha recibido más plenamente en el don. Pues hemos dicho que serafines significa incendio, y sin embargo, todos arden con el amor del Creador. Querubines significa plenitud de ciencia, y sin embargo, ¿quién allí ignora algo donde todos ven juntos al mismo Dios, fuente de ciencia? También se llaman

tronos aquellos ejércitos en los que el Creador preside, pero ¿quién puede ser bienaventurado allí si su Creador no preside en su mente? Por lo tanto, lo que todos tienen en parte, se les ha dado en nombre privado a aquellos que lo han recibido más plenamente en el don. Pues aunque hay cosas allí que otros tienen de tal manera que no pueden ser poseídas por otros, como se llaman con el nombre especial de dominaciones y principados, todas las cosas allí son de cada uno, porque por la caridad los espíritus se poseen unos a otros en los demás.

15. Pero he aquí que mientras investigamos los secretos de los ciudadanos celestiales, nos hemos alejado mucho del orden de nuestra exposición. Suspiramos, por lo tanto, hacia aquellos de quienes hablamos, pero volvamos a nosotros. Pues debemos recordar que somos carne. Callemos por ahora sobre los secretos del cielo, pero ante los ojos del Creador limpiemos con la mano de la penitencia las manchas de nuestro polvo. He aquí que la misma misericordia divina promete, diciendo: "Habrá gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente"; y sin embargo, el Señor dice por el profeta: "El día que el justo pecare, todas sus justicias serán olvidadas ante mí" (Eze. 33, 13). Pensemos, si podemos, en la dispensación de la piedad suprema. A los que están firmes, si caen, les amenaza con castigo; pero a los caídos, para que deseen levantarse, les promete misericordia. A aquellos les aterra, para que no presuman en los bienes; a estos les consuela, para que no desesperen en los males. Si eres justo, teme la ira, para que no caigas; si eres pecador, confía en la misericordia, para que te levantes. Pero he aquí que ya hemos caído, no hemos podido mantenernos firmes, y yacemos en nuestros deseos perversos. Pero aquel que nos vio caer rectos, aún espera y nos provoca a levantarnos. Abre el seno de su piedad, y busca recibirnos a través de la penitencia (De poenit., dist. 3, cap. Poenitentiam). Pero no podemos hacer penitencia dignamente, a menos que también conozcamos el modo de la misma penitencia. Pues hacer penitencia es tanto llorar los males cometidos como no cometer lo que debe llorarse. Pues quien así deplora unas cosas, pero comete otras, aún disimula o ignora hacer penitencia. ¿De qué sirve, pues, si alguien llora los pecados de la lujuria, pero aún anhela con los ardores de la avaricia? ¿O de qué sirve si ya lamenta las culpas de la ira, pero aún se consume con las llamas de la envidia? Pero es muy poco lo que decimos, que quien deplora los pecados no cometa lo que debe llorarse, y quien teme cometer vicios, tiemble al perpetuar los vicios.

16. Pues se debe considerar con sumo cuidado que quien recuerda haber cometido cosas ilícitas debe abstenerse también de algunas cosas lícitas, para que satisfaga a su Creador, de modo que quien cometió lo prohibido debe cortarse a sí mismo incluso lo concedido, y se reprenda en las cosas mínimas quien recuerda haber delinquido en las máximas. Son cosas extremas las que digo, si no las afirmo con testimonios de la sagrada escritura. La ley del Antiguo Testamento ciertamente prohíbe codiciar la mujer ajena (Éx. 20, 17), pero no prohíbe penalmente que un rey ordene a sus soldados cosas valientes, o desee agua. Y todos sabemos que David, traspasado por el filo de la concupiscencia, codició y tomó la esposa ajena (2 Sam. 11, 4). Su culpa fue seguida por castigos dignos, y corrigió el mal que perpetró a través de los lamentos de la penitencia. Cuando mucho después, mientras estaba sentado contra las filas de los enemigos, deseó beber agua del pozo de Belén (2 Sam. 23, 14, sig.). Sus soldados elegidos, irrumpiendo entre las filas de los adversarios, trajeron ilesos el agua que el rey había deseado. Pero el hombre instruido por los azotes inmediatamente se reprendió a sí mismo por haber deseado el agua con el peligro de los soldados, y derramándola la ofreció al Señor, como está escrito allí: "La derramó al Señor" (2 Sam. 23, 17; 1 Crón. 11, 18). Pues el agua derramada se convirtió en sacrificio del Señor, porque mató la culpa de la concupiscencia a través de la penitencia de su reprensión. Pues quien una vez no temió codiciar la esposa ajena, después incluso temió porque había codiciado agua. Porque recordaba haber cometido cosas ilícitas, ya rígido contra sí mismo, se abstenía incluso

de las cosas lícitas. Así, así hacemos penitencia, si deploramos perfectamente lo que hemos cometido. Pensemos en las riquezas supremas de nuestro Creador. Nos vio pecar, y lo soportó.

17. Aquel que nos prohibió pecar antes de la culpa, tampoco deja de esperarnos para el perdón después de la culpa. He aquí que nos llama aquel a quien despreciamos. Estamos apartados de él, y sin embargo, él no se aparta. Por eso se dice bien por medio de Isaías: "Y tus ojos verán a tu maestro, y tus oídos oirán la voz detrás de ti que te amonesta" (Isaías XXX, 20, 21). Es como si el hombre fuera amonestado de frente cuando, creado para la justicia, recibió los preceptos de rectitud. Pero cuando despreció estos mismos preceptos, dio la espalda de su mente a su creador. Pero he aquí que aún nos sigue y amonesta desde atrás, porque ya ha sido despreciado por nosotros, y sin embargo, no cesa de llamarnos. Es como si le diéramos la espalda a aquel cuyas palabras despreciamos, cuyos preceptos pisoteamos; pero estando detrás de nosotros, nos llama de nuevo, quien ve que es despreciado, y sin embargo clama a través de los preceptos, espera con paciencia. Considerad, pues, hermanos carísimos, si alguno de vosotros, al hablar, su siervo de repente se volviera soberbio, le diera la espalda en su rostro, ¿acaso no lo heriría el despreciado señor por su soberbia, infligiéndole las heridas de una severa reprensión? He aquí que nosotros, pecando, le hemos dado la espalda a nuestro creador, y sin embargo, somos sostenidos. Nos llama benignamente a los soberbios que nos apartamos, y quien pudo herirnos por apartarnos, nos promete dones para que regresemos. Que tanta misericordia de nuestro creador ablande la dureza de nuestra culpa, y que el hombre, que pudo experimentar el mal que hizo siendo golpeado, al menos se sonroje al ser esperado.

18. Relato brevemente, hermanos, un hecho que conocí por el relato del venerable Maximiano, entonces padre de mi monasterio y presbítero, ahora obispo de Siracusa. Si escucháis esto con atención, creo que no será de poca ayuda para vuestra caridad. En nuestros tiempos, existió un tal Victorino, también llamado Emiliano, no falto de sustancia según la mediocridad de la vida; pero porque a menudo reina en la opulencia de las cosas la culpa de la carne, cayó en un crimen que debió temer mucho, y pensar en la enormidad de su muerte. Compungido por la consideración de su culpa, se levantó contra sí mismo, dejó todo de este mundo, y buscó un monasterio. En ese monasterio, fue de tal humildad y tal rigor consigo mismo, que todos los hermanos, que allí habían crecido en el amor a la divinidad, se veían obligados a despreciar su propia vida al ver su penitencia. Se esforzaba con todo el empeño de su mente en mortificar la carne, quebrar sus propias voluntades, buscar oraciones furtivas, lavarse con lágrimas diarias, desear el desprecio de sí mismo, temer la veneración ofrecida por los hermanos. Solía adelantarse a las vigiliat nocturnas de los hermanos; y como el monte en el que estaba situado el monasterio sobresalía por un lado en una parte más secreta, había hecho costumbre salir allí antes de las vigiliat, para que cada día, en el llanto de la penitencia, se mortificara cuanto más secretamente, tanto más libremente. Contemplaba la severidad de su futuro juez, y, ya concordando con ese juez, castigaba con lágrimas la culpa de su crimen. Una noche, el abad del monasterio, vigilante, lo vio salir en secreto y lo siguió lentamente. Cuando lo vio postrado en oración en el lado secreto del monte, quiso esperar a que se levantara, para explorar también la longitud de su oración, cuando de repente una luz celestial se derramó sobre él, que yacía postrado en oración; y tanta claridad se esparció en ese lugar, que toda la parte de esa región resplandeció con esa luz; al verla, el abad tembló y huyó. Cuando, después de un largo rato, el hermano regresó al monasterio, su abad, para saber si había notado sobre sí la efusión de tanta luz, se esforzó en preguntarle, diciendo: "¿Dónde has estado, hermano?" Pero él, creyendo poder ocultarse, respondió que había estado en el monasterio. Al negarlo, el abad se vio obligado a decir lo que había visto. Y él, viendo que

había sido descubierto, también reveló lo que ocultaba al abad, añadiendo: "Cuando viste la luz descender del cielo sobre mí, también vino una voz diciendo: 'Tu pecado ha sido perdonado'". Y ciertamente, el Dios omnipotente pudo perdonar su pecado en silencio; pero al hablar con una voz, al irradiar con luz, quiso conmover nuestros corazones a la penitencia con el ejemplo de su misericordia. Nos maravillamos, hermanos carísimos, de que el Señor derribara del cielo a su perseguidor Saulo, y le hablara desde el cielo. He aquí que también en nuestros tiempos, un pecador y penitente escuchó una voz del cielo. A aquel se le dijo: "¿Por qué me persigues?" (Hechos IX, 4). Este, en cambio, mereció oír: "Tu pecado ha sido perdonado". Este pecador penitente es mucho inferior en méritos a Pablo. Pero ya que aún hablamos de Saulo, que anhelaba la crueldad de la muerte, permitidme decir audazmente que Saulo escuchó una voz de reprensión por su soberbia, mientras que este escuchó una voz de consolación por su humildad. A este, porque la humildad lo había postrado, la piedad divina lo levantaba; a aquel, porque la soberbia lo había levantado, la severidad divina lo humillaba. Tened, pues, confianza, hermanos míos, en la misericordia de nuestro creador; pensad en lo que hacéis, recordad lo que habéis hecho. Contemplad la generosidad de la piedad suprema, y venid con lágrimas al juez misericordioso, mientras aún espera. Considerando que es justo, no descuidéis vuestros pecados; considerando que es piadoso, no desesperéis. Dios hecho hombre ofrece al hombre confianza ante Dios. Tenemos una gran esperanza los penitentes, porque nuestro abogado se ha hecho nuestro juez. Él vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXV.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Menas mártir, en el día de su natalicio.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS XXI, 9-19.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Cuando oigáis hablar de guerras y sediciones, no os aterroricéis; porque es necesario que primero sucedan estas cosas, pero aún no será el fin". Entonces les decía: "Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos en diversos lugares, y pestilencias y hambres, y habrá terrores y grandes señales del cielo. Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, llevándoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre. Y esto os sucederá para que deis testimonio. Poned, pues, en vuestros corazones no meditar de antemano cómo habréis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, a la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. Seréis entregados incluso por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros. Y seréis odiados por todos por causa de mi nombre, pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas".

1. Como nos hemos alejado de la ciudad, para que no nos impida una hora más tardía el regreso, es necesario que una breve exposición del santo Evangelio pase rápidamente. Nuestro Señor y Redentor anuncia los males que preceden al mundo que perece, para que cuanto más sean conocidos, menos perturben al venir. Porque las flechas hieren menos cuando se prevén; y nosotros soportamos más tolerablemente los males del mundo, si nos protegemos contra ellos con el escudo de la previsión. He aquí que dice: "Cuando oigáis hablar de guerras y sediciones, no os aterroricéis; porque es necesario que primero sucedan estas cosas, pero aún no será el fin". Deben considerarse las palabras de nuestro Redentor, por las cuales nos anuncia que sufriremos algo interiormente y algo exteriormente. Las guerras pertenecen a los enemigos, las sediciones a los ciudadanos. Para indicarnos que seremos turbados interior y exteriormente, confiesa que sufriremos algo de los enemigos y

algo de los hermanos. Pero con estos males precedentes, porque no sigue inmediatamente el fin, añade: "Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos en diversos lugares, y pestilencias y hambres, y terrores del cielo; y habrá grandes señales". O como se encuentra en algunos códices, "Y habrá terrores del cielo y tempestades". Y después se añade: "Y habrá grandes señales". La última tribulación es precedida por muchas tribulaciones, y por los frecuentes males que preceden se indican los males perpetuos que seguirán. Y por eso, después de las guerras y sediciones, no sigue inmediatamente el fin, porque muchos males deben preceder, para que puedan anunciar el mal sin fin. Pero como se han dicho tantas señales de perturbación, es necesario que consideremos brevemente cada una de ellas, porque es necesario que suframos unas cosas del cielo, otras de la tierra, otras de los elementos, otras de los hombres. Dice: "Se levantará nación contra nación", he aquí la perturbación de los hombres; "habrá grandes terremotos en diversos lugares", he aquí la ira desde arriba; "habrá pestilencias", he aquí la desigualdad de los cuerpos; "habrá hambre", he aquí la esterilidad de la tierra; "y habrá terrores del cielo y tempestades", he aquí la desigualdad del aire. Porque todo debe ser consumado, antes de la consumación todo se perturba; y como hemos pecado en todo, en todo somos heridos, para que se cumpla lo que se dice: "Y el orbe de la tierra luchará por él contra los insensatos" (Sab. V, 21). Porque todo lo que recibimos para el uso de la vida lo convertimos en uso de culpa, pero todo lo que inclinamos al uso de la perversidad se convierte en uso de venganza para nosotros. Porque convertimos la tranquilidad de la paz humana en uso de vana seguridad, amamos la peregrinación de la tierra como si fuera la patria; convertimos la salud de los cuerpos en uso de vicios; la abundancia de fertilidad no la dirigimos a la necesidad de la carne, sino a la perversidad de la voluptuosidad; obligamos a los mismos halagos serenos del aire a servirnos para el amor de la delectación terrena. Por lo tanto, es justo que todas las cosas nos hieran a la vez, que todas las cosas sirvieron mal a nuestros vicios, para que tantos gozos tuvimos antes en el mundo, tantos tormentos después seamos obligados a sentir de él. Es de notar lo que se dice: "Terrores del cielo y tempestades". Como las tempestades invernales suelen venir según el orden de los tiempos, ¿por qué en este lugar se predicen las tempestades como señal de perdición, sino porque el Señor anuncia que vendrán tempestades que de ninguna manera guardan el orden de los tiempos? Porque las que vienen ordenadamente no son señal; pero las tempestades son señal, que también confunden los mismos estatutos de los tiempos. Lo que también hemos experimentado recientemente, porque hemos visto todo el tiempo estival convertido en lluvias invernales.

2. Pero como todas estas cosas no son por la injusticia del que hiere, sino por el mérito del mundo que sufre, se mencionan primero las obras de los hombres perversos cuando se dice: "Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, llevándoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre". Como si dijera abiertamente: Primero se turban los corazones de los hombres, y después los elementos, para que cuando se confunda el orden de las cosas, se demuestre de qué retribución viene. Porque aunque el fin del mundo depende de su propio orden, sin embargo, encontrando a algunos más perversos, que dignamente sean oprimidos por sus ruinas, se manifiesta cuando se añade: "Llevándoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre. Y esto os sucederá para que deis testimonio". En testimonio, evidentemente, ¿de quiénes, sino de aquellos que o persiguiendo causan muertes, o viendo no imitan? Porque la muerte de los justos es en ayuda de los buenos, en testimonio de los malos, para que de allí perezcan sin excusa los perversos, de donde los elegidos toman ejemplo para vivir.

3. Pero al oír tantos terrores, los corazones de los débiles podrían turbarse, y por eso se añade consuelo cuando inmediatamente se dice: "Poned, pues, en vuestros corazones no meditar de

antemano cómo habréis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, a la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios". Como si dijera abiertamente a sus miembros debilitados: No os aterroricéis, no temáis; vosotros vais al combate, pero yo lucho; vosotros pronunciáis las palabras, pero yo soy quien habla. Sigue: "Seréis entregados incluso por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros". Los males que se infligen por extraños causan menor dolor. Pero más nos atormentan aquellos sufrimientos que padecemos de aquellos de cuyas mentes confiábamos, porque con el daño del cuerpo nos atormentan los males de la caridad perdida. De ahí que el Señor diga por el salmista sobre su traidor Judas: "Y si mi enemigo me hubiera maldecido, lo habría soportado; y si el que me odiaba hubiera hablado grandes cosas contra mí, me habría escondido de él. Pero tú, hombre de mi paz, mi guía y mi conocido, que comías dulces conmigo, en la casa de Dios caminábamos con acuerdo" (Sal. LIV, 13, ss.). Y de nuevo: "El hombre de mi paz en quien confiaba, y que comía mi pan, ha levantado contra mí su calcañar" (Sal. XL, 10). Como si dijera abiertamente sobre su traidor: Tanto más gravemente soporté su transgresión, cuanto más la sentí de aquel que parecía ser mío. Por lo tanto, todos los elegidos, porque son miembros de la cabeza suprema, siguen a su cabeza también en las pasiones, para que sientan a los mismos adversarios en su muerte de quienes confiaban en su vida, y tanto más les crezca la recompensa de su obra, cuanto más les aprovecha el lucro de la virtud por la pérdida de la caridad ajena.

4. Pero como son duras las cosas que se predicen sobre la aflicción de la muerte, inmediatamente se añade consuelo sobre el gozo de la resurrección, cuando se dice: "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá". Sabemos, hermanos, que la carne cortada duele, el cabello cortado no duele. Dice, pues, a sus mártires: "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá", evidentemente diciendo abiertamente: ¿Por qué teméis que perezca lo que cortado duele, cuando aquello en vosotros no puede perecer que cortado no duele? Sigue: "Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas". Por eso se pone la posesión del alma en la virtud de la paciencia, porque la paciencia es la raíz y guardiana de todas las virtudes. Con paciencia poseemos nuestras almas, porque al aprender a dominarnos a nosotros mismos, comenzamos a poseer lo que somos. La paciencia es soportar con ecuanimidad los males ajenos, sin ser mordidos por el dolor contra aquel que inflige el mal. Porque quien así soporta los males del prójimo, que sin embargo en silencio duele, y busca el tiempo de la retribución digna, no muestra paciencia, sino que la exhibe. Está escrito: "La caridad es paciente, es benigna" (I Cor. XIII, 4). Es paciente para tolerar los males ajenos, es benigna para amar incluso a aquellos a quienes soporta. De ahí que la Verdad misma diga: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, orad por los que os persiguen y calumnian" (Mat. V, 44; Luc. VI, 27). Es virtud ante los hombres tolerar a los adversarios, pero es virtud ante Dios amarlos, porque solo Dios acepta el sacrificio que ante sus ojos en el altar de la buena obra la llama de la caridad enciende.

5. Debe saberse que a menudo parecemos pacientes porque no podemos devolver el mal. Pero quien por eso no devuelve el mal porque no puede, sin duda, como dijimos antes, no es paciente, porque la paciencia no se busca en la exhibición, sino en el corazón. Por el vicio de la impaciencia, se disipa la misma doctrina, nodriza de las virtudes. Está escrito: "La doctrina del hombre se conoce por la paciencia" (Prov. XIX, 11). Por tanto, cuanto menos se muestra alguien docto, tanto menos se le convence de paciente. Porque no puede verdaderamente impartir el bien enseñando, si viviendo no sabe tolerar con ecuanimidad los males ajenos. Cuán alto es el poder de la virtud de la paciencia, Salomón lo indica de nuevo, diciendo: "Mejor es el paciente que el hombre fuerte, y el que domina su ánimo que el que conquista ciudades" (Prov. XVI, 32). Es menor victoria conquistar ciudades, porque son cosas externas

las que se vencen. Pero es mayor lo que se vence por la paciencia, porque el mismo ánimo se supera a sí mismo, y se somete a sí mismo cuando la paciencia lo derriba en la humildad de la tolerancia. Debe saberse que a menudo sucede a los pacientes que en el tiempo en que sufren adversidades o escuchan injurias no son golpeados por el dolor, y así exhiben paciencia, cuidando también de guardar la inocencia del corazón. Pero cuando después de un tiempo recuerdan lo que han soportado, son instigados por el fuego de un dolor vehementísimo, buscan argumentos de venganza, y pierden la mansedumbre que tuvieron al tolerar, juzgándose a sí mismos en su reflexión.

6. Porque el astuto adversario mueve guerra contra dos, inflamando a uno para que primero inflija injurias; provocando al otro para que, herido, devuelva las injurias. Pero como ya ha sido vencedor de aquel a quien movió a proferir injurias, se duele más contra aquel a quien no pudo mover a devolver las injurias; por lo que se erige con toda su fuerza contra aquel a quien considera que soportó valientemente las injurias. A quien no pudo mover en la misma lanzada de injurias, retirándose por un tiempo del combate abierto, busca el tiempo de la decepción en la secreta cogitación, y quien perdió en la guerra pública, arde en deseos de tenderle insidias ocultamente. En el tiempo de la quietud regresa al ánimo del vencedor, y trae a la memoria las pérdidas de las cosas o las lanzas de las injurias; exagerando vehementemente todo lo que le fue infligido, muestra que fue intolerable, y perturba el ánimo del que descansa con tal furia, que a menudo el hombre paciente se avergüenza de haber soportado tales cosas con ecuanimidad, incluso después de la victoria; se duele de no haber devuelto las injurias, y busca devolver peores si se le da la ocasión. ¿A quiénes, pues, son semejantes estos, sino a aquellos que por fortaleza son vencedores en el campo, pero por negligencia después son capturados dentro de las murallas de la ciudad? ¿A quiénes son semejantes estos, sino a aquellos a quienes una grave enfermedad no los sustrae de la vida, pero una fiebre leve que regresa los mata? Por tanto, aquel verdaderamente guarda la paciencia, quien tanto en el tiempo soporta los males ajenos sin dolor, y al reflexionar sobre ellos, se regocija de haber soportado tales cosas, para que no perezca en el tiempo de la quietud el bien de la paciencia que se guarda en las perturbaciones.

7. Pero dado que hoy celebramos el natalicio del mártir, hermanos míos, no debemos considerarnos ajenos a la virtud de su paciencia. Si, con la ayuda del Señor, nos esforzamos por mantener la virtud de la paciencia, vivimos en la paz de la Iglesia y, sin embargo, sostenemos la palma del martirio. Hay, en efecto, dos tipos de martirio: uno en la mente, y otro en la mente y en la acción. Así, podemos ser mártires, aunque no seamos asesinados por la espada de los perseguidores. Morir a manos de un perseguidor es martirio en obra manifiesta; soportar insultos, amar al que odia, es martirio en pensamiento oculto. Porque hay dos tipos de martirio, uno en obra oculta y otro en público, lo atestigua la Verdad, que pregunta a los hijos de Zebedeo: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?" (Mateo 20, 22). Cuando respondieron de inmediato: "Podemos", el Señor les dijo: "Mi cáliz, en verdad, lo beberéis". ¿Qué entendemos por cáliz sino el dolor de la pasión? De lo cual dice en otro lugar: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz". Y los hijos de Zebedeo, es decir, Santiago y Juan, no ambos murieron por el martirio, y sin embargo, ambos escucharon que beberían el cáliz. Juan, de hecho, no terminó su vida por el martirio, pero fue mártir porque mantuvo en su mente la pasión que no sufrió en el cuerpo. Por tanto, siguiendo este ejemplo, podemos ser mártires sin espada, si verdaderamente guardamos la paciencia en el alma. No creo fuera de lugar, hermanos amadísimos, hablaros de un ejemplo de paciencia para vuestra edificación.

8. Hubo en nuestros días un hombre llamado Esteban, abad de un monasterio cerca de las murallas de la ciudad de Reate, un hombre muy santo, singular en la virtud de la paciencia.

Muchos aún viven que lo conocieron y narran su vida y su muerte. Su lenguaje era rústico, pero su vida era docta. Por amor a la patria celestial, despreciaba todas las cosas, huía de poseer algo en este mundo; evitaba el tumulto de los hombres, y se dedicaba a oraciones frecuentes y prolongadas. La virtud de la paciencia había crecido en él de tal manera que consideraba amigo a quien le causaba alguna molestia; agradecía los insultos; si sufría alguna pérdida en su pobreza, lo consideraba una gran ganancia; veía a todos sus adversarios como ayudantes. Cuando el día de su muerte lo urgía a salir del cuerpo, muchos se reunieron para encomendar sus almas a tan santa alma que partía de este mundo. Y mientras todos los que se habían reunido estaban alrededor de su lecho, algunos vieron ángeles con los ojos del cuerpo, pero no pudieron decir nada; otros no vieron nada; pero todos los presentes fueron sobrecogidos por un temor tan grande que ninguno pudo permanecer allí mientras aquella santa alma partía. Así, tanto los que vieron como los que no vieron nada, todos fueron sobrecogidos y aterrados por un mismo temor, y huyeron, y nadie pudo permanecer allí mientras él moría. Considerad, pues, hermanos, cómo el Dios omnipotente aterroriza cuando viene como juez severo, si así aterroriza a los presentes cuando viene como gratificante y recompensador; o cómo puede ser temido cuando pueda ser visto, si así abate las mentes de los presentes cuando no puede ser visto. Ved, hermanos amadísimos, cómo la paciencia mantenida en la paz eclesiástica elevó a este hombre a tan alto grado de recompensa. ¿Qué le dio su Creador en su interior, del cual nos reveló tanta gloria en el día de su partida? ¿A quiénes creemos que fue asociado sino a los santos mártires, a quien, según atestiguan también los ojos del cuerpo, fue recibido por los espíritus bienaventurados? No fue abatido por ninguna espada, y sin embargo, recibió la corona de la paciencia que mantuvo en su mente al partir. Comprobamos diariamente que es verdad lo que se dijo antes de nosotros, que la santa Iglesia, llena de las flores de los elegidos, tiene lirios en la paz y rosas en la guerra.

9. Además, debemos saber que la virtud de la paciencia suele ejercerse de tres maneras. Hay cosas que soportamos de Dios, otras del antiguo adversario, y otras del prójimo. Del prójimo soportamos persecuciones, pérdidas e insultos; del antiguo adversario, tentaciones; de Dios, soportamos castigos. Pero en todos estos tres modos, la mente debe vigilarse a sí misma con ojo atento, para no ser arrastrada a la retribución del mal contra las maldades del prójimo, para no ser seducida por la tentación del adversario hacia el deleite o el consentimiento del pecado, para no caer en la murmuración contra los castigos del Creador. El adversario es vencido perfectamente cuando nuestra mente no es arrastrada al deleite y al consentimiento en medio de sus tentaciones, y se guarda del odio en medio de los insultos del prójimo, y se refrena de la murmuración en medio de los castigos de Dios. Y al hacer esto, no busquemos que se nos retribuyan bienes presentes; pues por el trabajo de la paciencia, los bienes deben esperarse en la vida futura, para que la recompensa de nuestro trabajo comience cuando todo trabajo haya cesado por completo. Por eso también se dice a través del salmista: "No para siempre será olvidado el pobre, la paciencia de los pobres no perecerá para siempre" (Salmo 9, 19). Porque la paciencia de los pobres parece perecer cuando nada se les recompensa por ella en esta vida. Pero la paciencia de los pobres no perecerá para siempre, porque entonces se percibe su gloria, cuando todas las cosas laboriosas terminan al mismo tiempo. Guardad, pues, hermanos, la paciencia en la mente, y ejercitadla en la acción cuando la situación lo requiera. Que ninguna palabra insultante os mueva al odio del prójimo, que ninguna pérdida de cosas perecederas os perturbe. Si teméis las pérdidas de las cosas eternas con una mente fija, no consideraréis graves las pérdidas de las cosas transitorias; si contempláis la gloria de la retribución eterna, no os duele la injuria temporal. Tolerad, pues, a vuestros adversarios, pero amad como hermanos a quienes toleráis. Buscad las recompensas eternas por las pérdidas temporales. Y que ninguno de vosotros confíe en poder cumplir esto por sus propias fuerzas,

sino que obtenga mediante la oración que quien lo manda lo conceda. Y sabemos que escucha con gusto a los que piden, cuando se le pide que conceda lo que manda. Cuando se le llama continuamente en la oración, rápidamente ayuda en la tentación, por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con Él, Dios en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXVI.

Pronunciada al pueblo en la basílica de los bienaventurados apóstoles Felipe y Santiago, el segundo domingo después de Pentecostés.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 14, 16-24.

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola a los fariseos: Un hombre hizo una gran cena y llamó a muchos. Y envió a su siervo a la hora de la cena para decir a los invitados que vinieran, porque ya todo estaba preparado. Y comenzaron todos a excusarse. El primero le dijo: He comprado una hacienda, y necesito salir a verla; te ruego que me excuses. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas; te ruego que me excuses. Y otro dijo: Me he casado, y por eso no puedo ir. Y regresó el siervo y contó esto a su señor. Entonces, enojado, el padre de familia dijo a su siervo: Sal pronto a las plazas y calles de la ciudad, y trae aquí a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos. Y el siervo dijo: Señor, se ha hecho como ordenaste, y aún hay lugar. Y el señor dijo al siervo: Sal a los caminos y cercas, y obliga a entrar, para que se llene mi casa. Os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron invitados probará mi cena.

1. Suele haber, hermanos amadísimos, esta diferencia entre las delicias del cuerpo y las del corazón, que las delicias corporales, cuando no se tienen, encienden en sí un grave deseo, pero cuando se poseen y se consumen, inmediatamente convierten al que las come en hastío por la saciedad. En cambio, las delicias espirituales, cuando no se tienen, son despreciadas, pero cuando se poseen, son deseadas; y cuanto más se comen, más se desean. En aquellas, el apetito agrada, la experiencia desagrade; en estas, el apetito es vil, y la experiencia agrada más. En aquellas, el apetito genera saciedad, la saciedad genera hastío; en estas, el apetito genera saciedad, la saciedad genera apetito. Porque las delicias espirituales aumentan el deseo en la mente mientras sacian, porque cuanto más se percibe su sabor, más se conoce que deben ser amadas con avidez. Y por eso no pueden ser amadas si no se poseen, porque se ignora su sabor. ¿Quién puede amar lo que ignora? Por eso el salmista nos advierte, diciendo: "Gustad y ved que el Señor es bueno" (Salmo 33, 9). Como si dijera abiertamente: No conocéis su bondad si no la gustáis. Pero tocad con el paladar del corazón el alimento de la vida, para que, probando su dulzura, podáis amarla. Sin embargo, el hombre perdió estas delicias cuando pecó en el paraíso (Génesis 3, 6); salió fuera, cuando cerró la boca al alimento de la dulzura eterna. Por eso nosotros, nacidos en la aflicción de esta peregrinación, venimos aquí ya fastidiosos, y no sabemos qué debemos desear; y cuanto más se agrava la enfermedad de nuestro hastío, más se aleja el alma del alimento de aquella dulzura; y ya no apetece las delicias internas, porque ha dejado de comerlas durante mucho tiempo. Por tanto, languidecemos por nuestro hastío, y nos fatigamos por la larga plaga de la inanición. Y porque no queremos gustar la dulzura preparada en nuestro interior, amamos miserablemente nuestra hambre exterior. Pero la piedad celestial no nos abandona, aunque nosotros la abandonemos.

2. Porque nos recuerda aquellas delicias despreciadas ante los ojos de nuestra memoria, y nos las propone; en la promesa despierta nuestra torpeza, y nos invita a que rechacemos nuestro

hastío. Dice: "Un hombre hizo una gran cena y llamó a muchos". ¿Quién es este hombre, sino aquel de quien se dice por el profeta: "Y es hombre, y ¿quién lo conoció?" (Jeremías 17, 9). Él hizo una gran cena, porque nos preparó la saciedad de la dulzura interna. Llamó a muchos, pero pocos vienen, porque a menudo los mismos que le están sujetos por la fe, contradicen su eterno banquete viviendo mal. Sigue: "Envío a su siervo a la hora de la cena para decir a los invitados que vinieran". ¿Qué es la hora de la cena, sino el fin del mundo? En el cual ciertamente estamos, como ya hace tiempo Pablo testifica, diciendo: "Nosotros somos aquellos a quienes han llegado los fines de los siglos" (1 Corintios 10, 11). Si ya es la hora de la cena cuando somos llamados, tanto menos debemos excusarnos del banquete de Dios, cuanto más vemos que el fin del mundo se acerca. Porque cuanto más pensamos que nada queda, más debemos temer que el tiempo de gracia que está presente se pierda. Por eso este banquete de Dios no se llama almuerzo, sino cena, porque después del almuerzo queda la cena, pero después de la cena no queda ningún banquete. Y porque el banquete eterno de Dios se nos preparará al final, fue correcto que no se llamara almuerzo, sino cena. Pero, ¿quién es este siervo que es enviado por el padre de familia a invitar, sino el orden de los predicadores? De este orden, aunque aún somos indignos, aunque estamos cargados por el peso de nuestros pecados, también nosotros estamos en estos días, y cuando os hablo de vuestra edificación, eso es lo que hago, porque soy siervo del sumo padre de familia. Cuando os exhorto al desprecio del mundo, vengo a invitaros al banquete de Dios. Que nadie me desprecie en este lugar por mí mismo. Y si no soy digno de invitar, sin embargo, grandes son las delicias que prometo. A menudo, hermanos míos, suele suceder lo que digo, que una persona poderosa tiene un siervo despreciado; y cuando a través de él manda alguna respuesta a los suyos o a extraños, no se desprecia la persona del siervo que habla, porque se guarda en el corazón la reverencia del señor que lo envía. No piensan los que escuchan por quién, sino qué o de quién escuchan. Así, hermanos, así debéis actuar, y si tal vez nos despreciáis dignamente, sin embargo, guardad en vuestra mente la reverencia del Señor que llama. Obedeced con gusto para convertirlos en comensales del sumo padre de familia. Examinad vuestros corazones, y expulsad de ellos el hastío mortal. Porque ya todo está preparado para repeler vuestro hastío. Pero si aún sois carnales, tal vez busquéis manjares carnales. He aquí que esos mismos manjares carnales se han convertido en alimento espiritual para vosotros. Para limpiar el hastío de vuestra mente, en la cena del Señor, ese cordero singular ha sido inmolido para vosotros.

3. Pero, ¿qué hacemos, que aún vemos que lo que se añade a continuación es hecho por muchos? "Y comenzaron todos a excusarse". Dios ofrece lo que debía ser pedido; no rogó dar lo que apenas se podía esperar que concediera si se le pidiera, y es despreciado; anuncia las delicias preparadas de la eterna refección, y sin embargo, todos a una se excusan. Pongamos ante los ojos de la mente las cosas mínimas, para que podamos considerar dignamente las mayores. Si un hombre poderoso enviara a invitar a cualquier pobre, ¿qué haría, hermanos, os pregunto, qué haría ese pobre, sino alegrarse por su invitación, responder humildemente, cambiarse de ropa, apresurarse a ir cuanto antes, para que otro no llegara antes que él al banquete del poderoso? Un hombre rico invita, y el pobre se apresura a acudir; somos invitados al banquete de Dios, y nos excusamos. Pero aquí puedo imaginar lo que vuestros corazones responden. Porque tal vez con pensamientos ocultos dicen para sí mismos: No queremos excusarnos, porque nos alegramos de ser llamados y llegar a ese banquete de la refección celestial.

4. Lo que vuestras mentes os dicen es verdad, si no aman más las cosas terrenales que las celestiales, si no están más ocupadas en las cosas corporales que en las espirituales. Por eso aquí también se añade la causa misma de los que se excusan, cuando inmediatamente se

añade: "El primero dijo: He comprado una hacienda, y necesito salir a verla; te ruego que me excuses". ¿Qué se designa por la hacienda sino la sustancia terrenal? Salió, pues, a ver la hacienda quien solo piensa en lo exterior por la sustancia. Otro dijo: "He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas; te ruego que me excuses". ¿Qué entendemos por las cinco yuntas de bueyes sino los cinco sentidos del cuerpo? Que también se llaman yuntas con razón, porque se duplican en ambos sexos. Estos sentidos corporales, porque no pueden comprender lo interno, sino que solo conocen lo exterior, y, abandonando lo íntimo, tocan lo que está fuera, con razón se designa por ellos la curiosidad. Que cuando busca investigar la vida ajena, siempre ignorando la suya propia, se esfuerza en pensar en lo exterior. Es un grave vicio de la curiosidad, que cuando lleva la mente de alguien a investigar la vida del prójimo exteriormente, siempre le oculta su propia intimidad, para que, sabiendo lo ajeno, se ignore a sí mismo, y cuanto más experto sea el ánimo curioso en el mérito ajeno, tanto más ignorante sea de sí mismo. Por eso se dice de esas cinco yuntas de bueyes: "Voy a probarlas; te ruego que me excuses". Porque a veces la prueba pertenece a la curiosidad. Pero es de notar que tanto el que se excusa por la hacienda como el que se excusa por probar las yuntas de bueyes, mezcla palabras de humildad, diciendo: "Te ruego que me excuses". Porque cuando dice "Te ruego", y sin embargo desprecia venir, suena humildad en la voz, pero soberbia en la acción. Y he aquí que esto lo juzga cualquiera perverso cuando lo oye, y sin embargo no deja de hacer lo que juzga. Porque cuando decimos a cualquiera que actúa perversamente: Conviértete, sigue a Dios, deja el mundo, ¿a dónde lo llamamos sino al banquete del Señor? Pero cuando responde: Ora por mí, porque soy pecador, no puedo hacer esto, ¿qué otra cosa hace sino rogar y excusar? Porque al decir: "Soy pecador", insinúa humildad; pero al añadir: "No puedo convertirme", demuestra soberbia. Rogando, pues, se excusa, quien introduce humildad en la voz, y ejerce soberbia en la acción.

5. Otro dijo: "Me he casado, y por eso no puedo ir". ¿Qué se entiende por la esposa sino el placer de la carne? Porque aunque el matrimonio es bueno, y fue instituido por la providencia divina para propagar la descendencia, sin embargo, algunos no buscan en él la fecundidad de la prole, sino los deseos del placer, y por eso, por una cosa justa puede significarse incongruentemente una cosa injusta. Al banquete del eterno banquete os invita el sumo padre de familia; pero mientras uno está dedicado a la avaricia, otro a la curiosidad, otro al placer de la carne, ciertamente todos los reprobos se excusan a una. Mientras a uno lo ocupa el cuidado terrenal, a otro lo devasta la sagaz cogitación del acto ajeno, y la mente de otro es manchada por el placer carnal, ningún fastidioso se apresura a las delicias de la vida eterna.

6. Sigue: "Regresó el siervo y contó esto a su señor. Entonces, enojado, el padre de familia dijo a su siervo: Sal pronto a las plazas y calles de la ciudad, y trae aquí a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos". He aquí que quien se apega más de lo justo a la sustancia terrenal, se niega a venir al banquete del Señor; quien se afana en el trabajo de la curiosidad, desprecia los alimentos de la vida preparados; quien sirve a los deseos carnales, rechaza las delicias del banquete espiritual. Porque los soberbios se niegan a venir, se eligen a los pobres. ¿Por qué esto? Porque, según la voz de Pablo, "Dios elige lo débil del mundo para confundir a lo fuerte" (1 Corintios 1, 27). Pero es de notar cómo se describen los que son llamados al banquete y vienen, "pobres y lisiados". Se dice que son pobres y lisiados, quienes en su propio juicio son débiles ante sí mismos. Porque hay pobres que son como fuertes, que, aunque están en la pobreza, son soberbios. Los ciegos son aquellos que no tienen ninguna luz de ingenio. También son cojos, quienes no tienen pasos rectos en la acción. Pero mientras los vicios de las costumbres se significan en la debilidad de los miembros, ciertamente está claro que así como aquellos que fueron llamados y no quisieron venir eran pecadores, así también

estos que son invitados y vienen son pecadores. Pero los pecadores soberbios son rechazados, para que los pecadores humildes sean elegidos.

7. Dios ha elegido a aquellos que el mundo desprecia, porque a menudo ese desprecio hace que el hombre vuelva a sí mismo. Aquel que dejó a su padre y derrochó prodigiosamente la parte de la herencia que había recibido, cuando comenzó a tener hambre, volvió en sí y dijo: "¿Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan?" (Luc. XV, 17). Se había alejado mucho de sí mismo cuando pecaba. Y si no hubiera tenido hambre, no habría vuelto a sí mismo, porque fue al carecer de cosas terrenales que comenzó a pensar en lo que había perdido de lo espiritual. Por lo tanto, los pobres y débiles, ciegos y cojos son llamados y vienen, porque los que son débiles y despreciados en este mundo a menudo escuchan la voz de Dios más rápidamente, ya que no tienen en este mundo donde deleitarse. Esto lo representa bien el joven egipcio de los amalecitas (I Reg. XXX, 11, ss.), quien, al quedar enfermo en el camino mientras los amalecitas saqueaban y corrían, fue encontrado por David, quien le dio comida y bebida; y al recuperarse rápidamente, se convirtió en guía de David. Encontró a los amalecitas festejando y, con gran fortaleza, derrotó a aquellos que lo habían dejado débil. El pueblo amalecita se llama "lambente". ¿Y qué se designa por un pueblo lambente, sino las mentes de los mundanos? Que, al ambicionar todas las cosas terrenales, las lamen, mientras se deleitan solo en lo temporal. Como un pueblo lambente hace botín, mientras los que aman las ganancias terrenales aumentan sus riquezas a costa de los demás. Pero el joven egipcio enfermo es dejado en el camino, porque cuando un pecador comienza a debilitarse en el estado de este mundo, pronto es despreciado por las mentes mundanas. Sin embargo, David lo encuentra y le da comida y bebida, porque el Señor, fuerte en mano, no desprecia a los rechazados del mundo, y a menudo convierte a su gracia de amor a aquellos que, al no poder seguir al mundo, quedan como en el camino, y les ofrece el alimento y la bebida de su palabra; y los elige como guías en el camino, haciéndolos incluso sus predicadores. Pues cuando introducen a Cristo en los corazones de los pecadores, es como si guiaran a David sobre los enemigos. Golpean con la espada a los amalecitas que festejan como David, porque con la virtud del Señor derriban a los soberbios que los habían despreciado en el mundo. Así, el joven egipcio que quedó en el camino mata a los amalecitas, porque a menudo superan las mentes de los mundanos predicando, aquellos que antes no podían correr con los mundanos en este mundo.

8. Pero, después de haber llevado a los pobres al banquete, escuchemos lo que añade el joven: "Señor, se ha hecho como ordenaste, y aún hay lugar". Muchos de estos fueron reunidos para el banquete del Señor desde Judea, pero la multitud que creyó del pueblo israelita no llenó el lugar del banquete celestial. Ya ha entrado una multitud de judíos, pero aún queda lugar en el reino, donde debe ser recibida la multitud de las naciones. Por eso se le dice al mismo siervo: "Sal a los caminos y cercas, y obliga a entrar, para que se llene mi casa". Cuando el Señor invita a algunos de las calles y plazas al banquete, designa a ese pueblo que sabía guardar la ley bajo una vida urbana; pero cuando ordena reunir a sus comensales de los caminos y cercas, busca reunir al pueblo rústico, es decir, a los gentiles, de cuya significación se dice por el salmista: "Entonces se alegrarán todos los árboles del bosque delante del Señor, porque viene" (Sal. XCV, 13). Los árboles del bosque son llamados las naciones, porque en su infidelidad siempre fueron torcidos e infructuosos. Aquellos que se convirtieron de ese uso rústico, vinieron al banquete del Señor como si vinieran de las cercas.

9. Es de notar que en esta tercera invitación no se dice "Invita", sino "Obliga a entrar". Algunos son llamados y desprecian venir; otros son llamados y vienen; pero a algunos no se les dice que son llamados, sino que son obligados a entrar. Son llamados y desprecian venir

aquellos que reciben el don del entendimiento, pero no siguen ese entendimiento con obras; son llamados y vienen aquellos que perfeccionan la gracia del entendimiento recibido con obras; pero algunos son llamados de tal manera que incluso son obligados. Pues hay algunos que entienden que deben hacer el bien, pero dejan de hacerlo; ven lo que deben hacer, pero no lo siguen por deseo. A estos, como dijimos antes, a menudo les sucede que la adversidad de este mundo los golpea en sus deseos carnales; intentan alcanzar la gloria temporal, y no pueden; y mientras proponen navegar por las grandes preocupaciones de este siglo, como por las altas olas del mar, siempre son repelidos a las costas de su humillación por vientos adversos. Y cuando ven que se rompen en sus deseos, con el mundo adverso, recuerdan lo que deben a su Creador, de modo que vuelven a Él con vergüenza, a quien habían abandonado por amor al mundo. A menudo, algunos que desean avanzar hacia la gloria temporal, o se consumen en una larga enfermedad, o caen afligidos por injurias, o son golpeados por graves pérdidas, y en el dolor del mundo ven que no debieron confiar en su placer, y reprendiéndose a sí mismos en sus deseos, vuelven sus corazones a Dios. De estos, el Señor dice por el profeta: "He aquí, yo cercaré tu camino con espinas, y lo cercaré con un muro, y no encontrará sus sendas; y seguirá a sus amantes, y no los alcanzará; los buscará, y no los encontrará, y dirá: Iré y volveré a mi primer marido, porque entonces me iba mejor que ahora" (Oseas II, 6, 7). El esposo de cada alma fiel es Dios, porque está unida a Él por la fe. Pero el alma que había sido unida a Dios sigue a sus amantes, cuando la mente que ya ha creído por la fe aún se somete a los espíritus impuros en la acción, busca la gloria del mundo, se alimenta de la delectación carnal, se nutre de placeres buscados. Pero a menudo el Dios omnipotente mira misericordiosamente a tal alma, y mezcla amarguras con sus placeres. Por eso dice: "He aquí, yo cercaré tus caminos con espinas". Nuestros caminos están cercados de espinas cuando encontramos punzadas de dolor en lo que deseamos mal. "Y los cercaré con un muro, y no encontrará sus sendas". Nuestros caminos están cercados con un muro cuando las duras objeciones de este mundo resisten a nuestros deseos. Y no podemos encontrar nuestras sendas, porque se nos prohíbe obtener lo que buscamos mal. "Y seguirá a sus amantes, y no los alcanzará; los buscará, y no los encontrará"; porque los espíritus malignos a los que el alma se sometió en sus deseos no los comprende para el efecto de sus deseos. Pero de esta adversidad saludable surge una gran utilidad, como se añade: "Y dirá: Iré y volveré a mi primer marido, porque entonces me iba mejor que ahora". Después de que encuentra sus caminos cercados de espinas, después de que no puede alcanzar a sus amantes, vuelve al amor de su primer esposo, porque a menudo, después de que no podemos obtener en este mundo lo que queremos, después de que nos cansamos de la imposibilidad en los deseos terrenales, entonces recordamos a Dios, entonces comienza a agradarnos quien nos desagradaba; y aquel cuyas órdenes nos eran amargas de repente se endulza en la memoria; y el alma pecadora que intentó ser adúltera, pero no pudo en obra abierta, decide ser una esposa fiel. Aquellos que, quebrantados por las adversidades de este mundo, vuelven al amor de Dios, y son corregidos de los deseos de la vida presente, ¿qué son, hermanos míos, sino obligados a entrar?

10. Pero es muy temible la sentencia que se añade de inmediato. Escuchadla con atención, hermanos y señores míos: en cuanto pecadores, hermanos míos; en cuanto justos, señores míos. Escuchadla con atención, para que la sintáis menos en el juicio, cuanto más temerosamente la escucháis ahora en la predicación. Dice: "Os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena". He aquí que llama por sí mismo, llama por los ángeles, llama por los padres, llama por los profetas, llama por los apóstoles, llama por los pastores, llama incluso por nosotros, llama a menudo por milagros, llama a menudo por castigos, llama a veces por las prosperidades de este mundo, llama a veces por las adversidades. Que nadie desprecie, no sea que, mientras excusa ser llamado, cuando quiera

entrar no pueda. Escuchad lo que la Sabiduría dice por Salomón: "Entonces me invocarán, y no escucharé; se levantarán temprano, y no me encontrarán" (Prov. I, 28). De aquí es que las vírgenes insensatas, llegando tarde, claman, diciendo: "Señor, Señor, ábrenos" (Mat. XXV, 11). Pero ya entonces se les dice a los que buscan la entrada: "En verdad os digo, no os conozco" (Ibid.). ¿Qué, entre estas cosas, hermanos carísimos, sino que debemos dejarlo todo, posponer las preocupaciones del mundo, anhelar solo los deseos eternos? Pero esto se ha dado a pocos.

11. Quiero amonestaros para que lo dejéis todo, pero no me atrevo. Si, por tanto, no podéis dejar todo lo del mundo, tened lo que es de este mundo de tal manera que no seáis retenidos por ello en el mundo; que la cosa terrenal sea poseída, no posea; que lo que tenéis esté bajo el dominio de vuestra mente, no sea que si vuestra mente es vencida por el amor de las cosas terrenales, sea más bien poseída por sus cosas. Que la cosa temporal esté en uso, la eterna en deseo; que la cosa temporal esté en el camino, se desee la eterna en la llegada. Que se mire de lado todo lo que se hace en este mundo. Pero que los ojos de la mente se dirijan hacia adelante, mientras con toda intención contemplan aquello a lo que hemos llegado. Que se extirpen de raíz los vicios, no solo del acto de la obra, sino también arrancados del pensamiento del corazón. Que no nos impida la voluptuosidad de la carne, ni la curiosidad de la preocupación, ni el ardor de la ambición de la cena del Señor, sino que incluso lo que hacemos honestamente en el mundo lo toquemos como de un lado de la mente, para que las cosas terrenales que agradan sirvan así a nuestro cuerpo, que no obstaculicen en absoluto al corazón. No nos atrevemos, hermanos, a deciros que lo dejéis todo; pero, sin embargo, si queréis, lo dejáis todo incluso reteniéndolo, si lleváis las cosas temporales de tal manera que con toda la mente os dirigís a las eternas.

12. De esto, el apóstol Pablo dice: "El tiempo es breve: queda que los que tienen esposas sean como si no las tuvieran, los que lloran como si no lloraran, y los que se alegran como si no se alegraran, y los que compran como si no poseyeran, y los que usan de este mundo como si no usaran; porque la figura de este mundo pasa" (I Cor. VII, 29, ss.). Pues tiene esposa, pero como si no la tuviera, quien sabe cumplir con los deberes de la carne, pero no se ve obligado por ella a adherirse al mundo con toda la mente. Pues cuando el mismo insigne predicador dice: "El que tiene esposa, piensa en las cosas del mundo, cómo agradar a su esposa" (Ibid., 33), aquel que tiene esposa como si no la tuviera, es quien se esfuerza por agradar a su cónyuge, pero no desagrada a su Creador. Llorar, pero como si no llorara, quien se aflige por las pérdidas temporales, pero siempre se consuela con las ganancias eternas. Se alegra, pero como si no se alegrara, quien se regocija por los bienes temporales, pero siempre considera los tormentos perpetuos; y en lo que eleva su mente con alegría, la oprime continuamente con el peso de la prudente preocupación. Compra, pero como si no poseyera, quien prepara cosas terrenales para su uso, pero con cauta reflexión prevé que pronto las dejará. Usa del mundo, pero como si no usara, quien reduce todas las cosas necesarias al servicio de su vida exteriormente, pero no permite que estas mismas cosas dominen su mente, para que sirvan sujetas afuera, y nunca rompan la intención del alma que tiende a lo alto. Cualquiera que sea así, ciertamente tiene todas las cosas terrenales no para el deseo, sino para el uso, porque usan de las cosas necesarias, pero no desean tener nada con el pecado. De las mismas cosas que poseen, adquieren diariamente recompensas, y se alegran más por la buena obra que por la buena posesión.

13. Y para que a algunos estas cosas no les parezcan difíciles, relato un hecho de una persona que muchos de vosotros conocéis, un hecho que aprendí hace tres años en la ciudad de Centumcellae de personas fieles. Recientemente, en esa ciudad, hubo un conde llamado Theophanius (Lib. IV Dialog., cap. 27), un hombre dedicado a actos de misericordia, atento a

las buenas obras, especialmente dedicado a la hospitalidad. Ocupado en los actos del condado, realizaba cosas terrenales y temporales; pero, como se hizo más claro por su fin, más por deber que por intención. Pues cuando, al acercarse el tiempo de su muerte, una gravísima tormenta de aire impedía que pudiera ser llevado a enterrar, y su esposa lo buscaba con un llanto vehementísimo, diciendo: "¿Qué haré? ¿Cómo te sacaré para enterrar, si no puedo salir de la puerta de esta casa por la gran tormenta?" Entonces él respondió: "No llores, mujer, porque tan pronto como yo muera, la serenidad del aire volverá". Y de inmediato, tanto su voz fue seguida por la muerte, como la muerte por la serenidad. Sus manos y pies, hinchados por el humor de la gota, estaban convertidos en llagas, y abiertas por la supuración. Pero cuando su cuerpo fue descubierto para ser lavado, sus manos y pies se encontraron tan sanos como si nunca hubieran tenido ninguna herida. Fue llevado y sepultado, y a su esposa le pareció que al cuarto día debía cambiarse el mármol que había sido colocado sobre su sepulcro. Cuando el mármol que cubría su cuerpo fue retirado, emanó de su cuerpo tal fragancia de olor, como si de su carne putrescente, en lugar de gusanos, hubieran hervido aromas. Dije esto para mostrar con un ejemplo cercano que algunos pueden llevar un hábito secular, pero no tener un ánimo secular. Aquellos que están atados por la necesidad en el mundo, de modo que no pueden despojarse completamente del mundo, deben tener las cosas del mundo de tal manera que no sepan sucumbir a ellas por la fractura de la mente. Pensad en esto, y cuando no podáis dejar todo lo que es del mundo, actuad bien exteriormente en lo exterior, pero apresuraos ardientemente interiormente hacia lo eterno. Que nada retarde el deseo de vuestra mente, que ninguna delectación de cosa alguna en este mundo os implique. Si se ama el bien, que la mente se deleite en los bienes mejores, es decir, en los celestiales. Si se teme el mal, que se propongan a la mente los males eternos, para que, al ver allí tanto lo que ama como lo que teme más, no se quede aquí en absoluto. Para hacer estas cosas, tenemos al mediador entre Dios y los hombres como nuestro ayudador, por quien obtendremos todo más rápidamente, si ardemos en verdadero amor hacia Él, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXVII.

Pronunciada al pueblo en la basílica del bienaventurado mártir Sebastián, en el día de su natalicio.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS XIV, 25-33.

En aquel tiempo, Jesús dijo a las multitudes: Si alguno viene a mí y no odia a su padre y madre, y esposa e hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos que son necesarios, si tiene para acabarla, no sea que después de haber puesto el cimiento, y no pudiendo acabarla, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar y no pudo terminar? ¿O qué rey, al ir a hacer guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede con diez mil salir al encuentro del que viene contra él con veinte mil? De otra manera, cuando el otro aún está lejos, envía una embajada y pide condiciones de paz. Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee no puede ser mi discípulo.

1. Si consideramos, hermanos carísimos, qué y cuán grandes son las cosas que se nos prometen en los cielos, todo lo que se tiene en la tierra se vuelve vil en el ánimo. Pues la sustancia terrenal comparada con la felicidad suprema es un peso, no un auxilio. La vida temporal comparada con la vida eterna debe llamarse más bien muerte que vida. Pues, ¿qué

es el defecto diario de la corrupción sino una cierta prolongación de la muerte? ¿Qué lengua puede decir, o qué entendimiento puede captar cuán grandes son los gozos de la ciudad celestial, participar en los coros de los ángeles, asistir con los espíritus bienaventurados a la gloria del Creador, ver el rostro presente de Dios, contemplar la luz incircunscripta, no ser afectado por el temor de la muerte, alegrarse con el don de la perpetua incorruptibilidad? Pero al escuchar esto, el ánimo arde, y ya desea estar allí, donde espera gozar sin fin. Pero no se puede llegar a grandes premios sin grandes trabajos. Por eso, el insigne predicador Pablo dice: "No será coronado sino el que legítimamente lucha" (II Tim. II, 5). Que la grandeza de los premios deleite, pues, la mente, pero que no la aterre la lucha de los trabajos. Por eso, la Verdad dice a los que vienen a Él: "Si alguno viene a mí y no odia a su padre y madre, y esposa e hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo".

2. Pero es lícito preguntar cómo se nos manda odiar a los padres y parientes carnales, cuando se nos ordena amar incluso a los enemigos. Y ciertamente la Verdad dice sobre la esposa: "Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre" (Mateo XIX, 6). Y Pablo dice: "Maridos, amad a vuestras esposas, como Cristo amó a la Iglesia" (Efesios V, 25). He aquí que el discípulo predica que se debe amar a la esposa, mientras que el maestro dice: "Quien no odia a su esposa, no puede ser mi discípulo". ¿Acaso el juez anuncia una cosa y el heraldo proclama otra? ¿O podemos simultáneamente odiar y amar? Pero si consideramos la fuerza del precepto, podemos hacer ambas cosas con discernimiento, de modo que amemos a aquellos que están unidos a nosotros por parentesco carnal y a quienes conocemos como prójimos, y que no sepamos de aquellos que se nos oponen en el camino de Dios, odiándolos y evitándolos. Pues, en cierto modo, se ama a través del odio a quien es carnalmente sabio, cuando no se le escucha al proponer cosas malas. Para demostrar que este odio hacia los prójimos no procede de la falta de afecto, sino del amor, el Señor añadió inmediatamente: "Aún más, también su propia alma". Por lo tanto, se nos manda odiar a los prójimos y odiar nuestra propia alma. Así queda claro que debe odiar al prójimo amándolo, quien lo odia como a sí mismo. Pues bien odiamos nuestra alma cuando no nos rendimos a sus deseos carnales, cuando quebrantamos su apetito, cuando nos oponemos a sus placeres. Así, despreciada, se conduce a algo mejor, y es amada como si fuera por odio. Así, ciertamente, debemos mostrar a nuestros prójimos el discernimiento del odio, de modo que amemos en ellos lo que son, y odiamos lo que nos obstaculiza en el camino de Dios.

3. Ciertamente, cuando Pablo se dirigía a Jerusalén, el profeta Ágabo tomó su cinturón y ató sus propios pies, diciendo: "Al hombre de quien es este cinturón, así lo atarán en Jerusalén" (Hechos XXI, 11). Pero aquel que perfectamente odiaba su alma, ¿qué decía? "Estoy dispuesto no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesucristo" (Ibid., 13), "ni considero mi vida preciosa para mí mismo" (Hechos XX, 24). He aquí cómo amando odiaba su alma, o más bien odiándola la amaba, pues deseaba entregarla a la muerte por Jesús, para resucitarla a la vida desde la muerte del pecado. De esta discreción de nuestro odio tomemos la forma para el odio al prójimo. Que sea amado cualquiera en este mundo, incluso el adversario, pero que no sea amado en el camino de Dios, ni siquiera el pariente. Pues quien ya desea lo eterno, en la causa de Dios que emprende, debe hacerse ajeno al padre, a la madre, a la esposa, a los hijos, a los parientes, a sí mismo, para conocer más verdaderamente a Dios, cuanto menos reconoce a nadie en su causa. Pues mucho es lo que los afectos carnales desvían la intención de la mente y oscurecen su agudeza; sin embargo, no los sufrimos como nocivos si los mantenemos bajo control. Por lo tanto, los prójimos deben ser amados, la caridad debe ser extendida a todos, tanto a los cercanos como a los extraños, pero no se debe desviar del amor de Dios por esa misma caridad.

4. Sabemos, además, que cuando el arca del Señor regresaba de la tierra de los filisteos a la tierra de los israelitas, fue colocada sobre un carro, y las vacas fueron atadas al carro, las cuales se dice que estaban paridas, y sus crías fueron encerradas en casa. Y está escrito: "Las vacas iban rectas por el camino que lleva a Bet-semes, y andaban por un solo camino, avanzando y mugiendo, y no se desviaban ni a la derecha ni a la izquierda" (1 Samuel VI, 12). ¿Qué representan, pues, las vacas sino a los fieles en la Iglesia, que al considerar los preceptos de la sagrada palabra, llevan el arca del Señor como si estuviera sobre ellos? De las cuales también se debe notar que se dice que estaban paridas, porque hay muchos que, aunque están internamente en el camino de Dios, están atados externamente por afectos carnales; pero no se desvían del camino recto, quienes llevan el arca de Dios en su mente. He aquí que las vacas se dirigen a Bet-semes. Bet-semes significa casa del sol; y el profeta dice: "Pero a vosotros, los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia" (Malaquías IV, 2). Si, pues, nos dirigimos a la morada del sol eterno, es ciertamente digno que no nos desviemos del camino de Dios por afectos carnales. Con toda nuestra fuerza debemos considerar que las vacas, sujetas al carro de Dios, avanzan y mugen: emiten mugidos desde lo más profundo, y sin embargo no desvían sus pasos del camino. Así, ciertamente, deben ser los predicadores de Dios, así deben ser todos los fieles dentro de la santa Iglesia, para que compadezcan a los prójimos por caridad, y sin embargo no se desvíen del camino de Dios por compasión.

5. La Verdad, al añadir, manifiesta cómo debe mostrarse este mismo odio al alma, diciendo: "El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo". La cruz, en efecto, se llama así por el suplicio. Y llevamos la cruz del Señor de dos maneras, cuando o bien afligimos la carne por la abstinencia, o bien consideramos la necesidad del prójimo como nuestra por compasión. Pues quien muestra dolor en la necesidad ajena, lleva la cruz en su mente. Sin embargo, se debe saber que hay algunos que practican la abstinencia de la carne no por Dios, sino por vana gloria. Y hay muchos que extienden la compasión al prójimo no espiritualmente, sino carnalmente, de modo que no lo favorecen hacia la virtud, sino que, como compadeciéndolo, lo favorecen hacia las culpas. Estos, por lo tanto, parecen llevar la cruz, pero no siguen al Señor. Por lo cual, esta misma Verdad dice correctamente: "El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo". Llevar la cruz y seguir al Señor es practicar la abstinencia de la carne o la compasión al prójimo con la intención de la eternidad. Pues quien hace esto con intención temporal, lleva la cruz, pero se niega a seguir al Señor.

6. Dado que se han dado preceptos sublimes, inmediatamente se añade la comparación de la construcción de una torre de sublimidad, cuando se dice: "¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos necesarios, si tiene para acabarla, no sea que después de haber puesto el cimiento, y no pudiendo acabarla, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar y no pudo acabar?" Todo lo que hacemos debemos preverlo con el estudio de la consideración. Pues, según la voz de la Verdad, quien edifica una torre primero prepara los gastos del edificio. Si, pues, deseamos construir la torre de la humildad, primero debemos prepararnos contra las adversidades de este siglo. Pues esta es la diferencia entre el edificio terrenal y el celestial, que el edificio terrenal se construye acumulando gastos, mientras que el edificio celestial se construye dispersando gastos. Para aquel hacemos gastos si acumulamos lo que no tenemos, para este hacemos gastos si dejamos lo que tenemos. Aquel rico no pudo tener estos gastos, quien, poseyendo muchas propiedades, preguntó al maestro: "Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?" (Mateo XIX, 16). Quien, al escuchar el precepto de dejarlo todo, se fue triste, y se angustió en su mente por lo que externamente era más amplio en posesiones. Pues amando en esta vida los gastos de la altura, al aspirar a la patria eterna no quiso tener los

gastos de la humildad. Se debe considerar lo que se dice: "Todos los que lo vean comiencen a burlarse de él", porque, según la voz de Pablo, "hemos sido hechos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres" (1 Corintios IV, 9). Y en todo lo que hacemos debemos considerar a nuestros adversarios ocultos, que siempre están atentos a nuestras obras, siempre se alegran de nuestro defecto. El profeta, al verlos, dice: "Dios mío, en ti confío, no seré avergonzado, ni se burlarán de mí mis enemigos" (Salmo XXV, 2, 3). Pues, atentos a las buenas obras, si no vigilamos cuidadosamente contra los espíritus malignos, sufrimos a aquellos como burladores, a quienes tenemos como persuadidores al mal. Pero dado que se ha dado la comparación de la construcción de un edificio, ahora se añade la similitud de menor a mayor, para que de las cosas menores se consideren las mayores. Pues sigue: "¿O qué rey, al ir a hacer guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede con diez mil salir al encuentro del que viene contra él con veinte mil? De lo contrario, cuando el otro aún está lejos, envía una embajada y pide condiciones de paz". Un rey viene contra otro rey en igualdad de condiciones a la batalla, y sin embargo, si se considera incapaz de resistir, envía una embajada y pide condiciones de paz. ¿Con qué lágrimas, pues, debemos esperar el perdón, nosotros que en ese terrible juicio no venimos en igualdad de condiciones con nuestro Rey, a quienes la condición, la debilidad y la causa nos muestran inferiores?

7. Pero tal vez ya hemos cortado las culpas de las malas obras, ya evitamos exteriormente todo lo malo; ¿acaso somos suficientes para rendir cuenta de nuestro pensamiento? Pues se dice que el que viene con veinte mil contra el que viene con diez mil no es suficiente. Diez mil, en efecto, son la mitad de veinte mil. Nosotros, si mucho progresamos, apenas mantenemos nuestras obras exteriores en rectitud. Pues aunque ya se haya cortado la lujuria de la carne, sin embargo, aún no se ha cortado completamente del corazón. Pero aquel que viene a juzgar juzga tanto lo exterior como lo interior, pesa tanto las obras como los pensamientos. Por lo tanto, viene con un ejército doble contra uno simple, quien nos examina no solo en la obra, sino también en el pensamiento. ¿Qué debemos hacer, hermanos, sino que, al ver que no podemos resistir con un ejército simple contra su doble, mientras aún está lejos, enviemos una embajada y pidamos condiciones de paz? Pues se dice que está lejos, quien aún no se ve presente en juicio. Enviemos a él nuestra embajada, nuestras lágrimas, enviemos obras de misericordia, ofrezcamos en su altar sacrificios de expiación, reconozcamos que no podemos contender con él en juicio; consideremos la fuerza de su poder, pidamos condiciones de paz. Esta es nuestra embajada, que aplaca al rey que viene. Considerad, hermanos, cuán benigno es que aquel que puede oprimir con su venida, tarda en venir. Enviemos a él, como hemos dicho, nuestra embajada, llorando, dando, ofreciendo sacrificios sagrados. Pues singularmente para nuestra absolución, el sacrificio ofrecido con lágrimas y con benevolencia de mente en el altar sagrado nos ayuda, porque aquel que resucitó de entre los muertos y ya no muere, aún por este misterio sufre por nosotros.

8. Muchos de vosotros, hermanos carísimos, habéis conocido, creo, lo que quiero recordaros narrando. No hace mucho tiempo se dice que un hombre fue capturado por los enemigos y llevado lejos (Libro IV de los Diálogos, cap. 57); y mientras era retenido en cadenas durante mucho tiempo, su esposa, al no recibirlo de esa misma cautividad, pensó que había muerto. Por él, ya como muerto, se encargaba de ofrecer sacrificios cada semana. Y sus cadenas se soltaban en la cautividad tantas veces como su esposa había ofrecido sacrificios por la absolución de su alma. Pues después de mucho tiempo regresó, y admirado, le contó a su esposa que en ciertos días, cada semana, sus cadenas se soltaban. Al examinar esos días y horas, su esposa reconoció que era liberado cuando recordaba haber ofrecido sacrificio por él. De aquí, pues, hermanos carísimos, de aquí recoged con cierta consideración cuánto puede en

nosotros el sacrificio sagrado ofrecido para desatar la ligadura del corazón, si ofrecido por otro pudo desatar las cadenas del cuerpo en otro.

9. Muchos de vosotros, hermanos carísimos, conocéis al obispo Casio de la ciudad de Narni, quien tenía la costumbre de ofrecer sacrificios diarios a Dios, de modo que casi ningún día de su vida pasaba sin que ofreciera al Dios omnipotente un sacrificio de expiación (Libro IV de los Diálogos, cap. 56). A este sacrificio también se unía mucho su vida. Pues dando todo lo que tenía en limosnas, cuando llegaba la hora de ofrecer el sacrificio, como si se desbordara en lágrimas, se sacrificaba a sí mismo con gran contrición de corazón. De cuya vida y muerte, supe por un diácono de vida venerable, que había sido criado por él. Decía que una noche el Señor se apareció en visión a su presbítero, diciendo: Ve y di al obispo: Haz lo que haces, obra lo que obras, no cese tu pie, no cese tu mano; en el natalicio de los apóstoles vendrás a mí, y te daré tu recompensa. El presbítero se levantó, pero como el día del natalicio de los apóstoles se acercaba, temió anunciar al obispo el día tan cercano de su partida. Otra noche el Señor regresó, y reprendió severamente su desobediencia, y repitió las mismas palabras de su mandato. Entonces el presbítero se levantó para ir, pero nuevamente la debilidad de su corazón fue un impedimento para anunciar la revelación; y también a la advertencia del mandato repetido se endureció para ir, y descuidó manifestar lo que había visto. Pero como la gran mansedumbre de la gracia despreciada suele ser vengada por una ira mayor, en la tercera visión el Señor apareció, y ya añadió palabras a los golpes, y fue castigado con tal severidad que las heridas del cuerpo ablandaron la dureza de su corazón. Se levantó, pues, instruido por el castigo, fue al obispo, y lo encontró ya según su costumbre junto al sepulcro del mártir San Juvenal, dispuesto a ofrecer el sacrificio, pidió un secreto de los presentes, y se postró a sus pies. Y cuando el obispo apenas pudo levantarlo de su llanto abundante, se esforzó por conocer las causas de sus lágrimas. Él, al relatar el orden de la visión, primero se quitó el manto de los hombros, y mostró las heridas del cuerpo, por así decirlo, testigos de la verdad y de la culpa, mostró cuán severamente los golpes recibidos habían surcado sus miembros con el moratón infligido. Tan pronto como el obispo vio esto, se horrorizó, y con gran asombro preguntó quién había osado hacerle tal cosa. Pero él respondió que había sufrido esto por él. Creció con el terror la admiración; pero sin más demora en su investigación, el presbítero reveló el secreto de la revelación, y le narró las palabras del mandato del Señor que había oído, diciendo: Haz lo que haces, obra lo que obras, no cese tu mano, no cese tu pie; en el natalicio de los apóstoles vendrás a mí, y te daré tu recompensa. Al oír esto, el obispo se postró en oración con gran contrición de corazón, y quien había venido a la hora tercera para ofrecer el sacrificio, por la magnitud de la oración extendida lo prolongó hasta la hora novena. Y desde ese día, sus obras de piedad aumentaron más y más; y se hizo tan fuerte en la obra como seguro en la recompensa, pues quien había sido deudor, ya había comenzado a tener al deudor por esa promesa. Tenía la costumbre de venir a Roma cada año en el día del natalicio de los apóstoles; y ya por esta revelación, sospechoso, no quiso venir según su costumbre. En ese tiempo, pues, estuvo ansioso, también el segundo año o el tercero, suspendido en la expectativa de su partida, el cuarto, el quinto y el sexto de manera similar. Podría haber desesperado de la verdad de la revelación, si los golpes no hubieran dado fe a las palabras. Pues he aquí que en el séptimo año llegó sano y salvo hasta las vigiliass del natalicio esperado; pero un leve calor lo tocó en las vigiliass, y en el mismo día del natalicio, a sus hijos que lo esperaban, se negó a poder cumplir con las solemnidades de las misas. Pero ellos, porque también estaban sospechosos de su partida, todos vinieron a él, comprometiéndose unánimemente a que en ese día no consentirían que se celebraran las solemnidades de las misas, a menos que el mismo obispo intercediera por ellos ante el Señor. Entonces él, obligado, celebró las misas en el oratorio del obispado, y con su mano dio el cuerpo del Señor y la paz a todos. Y habiendo cumplido todo el ministerio del sacrificio

ofrecido, regresó a su lecho, y allí, yaciendo, al ver a sus sacerdotes y ministros que lo rodeaban, como diciendo un último adiós, los amonestaba sobre mantener el vínculo de la caridad, y les predicaba con cuánta concordia debían unirse entre sí. Cuando de repente, en medio de las palabras de la santa exhortación, clamó con voz terrible, diciendo: Es la hora. Y de inmediato, a los que estaban presentes, él mismo les dio con sus manos el lienzo que, según la costumbre de los moribundos, se le extendiera sobre el rostro. Al extenderlo, entregó su espíritu, y así aquella santa alma, llegando a las alegrías eternas, fue liberada de la corrupción de la carne. ¿A quién, hermanos carísimos, a quién imitó este hombre en su muerte, sino a aquel a quien había contemplado en su vida? Pues diciendo: Es la hora, salió del cuerpo, porque también Jesús, habiendo cumplido todo, cuando dijo: "Consumado es", inclinando la cabeza, entregó el espíritu (Juan XIX, 30). Lo que el Señor hizo por poder, el siervo lo hizo por vocación.

10. He aquí la ofrenda diaria, esa legación enviada con limosnas y lágrimas, cuánta paz de gracia hizo con el Rey que viene. Por lo tanto, que deje todo quien pueda. Pero quien no pueda dejarlo todo, mientras el Rey aún está lejos, envíe una legación, ofrezca dones de lágrimas, limosnas y sacrificios. Pues quiere ser aplacado con súplicas, quien sabe que no puede ser llevado enojado. Lo que aún demora su venida, sostiene la legación de paz. Pues ya habría venido si quisiera, y habría masacrado a todos sus adversarios. Pero indica cuán terrible vendrá, y sin embargo tarda en venir, porque no quiere encontrar a quienes castigar. Nos denuncia la culpa de nuestro desprecio, diciendo: Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo; y sin embargo ofrece el remedio de la salvación esperada, porque quien no puede ser llevado por la ira, quiere ser aplacado por la legación de la paz solicitada. Lavad, pues, hermanos carísimos, las manchas de los pecados con lágrimas, limpiadlas con limosnas, expiadlas con sagrados sacrificios. No poseáis por deseo lo que aún no habéis dejado por uso. Poned vuestra esperanza solo en el Redentor, pasad con la mente a la patria eterna. Pues si ya no poseéis nada en este mundo amando, incluso poseyendo, lo habéis dejado todo. Que Él nos conceda los gozos deseados, quien nos otorgó los remedios de la paz eterna, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXVIII.

Pronunciada al pueblo en la basílica del beato Clemente mártir.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO XXII, 1-13.

En aquel tiempo, Jesús hablaba a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre rey que hizo bodas para su hijo, y envió a sus siervos a llamar a los invitados a las bodas, y no querían venir. De nuevo envió a otros siervos, diciendo: Decid a los invitados: He aquí que he preparado mi banquete, mis toros y animales cebados han sido sacrificados, y todo está listo, venid a las bodas. Pero ellos lo despreciaron, y se fueron, uno a su campo, otro a su negocio; y los demás, tomando a sus siervos, los maltrataron y los mataron. El rey, al oírlo, se enojó; y, enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad. Entonces dijo a sus siervos: Las bodas están preparadas, pero los que fueron invitados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis, llamadlos a las bodas. Y saliendo sus siervos por los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y se llenaron las bodas de convidados. Entró el rey para ver a los convidados; y vio allí a un hombre que no estaba vestido con traje de boda, y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener traje de boda? Y él

enmudeció. Entonces el rey dijo a los sirvientes: Atadlo de pies y manos, y echadlo a las tinieblas exteriores. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, pero pocos escogidos.

1634 1. Quiero, hermanos carísimos, si puedo, pasar brevemente por el texto de la lectura evangélica, para que al final de ella pueda tener más tiempo para hablar. Pero primero hay que preguntarse si esta es la misma lectura en Mateo que se describe en Lucas bajo el nombre de cena (Luc. XIV, 16, sig.). Y ciertamente hay algunas cosas que parecen ser discordantes, porque aquí se menciona un banquete, allí una cena; aquí el que entró a las bodas sin vestiduras dignas fue rechazado, allí no se dice que nadie que haya entrado haya sido rechazado. De lo cual se deduce correctamente que aquí por las bodas se designa la Iglesia presente, y allí por la cena el banquete eterno y último, porque a esta algunos entran para salir, y a aquel quienquiera que entre una vez no saldrá más. Pero si alguien tal vez insiste en que es la misma lectura, yo creo mejor, salvando la fe, ceder a la interpretación ajena, que servir a las contiendas, ya que tal vez puede entenderse adecuadamente que lo que Lucas calló sobre el que no vino con vestidura nupcial, Mateo lo dijo. Lo que se dice por aquel cena, por este banquete, de ninguna manera obstaculiza nuestra comprensión, porque cuando a la hora novena entre los antiguos se hacía el banquete diariamente, también ese banquete se llamaba cena.

2. Ya he recordado haber dicho muchas veces que en el santo Evangelio el reino de los cielos a menudo se llama la Iglesia presente. La congregación de los justos se llama reino de los cielos. Porque el Señor dice por el profeta: El cielo es mi trono (Isai. LXVI, 1); y Salomón dice: El alma del justo es el trono de la sabiduría (Sap. VII, 27); Pablo también dice: Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 24); debemos concluir claramente que si Dios es sabiduría, y el alma del justo es el trono de la sabiduría, mientras el cielo se llama trono de Dios, el cielo es el alma del justo. De ahí que por el salmista se dice de los santos predicadores: Los cielos cuentan la gloria de Dios (Psal. XVIII, 2). Por lo tanto, el reino de los cielos es la Iglesia de los justos, porque mientras sus corazones no ambicionan nada en la tierra, por el hecho de que suspiran por lo alto, ya en ellos el Señor reina como en los cielos. Por lo tanto, se dice: El reino de los cielos es semejante a un hombre rey, que hizo bodas para su hijo.

3. Ya entiende vuestra caridad quién es este rey, el padre del hijo del rey: aquel a quien el salmista dice: Oh Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Psal. LXXI, 1). Que hizo bodas para su hijo. Entonces Dios Padre hizo bodas para su Hijo Dios, cuando en el vientre de la Virgen lo unió a la naturaleza humana, cuando quiso que Dios antes de los siglos se hiciera hombre al final de los siglos. Pero porque esta unión suele hacerse de dos personas, lejos esté de nuestros entendimientos creer que la persona de Dios y del hombre de nuestro Redentor Jesucristo está unida de dos personas. Decimos que existe de dos y en dos naturalezas; pero evitamos como un sacrilegio creer que está compuesto de dos personas. Por lo tanto, puede decirse más claramente y con seguridad que en esto el Padre hizo bodas para el Hijo Rey, al unirle la santa Iglesia por el misterio de la encarnación. El vientre de la madre Virgen fue el tálamo de este esposo. 1636 De donde también el salmista dice: En el sol puso su tabernáculo, y él como esposo que sale de su tálamo (Psal. XVIII, 6). Como esposo salió de su tálamo, porque para unirse a la Iglesia, Dios encarnado salió del vientre incorrupto de la Virgen. Envío, pues, a sus siervos para invitar a sus amigos a estas bodas. Envío una vez, envió otra vez, porque hizo a los predicadores de la encarnación del Señor, primero profetas, y luego apóstoles. Envío, pues, dos veces a sus siervos a invitar, porque la encarnación del Unigénito la anunció como futura por los profetas, y como hecha por los apóstoles. Pero porque los que primero fueron invitados al banquete de bodas no quisieron venir, en la

segunda invitación ya se dice: He aquí que he preparado mi banquete, mis toros y animales cebados han sido sacrificados, y todo está listo.

4. ¿Qué entendemos por toros y animales cebados, hermanos carísimos, sino a los padres del nuevo y del viejo testamento? Porque hablo en términos generales, también es necesario que explique las mismas palabras de la lectura evangélica. Llamamos animales cebados a los que han sido alimentados; pues de lo que es alimentar, llamamos animales cebados como si fueran alimentados. Cuando en la ley está escrito: Amarás a tu amigo, y odiarás a tu enemigo (Matth. V, 43; Levit. XIX, 18), se había dado entonces a los justos la licencia de oprimir a los adversarios de Dios y de ellos mismos con toda la fuerza que pudieran, y de herirlos con la espada de la justicia. Lo cual en el Nuevo Testamento sin duda se restringe, cuando la Verdad misma predica, diciendo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian (Matth. V, 44). ¿Quiénes, pues, sino los padres del testamento antiguo se significan por los toros? Pues mientras por la permisión de la ley habían recibido que podían herir a sus enemigos con la retribución del odio, por así decirlo, ¿qué otra cosa eran sino toros, que herían a sus enemigos con el cuerno de la fuerza corporal? ¿Y qué se figura por los animales cebados sino a los padres del testamento nuevo, que mientras reciben la gracia de la gordura interna, elevándose por encima de los deseos terrenales, se levantan con las alas de su contemplación a las alturas? Poner la mente en lo bajo, ¿qué es sino una cierta sequedad del alma? Pero quienes ya se alimentan con el alimento de la delectación íntima de los deseos santos de las cosas celestiales, como si se engordan con un alimento más abundante. De esta gordura deseaba ser alimentado el Profeta, cuando decía: Como de grosura y gordura se saciará mi alma (Psal. LXII, 6). Porque los predicadores de la encarnación del Señor enviados sufrieron persecución de los infieles, primero los profetas, y luego los santos apóstoles, a los invitados que no querían venir se les dice: Mis toros y animales cebados han sido sacrificados, y todo está listo. Como si se dijera más claramente: Mirad las muertes de los padres precedentes, y pensad en los remedios de vuestra vida. Es de notar que en la primera invitación no se dice nada de toros y animales cebados, pero en la segunda ya se menciona que los toros y animales cebados han sido sacrificados, porque el Dios omnipotente cuando no queremos escuchar sus palabras, añade ejemplos, para que todo lo que creemos imposible se haga más fácil de esperar para nosotros, cuanto más oímos que otros ya han pasado por ello.

5. Sigue: Pero ellos lo despreciaron, y se fueron, uno a su campo, otro a su negocio. Ir al campo es dedicarse desmedidamente al trabajo terrenal, y ir al negocio es dedicarse a los beneficios de las acciones mundanas. Porque quien, estando atento al trabajo terrenal, o dedicado a las acciones de este mundo, descuida considerar el misterio de la encarnación del Señor y vivir según él, como si fuera al campo o al negocio, rehúsa venir a las bodas del rey. Y a menudo, lo que es más grave, algunos no solo rechazan la gracia del que llama, sino que también la persiguen. De donde se añade: Pero los demás, tomando a sus siervos, los maltrataron y los mataron. Pero el rey, al saberlo, enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad. Destruye a los homicidas, porque extermina a los perseguidores. Quema su ciudad con fuego, porque no solo sus almas, sino también sus cuerpos en los que habitaron, son atormentados por la llama eterna del infierno. Se dice que envió ejércitos para exterminar a los homicidas, porque en los hombres todo juicio se lleva a cabo por los ángeles. ¿Qué son, pues, esos ejércitos de ángeles, sino los ejércitos de nuestro Rey? De donde también el mismo rey se llama Señor de los Ejércitos. Sabaoth se interpreta como ejércitos. Envía, pues, un ejército para destruir a sus adversarios, porque el Señor ejerce la venganza por medio de los ángeles. La potencia de cuya venganza nuestros padres la oían entonces, pero nosotros ya la vemos. ¿Dónde están, pues, aquellos soberbios perseguidores de los mártires? ¿Dónde están aquellos que levantaron el cuello de su corazón contra su Creador

y se hincharon mortalmente de la gloria de este mundo? He aquí que ya la muerte de los mártires florece en la fe de los vivos, y aquellos que se gloriaron contra ellos de su crueldad no vienen a nuestra memoria ni siquiera en el número de los muertos. Por lo tanto, conocemos por los hechos lo que oímos en las parábolas.

6. Pero aquel que ve que se desprecia su invitación no tendrá vacías las bodas de su hijo rey. Envía a otros, porque aunque en algunos trabaja, alguna vez la palabra de Dios encontrará dónde descansar. De donde se añade: Entonces dijo a sus siervos: Las bodas están preparadas, pero los que fueron invitados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis, llamadlos a las bodas. Si en la Sagrada Escritura tomamos los caminos como acciones, entendemos las salidas de los caminos como los fracasos de las acciones, porque aquellos que no son acompañados por ninguna prosperidad en los actos terrenales suelen venir fácilmente a Dios. Sigue: Y saliendo sus siervos por los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y se llenaron las bodas de convidados.

7. He aquí que ya por la misma calidad de los convidados se muestra claramente que por estas bodas del rey se designa la Iglesia presente, en la cual se reúnen tanto los buenos como los malos. Está mezclada con la diversidad de hijos, porque así como engendra a todos en la fe, sin embargo, no lleva a todos por el cambio de vida a la libertad de la gracia espiritual debido a sus culpas. Mientras vivamos aquí, es necesario que caminemos mezclados en el camino de este siglo presente. Pero seremos separados cuando lleguemos. Los buenos no están solos en ningún lugar, sino en el cielo; y los malos no están solos en ningún lugar, sino en el infierno. Esta vida, que está situada entre el cielo y el infierno, así como se encuentra en el medio, así recibe comúnmente a los ciudadanos de ambas partes; pero la santa Iglesia los recibe ahora indiscriminadamente, y luego los separa en la salida. Si, pues, sois buenos, mientras subsistís en esta vida, soportad pacientemente a los malos. Porque quien no soporta a los malos, por su intolerancia es testigo de que no es bueno. Abel se niega a ser, a quien no ejercita la malicia de Caín. Así en la trilla del área los granos son oprimidos bajo las pajas; así las flores nacen entre espinas, y la rosa que huele crece con la espina que pincha. El primer hombre tuvo dos hijos; pero uno de ellos fue elegido, el otro fue reprobado (Gén. I, 1, sig.). El arca de Noé contuvo tres hijos; pero dos de ellos fueron elegidos, y uno fue reprobado (Ibid., VI, 7). Abraham tuvo dos hijos; pero uno fue elegido, el otro fue reprobado (Ibid., XXI, 10, sig.). Isaac tuvo dos hijos; pero uno fue elegido, el otro fue reprobado (Ibid., XXVII, 37). Jacob tuvo doce hijos; pero de ellos uno fue vendido por su inocencia, y los otros fueron vendedores de su hermano por su malicia (Ibid., XXXVII, 28). Doce apóstoles fueron elegidos; pero uno fue mezclado entre ellos para probar, y once para ser probados (Juan VI, 71). Siete diáconos fueron ordenados por los apóstoles (Hechos VI, 5); pero de los seis que permanecieron en la fe recta, uno fue autor de error (Apoc. II, 6). En esta Iglesia, pues, ni los malos pueden estar sin los buenos, ni los buenos sin los malos. Por lo tanto, hermanos carísimos, recordad los tiempos pasados, y fortaleceos para la tolerancia de los malos. Porque si somos hijos de los elegidos, es necesario que sigamos sus ejemplos. Pues no fue bueno quien se negó a tolerar a los malos. De ahí que el bienaventurado Job dice de sí mismo: Fui hermano de los dragones, y compañero de los avestruces (Job XXX, 29). De ahí que por Salomón se dice con la voz del esposo de la santa Iglesia: Como lirio entre espinas, así mi amiga entre las hijas (Cant. II, 2). De ahí que el Señor dice a Ezequiel: Hijo de hombre, están contigo los incrédulos y subversores, y habitas con escorpiones (Ezequiel II, 6). De ahí que Pedro glorifica la vida del bienaventurado Lot, diciendo: Y libró al justo Lot, oprimido por la injuria de la nefanda conversación; porque era justo en vista y oído, habitando entre ellos, que de día en día atormentaban su alma justa con obras iniquas (II Pedro II, 7, 8, sig.). De ahí que Pablo alaba y fortalece la vida de los discípulos, diciendo: En

medio de una nación perversa y torcida, entre los cuales resplandecéis como luminares en el mundo, reteniendo la palabra de vida (Filip. II, 15). De ahí que Juan atestigua a la Iglesia de Pérgamo, diciendo: Sé dónde habitas, donde está el trono de Satanás, y retienes mi nombre, y no has negado mi fe (Apoc. II, 13). He aquí, hermanos carísimos, casi todo lo conocemos recorriendo que no fue bueno quien no fue probado por la maldad de los malos. Para hablar así, el hierro de nuestra alma no se lleva a la sutileza de la agudeza, si no lo raspa la lima de la maldad ajena.

8. No debe asustaros que en la Iglesia haya muchos malos y pocos buenos, porque el arca en las aguas del diluvio, que llevó el tipo de esta Iglesia, fue amplia en lo inferior y estrecha en lo superior, que en su cima incluso creció hasta la medida de un solo codo. Se cree que tuvo en lo inferior cuadrúpedos y reptiles, y en lo superior aves y hombres, porque ciertamente la santa Iglesia es amplia en los carnales, y estrecha en los espirituales. Donde tolera las costumbres bestiales de los hombres, allí ensancha más su seno. Pero donde tiene a aquellos que están sostenidos por la razón espiritual, allí ciertamente se eleva a lo más alto, pero sin embargo, porque son pocos, se estrecha. Porque ancha es la vía que lleva a la perdición, y muchos son los que van por ella; y estrecha es la que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran (Matth. VII, 13). Pero el arca se estrecha en lo alto hasta que se lleva a la medida de un solo codo, porque en la santa Iglesia cuanto más santos son algunos, tanto menos numerosos. Que en lo alto se lleva a aquel que solo es hombre entre los hombres, y sin comparación con otro, nació santo. Que, según la voz del salmista, Se hizo como un gorrión solitario en el tejado (Psal. CI, 1). Por lo tanto, tanto más deben ser tolerados los malos, cuanto más abundan, porque también en la trilla del área son pocos los granos que se guardan en los graneros, y grandes montones de paja que se queman en los fuegos.

9. Pero ya que, por la gracia del Señor, habéis entrado en la casa de las bodas, es decir, en la santa Iglesia, mirad con atención, hermanos, no sea que el rey al entrar encuentre algo reprochable en la disposición de vuestra mente. Con gran temor del corazón debe considerarse lo que inmediatamente se añade: "Entró el rey para ver a los comensales, y vio allí a un hombre que no estaba vestido con traje de bodas". ¿Qué, hermanos amadísimos, creemos que se expresa con el traje de bodas? Si decimos que el traje de bodas es el bautismo o la fe, ¿quién ha entrado en estas bodas sin bautismo y fe? Pues está fuera precisamente porque aún no ha creído. ¿Qué debemos entender entonces por traje de bodas, sino la caridad? Entra a las bodas, pero no entra con traje de bodas, quien estando en la santa Iglesia tiene fe, pero no tiene caridad. Con razón se llama a la caridad traje de bodas, porque nuestro Creador la tuvo en sí mismo cuando vino a las bodas de la Iglesia que se unía a Él. Fue solo por amor de Dios que se realizó el acto de unir a los hombres elegidos a su unigénito. Por eso también Juan dice: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito por nosotros" (Juan 3, 16). Quien vino a los hombres por caridad, mostró que esta misma caridad es el traje de bodas. Por tanto, cada uno de vosotros que ha creído en Dios estando en la Iglesia, ya ha entrado en las bodas; pero no viene con traje de bodas si no guarda la gracia de la caridad. Y ciertamente, hermanos, si alguien fuera invitado a bodas carnales, cambiaría de ropa, mostraría que se alegra con el novio y la novia por la misma elegancia de su atuendo, y se avergonzaría de aparecer con ropas despreciables entre los que celebran y se alegran. Nosotros venimos a las bodas de Dios, y disimulamos cambiar el vestido del corazón. Los ángeles se alegran cuando los elegidos son llevados al cielo. ¿Con qué mente contemplamos estas fiestas espirituales, si no tenemos el traje de bodas, es decir, la caridad, que sola nos hace presentables?

10. Debe saberse que así como en dos maderas, la superior y la inferior, se teje un vestido, así en dos preceptos se encuentra la caridad, en el amor a Dios y al prójimo. Está escrito: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza; y a tu prójimo como a ti mismo" (Marcos 12, 30, de Deuteronomio 6, 5). En esto se debe notar que en el amor al prójimo se pone una medida de amor, cuando se dice: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"; pero el amor a Dios no se constriñe con ninguna medida, cuando se dice: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza". No se manda cuánto debe amar cada uno, sino desde cuánto, cuando se dice: "Con todo", porque verdaderamente ama a Dios quien no se reserva nada para sí mismo. Por tanto, es necesario que quien quiera tener el traje de bodas en las bodas, guarde estos dos preceptos de la caridad. De ahí que en el profeta Ezequiel, el vestíbulo de las puertas de la ciudad situada en el monte se mide con dos codos (Ezequiel 40, 9), porque ciertamente no se nos abre el acceso a la ciudad celestial si en esta Iglesia, que se llama vestíbulo porque aún está afuera, no se guarda el amor a Dios y al prójimo. De ahí que se ordena tejer en las cortinas del tabernáculo el carmesí teñido dos veces (Éxodo 26, 1). Vosotros sois, hermanos, vosotros sois las cortinas del tabernáculo, que por la fe en vuestros corazones veláis los secretos celestiales. Pero en las cortinas del tabernáculo debe estar el carmesí teñido dos veces. El carmesí tiene la apariencia de fuego. ¿Qué es la caridad sino fuego? Pero esta caridad debe estar teñida dos veces, para que se tiña por el amor a Dios y por el amor al prójimo. Porque quien ama a Dios de tal manera que por la contemplación de Él descuida al prójimo, es carmesí, pero no está teñido dos veces. De nuevo, quien ama al prójimo de tal manera que por su amor abandona la contemplación de Dios, es carmesí, pero no está teñido dos veces. Para que vuestra caridad pueda ser carmesí teñido dos veces, debe encenderse tanto en el amor a Dios como en el amor al prójimo, de modo que ni por la compasión al prójimo abandone la contemplación de Dios, ni adhiriéndose más de lo debido a la contemplación de Dios, rechace la compasión al prójimo. Por tanto, todo hombre que vive entre los hombres, debe anhelar tanto a aquel a quien desea, que no abandone a aquel con quien corría; y debe ayudar a este de tal manera que no se enfríe en absoluto hacia aquel a quien se apresuraba.

11. También debe saberse que el mismo amor al prójimo se subdivide en dos preceptos, cuando un sabio dice: "Todo lo que odias que te hagan a ti, no lo hagas a otro" (Tobías 4, 16). Y la Verdad misma predica, diciendo: "Todo lo que queráis que os hagan los hombres, hacedlo también vosotros a ellos" (Mateo 7, 12). Porque si lo que rectamente deseamos que se nos haga, lo impartimos a otros, y lo que no queremos que se nos haga, evitamos hacerlo a otros, guardamos intactas las leyes de la caridad. Pero nadie, cuando ama a alguien, piense que tiene caridad de inmediato, a menos que primero examine la fuerza de su amor. Porque si alguien ama a otro, pero no lo ama por Dios, no tiene caridad, sino que cree tenerla. La verdadera caridad es cuando se ama al amigo en Dios y al enemigo por Dios. Porque ama por Dios a aquellos a quienes ama, quien ya sabe amar también a aquellos por quienes no es amado. La caridad se prueba solo por la adversidad del odio. Por eso el Señor mismo dice: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian" (Lucas 6, 27). Por tanto, ama con seguridad quien ama por Dios a aquel de quien sabe que no es amado. Estas cosas son grandes, son elevadas, y difíciles de realizar para muchos, pero sin embargo, este es el traje de bodas. Cualquiera que no tenga esto mientras está en las bodas, ya debe temer con preocupación, cuando el rey entre, ser echado fuera. Porque se dice: "Entró el rey a las bodas para ver a los comensales, y vio allí a un hombre que no estaba vestido con traje de bodas". Somos nosotros, hermanos amadísimos, quienes nos sentamos en las bodas del Verbo, quienes ya tenemos fe en la Iglesia, quienes nos alimentamos de los banquetes de la Sagrada Escritura, quienes nos alegramos de que la Iglesia esté unida a Dios. Considerad, os ruego, si habéis venido a estas bodas con traje de bodas, examinad con cuidadosa investigación

vuestras intenciones. Pesad en vuestros corazones sobre cada cosa, si ya no tenéis odio contra nadie, si no os encendéis con la llama de la envidia contra la felicidad ajena, si no os apresuráis a dañar a nadie por malicia oculta.

12. He aquí que el rey entra a las bodas y contempla la disposición de nuestro corazón, y al que no encuentra vestido con caridad, inmediatamente le dice con ira: "Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener traje de bodas?" Es muy sorprendente, hermanos amadísimos, que lo llame amigo y lo repruebe, como si le dijera más claramente: Amigo, y no amigo; amigo por la fe, pero no amigo por la obra. Y él enmudeció, porque, lo que no se puede decir sin gemido, en aquella severidad de la última reprensión, todo argumento de excusa cesa, porque aquel que increpa desde fuera es el mismo que acusa la conciencia desde dentro. Pero entre estas cosas debe saberse que cualquiera que tenga este vestido de virtud, pero aún no lo tenga perfectamente, no debe desesperar del perdón al ingreso del piadoso rey, porque él mismo también nos da esperanza a través del salmista, diciendo: "Tus ojos vieron mi imperfección, y en tu libro todos serán escritos" (Salmo 138, 16). Pero porque hemos dicho estas pocas cosas en consuelo del que tiene y está débil, ahora dirijamos nuestras palabras a aquel que de ningún modo lo tiene. Sigue:

13. Entonces el rey dijo a los sirvientes: "Atad sus manos y pies, y echadlo a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes". Entonces se atan los pies y las manos por la severidad de la sentencia, quienes ahora no quisieron ser atados de las malas obras por la mejora de la vida. O ciertamente entonces los ata el castigo, a quienes ahora la culpa los ató de las buenas obras. Porque los pies que descuidan visitar al enfermo, las manos que no dan nada a los necesitados, ya están atados de la buena obra por voluntad. Quienes ahora se atan voluntariamente en el vicio, entonces se atan involuntariamente en el castigo. Pero se dice bien que se le echa a las tinieblas exteriores. Llamamos tinieblas interiores a la ceguera del corazón, y tinieblas exteriores a la noche eterna de la condenación. Entonces, cada condenado no es arrojado a las tinieblas interiores, sino a las exteriores, porque allí es arrojado involuntariamente a la noche de la condenación, quien aquí cayó voluntariamente en la ceguera del corazón. Donde también se dice que habrá llanto y crujir de dientes, para que allí rechinen los dientes, quienes aquí se alegraban de la glotonería; allí lloren los ojos, quienes aquí se revolcaban en concupiscencias ilícitas; para que cada miembro que aquí servía a cada vicio, allí sea sometido a castigo.

14. Pero al ser rechazado uno, en quien se expresa todo el cuerpo de los males, inmediatamente se añade una sentencia general, que dice: "Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos". Es muy temible, hermanos amadísimos, lo que hemos oído. He aquí que todos nosotros ya llamados por la fe hemos venido a las bodas del rey celestial, creemos y confesamos el misterio de su encarnación, tomamos los banquetes del Verbo divino, pero en el día futuro del juicio el rey va a entrar. Sabemos que hemos sido llamados; si somos elegidos, no lo sabemos. Por tanto, es necesario que cada uno de nosotros se humille, tanto más cuanto ignora si es elegido. Porque algunos ni siquiera comienzan el bien, otros no perseveran en los bienes que han comenzado. Uno casi toda su vida se ve llevar en la maldad, pero cerca del final de su vida es llamado de su maldad por los lamentos de una penitencia estricta; otro parece llevar una vida elegida, y sin embargo, le sucede desviarse hacia la maldad del error cerca del final de su vida. Otro comienza bien el bien, lo consume mejor; otro se arroja a sí mismo desde la primera edad en malas acciones, y en las mismas obras siempre se consume peor que él mismo. Por tanto, cada uno debe temer con preocupación, tanto más cuanto ignora lo que resta, porque, lo que debe decirse a menudo y retenerse sin olvido: "Muchos son llamados, pero pocos elegidos".

15. Pero porque a veces las mentes de los oyentes se convierten más por los ejemplos de los fieles que por las palabras de los maestros, quiero deciros algo cercano, que vuestros corazones escuchen con tanto más temor cuanto más cercano les suena. Porque no decimos cosas sucedidas hace mucho tiempo, sino que recordamos aquellas de las que existen testigos, y refieren haber estado presentes.

Mi padre tuvo tres hermanas, que las tres fueron santas vírgenes: una se llamaba Tarsila, otra Gordiana, y otra Emiliana. Todas convertidas con un solo ardor, consagradas al mismo tiempo, viviendo bajo la disciplina regular, llevaban una vida comunitaria en su propia casa (Libro IV de los Diálogos, cap. 16). Y mientras permanecían por mucho tiempo en la misma conversación, Tarsila y Emiliana comenzaron a crecer en el amor de su Creador con incrementos diarios, y aunque aquí estaban solo en cuerpo, diariamente pasaban con el alma a lo eterno. Pero al contrario, el ánimo de Gordiana comenzó a enfriarse del calor del amor íntimo por pérdidas diarias, y poco a poco a volver al amor de este mundo. Sin embargo, Tarsila solía decir a menudo a su hermana Emiliana con gran gemido: "Veo que nuestra hermana Gordiana no es de nuestra suerte; percibo que se desvía hacia afuera, y no guarda el corazón hacia lo que se propuso". Se preocupaban por corregirla diariamente con una suave reprensión, y reformarla de la liviandad de costumbres a la gravedad de su hábito. Ella, en efecto, retomaba de inmediato el semblante de gravedad entre las palabras de corrección, pero cuando pasaba la hora de la misma corrección, pasaba de inmediato también la gravedad superpuesta de honestidad, y pronto volvía a palabras livianas. Se alegraba de la compañía de las jóvenes laicas, y le era muy onerosa cualquier persona que no estuviera dedicada a este mundo. Pero una noche, a esta mi tía Tarsila, que entre sus hermanas había crecido en virtud por la continua oración, la aflicción diligente, la abstinencia singular, la gravedad de vida venerable en honor y cumbre de santidad, como ella misma narró, se le apareció en visión mi antepasado Félix, obispo de esta Iglesia Romana, y le mostró la mansión de la claridad perpetua, diciéndole: "Ven, porque en esta mansión de luz te recibo". Inmediatamente después fue atacada por una fiebre, y llegó al último día. Y como a los nobles hombres y mujeres moribundos acuden muchos, que consuelan a sus cercanos, en esa hora de su muerte muchos hombres y mujeres rodearon su lecho, entre las cuales también estuvo mi madre; cuando de repente, mirando hacia arriba, vio a Jesús viniendo, y comenzó a clamar con gran advertencia a los presentes, diciendo: "Retiraos, retiraos, Jesús viene". Y mientras miraba a aquel a quien veía, su santa alma fue liberada del cuerpo; y de repente una fragancia de olor maravilloso se esparció, de modo que esa misma suavidad mostró a todos que el autor de la suavidad había venido allí. Y cuando su cuerpo fue desnudado para lavarlo según la costumbre de los muertos, se encontró que la piel de sus codos y rodillas, por el largo uso de la oración, había crecido endurecida como la de los camellos, y la carne muerta testificaba lo que su espíritu viviente siempre había hecho. Esto sucedió antes del día de Navidad del Señor. Pasado este, inmediatamente se apareció a su hermana Emiliana en visión nocturna, diciéndole: "Ven, porque como hice la Navidad del Señor sin ti, ahora haré contigo el día de la Epifanía". A lo que ella, preocupada de inmediato por la salud de su hermana Gordiana, respondió: "Y si vengo sola, ¿a quién dejo a nuestra hermana Gordiana?" A lo que, como decía, con rostro triste le dijo de nuevo: "Ven, porque nuestra hermana Gordiana ha sido contada entre las laicas". Esta visión fue seguida de inmediato por una enfermedad del cuerpo, y así como se había dicho, antes del día de la aparición del Señor, falleció con el agravamiento de la misma enfermedad. Pero Gordiana, tan pronto como se encontró sola, su depravación creció, y lo que antes estaba oculto en el deseo del pensamiento, lo ejerció después en el efecto de la acción depravada. Porque olvidada del temor del Señor, olvidada del pudor y la reverencia, olvidada de la consagración, tomó como esposo al administrador de sus campos. He aquí que las tres al principio se convirtieron con un solo ardor, pero no

permanecieron en el mismo estudio, porque según la voz del Señor, "Muchos son llamados, pero pocos elegidos". Dije esto, para que nadie, estando ya en buena obra, atribuya a sí mismo las fuerzas de la buena obra, para que nadie confíe en su propia acción, porque aunque ya sabe hoy cómo es, aún no sabe qué será mañana. Nadie, por tanto, se alegre seguro de sus obras ya realizadas, cuando aún en la incertidumbre de esta vida ignora qué fin le seguirá. Pero porque he relatado un hecho que os aterrorizó por la severidad divina, aún refiero otro cercano que consuele vuestros corazones aterrorizados por la misericordia divina; lo cual, sin embargo, recuerdo haber dicho ya en otro sermón, pero vosotros no estabais presentes.

16. Hace dos años, un hermano vino a mi monasterio, que está situado junto a la Iglesia de los santos mártires Juan y Pablo, con el propósito de llevar una vida monástica. Después de un largo periodo de prueba según la regla, fue finalmente aceptado (Lib. IV, Dialog., cap. 38). Su hermano lo siguió al monasterio, no por deseo de conversión, sino por amor carnal. Sin embargo, el que había venido por la conversión era muy apreciado por los hermanos, mientras que su hermano era completamente diferente en vida y costumbres. Vivía en el monasterio más por necesidad que por voluntad. Aunque era perverso en todas sus acciones, era tolerado por todos en consideración a su hermano. Era elocuente pero depravado en sus acciones, bien vestido pero de costumbres incultas; no soportaba que alguien le hablara sobre la vida monástica. Su vida era una carga para todos los hermanos, pero, como se ha dicho, era tolerado por la gracia de su hermano. Se enfurecía si alguien le hablaba de corregir su maldad. No solo no podía hacer el bien, sino que ni siquiera podía escucharlo. Juraba, se enojaba y se burlaba diciendo que nunca adoptaría el hábito de la santa vida. Sin embargo, en esta peste que recientemente consumió gran parte de la población de esta ciudad, fue golpeado en la ingle y llevado a la muerte. Cuando estaba a punto de exhalar su último aliento, los hermanos se reunieron para proteger su salida con oraciones. Su cuerpo ya estaba muerto en las extremidades, y solo en el pecho aún quedaba algo de calor vital. Todos los hermanos comenzaron a orar con más fervor por él, al ver que se iba rápidamente. De repente, comenzó a gritar con el esfuerzo que podía, interrumpiendo sus oraciones, diciendo: "Retírense, retírense, he sido entregado al dragón para ser devorado, y debido a su presencia no puede devorarme. Mi cabeza ya está en su boca; déjenme para que no me torture más, sino que haga lo que va a hacer. Si he sido entregado para ser devorado, ¿por qué sufro demoras por ustedes?" Entonces los hermanos comenzaron a decirle: "¿Qué es lo que dices, hermano? Hazte la señal de la santa cruz". Él respondía como podía, diciendo: "Quiero hacer la señal, pero no puedo, porque el dragón me oprime". Al escuchar esto, los hermanos se postraron en el suelo y comenzaron a orar con lágrimas más intensamente por su liberación. Y he aquí que de repente el enfermo comenzó a mejorar y a exclamar con las voces que podía: "Gracias a Dios, el dragón que me había tomado para devorarme ha huido, no pudo resistir sus oraciones. Intercedan ahora por mis pecados, porque estoy dispuesto a convertirme y a abandonar completamente la vida secular". Así, el hombre que, como ya se ha dicho, estaba muerto en las extremidades, fue preservado para la vida y se convirtió de todo corazón a Dios. Fue instruido con largas y continuas disciplinas en la misma vida monástica, y hace pocos días, al aumentar las molestias del cuerpo, falleció. Al morir, ya no vio al dragón, porque lo venció con el cambio de su corazón. He aquí, hermanos míos, Gordiana, de quien hablé antes, cayó de la excelencia del hábito monástico al castigo, y este hermano, de quien he narrado estas cosas, regresó del mismo borde de la muerte a la vida eterna. Nadie sabe, por tanto, qué se decide sobre él en los juicios ocultos de Dios; porque muchos son llamados, pero pocos elegidos. Por lo tanto, como nadie tiene certeza de ser elegido, queda que todos tiemblen, todos teman por sus acciones, todos se alegren solo en la misericordia divina, y nadie presuma de sus propias fuerzas. Aquel que puede completar nuestra confianza es aquel

que se dignó asumir nuestra naturaleza, Jesucristo, quien vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXIX.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Juan, llamada Constantiniana.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS XIX, 42-47.

En aquel tiempo, cuando Jesús se acercaba a Jerusalén, al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: "Si también tú conocieras, al menos en este día, lo que te puede traer la paz; pero ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán con trincheras, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te derribarán a tierra, a ti y a tus hijos dentro de ti; y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no reconociste el tiempo de tu visita". Y entrando en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en él, diciéndoles: "Está escrito: Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones". Y enseñaba diariamente en el templo.

1. Quiero recorrer brevemente, si puedo, la breve lectura del santo Evangelio, para que aquellos que saben meditar mucho a partir de pocas palabras puedan prestar más atención. Que la destrucción de Jerusalén, descrita mientras el Señor lloraba, fue llevada a cabo por los príncipes romanos Vespasiano y Tito, no lo ignora nadie que haya leído la historia de su caída. Los príncipes romanos son anunciados cuando se dice: "Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán con trincheras, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te derribarán a tierra, a ti y a tus hijos dentro de ti". También lo que se añade: "No dejarán en ti piedra sobre piedra", lo atestigua la misma traslación de la ciudad, porque ahora está construida en el lugar donde el Señor fue crucificado fuera de la puerta, y se dice que la antigua Jerusalén fue completamente destruida. La causa de su destrucción se añade: "Porque no reconociste el tiempo de tu visita". El Creador de todo se dignó visitarla por el misterio de su encarnación, pero ella no recordó su temor y amor. Por eso, también por profecía, en la reprensión del corazón humano se traen como testimonio las aves del cielo, cuando se dice: "El milano en el cielo conoce su tiempo; la tórtola, la golondrina y la cigüeña guardaron el tiempo de su venida, pero mi pueblo no conoció el juicio del Señor" (Jeremías VIII, 7). Pero primero debemos preguntarnos qué significa lo que se dice: "Viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: Si también tú conocieras". El Redentor lloró primero la ruina de la ciudad infiel, que la misma ciudad no sabía que le vendría. A la que el Señor llorando le dice con razón: "Si también tú conocieras", se sobreentiende, llorarías, porque ahora que no sabes lo que se avecina, te regocijas. Por eso se añade: "Y al menos en este día, lo que te puede traer la paz". Porque cuando se entregaba a los placeres de la carne y no preveía los males venideros, tenía en su día lo que podía ser para su paz. Se manifiesta por qué los bienes presentes eran para su paz cuando se dice: "Pero ahora está oculto a tus ojos". Porque si no estuvieran ocultos a los ojos de su corazón los males que se avecinaban, no se habría alegrado en los prósperos presentes. Inmediatamente se añade también el castigo que, como he dicho, se avecinaba de los príncipes romanos.

2. Después de describir esto, se añade lo que hizo el Señor: "Y entrando en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Está escrito: Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones" (Isaías LVI, 7). Porque quien narró los males venideros y de inmediato entró en el templo para echar de él a los que vendían y compraban, ciertamente dio a conocer que la ruina del pueblo fue principalmente por culpa de los sacerdotes. Describiendo la destrucción, pero golpeando a los

que vendían y compraban en el templo, mostró en el mismo acto de su obra de dónde surgió la raíz de la perdición. Como hemos aprendido de otro testigo evangelista, en el templo se vendían palomas (Marcos XI, 15). ¿Y qué se entiende por palomas sino el don del Espíritu Santo? Pero elimina del templo a los que venden y compran, porque condena a aquellos que otorgan la imposición de manos por dinero, o a aquellos que intentan comprar el don del Espíritu. De este templo se añade: "Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones". Porque aquellos que residían en el templo para recibir dones, ciertamente no era dudoso que buscaran perjudicar a algunos que no daban. Por lo tanto, la casa de oración se había convertido en cueva de ladrones, porque sabían estar en el templo para perseguir corporalmente a los que no daban dones, o para matar espiritualmente a los que sí daban. Pero como nuestro Redentor no retira las palabras de predicación ni a los indignos ni a los ingratos, después de haber mantenido el vigor de la disciplina expulsando a los perversos, mostró de inmediato el don de la gracia. Pues se añade: "Y enseñaba diariamente en el templo". Estas cosas las hemos tratado brevemente según la historia.

3. Pero como ya sabemos que Jerusalén fue destruida y que con su destrucción fue cambiada para mejor, y que los ladrones fueron expulsados del templo, y que el mismo templo ya está destruido, debemos extraer alguna similitud de las cosas exteriores hacia el interior, y temer la ruina de las costumbres a partir de los edificios derrumbados de los muros. Porque viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: "Si también tú conocieras". Esto lo hizo una vez, cuando anunció que la ciudad perecería. Esto nuestro Redentor no cesa de hacerlo diariamente a través de sus elegidos, cuando considera que algunos han pasado de una buena vida a costumbres reprobables. Porque llora por aquellos que no saben por qué se les llora, ya que, según las palabras de Salomón: "Se alegran cuando hacen el mal, y se regocijan en las cosas perversas" (Proverbios II, 14). Si conocieran la condenación que les espera, se llorarían a sí mismos con lágrimas de los elegidos. Pero bien se aplica a la sentencia del alma que parece lo que se añade: "Y al menos en este día, lo que te puede traer la paz, pero ahora está oculto a tus ojos". Aquí tiene su día el alma perversa, que se alegra en el tiempo transitorio. Para ella, lo que está presente es para la paz, porque mientras se alegra de las cosas temporales, mientras se exalta con honores, mientras se disuelve en el placer de la carne, mientras no se aterroriza con el temor de la pena futura, tiene paz en su día, que tendrá un gran escándalo de condenación en el día ajeno. Porque allí será afligida, donde los justos se alegrarán; y todas las cosas que ahora son para su paz, entonces se convertirán en amargura de contienda, porque comenzará a reñir consigo misma por no haber temido la condenación que padece, por haber cerrado los ojos de su mente a los males futuros. Por eso se le dice: "Pero ahora está oculto a tus ojos". Porque el alma perversa, entregada a las cosas presentes, disuelta en los placeres terrenales, se oculta a sí misma los males futuros, porque rehúsa prever lo que perturba su alegría presente; y mientras se abandona a los placeres de la vida presente, ¿qué otra cosa hace sino ir con los ojos cerrados al fuego? Por eso está bien escrito: "En el día de los bienes, no te olvides de los males" (Eclesiástico XI, 27). Y por eso se dice por Pablo: "Los que se alegran, como si no se alegraran" (1 Corintios VII, 30), porque aunque haya alguna alegría en el tiempo presente, debe ser tal que nunca se aparte de la memoria la amargura del juicio venidero, para que mientras la mente temerosa se transfigura por el temor de la última venganza, tanto ahora la alegría presente, como después la ira subsiguiente, se moderen. Por eso está escrito: "Bienaventurado el hombre que siempre teme; pero el que endurece su corazón caerá en el mal" (Proverbios XXVIII, 14). Porque la ira del juicio venidero será tanto más severa cuanto menos se teme ahora entre las culpas.

4. Sigue: "Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán con trincheras". ¿Quiénes son mayores enemigos del alma humana que los espíritus malignos, que la asedian

cuando sale del cuerpo, y que la fomentan con engañosas delicias mientras está en el amor de la carne? La rodean con trincheras, porque al traerle a la mente las iniquidades que ha cometido, la constriñen a la sociedad de su condenación, de modo que, sorprendida ya en el extremo de la vida y rodeada por tales enemigos, vea y no pueda encontrar salida, porque ya no se le permite hacer el bien que, cuando pudo, despreció. De los cuales también se puede entender lo que sigue: "Te cercarán y te apretarán por todas partes". Porque los espíritus malignos angustian al alma por todas partes, cuando no solo le replican las iniquidades de obra, sino también de palabra y pensamiento, para que, habiéndose dilatado antes en muchos pecados, al final se angustie por todos en la retribución. Sigue: "Y te derribarán a tierra, a ti y a tus hijos dentro de ti". Entonces el alma se postra en la tierra por el reconocimiento de su culpa, cuando la carne que consideraba su vida es empujada a volver al polvo. Entonces caen sus hijos en la muerte, cuando las malas cogitaciones que ahora proceden de ella se disipan en la última retribución de la vida, como está escrito: "En aquel día perecerán todos sus pensamientos" (Salmo CXLV, 4). Estas duras cogitaciones también pueden entenderse por la significación de las piedras. Pues sigue: "Y no dejarán en ti piedra sobre piedra". Porque la mente perversa, cuando añade a una cogitación perversa otra aún más perversa, ¿qué otra cosa hace sino poner piedra sobre piedra? Pero en la ciudad destruida no queda piedra sobre piedra, porque cuando el alma es llevada a su retribución, toda la construcción de sus cogitaciones se disipa.

5. La razón por la que sufre esto se añade: "Porque no reconociste el tiempo de tu visita". Dios omnipotente suele visitar de muchas maneras a cualquier alma perversa. Pues la visita constantemente con su precepto, a veces con el castigo, a veces con el milagro, para que oiga las verdades que no conocía, y aún soberbia y despreciativa, o vuelva compungida por el dolor, o vencida por los beneficios, se avergüence del mal que hizo. Pero como no reconoce el tiempo de su visita, es entregada a sus enemigos al final de la vida, con quienes se une en el juicio eterno en la sociedad de la condenación perpetua, como está escrito: "Cuando vayas con tu adversario al magistrado en el camino, da diligencia en librarte de él, no sea que te arrastre al juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel" (Lucas XII, 58). Nuestro adversario en el camino es la palabra de Dios, contraria a nuestros deseos carnales en la vida presente. De la cual se libra quien se somete humildemente a sus preceptos. De lo contrario, el adversario lo entregará al juez, y el juez lo entregará al alguacil, porque el pecador será retenido como reo en el examen del juez por haber despreciado la palabra del Señor. El juez lo entrega al alguacil, porque permite que el espíritu maligno lo lleve a la retribución, para que el mismo espíritu exija al alma, compelida, el castigo del cuerpo, al que consintió voluntariamente en la culpa. El alguacil lo mete en la cárcel, porque por el espíritu maligno es arrojado al infierno, hasta que venga el día del juicio, en el que él mismo será atormentado en los fuegos del infierno.

6. Completada, por tanto, la perdición de la ciudad, que hemos comparado con el alma que perece, se añade de inmediato: "Y entrando en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en él". Así como el templo de Dios está en la ciudad, también en el pueblo fiel está la vida de los religiosos. Y a menudo algunos toman el hábito de la religión, y mientras reciben el lugar de los órdenes sagrados, arrastran el oficio de la santa religión al comercio de la negociación terrenal. Porque los que venden en el templo son aquellos que otorgan como premio lo que a algunos les corresponde por derecho. Vender la justicia es guardarla por la aceptación de un premio. Y los que compran en el templo son aquellos que, mientras no quieren dar al prójimo lo que es justo, y mientras desprecian hacer lo que es debido por derecho, compran el pecado dando un premio a los patronos. A los cuales se les dice bien: "Mi casa es casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones",

porque mientras a veces hombres perversos ocupan el lugar de la religión, allí matan con las espadas de su malicia, donde debieron vivificar a los prójimos con la intercesión de su oración.

7. El templo y la casa de Dios son también la mente y la conciencia de los fieles. Si en algún momento, al dañar al prójimo, produce pensamientos perversos, es como si en una cueva residieran ladrones, que matan a los que caminan con sencillez, cuando clavan espadas en aquellos que no son culpables de daño alguno. La mente de los fieles ya no es casa de oración, sino cueva de ladrones, cuando, dejando la inocencia y la simplicidad de la santidad, intenta hacer aquello que puede dañar al prójimo. Pero como contra todas estas perversidades somos instruidos incesantemente por las palabras de nuestro Redentor a través de las sagradas escrituras, hasta ahora se hace lo que se dice que fue hecho, cuando se dice: Y enseñaba diariamente en el templo. Pues cuando instruye sutilmente la mente de los fieles para evitar el mal, la Verdad enseña diariamente en el templo. Pero debemos saber que somos verdaderamente instruidos por las palabras de la verdad, si miramos con temor y sin cesar nuestros últimos males, según lo que dice un sabio: En todas tus obras recuerda tus postrimerías, y nunca pecarás (Eclo. VII, 40). Debemos considerar diariamente lo que hemos oído de la voz de nuestro Redentor: Y en este día lo que es para tu paz; pero ahora están ocultos a tus ojos. Pues mientras el juez estricto espera, y aún no extiende su mano para golpear, mientras parece haber cierta seguridad de tiempo antes de la retribución de la última venganza, debemos considerar el mal que sigue, pensando, gimiendo, evitando, y mirando sin cesar los pecados que hemos cometido, mirándolos llorar, y llorando limpiarlos. Ninguna alegría de prosperidad transitoria nos disuelva, ni los ojos de nuestra mente sean obstruidos por lo que es transitorio, ni nos lleven ciegos al fuego. Pues si se considera estrictamente, se reconoce de qué peso es el reproche, cuando se dice al negligente y al que no prevé el futuro: Y en este día lo que es para tu paz; pero ahora están ocultos a tus ojos.

8. Pues debemos considerar mucho cuán terrible será para nosotros la hora de nuestra resolución, qué pavor de la mente, cuánta memoria de todos los males entonces, qué olvido de la felicidad pasada, qué temor y consideración del juez. ¿Qué, entonces, debe ser para nosotros de lo presente para deleitarnos, cuando, al pasar todo junto, no puede pasar lo que se avecina? cuando esto que se ama se termina por completo, y aquello comienza donde el dolor nunca termina? Entonces los espíritus malignos buscan en el alma que sale sus obras; entonces replican los males que persuadieron, para arrastrar a la compañera a los tormentos. Pero ¿por qué decimos esto solo del alma perversa, cuando también vienen a los elegidos que salen, y buscan algo suyo en ellos, si pueden prevalecer? Sin embargo, hubo uno entre los hombres que antes de su pasión dice con voz libre: Ya no hablaré mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Juan XIV, 30). Pues al ver a este hombre mortal, el príncipe de este mundo creyó que podía encontrar algo suyo en él. Pero salió del mundo sin pecado, quien vino al mundo sin pecado. Esto contra el príncipe del mundo ni Pedro se atrevió a decir, quien mereció oír: Todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos (Mateo XVI, 19). Esto ni Pablo se atrevió a decir, quien antes de pagar la deuda de la muerte llegó a los secretos del tercer cielo (II Cor. XII, 2). Esto ni Juan se atrevió a decir, quien por amor especial recostó en el pecho de su Redentor en la cena (Juan XXI, 20). Pues cuando el Profeta dice: He aquí que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Salmo L, 7), no pudo estar sin culpa en el mundo quien vino al mundo con culpa. Por eso el mismo Profeta dice: No se justificará en tu presencia ningún viviente (Salmo CXLII, 2). Por eso Salomón dice: No hay hombre justo en la tierra que haga el bien y no peque (Ecl. VII, 21). Por eso Juan dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y

la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8). Por eso Santiago dice: Porque en muchas cosas ofendemos todos (Santiago III, 2). Pues es evidente que todos los que fueron concebidos por el deleite de la carne, sin duda alguna, el príncipe de este mundo tuvo algo suyo en su acción, o en su locución, o en su pensamiento. Pero por eso no pudo arrebatarnos después, ni retenerlos antes, porque aquel que pagó por nosotros la deuda de la muerte sin deber, nos libró de nuestras deudas, para que nuestras deudas no nos retengan bajo el dominio de nuestro enemigo, porque el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, pagó gratuitamente lo que no debía. Pues quien por nosotros pagó la muerte de la carne sin deber, nos liberó de la muerte del alma debida. Dice, pues: Porque viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Juan XIV, 30). Por lo tanto, debemos preocuparnos, y con grandes lágrimas diarias pensar, cuán rabioso, cuán terrible viene el príncipe de este mundo buscando sus obras en nosotros en el día de nuestra salida, si incluso vino a Dios muriendo en la carne, y buscó algo en él en quien no pudo encontrar nada.

9. ¿Qué, pues, diremos nosotros, miserables, qué haremos, que hemos cometido innumerables males? ¿Qué diremos al adversario que busca y encuentra muchas cosas suyas en nosotros, sino solo lo que es nuestro refugio seguro, y sólida esperanza, porque nos hemos hecho uno con aquel en quien el príncipe de este mundo buscó algo suyo, y no pudo encontrarlo? porque solo él es libre entre los muertos (Salmo LXXXVII, 5). Y ya somos liberados del servicio del pecado con verdadera libertad, porque nos unimos a aquel que es verdaderamente libre. Pues es evidente, y no podemos negarlo, sino que lo confesamos verdaderamente, que el príncipe de este mundo tiene muchas cosas en nosotros; pero sin embargo, en el tiempo de nuestra muerte ya no puede arrebatarnos, porque nos hemos hecho miembros de aquel en quien no tiene nada. Pero ¿de qué sirve que nos unamos a nuestro Redentor por la fe, si nos separamos de él por las costumbres? Pues él mismo dice: No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos (Mateo VII, 21). Por lo tanto, las obras rectas deben unirse a la fe recta. Los males que hemos hecho los lavemos con lamentos diarios, que nuestras iniquidades pasadas sean superadas por las obras rectas que surgen del amor de Dios y del prójimo, no rechacemos ningún bien que podamos hacer a los hermanos. Pues de otro modo no nos hacemos miembros de nuestro Redentor, sino adhiriéndonos a Dios, y compadeciéndonos del prójimo.

10. Pero como a menudo los ejemplos excitan más los corazones de los oyentes al amor de Dios y del prójimo que las palabras, me esfuerso en indicar a vuestra caridad lo que mi hijo Epifanio, el diácono, que está presente, suele narrar como un milagro ocurrido en la provincia de Isauria, en la tierra vecina de Licaonia. Dice que allí hubo un monje de vida muy venerable llamado Martirio, que se dirigía desde su monasterio a otro monasterio por motivo de una visita, donde un padre espiritual era el superior. En su camino encontró a un leproso, a quien la enfermedad de elefancia había cubierto de densas llagas por todo el cuerpo, deseando regresar a su hospedaje, pero no pudiendo por el cansancio. En el mismo camino decía tener el hospedaje al que el monje Martirio se apresuraba a ir. El hombre de Dios, compadecido de la fatiga del leproso, arrojó inmediatamente al suelo el manto con el que estaba vestido y lo extendió, y colocó al leproso encima, y envuelto en su manto lo levantó sobre su hombro, y regresando lo llevó consigo. Y cuando ya se acercaba a las puertas del monasterio, el padre espiritual de dicho monasterio comenzó a clamar en alta voz: Corran, abran rápidamente las puertas del monasterio, porque el hermano Martirio viene llevando al Señor. Tan pronto como Martirio llegó a la entrada del monasterio, aquel que se pensaba que era leproso, saltó de su cuello, y apareciendo en la forma en que el Redentor del género humano, Dios y hombre Cristo Jesús, suele ser reconocido por los hombres, ascendió al cielo mientras Martirio lo miraba, y al ascender le dijo: Martirio, tú no te avergonzaste de mí en la

tierra, yo no me avergonzaré de ti en los cielos. El santo varón, tan pronto como entró en el monasterio, el padre del monasterio le dijo: Hermano Martirio, ¿dónde está el que llevabas? A lo que él respondió, diciendo: Si hubiera sabido quién era, habría sostenido sus pies. Entonces el mismo Martirio contaba que cuando lo llevaba, no sentía su peso. Y no es de extrañar, pues ¿cómo podría sentir el peso quien llevaba al que lo llevaba? En esto debemos considerar cuánto vale la compasión fraterna, cuánto nos une a las entrañas de misericordia del Dios omnipotente. Pues nos acercamos a aquel que está sobre todo, cuando por la compasión del prójimo incluso nos humillamos a nosotros mismos. En las cosas corporales nadie toca lo alto, sino quien se extiende; en las cosas espirituales es cierto que cuanto más somos atraídos por la compasión, tanto más verdaderamente nos acercamos a lo alto. Pero he aquí que al Redentor del género humano no le basta para nuestra edificación lo que se dice que dirá en el juicio final: Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo XXV, 40), si no mostrara esto en sí mismo antes del juicio; para que así demostrara que cualquiera que ahora realiza buenas obras para los necesitados, se las ofrece especialmente a aquel por cuyo amor las realiza. Y tanto más recibe mayor recompensa cuanto menos desprecia a aquel que parece más despreciable. Pues ¿qué hay en la carne humana más sublime que la carne de Cristo, que está exaltada sobre los ángeles? Y ¿qué hay en la carne humana más abyecto que la carne del leproso, que se desgarrar con llagas hinchadas, y se llena de fétidos exhalantes? Pero he aquí que apareció en la forma de un leproso; y aquel que es reverenciado sobre todo, no se desdeñó de ser visto despreciado por debajo de todo. ¿Por qué esto, sino para advertirnos a nosotros, de sentido más lento, que cualquiera que se apresura a asistir a aquel que está en el cielo, no rehúse humillarse en la tierra y compadecerse incluso de los hermanos abyectos y despreciables? Había decidido hablar brevemente a vuestra caridad; pero como no está en el hombre su camino (Jeremías X, 23), el discurso que corre no puede ser retenido, pues lo dispone aquel de quien hablamos, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XL.

Pronunciada al pueblo en la basílica de San Lorenzo mártir el segundo domingo después de Pentecostés.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS XVI, 19-31.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día. Y había un mendigo llamado Lázaro, que yacía a su puerta, lleno de llagas, deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie le daba. Incluso los perros venían y lamían sus llagas. Sucedió que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado en el infierno. Alzando sus ojos, estando en tormentos, vio a Abraham a lo lejos, y a Lázaro en su seno. Y clamando dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama. Y Abraham le dijo: Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males. Ahora él es consolado aquí, y tú eres atormentado. Y además de todo esto, entre nosotros y vosotros hay un gran abismo establecido, para que los que quieren pasar de aquí a vosotros no puedan, ni de allá pasar acá. Y dijo: Te ruego, pues, padre, que lo envíes a la casa de mi padre; porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, no sea que ellos también vengan a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen. Pero él dijo: No, padre Abraham; pero si

alguno de los muertos va a ellos, se arrepentirán. Y él le dijo: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán si alguno resucita de entre los muertos.

1. En las palabras del sagrado discurso, hermanos carísimos, primero debe guardarse la verdad de la historia, y luego buscarse la inteligencia espiritual de la alegoría. Pues el fruto de la alegoría se cosecha suavemente cuando primero se solidifica en la raíz de la verdad a través de la historia. Pero como a veces la alegoría edifica la fe, y la historia la moralidad, nosotros que ya hablamos a los fieles por la gracia de Dios, no creemos que sea inapropiado posponer el orden mismo de hablar, para que vosotros que ya tenéis una fe firme debáis primero escuchar algo brevemente sobre la alegoría; y lo que os es muy necesario de la moralidad de la historia, eso se mantenga al final en el orden de nuestra exposición, porque a menudo se recuerdan mejor las cosas que se escuchan después.

2. Por lo tanto, pasamos brevemente por los sentidos alegóricos para poder llegar más rápidamente a la amplitud de la moralidad. Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente todos los días. ¿A quién, hermanos carísimos, a quién representa este rico que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente todos los días, sino al pueblo judío, que tenía un culto de vida exterior, que usó las delicias de la ley recibida para el brillo, no para la utilidad? ¿Y a quién representa Lázaro, lleno de llagas, sino al pueblo gentil figurativamente? Quien, al convertirse a Dios, no se avergonzó de confesar sus pecados, tuvo una llaga en la piel. En efecto, en la llaga de la piel, el veneno se extrae de las entrañas y sale al exterior. ¿Qué es, entonces, la confesión de los pecados, sino una especie de ruptura de llagas? Porque el veneno del pecado se abre saludablemente en la confesión, lo que pestíferamente permanecía oculto en la mente. Las llagas de la piel traen a la superficie el humor de la putrefacción. Y al confesar los pecados, ¿qué otra cosa hacemos sino revelar el mal que estaba oculto en nosotros? Pero Lázaro, herido, deseaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba, porque ese pueblo orgulloso despreciaba admitir a cualquier gentil al conocimiento de la ley. Quien, al no tener la doctrina de la ley para la caridad, sino para la arrogancia, se hinchó como si fuera por las riquezas recibidas. Y porque las palabras fluían de su conocimiento como migajas caían de la mesa. Pero, por el contrario, los perros lamían las llagas del pobre que yacía. A veces, en el sagrado discurso, se entiende a los predicadores por perros. Porque la lengua de los perros cura la llaga al lamerla, y los santos doctores, al instruirnos en la confesión de nuestro pecado, tocan la llaga de la mente con la lengua; y porque al hablarnos nos liberan de los pecados, al tocar las llagas nos conducen a la salvación. Porque, en efecto, con el nombre de perros se señala la lengua de los predicadores, al Señor se le dice por el salmista: La lengua de tus perros de entre tus enemigos (Salmo 67, 24). De los judíos infieles fueron elegidos los santos predicadores, quienes, en la afirmación de la verdad contra los ladrones y salteadores que venían, dieron grandes ladridos por el Señor, por así decirlo. Por el contrario, sobre la reprobación de algunos se dice: Perros mudos, que no pueden ladrar (Isaías 56, 10). Porque los santos predicadores condenan los pecados, pero aprueban la confesión de los pecados, diciendo: Confesaos unos a otros vuestros pecados, y orad unos por otros, para que seáis salvos (Santiago 5, 16), los perros lamen las llagas de Lázaro. En efecto, los santos doctores, al recibir las confesiones de los gentiles, restauran las llagas de las mentes a la salud. Por lo tanto, Lázaro se interpreta bien como ayudado, porque ellos lo ayudan a la liberación, ya que curan sus llagas mediante la corrección de la lengua. También puede señalarse por el lamido de los perros la lengua amplia de los aduladores. Porque lamer nuestras llagas es lo que suelen hacer los aduladores al alabar con un favor impropio incluso los males que nosotros mismos nos reprochamos. Sucedió que ambos murieron. El rico, que se vestía de púrpura y lino fino, fue sepultado en el infierno; pero Lázaro fue llevado por los

ángeles al seno de Abraham. ¿Qué significa el seno de Abraham sino el descanso secreto de los padres? De lo cual la Verdad dice: Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores (Mateo 8, 11). Porque el que se dice vestido de púrpura y lino fino se llama con razón hijo del reino. Quien levanta los ojos desde lejos para ver a Lázaro, porque mientras los infieles están en el fondo por los castigos de su condenación, los fieles, antes del día del juicio final, los contemplan en el descanso sobre ellos, pero no pueden contemplar su gozo después. Lo que ven está muy lejos, porque no alcanzan allí por mérito. Se muestra que arde más en la lengua cuando dice: Envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama (Lucas 16, 24). El pueblo infiel tuvo las palabras de la ley en la boca, que despreciaron guardar con obras. Allí, por lo tanto, arderá más, donde se muestra saber lo que no quiso hacer. Por lo tanto, bien se dice de los doctos y negligentes por Salomón: Todo el trabajo del hombre es para su boca, pero su alma no se llenará (Eclesiastés 6, 7), porque quien solo se esfuerza por saber qué debe decir, ayuna con la mente vacía de la misma satisfacción de su conocimiento. Desea ser tocado por la punta del dedo, porque dado a los castigos eternos desea participar al menos de la última obra de los justos. A quien se le responde que en esta vida recibió bienes, porque consideró toda su alegría como felicidad transitoria. Aquí, en efecto, los justos también pueden tener bienes, pero no los reciben como recompensa, porque mientras apetecen mejores, es decir, eternos, a su juicio, cualesquiera bienes que tengan, con santos deseos, no les parecen bienes. Por lo cual el profeta David, que estaba sostenido por las riquezas del reino y muchos servicios, aunque veía que estas cosas eran buenas por necesidad, sin embargo, ardía con ansia por un solo bien singular, diciendo: Pero para mí, el bien es adherirme a Dios (Salmo 72, 28). Entre estas cosas, es de notar que se le dice: Recuerda, hijo. Porque Abraham llama hijo a quien, sin embargo, no libera del tormento, ya que los padres fieles de este pueblo infiel, al ver que muchos se desviaron de su fe, no los liberan de los tormentos con ninguna compasión, aunque los reconozcan como hijos por la carne. En los tormentos, el rico dice tener cinco hermanos, porque el mismo pueblo judío orgulloso, que en gran parte ya está condenado, conoce a sus seguidores que dejó en la tierra, dedicados a los cinco sentidos del cuerpo. Por lo tanto, expresa a los hermanos que dejó con el número cinco, porque a quienes en el infierno se lamenta de no haber elevado a la inteligencia espiritual, pide que se envíe a Lázaro. A quien se le dice que tienen a Moisés y a los profetas. Pero él dice: Porque no creerán, a menos que alguien resucite de entre los muertos. A quien se le responde de inmediato: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco creerán si alguien resucita de entre los muertos. Ciertamente, la Verdad dice de Moisés: Si creyerais a Moisés, creeríais también en mí. Porque él escribió de mí (Juan 5, 46). Por lo tanto, se cumple lo que se dice por la respuesta de Abraham. Porque el Señor resucitó de entre los muertos, pero ese pueblo judío, porque no quiso creer a Moisés, también despreció creer en quien resucitó de entre los muertos. Y como despreció entender espiritualmente las palabras de Moisés, no llegó a aquel de quien Moisés había hablado.

3. Hermanos carísimos, que nos baste haber pasado brevemente por los misterios de la alegoría; ahora que el ánimo vuelva a contemplar más ampliamente la moralidad del hecho: Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente todos los días. Y había un mendigo llamado Lázaro, que yacía ante la puerta del rico, lleno de llagas. Algunos piensan que los preceptos del Antiguo Testamento son más estrictos que los del Nuevo; pero estos, sin duda, se engañan por una consideración imprudente. Porque en aquel no se castiga la avaricia, sino el robo (2 Samuel 12, 6). Allí, la cosa injustamente sustraída se castiga con la restitución cuádruple (Mateo 19, 8). Pero aquí, este rico no es reprendido por no haber quitado lo ajeno, sino por no haber dado lo propio. Y no se dice que

oprimió a alguien con violencia, sino que se ensalzó con las cosas recibidas. De aquí, por lo tanto, se debe deducir con suma atención qué castigo debe recibir quien roba lo ajeno, si es golpeado con la condenación del infierno quien no da lo propio. Que nadie, por lo tanto, se considere seguro, diciendo: He aquí que no robo lo ajeno, sino que disfruto lícitamente de las cosas concedidas, porque este rico no fue castigado por haber quitado lo ajeno, sino por haberse abandonado malamente con las cosas recibidas. Esto también fue lo que lo entregó al infierno, porque no fue temeroso en su felicidad, porque inclinó los dones recibidos al uso de la arrogancia, porque ignoró las entrañas de la piedad, porque no quiso redimir sus pecados incluso cuando tenía el precio en abundancia. Y hay algunos que no consideran que el uso de vestiduras sutiles y preciosas sea un pecado. Pero si no fuera culpa, de ninguna manera la palabra de Dios expresaría tan vigilante que el rico que es atormentado en el infierno estaba vestido de lino fino y púrpura. Nadie, en efecto, busca vestiduras principales sino por vana gloria, para parecer más honorable que los demás. Porque, en efecto, se busca una vestidura más preciosa solo por vana gloria, lo demuestra el hecho de que nadie quiere vestirse con ropas preciosas donde no pueda ser visto por otros. Podemos deducir mejor esta culpa también por el contrario, porque si el rechazo de una vestidura vil no fuera virtud, el evangelista no diría vigilante de Juan: Estaba vestido de pelos de camello (Mateo 3, 4). Pero debemos notar con gran atención el orden de la narración en la boca de la Verdad sobre el rico orgulloso y el pobre humilde. Porque se dice: Había un hombre rico; y de inmediato se añade: Y había un mendigo llamado Lázaro. Ciertamente, en el pueblo, los nombres de los ricos suelen ser más conocidos que los de los pobres. ¿Qué significa, entonces, que el Señor, al hablar del pobre y del rico, diga el nombre del pobre y no el del rico, sino que Dios conoce y aprueba a los humildes, y desconoce a los orgullosos? Por lo cual, a algunos que se enorgullecen de la virtud de los milagros, al final les dirá: No sé de dónde sois: apartaos de mí todos los obradores de iniquidad (Mateo 7, 23). Pero a Moisés se le dice: Te conozco por tu nombre (Éxodo 33, 12). Dice, por lo tanto, del rico: Un hombre. Dice del pobre: Un mendigo, llamado Lázaro. Como si dijera abiertamente: Conozco al pobre humilde, no conozco al rico orgulloso. A este lo tengo conocido por aprobación, a aquel lo ignoro por juicio de reprobación.

4. Debemos considerar también con cuánta consideración nuestro Creador dispensa todas las cosas. Porque una cosa no se hace por una sola cosa. Pues he aquí que el mendigo Lázaro, lleno de llagas, yace ante la puerta del rico. En esta cosa, el Señor cumplió dos juicios. Porque el rico habría tenido quizás alguna excusa si Lázaro, pobre y ulceroso, no hubiera yacido ante su puerta, si hubiera estado lejos, si su pobreza no hubiera sido importuna a sus ojos. De nuevo, si el rico hubiera estado lejos de los ojos del pobre ulceroso, habría soportado una menor tentación en su ánimo el pobre. Pero al poner al necesitado y ulcerado ante la puerta del rico y abundante en delicias, en una misma cosa, tanto por la visión del pobre al que no se compadeció, el rico aumentó su condenación, como por la visión del rico, el pobre fue probado diariamente. Porque, ¿cuántas tentaciones creéis que soportó en su pensamiento este necesitado y asediado por llagas, cuando él mismo carecía de pan y no tenía siquiera salud, y veía ante sí al rico tener salud y delicias con placer; a él mismo afligido por el dolor y el frío, y al otro gozando, vestido de lino fino y púrpura; a él mismo deprimido por las llagas, y al otro disfrutando de las cosas recibidas; a él mismo necesitado, y al otro no queriendo dar? ¿Cuánto tumulto de tentación, hermanos míos, creemos que hubo entonces en el corazón del pobre, a quien ciertamente le habría bastado como castigo la pobreza, incluso si hubiera estado sano; y de nuevo le habría bastado la enfermedad, incluso si hubiera tenido ayuda? Pero para que el pobre fuera probado más, a la vez lo consumió la pobreza y la enfermedad. Y además veía al rico salir rodeado de séquitos obsequiosos, y a él mismo en la enfermedad y la pobreza no ser visitado por nadie. Porque el hecho de que nadie viniera a

visitarlo lo atestiguan los perros, que libremente lamían sus llagas. Por lo tanto, en una sola cosa, Dios omnipotente exhibió dos juicios, al permitir que Lázaro, el pobre, yaciera ante la puerta del rico, para que el impío rico aumentara su venganza de condenación, y el pobre tentado creciera para la recompensa. Aquel contemplaba diariamente a quien no se compadecía, este veía de quien era probado. Dos corazones inferiores, pero un solo inspector desde arriba que ejercitaba al pobre con tentación para la gloria, y esperaba al otro con tolerancia para el castigo. Porque sigue:

5. Sucedió que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado en el infierno. Este rico, a quien no quiso compadecerse en esta vida, lo busca como patrón en su propio suplicio. Porque he aquí que se añade: Alzando los ojos, estando en tormentos, vio a Abraham de lejos, y a Lázaro en su seno. Y él, clamando, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama. ¡Oh cuánta es la sutileza de los juicios de Dios! ¡Oh cuán estrictamente se lleva a cabo la retribución de los actos buenos y malos! Ciertamente, se dijo anteriormente que en esta vida Lázaro buscaba las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba; ahora se dice del suplicio del rico que desea que se destile agua de la punta del dedo de Lázaro en su boca. De aquí, de aquí, hermanos, deducid cuánta es la severidad de la justicia de Dios. Porque este rico que no quiso dar ni lo mínimo de su mesa al pobre herido, en el infierno, llega a buscar hasta lo mínimo. Porque pidió una gota de agua, quien negó migajas de pan. Pero es muy de notar qué significa que el rico en el fuego pide que se refresque su lengua. Porque es costumbre del sagrado discurso decir una cosa, pero insinuar otra a partir de lo dicho. Sin embargo, anteriormente, el Señor no había dicho que este rico orgulloso se dedicara a la loquacidad, sino que banqueteaba superfluamente. No lo narró por loquacidad, sino que pecó por la elación y la avaricia de la glotonería. Pero como la loquacidad suele abundar en los banquetes, aquel que aquí se dice que banqueteaba mal, se dice que arde más gravemente en la lengua en el infierno. Porque la primera culpa que acompaña a los que banquetean mal es la loquacidad, después de la loquacidad sigue la ligereza de jugar. Porque la glotonería sigue al juego, lo atestigua la sagrada Escritura, que dice: El pueblo se sentó a comer y beber, y se levantaron a jugar (Éxodo 32, 6). Pero antes de que el cuerpo se mueva al juego, la lengua se mueve a bromas y palabras vanas. ¿Qué, entonces, se insinúa cuando se dice que el rico en tormentos pide que se refresque su lengua, sino que aquel que pecó más por loquacidad al banquetear, por la justicia de la retribución arde más en la lengua?

6. Pero con gran temor debe considerarse esto que se le dice por la respuesta de Abraham: Hijo, recuerda que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males. Ahora él es consolado aquí, y tú eres atormentado. Esta, hermanos míos, sentencia necesita más de temor que de exposición. Porque si hay quienes en este mundo han recibido algún bien exterior, ese, por así decirlo, don exterior debe temerse, no sea que les haya sido dado como recompensa por algunos de sus actos, no sea que el juez que aquí restituye bienes exteriores los repela de la retribución del bien interior, no sea que el honor aquí o las riquezas, no sean ayuda de virtud, sino remuneración de trabajo. Porque he aquí que al decir: Recibiste bienes en tu vida, se indica que este rico tuvo algo de bueno, por lo cual recibiera bienes en esta vida. Y de nuevo, al decir de Lázaro que recibió males, se muestra que Lázaro también tuvo algún mal que purgar. Pero los males de Lázaro los purgó el fuego de la pobreza, y los bienes del rico los recompensó la felicidad de la vida pasajera. Aquel fue afligido y limpiado por la pobreza, este fue recompensado y rechazado por la abundancia. Por lo tanto, cualquiera que tenga bien en este siglo, cuando recuerde haber hecho cosas buenas, debe temer mucho por ellas, no sea que la prosperidad concedida sea la remuneración de esos mismos bienes. Y cuando veáis a

cualquier pobre cometer algunas cosas reprensibles, no los despreciéis, no desesperéis, porque tal vez lo que la más mínima superfluidad depravada mancha, el horno de la pobreza purga. Temed por vosotros en todo momento, porque también algunos actos malos han sido seguidos por una vida próspera. Pero considerad cuidadosamente sobre ellos, porque su vida también es atormentada por la maestra pobreza, hasta que los conduzca a la rectitud.

7. Sigue: Y en todo esto, entre nosotros y vosotros se ha establecido un gran abismo, para que los que quieran pasar de aquí a vosotros no puedan, ni de allí pasar acá. En lo cual es muy cuestionable cómo se dice: Los que quieren pasar de aquí a vosotros no pueden. Porque no hay duda de que los que están en el infierno desean pasar a la suerte de los bienaventurados. Pero, ¿cómo se dice que los que ya han sido recibidos en la suerte de la bienaventuranza quieren pasar a los que están en el infierno? Pero así como los reprobos desean pasar a los elegidos, es decir, migrar de la aflicción de sus suplicios; así es de los justos ir en mente a los afligidos y puestos en tormentos por misericordia, y querer liberarlos. Pero los que quieren pasar de la sede de los bienaventurados a los afligidos y puestos en tormentos, no pueden, porque las almas de los justos, aunque tienen misericordia en la bondad de su naturaleza, ya entonces unidas a la justicia de su autor, están tan constreñidas por la rectitud que no se mueven con ninguna compasión hacia los reprobos. Ellos, en efecto, concuerdan con el juez a quien se adhieren, y no descienden por misericordia a aquellos a quienes no pueden liberar, porque tanto los verán entonces extraños a ellos, cuanto los ven ser rechazados por su autor a quien aman. Ni los injustos, por lo tanto, pasan a la suerte de los bienaventurados, porque están constreñidos por la condenación perpetua; ni los justos pueden pasar a los reprobos, porque, ya elevados por la justicia del juicio, de ninguna manera se compadecen de ellos por alguna compasión.

8. Pero después de que al rico ardiente se le quita la esperanza sobre sí mismo, su mente recurre a los parientes que dejó, porque el castigo a veces enseña inútilmente a los reprobos a la caridad, de modo que ya entonces aman espiritualmente a los suyos, quienes aquí, al amar el pecado, ni siquiera se amaban a sí mismos. Por lo cual ahora se añade: Ruego, pues, Padre, que lo envíes a la casa de mi padre; porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, no sea que ellos también vengan a este lugar de tormentos. En lo cual se debe notar cuán grandes son los castigos que se acumulan para el rico ardiente. Pues para su pena se le conserva tanto el conocimiento como la memoria. Conoce a Lázaro, a quien despreció, y también recuerda a sus hermanos, a quienes dejó. Porque no sería perfecta la retribución sobre el pobre si no lo reconociera en la recompensa. Y no sería perfecto el castigo en el fuego si no temiera también por los suyos lo que él mismo padece. Para que, por tanto, los pecadores sean más castigados en el suplicio, ven la gloria de aquellos a quienes despreciaron, y también son atormentados por la pena de aquellos a quienes amaron inútilmente. Se debe creer, en verdad, que antes de la retribución del juicio final, los injustos ven a algunos justos en descanso, para que al verlos en gozo, no solo se angustien por su propio suplicio, sino también por el bien de ellos. Los justos, en cambio, siempre contemplan a los injustos en tormentos, para que su gozo crezca al ver el mal que misericordiosamente evitaron; y tanto más agradecen a su libertador cuanto ven en otros lo que ellos pudieron sufrir si hubieran sido abandonados. Ni la claridad de tanta bienaventuranza se oscurece en el ánimo de los justos por la pena vista de los reprobos, porque donde ya no habrá compasión por la miseria, sin duda no podrá disminuir la alegría de los bienaventurados. ¿Y qué maravilla si, mientras los justos contemplan los tormentos de los injustos, esto les sirve de motivo de gozo, cuando también en la pintura se coloca el color negro debajo para que el blanco o el rojo se vean más claros? Pues, como se ha dicho, tanto más crecen los gozos de los buenos cuanto más los ojos de ellos ven los males de los condenados que evitaron. Y aunque sus gozos les basten

plenamente para disfrutar, sin duda siempre ven los males de los reprobos, porque quienes ven la claridad de su Creador, no hay nada en la criatura que no puedan ver.

9. Al rico que pide que se envíe a Lázaro, Abraham le responde de inmediato: Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen. Pero quien había despreciado las palabras de Dios pensaba que sus seguidores no podrían escuchar esto. Por lo cual el rico respondió: No, padre mío; pero si alguno de los muertos va a ellos, creerán. A lo cual se le dice de inmediato con sentencia veraz: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco creerán si alguno resucita de entre los muertos, porque, sin duda, quienes desprecian las palabras de la ley, los preceptos del Redentor, quien resucitó de entre los muertos, cuanto más sutiles son, tanto más difícilmente los cumplirán. Pues es menos lo que se dice por la ley (Deut. XII), 1659 que lo que se ordena por el Señor. Aquella manda dar diezmos, pero nuestro Redentor ordena a quienes siguen la perfección dejarlo todo. Aquella corta los pecados de la carne, pero nuestro Redentor condena incluso los pensamientos ilícitos (Luc. XIV). Si, por tanto, no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco creerán si alguno resucita de entre los muertos, porque ¿cuándo obedecerán a los mandatos más altos de nuestro Salvador quienes descuidan cumplir los preceptos más bajos de la ley? Y sin duda está claro que quien se niega a cumplir sus palabras, sin duda se niega a creerle. Esto nos basta haber dicho sobre la consideración del hecho mismo.

10. Pero vosotros, hermanos, conociendo tanto el descanso de Lázaro como el castigo del rico, actuad diligentemente, buscad intercesores para vuestras culpas y procurad abogados para vosotros en el día del juicio entre los pobres. Pues ahora tenéis muchos Lázaros; yacen ante vuestras puertas y necesitan lo que a vosotros, ya saciados, os cae de la mesa cada día. Las palabras de la sagrada lectura deben instruirnos para cumplir los mandatos de la piedad. Cada día encontramos a Lázaro si lo buscamos; cada día vemos a Lázaro, aunque no lo busquemos. He aquí que los pobres se ofrecen importunamente, nos ruegan, quienes entonces vendrán como intercesores por nosotros. Ciertamente nosotros debimos rogar completamente, pero sin embargo se nos ruega. Ved si debemos negar lo que se nos pide, cuando son patronos quienes piden. No perdáis, pues, los tiempos de misericordia, no disimuléis los remedios recibidos. Antes del suplicio, pensad en el suplicio. Cuando veáis a cualquiera en este mundo despreciado, aunque parezcan tener cosas reprochables, no los despreciéis, porque tal vez a quienes la debilidad de las costumbres hiere, la medicina de la pobreza cura. Si tienen cosas que deben ser justamente reprendidas, estas, si queréis, dirigidlas al uso de vuestra recompensa, para que de sus mismos vicios se acumulen para vosotros incrementos de piedad, de modo que deis pan y palabra a la vez, pan de sustento con palabra de corrección; y reciban de vosotros dos alimentos quienes buscaban uno, mientras se sacian exteriormente con comida e interiormente con elocuencia. Por tanto, cuando se ve a un pobre como reprehensible, debe ser amonestado, no despreciado. Si no tiene nada que reprochar, debe ser venerado sumamente como intercesor. Pero he aquí que vemos a muchos, no sabemos quién de ellos es digno de mérito. Por tanto, todos deben ser venerados, y es necesario que te humilles ante todos, cuanto ignoras quién de ellos es Cristo.

11. Relato, hermanos, un hecho que bien conoce mi hermano y compañero presbítero Speciosus, quien está presente. En el mismo tiempo en que busqué el monasterio, una anciana llamada Redempta, en hábito monástico, vivía en esta ciudad junto a la iglesia de la bienaventurada María siempre virgen (Lib. IV Dialog., cap. 15). Esta había sido discípula de Herundina, quien, dotada de grandes virtudes, se decía que había llevado una vida eremítica sobre los montes de Preneste. A ella se adherían dos discípulas en el mismo hábito: una llamada Romula, y otra, que aún sobrevive, a quien conozco de rostro, pero no de nombre. Estas tres, viviendo en una misma morada, llevaban una vida llena de riquezas morales, pero

pobre en bienes materiales. Esta Romula, de quien he hablado, superaba a su compañera en grandes méritos de vida. 1660 Era de admirable paciencia, suma obediencia, guardiana de su boca en el silencio, muy dedicada al uso de la oración continua. Pero porque a menudo aquellos que ya se consideran hombres perfectos aún tienen algo de imperfección a los ojos del supremo artífice, como a menudo vemos sellos no perfectamente esculpidos por hombres inexpertos, y ya los alabamos como perfectos, que el artífice aún considera y lima, escucha que se alaban, y sin embargo no deja de golpearlos mejorándolos; esta Romula de la que hemos hablado fue golpeada por la enfermedad corporal que los médicos llaman con el término griego parálisis, y durante muchos años, postrada en el lecho, yacía casi privada del uso de todos sus miembros, pero estos mismos flagelos no llevaron su mente a la impaciencia. Pues las pérdidas de sus miembros se convirtieron en incrementos de virtudes, porque creció tanto más solícita en el uso de la oración cuanto no podía hacer otra cosa. Una noche, pues, llamó a la misma Redempta, de quien he hablado, que nutría a ambas discípulas suyas como hijas, diciendo: Madre, ven, madre, ven. Quien se levantó de inmediato con su otra discípula, como quedó claro por el relato de ambas y de muchos, y yo también lo supe en ese tiempo. Y mientras asistían al lecho de la que yacía en medio de la noche, de repente una luz celestial llenó todo el espacio de aquella celda; y un resplandor de tanta claridad brilló, que los corazones de las asistentes fueron sobrecogidos por un pavor inestimable, y, como ellas mismas decían después, todo su cuerpo se paralizó, y permanecieron en un asombro repentino. Pues comenzó a oírse un sonido como de una gran multitud entrando, la puerta de la celda se sacudía, como si una multitud de entrantes presionara. Y, como decían, sentían la multitud de los que entraban, pero por la inmensidad del temor y de la luz no podían ver nada, porque sus ojos estaban abatidos por el pavor, y la misma claridad de tanta luz los deslumbraba. A esta luz le siguió de inmediato una fragancia de olor maravilloso, de modo que la suavidad del olor reconfortó su ánimo, porque la luz emitida las había aterrorizado. Pero como no podían soportar la fuerza de aquella claridad, comenzó la misma Romula a consolar con voz suave a Redempta, su maestra de costumbres, que estaba a su lado y temblaba, diciendo: No temas, madre, no muero ahora. Y mientras ella decía esto repetidamente, poco a poco la luz que había sido emitida se retiró, pero el olor que la siguió permaneció. Así pasaron el segundo y el tercer día, de modo que la fragancia del olor permanecía esparcida. La cuarta noche, pues, llamó de nuevo a su maestra. Al llegar ella, 1661 pidió el viático y lo recibió. Y aún no se habían alejado de su lecho Redempta y su otra discípula, y he aquí que de repente en la plaza ante la puerta de la celda se detuvieron dos coros de cantores, y como ellas mismas decían que distinguieron los sexos por las voces, los hombres cantaban salmos y las mujeres respondían. Y mientras se ofrecían las exequias celestiales ante las puertas de la celda, aquella santa alma fue liberada de la carne. Y llevada al cielo, cuanto más alto ascendían los coros de cantores, tanto más suavemente se escuchaba el canto de los salmos, hasta que tanto el sonido de los salmos como la suavidad del olor se alejaron y terminaron.

12. Por tanto, mientras vivió en el cuerpo, ¿quién la tendría en honor? Parecía indigna para todos, despreciada por todos. ¿Quién se dignaría acercarse a ella, quién se dignaría verla? Pero la perla de Dios estaba oculta en el estiércol. Llamo estiércol, hermanos, a esta misma corrupción del cuerpo, llamo estiércol a la abyección de la pobreza. Por tanto, la perla que yacía en el estiércol fue asumida y colocada en el ornamento del Rey celestial, ya brilla entre los ciudadanos celestiales, ya resplandece entre aquellas piedras ígneas del diadema eterno. Oh vosotros que en este mundo sois o creéis ser ricos, comparad, si podéis, vuestras falsas riquezas con las verdaderas riquezas de Romula. Vosotros poseéis en el camino de este mundo todo lo que vais a perder; ella no buscó nada en el camino, y encontró todo en la llegada. Vosotros lleváis una vida alegre, teméis una muerte triste; ella soportó una vida

triste, llegó a una muerte alegre. Vosotros buscáis por un tiempo el servicio de los hombres, ella, despreciada por los hombres, encontró los coros de los ángeles como compañeros. Aprended, pues, hermanos, a despreciar todas las cosas temporales, aprended a despreciar el honor pasajero, a amar la gloria eterna. Honrad a quienes veis pobres, y a quienes veis despreciados por el mundo, consideradlos amigos de Dios. Compartid con ellos lo que tenéis, para que algún día se dignen compartir con vosotros lo que tienen. Considerad lo que dice el maestro de las naciones: En este tiempo vuestra abundancia supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos sea suplemento de vuestra escasez (II Cor. VIII, 14). Considerad lo que dice la misma Verdad: Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 45). ¿Por qué sois perezosos para dar, cuando lo que dais al que yace en la tierra lo dais al que está sentado en el cielo? Pero que el Dios omnipotente, que habla a vuestros oídos por medio de mí, hable por sí mismo a vuestras mentes, quien vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.